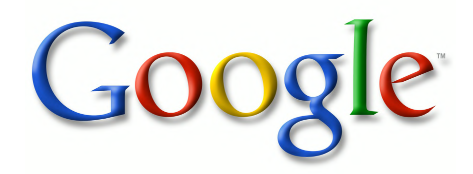
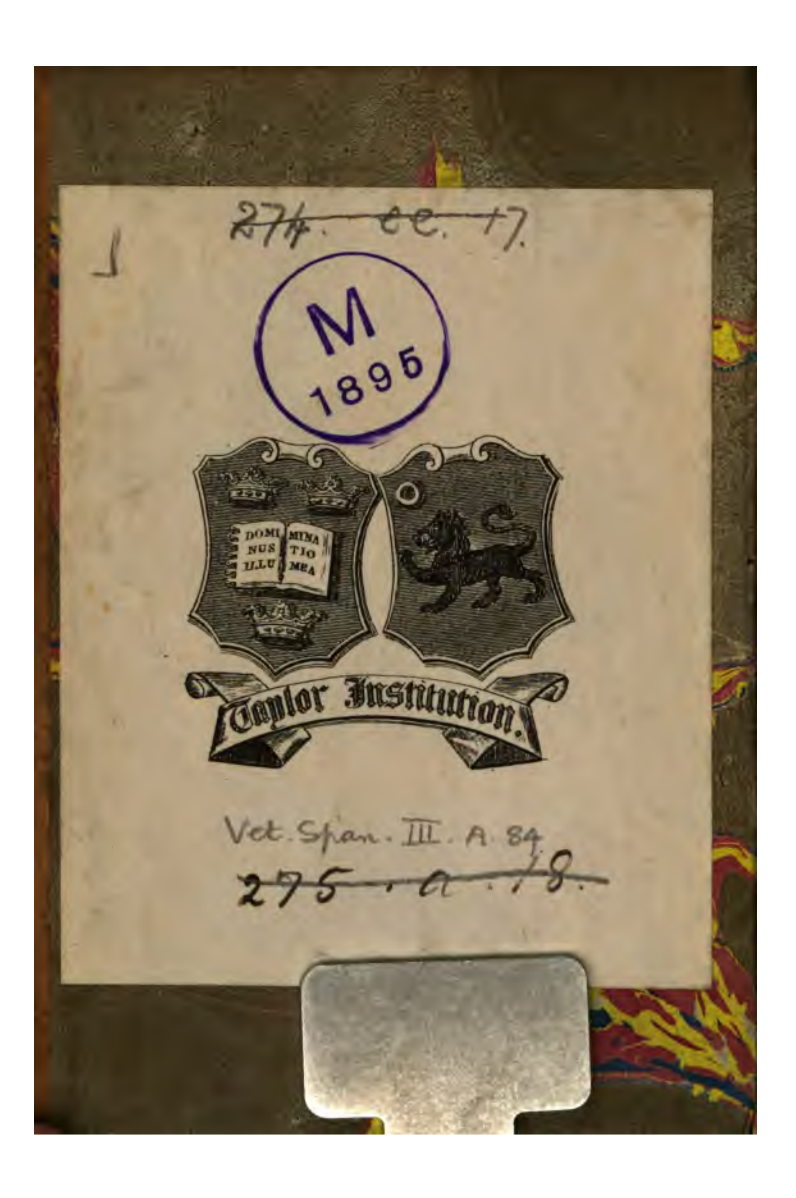
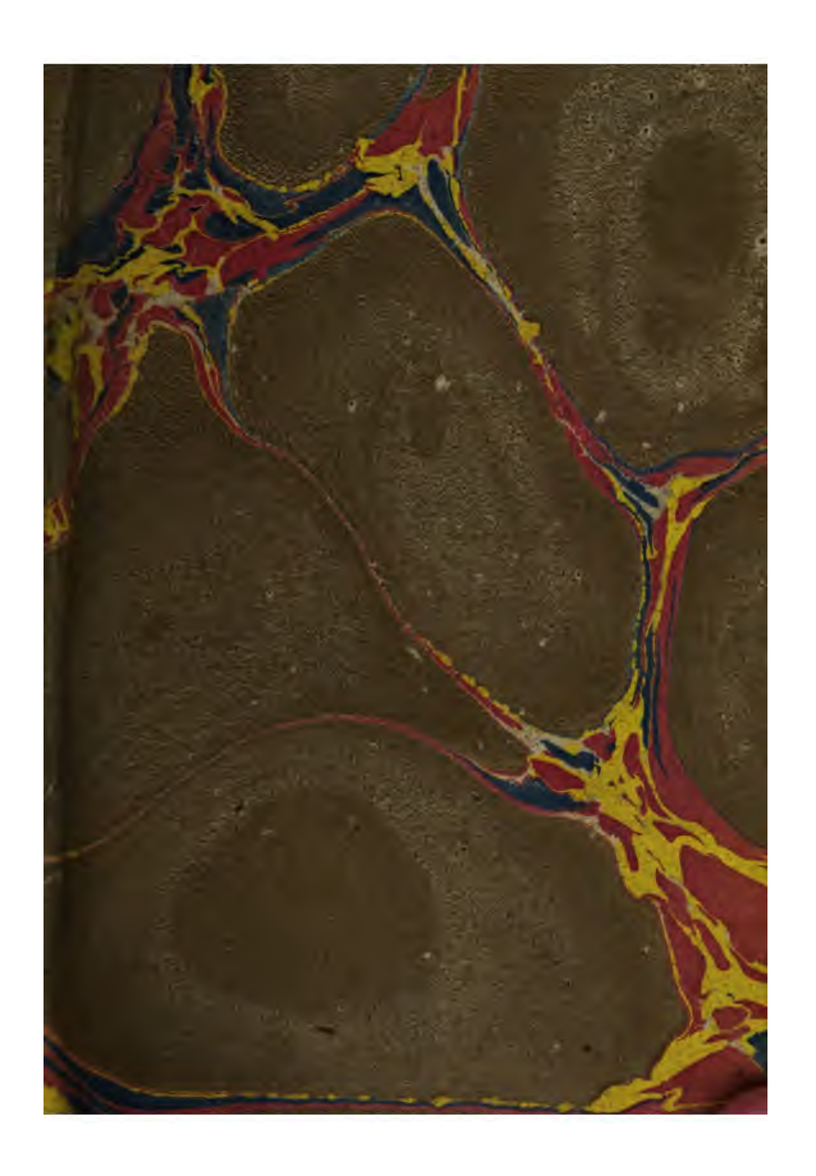






DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.



122

3 vols.

~~(I + II in one)~~

4 vols. in 2.

EL QUIJOTE DE LA REVOLUCION,

Ó

HISTORIA

DE LA

VIDA, HECHOS, AVENTURAS Y PROEZAS

DE

MONSIEUR LE GRAND-HOMME PAMPARANUJA.

HEROE POLÍTICO, FILÓSOFO MODERNO, CABALLERO ANDANTE Y REFORMADOR DE TODO EL GÉNERO HUMANO.

Obra escrita en beneficio de la humanidad

por D. Juan [redacted] Siñeriz,

publicada en París en [redacted] y traducida al español.

TOMO PRIMERO.

BARCELONA:
IMPRENTA DE VALENTIN TORRAS.
1841.

Para asegurar la propiedad todos los ejemplares llevarán una contraseña.

PROLOGO

DEL AUTOR.

Desconocido lector, en verdad que no sé por donde empieze para predisponerte á que me leas. Bien quisiera reclamar tu indulgencia sobre la obra que te presento y en la cual verás consignadas las aventuras de un héroe politico y filosofo moderno. Si eres católico y observas el primer precepto del Decalogo puedo estar seguro de tu benevolencia, porque si es cierto que amas al projimo como á ti mismo, tu crítica en orden á mi será la que tu quisieras que fuera si estuvieses en mi lugar. Si fueses tú el autor y yo el lector no creo te gustase que hiciera notar en tu obra mas errores que palabras; podrias decirme con razon: tu eres un indiscreto, porque si puedes hacer mas que yo corrigeme y dame lecciones y con esto te grangearás fama. Conozco que me pudieras decir esto y mucho mas: pero escucha amigo ó enemigo mio lo que tu quieras porque

yo poco me paro en estas niñerias, pues ya ves que llega á tal extremo mi confianza y familiaridad que te tutéo, y me igualo contigo, haz, digo, lo que tu quieras y juzgame á tu placer, pero no te apresures á criticarme antes de haber reflecsionado sobre las siguientes advertencias:

Primera. Que si mi obra te excita á reir una sola vez, ya me serás deudor de ese buen rato por mas que no sea sino de una alegría momentanea, cuya deuda se renovará en tí cada vez que mi obra te provoque á reir. Sin embargo claro está que si tu caracter es serio, triste ó hipocondrico no reirás á carcajadas, pero no podrás menos de sonreirte que para el caso es lo mismo.

Segunda: No olvides que el fin que yo me propongo en esta obra es landable y digno por demas de todo hombre pensador y de consiguiente de tí, si tú quieres emprender otra igual hazla y no temas mi crítica. Habrá doscientos veinte y siete años que Cervantes nos trazó el camino para combatir á su egemplo todos los vicios y desordenes de la sociedad, haciendoles la guerra como él la hizo á las leyendas caballerescas. El campo es vasto y en la materia que yo he escogido hay pasto abundante para po-

der egercitar la actividad y hacer campear su talento los mayores ingenios.

Tercera: Debes considerar que los flamantes libros de la filosofia moderna cuyas doctrinas refuto aunque no sean de caballeria son sin embargo tanto y mas despreciables que los de Amadis de Gaula y demas de su estofa. ¡Cuantos mayores males no nos han causado estos que todos los caballeros andantes y por andar que han existido en el mundo!

Cuarta: Si los asertos y proposiciones que cito en la obra te parecen disparates no los creas por esto fruto de mi imaginacion, pues que yo tambien lo he leido en letras de molde. Pero andemos claros, para evitar equivocaciones yo te señalaré estos pasages que han sido estractados de otros autores con comillas para que puedas conocerlos y distinguirlos por tí mismo.

Quinta: No te admires si entre tantos ensueños no encuentras los que ha forjado la incredulidad contra la religion, porque prefiero guardar silencio mas bien que escandalizar á mis lectores y sonrojarlos. Facil es conocer que los que han escrito tantos delirios en otras materias no se han quedado escasos en punto á religion.

Secsta: Me atengo á lo que decia uno de los mayores hombres de nuestro siglo, á saber: que preferia la fuerza del raciocinio á la eloeuencia de la diccion, y las cosas á las palabras; por esto he tratado de abrir en esta obra ancho campo á mi imaginacion sin detenerme en la eleccion de voces y frases, procurando unicamente ponerme al alcance de toda clase de lectores.

Tén presente estas advertencias y en vista de ellas me prometo que tu critica no será muy severa. Con ellas doy fin á este prologo y quedo ofreciendo á Dios mis votos para que á ti te ayude y á mi no me olvide.

Paris 19 Marzo de 1837.

Juan Francisco Siñeriz.

EL QUIJOTE DE LA REVOLUCION.

Respetad las personas, condenad los errores.
S. Agustin.

PLAN DE LA OBRA.

Cuando el inmortal Cervantes se propuso sepultar en el olvido las leyendas caballerescas, no se ocultó á su talento extraordinario la dificultad ó mejor diré imposibilidad que habia de lograrlo por los medios ordinarios de la persuacion y conviccion. Estos medios empleados ya por otros sin ningun resultado le hicieron conocer que no se debe apelar al raciocinio para desva-

necer preocupaciones que rayan en delirios. Así es que su imaginacion creadora le sugirió la grande idea de inventar un heroe que enfrascándose tanto en estas leyendas, tomase al fin la resolucion de marchar en busca de las aventuras, tales, cuales habia leido en sus disparatados libros de caballería.

Cervantes puso en ejecucion su pensamiento, hizo salir á D. Quijote en campaña acompañado de un gracioso escudero, cuyos chistes y gracejo descubren á cada paso la ridiculéz de estas aventuras. Su obra fué universalmente aplaudida, la lectura de ella y las picantes respuestas de Sancho ofrecieron agradable pasatiempo á las personas que se dedican á este género de obras. La moral de este libro fué tambien generalizada, logrando completamente su autor, como él mismo dice, el objeto que se habia propuesto de poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas historias de los libros de caballería.

Al ver circular en nuestros dias una leyenda todavía mas perjuicial, he hecho el ensayo de dár á luz otro Quijote á fin de desterrar de la sociedad por el mismo medio que Cervantes, tantos libros inmorales,

doctrinas anárquicas y corrompidas, principios subversivos y elementos de desorden que tan profusamente se han esparcido por todo el mundo civilizado. Y dificilmente se atacará este daño sino se corta en su raiz.

No he tomado de la obra de Cervantes mas que la idea. A su imitacion supongo igualmente que otro héroe se aficionó tanto á la lectura de estos libros que dió en la estraña locura de emprender una regeneracion universal. A este efecto nuestro héroe se dirige á París. A su llegada procura contraer relaciones y amistad con algunos jóvenes que se preciaban de filósofos modernos. Estos le conducen á una academia subterránea, donde se discutian graves y trascendentales cuestiones, se profesian con veneracion los nombres de algunos autores y se controvertian sus doctrinas; resultando de todo esto la resolucion que se tomó de hacer un trastorno general en las ideas, usos y costumbres de los pueblos, segun ecsijian la nueva escuela y luces del siglo. Dióse comision á nuestro héroe de ir á predicar y encarecer la nueva doctrina por toda la superficie del globo, como que se le consideraba el filósofo mas aventajado. Emprende este su mision acompañado de un ayuda de

cámara, como en otros tiempos lo hizo D. Quijote de la Mancha y su escudero. Las aventuras del primero en nada se parecen á las de este último, sin embargo son características del siglo que se ha querido apellidar de las luces, luces que ofuscaron ó mas bien cegaron la luz de la razon de nuestro héroe. En consecuencia de la resolucion tomada se refiere en esta obra lo que le sucedió en las espediciones y correrías que hizo en Lila, Calais, Amiens, Orleans, Tours, Nantes, la Vendée y Burdéos, ciudades de Francia que recorrió, pero como la comision de que estaba encargado abrazaba nada menos que la regeneracion universal, le dió la academia órdenes de hacer un viage al rededor del globo, y prodigar por todas partes libros que derramasen por el mundo las semillas de la nueva doctrina.

Para llenar esta mision se embarcó en Burdéos en el mes de Octubre de 1788, estando siempre en la confianza de que un feliz suceso coronaria sus esfuerzos y llevaria á cabo la idea de reformar el mundo, segun él se habia imaginado. El héroe prosiguió su viage hacia la isla de Madera, desde allí se fué á Canarias. Despues se dirigió á la isla de Cuba, se detuvo en la Habana,

pasó por Vera-Cruz, desde donde tomó la derrota del Cabo de Buena-Esperanza, isla de Madagascar, el mar rojo, costas de la Arábia, la Persia, isla de Ceylán, y costas de Coromandél y Bengala. En seguida se encaminó á la isla de Sumátra, Malaca, Batavia, isla de Bornéo, Filipinas, la China, el Japon, Islas Marianas y costas del mar de Kamtschatka. Dió la vuelta por el norte de América, la California, Acapulco, Lima, el Cabo Hornos, el Brasil y tocando en Buenos-Ayres regresó finalmente á Francia para dar cuenta de su comision. Pero antes de saltar en tierra supo ya todas las desgracias que ocurrieron en ella en la espantosa revolucion del año 1789; la relacion de estas horrendas escenas hizo tal impresion en su ánimo que cayó gravemente enfermo. Durante su convalescencia recobró el ejercicio de sus facultades intelectuales, de las que se hallaba privado muchos años habia, pero esto no sirvió mas que para hacerle sentir con mayor viveza el peso de su desgracia. Vió en efecto que la revolucion le habia despojado de su inmensa fortuna, causado millares de victimas y la total ruina de su patria, recordóse que él mismo habia provocado la revolucion y los males

y sangrientas escenas que durante el vértigo revolucionario tuvieron lugar en Francia. Esta reflexion le oprimió de tristeza, la que no le dejó hasta la muerte. Sucedió esta en la isla de Jersey con mucha resignacion de nuestro héroe, habiendo antes abjurado sus errores y extravíos. Dejó escritos muy interesantes que pueden considerarse como otras tantas lecciones de la verdadera moral que adquirió despues de haber conocido por esperiencia al mundo tal cual es, y no á la moderna y flamante como él se lo habia imaginado.

Con esta ocasion se describe en esta obra todo lo que hay de mas curioso é interesante en la historia de todos los paises recorridos por el héroe, señalando las leguas que hay de distancia de un punto á otro. La religion, las costumbres, comercio, industria y producciones de estos diferentes paises han sido sometidas á un severo análisis. En ella se hallará un resumen de lo mas importante de la historia de Rúsia, de la China, del Japon y de todos los demas lugares y paises que fueron visitados por Mr. Le Grand. Al mismo tiempo se pone constantemente á la vista el comercio que hacian los antiguos en las Indias

Orientales, en parangon con el que se hace hoy dia, desde que los Portugueses descubrieron el paso de estos paises por el Cabo de Buena Esperanza, cuya circunstancia hace esta obra digna de ser colocada al lado de las que adornan las mejores Bibliotecas.

Me he propuesto hacer ver por esperiencia los errores y estravios de nuestros tiempos, y á este fin he reasumido en el libro cuarto la historia de la revolucion francesa; añadiendo al fin algunos textos de la Sagrada Escritura para combatir las doctrinas revolucionarias.

Para generalizar la lectura de su D. Quijote, Cervantes trató de conservar el caracter de Sancho siempre jovial y festivo, y á su egemplo se procura tambien en esta obra que el ayuda de cámara de Mr. Le Grand sea siempre chistoso y satirico; ciertamente que el fin que se propuso Cervantes, en querer desterrar los libros de caballeria fué util é interesante, pero el que yo me propongo es todavia de una utilidad mas incontestable, y de un interés mas general dirigiendose, como se dirige, á poner en ridiculo tantos libros y doctrinas que estravian á la juventud inexperta, la conducen al precipicio y sepultan en el abismo de

dos libros con ecsactitud. Por ultimo en los libros tercero y cuarto á favor de la debilidad del Gobierno y la buena acogida que tuvieron unas ideas que aunque repugnantes á la razon halagaban el amor propio y cebaban al hombre en sus goces y pasiones, se ofrece en globo el resultado de su aplicacion presentando la asombrosa revolucion del año 1889 que llenó á la Francia de luto, de sangre y de pavor. ¡Ojalá escarmiente el Mundo con su ejemplo! El autor señala en el libro cuarto las causas de tan terrible sacudimiento, atribuyendolas en la mayor y casi única parte á la circulacion de libros inmorales, licenciosos y obscenos, á manera de impuras y corrompidas fuentes donde bebieron los que figuraron como actores ó auxiliares de aquella catástrofe y drama sangriento.

La generacion presente que azorada vuelve las espaldas hácia aquel teatro de horrores y con triste desengaño huye de su repeticion ha acogido esta obra con benevolencia y aplauso de los que gustan entregarse á la discusion de materias políticas y filosoficas, las cuales se hallan tratadas en ella, de modo que puedan comprehenderse por toda clase de personas, y amenizadas con el chiste de Petit-Jean. En Paris fué donde se publicó por la primera vez y esto ofrece ya un claro testimonio de que salimos de la tirania filosofica y de aquel tiempo intolerante en que dominaba el terror y el espíritu de partido para entrar en una nueva era de verdadera ilustracion y mas razonable libertad á cuya sombra se discuten y se leen toda suerte de doctrinas y de escritos.

¿Quien dijera que los parisienses se entregáran con avidez ni aun contemplaran con fria calma un libro en que se ridiculizan, condenan y anatematizan los

errores que abortaron la revolucion, en el mismo lugar de la escena donde el volcán revolucionario abrió su crater horrendo y donde aun en todas partes existen estampadas sus huellas! El espíritu tolerante del siglo nos dá á conocer que caminamos á la perfeccion y asi aconsejamos la lectura de esta obra como dirijida á este fin y al de desarraigar de entre nosotros ese deseo de innovaciones tan fecundo en discordias, guerras y revueltas intestinas.

EL QUIJOTE

DE LA REVOLUCION.

1ª PARTE.

LIBRO PRIMERO

CAPITULO 1º.

Origen de la casa y fortuna del heroe. Sueño fatal que ocasionó la enfermedad de su padre, la cual poco despues fué seguida de su muerte.

En una de las mejores Ciudades de Francia vivia á mediados del siglo diez y ocho un comerciante, cuya inmensa fortuna le colocaba al nivel de los mayores capitalistas de Europa. Sus bageles sulcaban los mares en todas direcciones, era inmenso su crédito en cuasi todas las ciudades mercantiles del globo, y no habia operaciones de banco en Paris, Londres ó Amsterdam en las que él no estuviera interesado. Gozaba tambien de gran valía en la Corte por haber socorrido en tiempo de penuria á las

personas mas ilustres de la Monarquía. Á tantos elementos de prosperidad y de riqueza se añadia un gran número de manufacturas de su invencion que circulaban asi por el Sud de la Francia como por las demas provincias del Reyno. Baste decir que si hubiera podido realizar su fortuna de un dia á otro, igualara á la de los mayores Principes y potentados de Europa. Volvamos ahora la vista á las demas circunstancias de este hombre.

Hacia seis años que habia perdido á su esposa y este accidente vino á turbar la dicha de que gozaba y convertirla en afliccion amarga. Afortunadamente le habia quedado un hijo que formaba el objeto de sus delicias, y cuya sola presencia bastaba para desterrar de su ánimo la melancolía y endulzar los momentos de pesadumbre. Estaba dotado de un escelente caracter, era hermoso, vivo y de un talento poco comun, el cual el padre habia procurado cultivar enseñándole principios de religion y virtud, correspondiendo tambien el hijo por su parte con unas costumbres tan puras que su conducta pudiera presentarse á la juventud por modelo.

Este jóven estaba ya impuesto de los li-

bros de comercio y demas asuntos de la casa. Fuera de esto poseia otros conocimientos adquiridos con su aplicacion al estudio, ayudado de su genio perspicaz. Asi que descansaba de estas ocupaciones no hallaba cosa mas agradable que ir á buscar á su ayuda de camará, que era un mozo de su misma edad con el que se habia criado, para solazarse y divertirse juntos. Este era su único compañero, su confidente y en una palabra su mas íntimo amigo.

¿Qué es lo que podia faltar á este rico Comerciante para ser del todo dichoso? Padre de un hijo que nunca le habia dado disgusto alguno, favorecido de la fortuna con inmensas riquezas, pacífico y benéfico ciudadano, amado de todos sus compatriotas, con razon se pudiera creer que nada se opondria en adelante á la felicidad de que gozaba. ¡Mas, cuan mudable é incierta es la condicion del hombre! ¡Cuantas veces todos nuestros gozos y placeres se disipan como el humo por causas livianas! Pero qué, ¿acaso el hombre mas feliz vendrá á ser desgraciado por un frívolo motivo? Oh! Si, tal es el hombre; y ¡ay de aquel que se obstina en no reconocer su propia miseria en medio de la mayor opulencia! Un

sueño, nada mas que un sueño acibaró todos los placeres de este rico comerciante; y desde entonces, ni el amor de su idolatrado hijo, ni la idea de poseer tan gran fortuna, ni la estimacion de sus conciudadanos pudieron disipar de su corazon la profunda melancolia que le condujo al sepulcro.

Este hombre quiso celebrar el aniversario del nacimiento de su hijo, y con este fin convidó un gran número de personas. Despues de comer, todos procuraban divertir al padre refiriéndole las bellas cualidades que adornaban á su hijo. Los unos hablaban de su habilidad, otros de su talento, quien admiraba su belleza, quien su caracter ó la estension de sus conocimientos. ¡O cuan dulce debe ser para un padre escuchar las alabanzas de su hijo! Asi es que este hombre enagenado de placer, muy lejos estaba de pensar que una hora mas tarde encontraria en su hijo el gérmen ó la causa del mal del cual debia sucumbir.

Los convidados se habian retirado ya, y el amo de la casa se disponia á descansar un poco, pero como la imaginacion nos representa de ordinario durante el sueño las últimas ideas que hemos recibido, este rico

comerciante que se habia dormido con la impresion de todo lo que habia oido decir de mas amable y lisongero sobre su hijo, persistiendo en la misma idea se decia á sí mismo: «Oh sí, mi hijo es un prodigio de la naturaleza, mi fortuna á qué grado no ha de llegar con su ayuda? Yo la debo por decirlo así á la casualidad, porque qué me sé yo, ni qué conocimiento tengo de las producciones de las costas de Malabár, de Coromandél y de la Cochinchina? el mismo que para saber las ventajas que hay de transportar de la China á la América ó de la América á la China. Mi hijo me adelantará en esto con mucha satisfaccion mia, pues sus estudios y el desarrollo que vá á dar á su inteligencia presto le pondrán al alcance de todo esto y mucho mas, y entonces no dudo en afirmar que mis capitales aumentarán por mitad. Hoy dia no cuenta mas que veinte y un años, á los veinte y cinco su razón cobrará fuerzas, y por poco que prospere la casa con su administracion durante seis años, mi fortuna llegará á ser incalculable. Ay de mi! que no pueda ver todo esto y gozarlo á mi sabor!

Aqui llegaba este desdichado, cuando fué herida su imaginacion por la presencia

de una nube espantosa que lanzaba por todas partes abrasadoras centellas, al mismo tiempo parecia oirse el sordo estampido del trueno. Al instante ve salir del centro de una coluna brillante que apareció en medio de la nube un espectro horrible que con voz desmayada y sepulcral le dijo: = Dispierta miserable mortal y acuérdate de la nada de tu origen. Sabe desde este instante que todas tus riquezas con las de una infinidad de personas serán reducidas á pavezas por tu propio hijo; que si tu tienes la desgracia de hablarle de esta prediccion se arrancará la vida para evitar su cumplimiento y desde el mismo punto ambos dejaréis de ecsistir. = Dijo, y desapareció la sombra.

Apenas se recobró de esta pesadilla cuando el desgraciado padre recorrió como un insensato todos los aposentos de la casa, llamando á su hijo á grandes voces. ¿Qué es lo que ha de sucederme, exclamó con el acento de la desesperacion? Yo he de ser el mas desgraciado de todos los hombres? A estos gritos acudió su hijo el primero seguido de los criados de la casa, todos procuraron ofrecer á su amo los socorros que reclamaba su triste situacion, los cuales él se empeñó en rehusar con una porfia increi-

ble. Le hallaron apoyada la cabeza en sus manos y con los codos sobre una mesa, cuya posicion conservó por espacio de una hora que fué el tiempo que duró en su imaginacion la lucha entre las ideas del momento y la terrible prediccion que todavia le parecia oir. Acongojado y fuera de sí, se metió en cama habiendo antes prohibido que enviaran á llamar al Médico ni que le preguntaran la causa de su enfermedad; se negó tambien á tomar alimento y no cerró los párpados en toda la noche, siempre temeroso de que por segunda vez no se ofreciera á su imaginacion el espectro para repetirle su terrible vaticinio.

Al dia siguiente se encontró pálido y estenuado, tanto le habia alterado el insomnio de la víspera, sin embargo se levantó al rayar el dia para irse al cuarto de su hijo; pero apenas llegó á la puerta que mudó de idea y se fué al jardin sin ser visto de ninguno de sus criados. Luego que estos dispertaron, su primer cuidado fué el de ir á ver á su amo, mas como no le hallasen en su cuarto dieron voces por toda la casa, acudió tambien el hijo y entonces fué una escena de dolor lo que pasó con este jóven que presagiaba nuevas desgracias y estaba

inconsolable por la pérdida de su padre.

¡Oh mundo, cuán engañosas y pasageras son todas tus ilusiones! ¡Y qué! Un sueño puede bastar para acortar los dias del hombre mas favorecido de la fortuna? ¡Ay del hombre! cuantas veces muere bajo el influjo de un sol que no ha entibiado aun las cristalinas aguas de un arroyo, ó sucumbe al blando soplo de un aire que no ha sido capaz de apagar la débil llama de una luz. ¡Miserables mortales, los que hoy os reputais felices sois con frecuencia los desgraciados del dia de mañana! La distancia del cuarto al jardin señalaba aquí la distancia que habia del consuelo á la mas amarga pena, tal es el camino que separa la vida del sepulcro.

Todos estaban en la mayor consternacion y tan cruel estado durara mucho tiempo, si no hubiera ocurrido á alguno la idea de mirar al través de un corredor que conducia al jardin. Con efecto vieron allí á su amo que con tranquilidad y sosegadamente se iba paseando por entre los cuadros inmediatos al estanque. Informado su hijo corrió á lanzarse en los brazos del anciano padre, pero cual fué su sorpresa al ver que le rechazaba de sí y que con voz trémula le dijo:

«Si ambos hemos de perecer plegue al Cielo que vivas tú y perezca yo. Quédate tú, hijo mio, y disfruta de los placeres engañosos de la vida. No pretendas conocer mi mal porque es superior á los secretos del arte. Yo siento acercarse mi última hora y solo quiero que te persuadas que es de todo punto indiferente vivir en este mundo algunos años mas ó menos, de este modo suportarás con resignacion el cruel golpe que á todos nos espera segun la imperiosa é inecsorable ley de la naturaleza. Pero ¡ay de mí! que quizás no está lejos el dia en que olvidarás á tu padre y los desvelos y afanes que le ha costado la inmensa fortuna que vás á poseer junto con su afectuosa bendicion....» Dijo, y tomando del brazo á su hijo se hizo conducir al cuarto en donde reusó de nuevo manifestar la causa de su enfermedad apesar de las vivas instancias de todos sus criados. Tal fué la impresion que hizo sobre su ánimo el sueño en que se le había recordado la nada de su origen.

Y ¿es posible que no hubiera advertido este rico comerciante mas que esta vez lo que el cuadro de la vida humana ofrece á la vista á cada instante? No habian muerto ya sus padres, sus deudos, sus amigos y sus ve-

cinos? No veia todos los dias morir asi los mozos como los niños recien nacidos? Porqué pues debia creerse privilegiado y ecsento de esta ley universal? ¡Ah! si por lo menos este hombre fuera el único que pasa su vida como si no debia morir jamás! ¿Como vivimos por lo comun? Pensamos acaso en la muerte cuando perdemos el tiempo en proyectos insensatos de un lujo frívolo, ó procuramos que no llegue á nuestros oidos el grito de dolor de tantos desgraciados que para vivir como hombres se ven precisados á trabajar como animales? Pero volvamos otra vez á tomar el hilo de nuestra historia.

Todos estaban desconsolados; el hijo atónito, los dependientes anegados de dolor; y cómo ha mudado? decian unos, es inevitable su muerte, añadian otros; y todos generalmente se lamentaban de una pérdida que consideraban irreparable; pero cuanto mayor no hubiera sido su sentimiento si columbraran en el porvenir otras pérdidas harto mayores y que amenazaban á todos ellos!

A la hora que el enfermo tuvo á bien llamó á todos; habia dispertado de un sueño profundo que en lugar de calmarle le agitara sobremanera, ocultó cuidadosamente la vision y fatal prediccion de que

hemos hablado; mostróles una calma que interiormente estába muy lejos de sentir y ayudado de su hijo y de algunos criados probó de dar algunos pasos por su cuarto; pero todo fué inútil, las fuerzas le habian abandonado y su postracion era tanta y de tal modo se agravó su mal, que falleció al tercer dia despues que le sobrevino el accidente.

El lector nos dispensará de entrar en minuciosos detalles relativos al dolor que naturalmente debia causar esta muerte á su virtuoso hijo, sobre que le amaba tiernamente y era del mismo modo correspondido, alimentaba todavia en su pecho los generosos sentimientos de la naturaleza; y este amor reciproco entre padres é hijos no se borra jamas à menos que se reciba una educacion viciosa que lo destruya. Se entregó pues este desventurado hijo á todo el exceso de su dolor á pesar de todo lo que hicieron sus parientes y amigos para distraerle, El golpe habia sido terrible y de consiguiente no podia llegar para él el consuelo sino muy tarde.

Los dependientes y criados sintieron tambien esta pérdida porque habian recibido pruebas inequivocas de su beneficencia, pe-

no les consolaba la esperanza de hallar en el hijo un digno sucesor de su padre. Ninguno se sentia con bastante presencia de animo para ocuparse en las exequias, hasta que uno de los amigos de la familia lo tomó á su cargo y se llevó á su casa al desgraciado joven, cuidando de todo lo demas.

Despues de los funerales y ceremonias de costumbre el amigo de la casa quiso poner al hijo en posesion de su rica herencia, pero no era todavia tiempo. Las llagas de su corazon estaban demasiado frescas y asi fué que este joven mostró deseos de abandonar no solo su casa paterna sino tambien su ciudad nativa para evitar la vista de todos los objetos que le recordaban la muerte de su padre. Hacia en él tan grandes progresos la melancolía que si no hubieran procurado distraerle habria sin duda tenido el mismo fin que su padre. Para poner remedio á esto el amigo de la casa convocó un consejo de familia, en el que se decidió otorgar poderes al primer dependiente para continuar el comercio en nombre del heredero, y que este se iria á viajar para recobrar la calma de espiritu que le era tan necesaria. Fué pues resuelto por unanimidad que el huerfano se iria á Paris acompañado de su ayuda de cá-

mara con quien se habia criado y que éste procuraria distraerle en cuanto le fuera posible. Era de esperar que llegados á la Capital de Francia se apresurarian todos sus corresponsales á ofrecer sus servicios á este joven y mitigar sus penas; á este efecto fué dispuesta una silla de posta y al dia siguiente por la mañana se pusieron en camino y dejaron tras de sí la ciudad que les habia visto nacer.

Capitulo 2.º

Emprende el heroe el viage á Paris acompañado de su ayuda de cámara, cuyo festivo carácter empieza á manifestarse por una enfermedad fingida que á poco mas le hubiera costado muy cara.

Al amanecer del dia destinado á la partida los dos compañeros de viage amo y criado se pusieron en camino decididos á hacer cortas jornadas para su mayor comodidad y poder pasar el tiempo mas alegremente. Una profunda melancolía se habia apoderado del joven durante su permanencia en la casa de su amigo, cuyo sentimiento se habia renovado al despedirse de sus

parientes y amigos y todavia lo alimentaba, sin que la perspectiva de un viage á Paris ni los nuevos objetos que se ofrecian á su vista pudiesen hacerle olvidar la reciente pérdida de su amado padre. En vano trataba su criado de llamar su atencion hacia las colinas que se descubrian á lo lejos no por esto dejaba el abatimiento y tristeza en que parecia abismado, haciéndole como indiferente á todo. El ayuda de cámara que tenia un si es no és de bellaco y socarron trató de discurrir algun medio para distraer á su amo, creyendose obligado á ello por la preferencia que le habia dado sobre los demas criados. No le faltaba á este ingenio y travesura, á mas de que se hallaba bastante instruido en las doctrinas de algunas obras, cuya lectura le habia aconsejado su difunto amo. Este criado era naturalmente jovial, ingenioso y satírico, animaban su figura unos ojos vivos y penetrantes, que le daban un no sé que de taymado, tenia la nariz aguileña, cara larga, cuerpo delgado y la estatura mediana; á bien que su cabeza no llegase á los hombros de su amo, pero en desquite estaba dotado de una singular destreza en todos sus movimientos, cuya rapidez igualaba á la que su imaginacion imprimia en sus ideas.

Como se creia obligado á curar á su amo de su enfermedad moral para descargo de su conciencia y para satisfacer al afecto que le habia mostrado, discurria consigo mismo de este modo: si provoco una conversacion séria con mi amo, como ya he probado, á buen seguro que no lograré otras respuestas que los monosilabos por los cuales quiere evadirse de la necesidad de responder, y por consiguiente no le abandonará tampoco la idea de la muerte de su padre. Me conviene, pues, buscar otro medio que produzca el efecto que deseo, aunque no sea mas que por algunos instantes, mientras tanto meditaré y tendré el recurso de inventar otros sucesivamente. Le curaré, le haré reir (aunque para esto es demasiado pronto), y no desconfio de arrancarle esta cruel melancolia que le conduciria al sepulcro como á su padre, si yo no le hallase algun remedio. Pese á mi! Y de que sirve la tristeza? Por ventura debe uno dejarse morir porque los otros se mueren? O no! Dios nos lo prohibe. Pardiez que es gran necedad ir buscando pesadumbres que nos maten; por ventura siempre que la muerte nos sale al encuentro, no llega muy presto? Voy á probar si puedo escitar en mi amo una idea di-

ferente de la que le ocupa en este momento, y que parece quiere taladrarle los sesos; á ver si me saldrá bien.

En esto empezó á dar grandes alaridos, ¡Ay de mi, decia, yo muero! Por Dios que detengan el coche...... Yo estoy malo, mi corazon y mis entrañas se abrasan, dénme una lavativa de agua helada porque repito que me abraso y no parece sino que mi vientre está en medio de las llamas: aprisa, aprisa; ayuda ó me muero......

═ Que es esto, le dijo su amo, que es lo que tienes Juan, que asi se llamaba el ayuda de cámara, te ha atacado algun dolor cólico? Que harémos de parâr el coche si no podemos darte ningun socorro? Deja que llegemos al primer lugar que se encuentre, ¡Oh dolor! ¡Y que será de mi si te mueres y me dejas aqui solo! Valor, amigo, apresurémonos á llegar en poblado, pero qué es lo que te duele? ═ No parece respondió Juan, sino que todo el fuego del infierno se ha recogido en mis entrañas, me abraso, amo mio, tened piedad de mi y procurad por lo menos que el postillon vaya mas despacio porque el traquetéo del coche me parte el alma. Dió el amo las ordenes convenientes al postillon para que no an-

duviera tan aprisa é hiciera lo que pedia Juan, quien conociendo el temor que manifestó su amo de quedarse solo echó de ver el buen resultado que tendria el proyecto que habia concebido.

Llegados los dos viageros al primer lugar se fueron inmediatamente á la posada, el amo de Roberto pidió un cuarto y encargó al posadero y demas de la casa que tuvieran buen cuidado de su criado mientras que él iba á buscar el Medico. Preguntó antes donde este vivia y le respondieron que para los menesteres del lugar bastaba un Cirujano que vivia á dos leguas de alli, pero que toda vez el caso era urgente podria acudir al barbero que era buen sangrador y mejor dentista. Fuese el joven al momento en casa del barbero, á quien halló en su tienda rascando una mala guitarra, suplicóle encarecidamente que fuera sin tardanza á administrar una lavativa de agua helada á su criado que se hallaba atacado de un dolor colico. Eso no lo haré yo, dijo el barbero. Para curar el colico no hay mejor remedio que las lavativas de agua muy caliente, y bien cargada de sal y vinagre, á mas de que tampoco seria posible hallar agua helada, puesto que no hay hielo en el

lugar. Tomó el barbero el instrumento operatorio y acompañado del joven huérfano se fué á la posada, entró en la cocina y pidió que le dieran luego agua caliente, sal y vinagre, y asi armado se presentó en el cuarto del enfermo á quien encontró acostado boca arriba — Al revés, hermano, dijo el barbero luego que le vió de este modo, echaos boca abajo, porque asi no hariamos nada. Juan que en su vida habia tomado bebidas de este modo y apenas se acordaba de haber leido en una obra de medicina el uso á que estaba destinado aquel instrumento, se incorporó inmediatamente, se sentó en la cama y con tono lastimero: — Por Dios, señores, dijo, volviendose á su amo, y al imperturbable sangrador que le miraba de reojo; por Dios que es lo que quieren hacer de mi? yo ya no siento ningun dolor. —No importa repuso el dentista, someteos á recibir este benefico remedio, de lo contrario no respondo de vuestra vida por dos horas. — Que es lo que decis, esclamó el joven? Ah Juan! querrás tu dejarme solo, fuera de mi casa y abandonado á mi desventura? Como será posible! Despues de haberte entregado mi confianza, y elegido entre todos mis criados y tratado no como tal,

sino mas bien como un compañero de viage quieres esponerme á perderte como perdí á mi amado....... —Basta, dijo Juan, porque ya veo donde vais á parar. Convengo gustoso en que hagais de mi todo lo que querais, siquiera no fuera mas que para evitaros este amargo recuerdo; pero seame licito amo mio, entablar una discusion con este barbero. Luego volviendose al sangrador, á ver amigo, le dijo, chanzas á parte, por donde, quereis que mi cuerpo reciba el brebage que traeis en ese caño de plomo? — Toma! respondió el dentista, por el conducto inferior. — Ah imbecil! Trastornador del orden de la naturaleza, replicó Juan con tono ayrado, bien se conoce que sois un ignorante y un idiota. Como recibiré por abajo un remedio que me sea preciso restituir por arriba? Jamas hubiera pensado tal bestialidad de vos. El barbero montado en colera de verse insultado por un miserable ayuda de cámara tomó un ayre de gravedad que hubiera provocado la risa del hombre mas hipocondrico y con una voz de trueno le dijo: — Estupido! salvage! porque os meteis á hablar de cosas que no comprendeis y cuya esplicacion no atañe sino á aquellos que las han estudiado ex-profeso?

No sirve tambien la boca para espeler los alimeutos que podrian fatigar el estomago? pero dejemonos de discusiones, y preparaos á recibir el brebage destinado á corregir los efectos de vuestra glotonería, de lo contrario no estrañaré que quedeis imposibilitado dentro de una hora de tomar ningun remedio. El joven amo que oyó de boca del Doctor del lugar semejante prediccion tomó una actitud humilde y con tono sumiso dijo: —Dejate de disputas querido Juan, yo te lo suplico. Cada uno entiende de su oficio; no rehuses dirigirte por el sangrador, de quien me prometo que te curará, y si necesario fuese, te lo mando. Basta prosiguió, volviendose al barbero, haced vuestro deber y sacadnos cuanto antes de este mal paso. —Ahora si que es imposible, señor, respondió el Cirujano: el agua se ha enfriado, esperen un minuto que la voy á calentar en la cocina y luego vuelvo. Quedaronse solos amo y criado y este dijo al primero: —Linda pieza me habeis jugado, y lo peor es que ha sido por mi culpa, pero no ha llegado todavia el tiempo oportuno de descubriros mi pensamiento y esto me hace sufrir con resignacion los remedios que quereis adminis-

trarme; mas habeis visto un idiota igual á este barbero? No es bueno, que crea que yo soy un gloton, cuando vos sabeis bien que no hemos tomado el menor alimento desde que nos pusimos en camino? — No importa Juan, repuso su amo, quizás que tu mal viene de lejos, tu no ignoras las pesadumbres de estos últimos dias. — No mas querido amo, dejemos esto y llamad á ese bestia, en cuyas manos entrego todo mi cuerpo. Ya llegará el dia en que sabreis el verdadero origen de todos mis males, pero hoy no puedo revelároslo. En esto pareció el barbero á la puerta del cuarto y con voz algo ronca dijo al enfermo:—Valor, hermano, voy á introduciros la salud en el cuerpo, y al decir esto se puso los anteojos y descubrió la parte de Juan en que debia practicar la operacion. Cuando Juan se vió en aquel trance le cogió tal pavor que su primer efecto fué una relajacion involuntaria de vientre á consecuencia de la cual inundó la cara y anteojos del barbero. Picóse este del mal lance, pero al fin tomólo por adeala del oficio, y retirandose sin operar dijo al enfermo: — A fé, hermano, que no será vuestra comida de plantas aromáticas, ni vuestra bebida agua de colónia. Sin embargo conviene que ope-

re, y despojandose al instante de la ropilla que traía para no mancharla volvió á Juan para administrarle la lavativa que tenia preparada; la cual era tan caliente que hizo dar un grito al enfermo, pero como el Cirujano sabia muy bien sufrir los males agenos volviendose á él le dijo en tono socarron. —Tened paciencia, hermano, por amor de Dios, porque mucho mas sufrió nuestro Divino Señor por nosotros. Vos ya estais sano, yo os lo aseguro, pero en adelante tened cuidado en que no os suceda lo que conmigo ha sucedido; porque no siempre hallareis sangradores tan pacientes como yo.

Concluida la operacion se despidió el barbero y fué segun dijo á ver otros enfermos, acompañóle el amo de Juan hasta la puerta para pagarle sus honorarios, pero antes quiso adquirir el instrumento operatorio, en lo que consintió el barbero de muy buena gana mediante cuatro francos. Pusóseles el joven en la mano y obligó con esto al Cirujano á hacer muchos cumplimientos por la prueba inequivoca que le acababa de dar de su generosidad y luego bajando la escalera no cesàba de repetir gracias, señor, gracias, yo os lo agradezco. Asi que

llegó á la calle se acordó que habia olvidado advertir al amo de Juan donde vivia, por lo que volviendose á la posada dijo: — Perdonad, señor, una distraccion; he oido decir que vais á Paris, y si asi fuese no olvideis que yo me llamo Juan Lazaga y que si alguna vez caeis enfermo vos ó vuestro criado, no teneis mas que remitir una consulta con el importe de mis honorarios que yo procuraré contestaros á la mayor brevedad y á vuestra satisfaccion.

A este tiempo el brebage habia ya producido su efecto y de tal modo que precisó á Juan á bajar de la cama mas de veinte veces. Su amo llamó á la puerta, pero el criado le respondió con voz desmayada que tuviera la bondad de retirarse si no queria respirar una atmósfera algo cargada. El joven se retiró en efecto y se fué á ver al posadero para informárse de las producciones del pais y de las cosas mas notables del lugar, despues subió en donde tenia el bufete para tomar nota de todo, con la esperanza de estenderlo mas á la larga con las demas circunstancias de su viage luego que llegase á Paris. El inesperado accidente de Juan aprovechó bastante para desvanecerle las tristes ideas que nunca le habian abandonado

desde la muerte de su padre. . . . . .

De vez en cuando despedia algunos suspiros, pero se ocupaba al mismo tiempo en discurrir el genero de vida que adoptaria en llegando á Paris. Desde luego resolvió guardar en la capital el mas estríeto incognito, toda vez que llevando como llevaba las faltriqueras bien provistas de dinero y su cartera de letras de cámbio, se hallaba dispensado de la necesidad de recurrir á ninguno de sus corresponsales. De este modo evitaba las visitas importunas que se oponen á la independencia, y podia mas á su placer frecuentar los teatros, paseos y lugares publicos; determinólo pues así y propuso hacerse acompañar unicamente de Juan para evadirse de las miradas de tantos curiosos como se encuentran en esta moderna Babilonia. Tenia tambien el jóven huérfano intencion de recorrer todas las bibliotécas y librerias de Paris para beber en aquellas fuentes una instruccion sólida que le diera á conocer en lo sucesivo, porque segun lo que habia leido, le parecia que la capital de Francia era el mas fecundo manantial de los conocimientos humanos. No pensó por entonces entregarse á la lectúra de libros perniciosos, quería aprovecharse unicamen-

te de su permanencia en Paris para adquirir aquellos conocimientos necesarios al efecto de poder dar otra direccion á los negocios de su casa y acrecentar su fortuna. Esta idea se la habia sugerido su padre en las varias conversaciones que habian tenido lugar entre los dos algun tiempo antes de su muerte. El corazon humano jamas encuentra limites á su desmedida ambicion, una vez empeñado en los calculos de la fortuna; asi es que el padre de este joven hablaba con él á menudo de los proyectos de engrandecimiento que le ocupaban sin cesar. La vida del comerciante es azarosa y agitada de continuo por aquel espíritu especulador que le hace siempre pensar en los beneficios que espera, de manera que es sumamente dificil que se satisfaga con aquella dulce mediania que constituye nuestro bienestar y la verdadera dicha, á la cual puede solo aspirar el que no se deja dominar del dinero. Es general en todos los padres la creencia de que sus hijos son como milagros de la naturaleza, porque el amor paterno les venda los ojos y les impide distinguir su verdadero merito de sus defectos. El padre de este joven habia conocido en su hijo cierta

natural viveza y disposiciones poco comunes que anunciaban un hombre eminente, pero como creia que nada habia en el mundo comparable con el capital de un rico comerciante inculcaba estas macsimas á su hijo en cuantas conversaciones se le ofrecia la ocasion. Se persuadia llegar al colmo de la dicha y de sus proyectos si tenia el gusto de oir decir algun dia que su casa de comercio era la principal del globo; como si la fortuna inmensa de que ya gozaba no fuera capaz de contentar los deseos de un hombre que debia pensar que tarde ó temprano le cogeria la muerte y le obligaria á dejarlo todo. Por desgracia este hombre afortunado habia meditado muy poco sobre esta idea, por esto hizo tanta impresion en su animo la vision y funesta prediccion que le causó la muerte; pero tomemos otra vez el hilo de la historia de nuestro héroe.

Juan se hallaba un tanto mas aliviado, y asi llamó al mozo de la posada para levantarse mientras se disponia y perfumaba su cama. Una de las doncellas del meson daba á barrabás la enfermedad del viagero y juró mil veces que no se quedaria á servir en aquella posada aunque le dieran veinte francos mensuales. Limpió sin

embargo el cuarto y cama y advirtió al amo de Juan que siempre que lo tuviera á bien entrase á ver al criado. No se hizo de rogar el joven amo y al entrar felicitó á Juan por hallarle fuera de peligro.
—Toma! contestó el criado á fé que no ha habido otro peligro que aquel en que vos y el maldito sangrador me habeis puesto. Plegue á Dios que este no vuelva, porque si no, bien sabré vengarme de su ignorancia...
Procuró el jóven consolarle y le dijo que habia hecho la adquisicion del instrumento operatório, porque lo creia muy del caso, para lo que de nuevo se ofreciese. Interrumpióle el criado para pedirle algun alimento, pues en veinte y cuatro horas no lo habia tomado y se hallaba muy estenuado y debil. —Yo os aseguro, prosiguió, que el principio de nuestro viage nada ha tenido de maravilloso y menos de economico; apenas hemos andado seis leguas y nos vemos ya obligados á detenernos y á pasar por el gasto de los postillones y caballos: felices aun, si al llegar á París no nos encontramos con otros barberos como el de este lugar.
—No te inquiete esto dijo el amo; porque en cuanto á mi me es igual vivir aqui ó en otra parte, y en teniendo dinero don-

de quiera se puede vivir. Por lo que á tí toca lo que has de procurar es cuidarte y dejate del gusto, que si tenemos salud nada nos faltará. Si tu consigues distraerme y desterrar de mi la profunda tristeza que me asalta de continuo, todo irá bien y saldrá á medida de nuestros deseos, gracias al dinero y letras de cambio que traemos en las balijas; pero voy á dar ordenes para que te cuiden bien á fin de que puedas restablecerte pronto porque estoy con vivos deseos de verte jovial y alegre como cuando estabamos en casa. Oh! que feliz vivia yo entonces contigo!

En esto se fué á ver al posadero para encargarle que tuviera todas las consideraciones y cuidase del criado de igual modo que si fuera el mismo y en seguida ordenó que trajesen algun alimento, del cual el enfermo parecia tener bastante necesidad.

Estaba aguardándole Juan solo en su cama y no le pesaba del ardíd que habia imaginado porque ya advertia en el semblante de su amo un ayre mas placentero, y sobre todo observó que hablaba de dinero y de letras de cambio para que no les faltase cosa alguna en donde quiera que estuviesen. Por esto Juan deseaba salir cuante antes

de la posada y tomar el camino de Paris, porque pensaba durante el viage distraer á su amo cuya melancolía era mas peligrosa que no el cólico que habia fingido. No estaba menos deseoso de vér á Paris, por lo mucho que habia oido celebrar á esta capital y sus habitantes, pero tambien se acordaba haber oido decir que si es verdad que hay muchas cosas buenas no deja de haber otras muy malas; y estas le causaban harta inquietud tanto por si, como por su amo, puesto que ni uno ni otro llegaban á los veinte y cinco años.

Al mismo instante vió entrar en su cuarto á la cocinera de la posada que le traia una taza de caldo y nada mas. Dióle la doncella la mano para ayudarle á sentar en la cama, pero perdiendo el equilibrio de la otra, derramó la taza del caldo por encima de ella. Juan que se sintió mojado á través de la manta y sábana, sin las cuales se hubiera verosimilmente frito y desollado como un san Bartolomé, dió un salto y llamó á voces á su amo. Entraba este en aquel momento. —Sacadme de aqui luego, le dijo su criado, si no preferis verme morir á manos de barberos y cocineras. No parece sino que todos conspiran contra mi ó mas bien con-

tra vos para que hagais solo el viage y no tengais quien os acompañe y os cuide. Los únos quieren caldearme por adentro y los otros por de fuera y todos juntos asesinarme. Hé aqui que desayuno me trae esa bruja, como si hubiera padecido una grave calentura para no alimentarme mas que de caldo. Me convienen cosas sólidas y sobre todo mascar, puesto que nada tengo en el estómago. Traiganme pues cualquier cosa, que yo comeré todo lo que me presenten porque me aprieta el hambre y no tengo calentura, ni dolor, ni cólico, ni nada que se lo lleve él...... ¡Mal haya la hora en que me quejé! Ojalá hubiera callado y no me atormentárau tan atrozmente. Os lo repito, querido amo, sacadme lo mas pronto de esta posada, meson ó maldicion y aun de este lugar y de entre sus habitantes y partamos al momento; todavia podemos hacer cuatro leguas esta tarde y llegar en pais de cristianos porque no es posible pensar sino que los vecinos de este pueblo son todos hereges cismáticos. Diciendo esto el ayuda de cámara se iba vistiendo y cuando hubo concluido instó á su amo que mandara prevenir los caballos para ponerse en camino luego despues de haber comido.

Sorprendido el joven de ver á su criado tan alegre y dispuesto á emprender la marcha como si se aparejase para ir á un bayle al paso que no creia verle restablecido de algunos dias hizo traer la comida y dió órdenes al cochero de que lo dispusiese todo para continuar el viage. Puesta la mesa y advirtiendo el amo de Juan que no habia mas que un cubierto mandó que pusieran otro porque queria tener el gusto de ver comer á su criado é indemnizarse de la dieta que habia tenido que hacer. La comida fué abundante y mal dispuesta, pero cuando Juan vió que su amo le hacia el plato quedó atónito y confuso no creyéndose digno de honor semejante. La circunstancia de hallarse mano á mano con su amo en una misma mesa le embarazaba de tal modo que ni se atrevía á decir que lo que les habian servido no llegaba ni aun á la decima parte de lo que él habia menester. Callaba y comia sin desplegar los lábios para pedir cosa alguna mas; por fin concluida la comida y arreglada la cuenta con la huespeda subieron en el coche nuestros dos viageros, pero antes tomó Juan un carbon é hizo en la puerta la señal de la cruz, dando la bendicion á todos los que allí que-

daban y asegurándoles que no le volverian á ver mas.

Capitulo 3º

Conversaciones curiosas que tuvieron lugar entre amo y criado durante su viage á Paris. — Admiracion de Juan al ver las gentes que se paseaban á la entrada de la capital.

En uno de los calurosos dias del verano y hacía las cuatro horas de la tarde dejaron los dos viageros la posada para encerrarse en el coche como en una casa ambulante que debia transportarles á la capital de la Francia. Juan era el que estaba mas ansioso de llegar á ella, con la esperanza de no encontrar allí barberos ni cocineras. Creia tambien que podria disfrutar de todas las comodidades de la vida mediante el dinero y letras de cambio que traian. No ignoraba Juan que su amo acababa de heredar riquezas inmensas de su padre, y estaba resuelto á seguirle aunque fuera hasta el cabo del mundo creyendo que por todas partes hallarian corresponsales y fondos segun lo que habia oido decir á los comisionistas de

la casa. Se alegraba haber fingido una enfermedad aunque le habia costado cara la ficcion, pues que vió que habia logrado en gran parte el objeto que se habia propuesto de curar la melancolía de su amo. Con todo le veia todavia taciturno y pensativo y temiendo que su amo no tuviera otro acceso de tristeza causado por el recuerdo de la muerte de su padre suscitó otra conversacion del modo siguiente: — Yo no puedo mi querido amo, esplicaros la alegria que tengo de verme libre de aquel maldito Doctor y renegado teólogo, lo que os diré es que me parece que me encuentro mucho mejor que cuando salimos de nuestra tierra. No nos hemos detenido en esta posada mas que siete horas que me han parecido siete años; mas yo os aseguro que si no hubiera tomado el partido de salir de la cama os quedárais sin criado á los dos dias, porque si yo no he conocido mas que la cocinera de la casa que queria desollarme vivo, que hubiera sido de mi si tratara con el posadero, su muger, sus criados y toda la ¡quirie de sus hijos! A bien, ahora que nos separa una legua, estoy tan contento que nada deseo sino llegar á la primera posada para saciar mi apetito porque en la otra no me

he atrevido á pedir mas por el miedo que habia cobrado á aquella maldita casa.

— Creéme, Juan le dijo su amo: si hubieras comido mas te hubiera repetido el cólico y no nos halláramos en la actualidad en camino; pero escucha; porque llamas al barbero renegado teólogo? Porque yo no creo que esté instruido sino en la medicina que es su profesion. — Es que vos no le habeis oido, respondió Juan, cuando se aprestaba para administrarme la lavativa, pues decia: tened paciencia hermano por amor de Dios; que mucho mas padeció nuestro Señor por nosotros! Yo le considero tan dócto en teologia como en medicina, y me creo que ha estudiado lo uno y lo otro tanto como yo he estudiado el Corán en chino. No habeis advertido que ayre y figura tan selvatica? Aun sino lo fuera mas que para sí, vaya; pero ay de los pobres campesinos que caygan en sus manos! Haria yo cualquiera apuesta que si volvemos de aqui á algunos años encontramos el lugar despoblado por la ignorancia de este hombre. — Por lo que toca á su saber en teologia quizás tiene razon, replicó el amo de Juan, porque este estudio difiere mucho del de la Medicina; pero en

esta última estará muy instruido y lo prueba el haberme advertido donde vivia para remitirle mis consultas desde Paris. Me ha dicho que se llamaba Lazaga.

— Desde Paris han de consultar á ese bestia? Respondió Juan admirado; lastima es que no vaya allá ese luminar á eclipsar la fama de los primeros Medicos del Mundo. Seame lícito deciros que sois demasiado bueno, y que este bribon ha abusado de vuestra buena fé: ojalá que por lo menos no lo hubiera hecho mas que él, porqué quiero sepais que en este pícaro mundo los hombres se engañan con frecuencia mutuamente, felices nosotros si no somos engañados ni engañadores. Yo no he salido jamas de mi tierra, ni creo que vos tampoco; sin embargo tengo mis señales para concoer esta casta de bribones que por desgracia abundan en todas partes. Ocupado siempre en vuestro escritorio habeis aprendido mucho cosas que yo ignoro, pero á bien, con lo que vos sabeis por vuestros estudios y lo que yo he adquirido con el trato del mundo me parece que podremos vivir sin caer en alguno de aquellos lazos que arman á cada paso. Mientras que Juan hablaba asi, estaba su amo muy distraido y no atendia á sus palabras. El cria-

do que lo advirtió le sacó de su distraccion diciendole: —En que diantre pensais mi amo? Apuesto que si os preguntaran como á los niños de la escuela: de que se trataba ahora? No sabriais que responder. —Estaba pensando respondió el joven en presentarme á Paris de incognito y con nombre supuesto, y por mucho que discurro en ello no encuentro nombres que me satisfagan, á ver si tu me sacas de este conflicto. Juan que creia á su amo tan triste y pensativo por la idea que de nuevo le ocupaba de la muerte de su padre no estuvo poco contento de oir una nueva tan diferente, y le respondió: —Si no hay otra cosa mas que motive vuestra duda pronto os sacaré de ella. Vais á ver como en un abrir y cerrar de ojos encuentro yo dos nombres que nos irán como de molde. Vos teneis una estatura algo mas que mediana, la mia es mucho mas baja, porque pues no tomais vos el nombre de Mr. Le Grand Pamparanuja puesto que este es el apellido de vuestra alcurnia, y yo el de Petit á secas ya que no pueda aspirar al titulo de Mr.? Pero anduve desacertado en añadir á un nombre supuesto el propio apellido y asi lo mejor para conservar el incognito es que os llameis simplemente Mr.

le Grand. — Tu tienes ingenio Petit-Jean le dijo su amo, me agradan estos dos nombres porque son muy espresivos y como sacados de la naturaleza de cada uno de nosotros, y asi desde ahora en adelante te autorizo para que digas á todo el mundo que yo me llamo Mr. Le Grand y por mi parte diré tambien que mi criado se llama Petit-Jean. Lindo pensamiento! tu verás como de este modo frecuentamos los teatros y lugares públicos sin ser conocidos, ni tener que sufrir visitas importunas que nos estorben. Yo no iré á visitar las familias relacionadas con nuestra casa sino cuando lo haya menester para recibír el importe de alguna letra.

— Y el coche, repuso el criado, correrá de nuestra cuenta? Sin duda, respondió su amo, porque pienso recorrer muchas veces con él las Calles de Paris. — Y si nos estraviamos entre sus calles y callejuelas, añadió Petit-Jean, no conociendo como no conocemos sus nombres? — Los nombres de las calles! No hay necesidad de saberlos replicó su amo. Hay un medio muy sencillo para ponerse al corriente de las calles de una ciudad por grande que sea, y hélo aqui. Despues de haber dado la vuelta por

fuera de sus muros si los hay, se examinan las entradas principales: las calles por donde se entra siempre conducen al centro; todas las otras que no son mas que calles traveseras deben cruzarse necesariamente con las de las entradas, y asi habiendo examinado bien estas es imposible perderse en las demas. Figurate un círculo con su circunferencia y centro: todas las líneas que salen de la circunferencia y van al centro representan las entradas de una ciudad y las otras lineas que se cruzan representan las calles traveseras.

—Cáspita, cuantas cosas sabeis, dijo Petit-Jean. Hé aqui porque siempre os veía echado de bruces en vuestros libros como si tuvierais necesidad de ellos para vuestro sustento. Yo no alcanzo porque quereis saber tanto, porque á Dios gracias no os falta esto para poder vivir con todas las comodidades de la vida. Que aquellos que nada tienen se entreguen con ardor al estudio para procurarse su subsistencia, no lo estraño, pero toda vez asegurada esta veo tambien que abandonan los libros como una cosa inutil; de muchos he oido decir que hasta el latin han olvidado.

A todo esto respondió el amo: — Mira,

Petit-Jean, — yo ya me llamo Mr. Le Grand, y si no soy grande mas que en la estatura, pudieras calificarme como al barbero de un bestia. No amigo; no quiero yo ser grande únicamente de cuerpo sino tambien de alma; esta grandeza no puede adquirirse como la del cuerpo con el alimento, sino con el estudio que enriquece nuestras facultades por medio de la instruccion. Se encuentran en Paris las mas ricas bibliotecas del mundo y librerias muy escogidas donde yo pienso aumentar el caudal de mis conocimientos, estudiando las ciencias que nos enseñan las virtudes y felicidad del corazon humano: para obtener esta no tengo otra cosa que hacer que pedir las obras de la nueva filosofía, y estoy cierto de que encontraré en ellas todo lo que he menester para perfeccionarme en los estudios, cuyos principios he aprendido secretamente en casa.

— Os habeis levantado, querido amo, á tan grande altura que poco lo esperaba, y así, casi no sé que responderos; pero me parece que en todas estas grandes librerias y bibliotecas que decís debe de haber libros donde se encierren virtudes y otros donde se oculten vicios. Sentiria á fé mia que al-

guno de estos cayera en vuestras manos por el mucho amor que os tengo.

—Escuso tu ignorancia, amigo Petit-Jean, puesto que todo lo que tu has podido leer y estudiar es muy poca cosa. Sabe que antes de imprimirse un libro debe pasar por una censura muy severa. Esto supuesto, como quieres tu que exista en París, (emporio de las ciencias y de las artes en una palabra del saber humano,) una obra que contenga una proposicion dudosa ó ambigua, una frase mal sonante ó una sola espresion que pueda sonrojar ó hacer inclinar al vicio? Esto es imposible; y repito que tu ignorancia es escusable porque quizás no has oido decir en tu vida que están tomadas todas las disposiciones oportunas para que no se escriba, imprima ni circule cosa alguna que se oponga al bien estar de la humanidad.

—Ah! si, es verdad, repuso Petit-Jean, pero yo creia que la censura podia algunas veces relajar su severidad; y no es estraño que me engañe no habiendome dedicado al estudio. Mañana os hablaré de otras materias menos sublimadas y que estén al alcance de un hombre tan *Petit* como yo. Hoy no me encuentro dispuesto á con-

versar por estar mi cabeza muy debil á consecuencia del accidente que tuve en aquella maldita posada de execrable memoria.

Durante esta conversacion iba adelante el coche hasta que por fin llegó en otro lugar mucho mejor que el precedente, donde pernoctaron nuestros dos viageros sin que les sucediera cosa digna de ser referida. Del mismo modo les fué en todas las demas posadas que encontraron antes de llegar á París; unicamente notaron que á medida que se iban acercando á la capital veian las gentes mas aseadas y se traslucian los progresos de la civilizacion y cultura. Por fin amaneció el dia en que divisaron desde lejos las torres y chapiteles de la gran ciudad, lo que regocijó de tal modo á Petit-Jean que no pudo menos de decir á M. Le Grand: — Estoy tan alegre y contento de ver los muros de la capital, cuyo nombre hace tanto ruido en el mundo, que se me ha puesto en la cabeza que al llegar á ella debo crecer por lo menos palmo y medio. Entonces será menester que mude de nombre y que en lugar de Petit me llame cualquiera otra cosa, y á la verdad no sabria que nombre acomodarme que me estuviera bien porque

si yo creciera mucho llegaria á ser un hombre grande, y como vos ya os llamais Mr. Le Grand no me estaria bien llevar el mismo nombre. Convendrá pues que vaya desde luego á casa de un Boticario para que me dé una droga que me impida crecer, porque me figuro yo que en París se hallan remedios para todo.

— No creas Petit-Jean que falten reme dios en Paris, los hay en efecto y no sé donde irá á buscarlos quien no los encuentre en esta gran ciudad; pero no te dé esto cuidado porque á los veinte y dos años que tenemos ó cerca de ellos pocas líneas puede aumentar nuestra estatura.

— Con todo no habeis dicho, repuso Petit-Jean que en París quereis ensanchar vuestro espíritu y engrandecer vuestra alma? Luego si París tiene la virtud de acrecentar nuestra alma (aunque yo á la verdad nunca creí que pudiera ser mas grande ni chica de como Dios la habia criado), que tiene de estraño que se aumente nuestro cuerpo que á mi parecer es una cosa mucho mas facil? Sin embargo sentiria ocasionaros nuevos gastos en reparar mi alacena y que no me pudiera aprovechar de mis vestidos y ropa blanca por no ajustarseme:

¡qué lástima seria ahora que traigo las balijas llenas de ella.

—Oh! esto importa muy poco respondió Le Grand, porque queriendo guardar el mas riguroso incógnito piensas tu que nos presentaremos con nuestro trage de provincia? Si así lo hicieramos presto nos señalarian todos con el dedo. Aquí si que nos conviene reformar de pies á cabeza, y seguir en un todo los modales y usos de París, porque debes acordarte del refran que dice: *En donde fueres, haz como vieres.*

Es decir, replicó Petit-Jean; que si veo algun titerero que haga juegos de manos en medio de la plaza ú otra cosa asi, será menester que yo tambien me haga titerero ó saltimbanco. Si traen aqui vestidos que ni aun lleguen á las caderas deberé tambien traerlos yo aunque disminuyan mi talle? Vaya; ¿y que dirian en nuestra tierra de vernos con un traje que nunca nos habian visto? entonces si que se burlarian de nosotros.

—Sin embargo hay una gran diferencia, repuso el amo; los vestidos que se llevan en nuestra tierra y en otras partes no pueden llevarse en París, al paso que los que salen de las tiendas y almacenes de esta ca-

pital son admirados en todo el mundo. Las artes y las ciencias están aqui tan adelantadas que todo lo que se remite desde París al resto de la Europa, Asia, Africa y América, lleva el sello del buen gusto y se considera como cosa esquisita; así pues si tu entrases vestido al estilo de París en tu tierra te llamarian desde luego el parisiense, como si dijeran el hombre mas culto ó lo que hay de mejor en el buen tono, y lejos de ser un objeto de censura lo serias de admiracion y envidia.

—Me pasma, querido amo, lo mucho que se sabe en París y por lo que voy viendo dentro poco estaremos nosotros tan mudados que ni conocernos podremos. Vos que habeis estudiado tanto no seria estraño que recorriendo las librerias y bibliotecas dieseis con algun libro que os enseñara cosas nunca vistas ni oidas hasta ahora. Quien sabe si encontrareis en ellos el secreto de no morir jamas ó el de transformarnos en Dioses, como el Dios Mercurio ó el Dios Marte acompañados de tantos otros que aun viven? Yo no dudo tampoco que algo sabré permaneciendo en París y sobre todo á vuestro lado. Por ahora sé muy poco en verdad, toda mi ciencia consiste en no ha-

cer mal á nadie y en levantarme y acostarme todos los dias, pero ¿que seria de mí si llegara en Paris á descubrir el secreto de resucitar á los muertos? Harto sabria entonces y mas lucrativo seria para mí este secreto que todo lo que vos podeis aprender en vuestras bibliotecas.

— El secreto de ser inmortal, ó de no morir jamás, como tu dices, no se ha encontrado hasta ahora, y tal vez que no se encuentre en ningun libro; así como el de resucitar muertos porque me parece que todo esto es superior al poder humano; sin embargo mucho hay que aprender en los libros, y cosas tan sublimes que el que llega á saberlas se eleva á tan alta distancia sobre los demas, como el leon sobre la hormiga. El que estudia las Matemáticas, la Historia natural, la Geografia, la Astronomia, la Física, el Derecho de gentes, el natural, la Química, la Náutica, las Humanidades, la Música, la Poesía, el Dibujo, la Diplomacia y en una palabra todas las ciencias y artes, ¿quién puede dudar que adquiere una superioridad sobre los demas y merece en efecto el título de sábio? Y de estos se encuentran en París á millares, cuyos escritos han servido para disipar las

caliginosas sombras de la ignorancia, en las cuales estaba envuelto el mundo desde su creacion. Los sabios han mostrado las reglas de la naturaleza que han de seguirse para vivir, así como las que siguen los cuerpos dirigiéndose á su centro de gravedad y muchas otras cosas, las cuales no puedes tu ahora comprender porque no se hallan en ningun libro de nuestra biblioteca; en fin ya lo verás y no podras menos de confesar lo mucho que hay que ver y aprender en París.

—Pero, querido amo, en los libros de vuestro difunto padre se leia lo contrario de lo que vos acabais de decir, esto es, que no podia ningun hombre estudiar tantas ciencias como habeis enumerado porque apenas la vida del hombre basta para conocer á fondo lo que hay que saber en una sola de ellas, y que si alguien blasonaba de saberlas todas debia mirarse como un impostor ó ridículo pedante; entonces me ocurrió á la imaginacion la historia de Mr. Rarie, quien se puso á sastre, y antes de saber hacer un remiendo se hizo evanista, al cabo de dos meses se pasó á relojero, despues á tejedor, luego barbero y por fin á confitero, joyero, escribiente, zapatero

músico y maestro danzante: pretendia saber todos los oficios y ninguno de ellos le redituaba un ardite; si yo no me engaño entre los sábios de quienes habeis hecho mencion debe de haber muchos del humor de Mr. Barie.

Pero dejemos esto y mudemos plática, porque á juzgar por el gran número de personas que se pasean por estas cercanías debemos de estar muy inmediatos á la capital... Gran Dios! ¡y qué variedad de carruajes! hé aqui, querido amo, uno que parece hendido en dos mitades con un golpe de cimitarra descargado por la mano de algun descomunal gigante; sin embargo dentro de él hay damas y caballeros que parece ván muy satisfechos. Qué es lo que veo en aquel otro? una dama y un caballero que nadie dirá sino que están de confesion tan cerca tienen sus rostros el uno del otro. Ah! ah! y las gentes de á pié? Todas deben de ser cojas, porque casi todos andan colgados de los brazos unos de otros. Mas allá veo otro que hace del palo como una aspa de molino, vaya un juego de manos como este! Aqui pasan dos caballeros que se saludan haciendo piruetas. El diantre me lleve si no son dos baylarines! Aho-

ra si que veo que Paris debe de ser una confusion ó un infierno. El amo de Petit-Jean le observaba atentamente, no sin especial gusto, pero viéndole tan atónito antes de entrar en París no pudo dejar de decirle: — Muchas obligaciones me debes por el servicio que te hago de conducirte á ver lo que hay de mejor en el mundo. Hasta aqui, no hago atencion á cosa alguna de lo que vemos, mas ventajosa idea tengo formada de París por lo que he leido; cuando estaremos allá verás muchas mas cosas que deberán sorprenderte por su originalidad. Si todos los demas pueblos no estuviesen tan lejos de este centro de delicias habrian aprendido á vivir como se debe, porque ecsiste en París un sistema ó metodo de vida sin saber que ecsista. Se vive sin pensar en los dias de la vida, se goza sin intermision, en una palabra se encuentran las gentes como sumergidas en un mar de deleytes. Mas, así como el fuego de una hoguera no puede calentar los objetos distantes, tampoco pueden los pueblos apartados sentir este calor vivificante de la civilizacion; y semejantes á los habitantes de Saturno se hielan por llegarles los rayos de nuestro sol tan débiles y desvirtuados. Del mismo modo;

no faltan gentes que quieren gozar esclusivamente de este calor, y hé aqui el orígen de todos los males que afligen á la humanidad. Hay algunos miserables que quieren oponerse á esta marcha, pero es tal el número de los agentes que conspiran á enderezar los entuertos y enmendar sinrazones que los primeros serán muy pronto anonadados. Todo lo que te digo y lo que omito decirte de propósito tu lo verás con tus propios ojos; pero te prevengo que no te admires jamás de cosa alguna pára no hacer ver tu ignorancia. Yo ya procuraré ponerte al corriente de todo, porque aunque no he salido jamás de mi país he suplido esta falta con mis estudios, y aun espero en París rectificar mis ideas.

Ah! querido amo, respondió Petit-Jean todos estos libros que vos habeis leido no se encontraban en la biblioteca de vuestro difunto padre, porque yo los he leido casi todos; y ví en ellos que este modo de vivir sin saber que se vive, y esta suprema dicha de que habeis hablado no puede hallarse sino en el cielo; y tengo para mí que á estos autores les sobraba la razon porque veo acá en el mundo que cual mas, cual menos, todos estamos sugetos á pesares y

contratiempos. Ni los Reyes ni los Emperadores pueden eximirse de las enfermedades, y lo peor es de la muerte; y Dios sabe todavía cuanto tienen que sufrir en vida; luego si los Reyes y Príncipes y hasta los Obispos están sugetos á las enfermedades y á la muerte, donde diantre habeis encontrado estos libros que hablan de la felicidad sobre la tierra, y no de buscarla allá arriba en el cielo donde Dios quiso colocarla? Pero á bien, vamos á entrar ahora en esta Babilonia donde merced al dinero que llevamos, nada nos faltará; Y bien, podemos nosotros contarnos seguros de un cólico como el de marras ó de una fiebre aguda; y sobretodo estamos á salvo de un barbero que nos maltrate? Veis á cuantos accidentes estamos espuestos en esta gran ciudad á que vamos á entrar, en esa hoguera que despide un calor vivificante para valerme de vuestra misma espresion? Dios haya compasion de nosotros, porque tengo un cierto presentimiento que me parece nos hemos de lamentar aqui de alguna gran desgracia. Pero mirad que estamos en la puerta; disponed donde hemos de apearnos.

Entonces Mr. Le Grand mandó á los postillones que condujeran el coche á una de

las mejores fondas de París, y á sus órdenes se dirigieron allá andando los caballos á todo correr.

Capítulo 4º

Mr. Le Grand se aloja en una de las mejores Fondas de París. — Del modo que fueron recibidos. — Curiosa conversacion entre amo y criado.

Mísera es la condicion del hombre, y en medio de su mayor grandeza se echa de ver su pequeñez y la ceguedad inseparable de los mortales. Cuan efímeros y pasageros son sus prodigios! Si el poder, la riqueza y la ciencia no bastan á saciar su corazon, que otra cosa puede ofrecersele que llene sus deseos? O vosotros que habeis consagrado vuestra vida entera al estudio de las ciencias y de las artes, y que os habeis elevado sobre los demas como el cedro sobre los pequeños arbustos decidme fuisteis verdaderamente felices durante vuestra vida? Vuestra ambicion no ha podido llevaros mas allá de esta miserable ciencia que jamás supo preservaros de los males y de la muerte que aflige el resto de los hombres!

Donde estais ahora Licurgo, Solòn, Demóstenes, Platon, Ciceron, Descartes, Leibniz, Neuton, Seneca, Socrates y tantos otros que se han entregado en su vida al estudio de las ciencias y tanto contribuyeron á su progreso? Escuchadme, no importa; donde quiera que seais, respondedme: habiais llegado con vuestros estudíos al punto de no engañaros jamas en vuestros juicios, en vuestras palabras y en vuestras acciones? O mas bien, ¿no aprendisteis á conocer que cuanto mas sabíais tanto mas ignorabais, y que en lo que ignorabais estabais tan sugetos al error como los demas? De modo que ni vuestras luces, ni vuestra aplicacion no han podido preservaros de las miserias anecsas á la debilidad humana. Luego si vosotros caisteis en el error por mas que os reputasen como seres privilegiados, qué será de esa turba de filósofos que en nuestros dias pululan por todas partes? Sin vuestro talento y conocimientos pretenden nada menos que reformar el género humano, y lo peor es que se consideran autorizados para anonadar y reducir á pavezas todo lo que nos ha sido transmitido por nuestros mayores, reemplazándolo con nuevos sistemas de delirios y quimeras

que no tienden mas que á un general trastorno del orden social.

¿Qué será de este joven, el heroe de nuestra historia, que á la edad apenas de veinte y dos años se halla ya embebecido en las ideas de la filosofia moderna? Quiere todavía rectificar estas ideas en París y hacerse memorable, labrando la felicidad de los hombres, y procurándoles una dicha que no es dado á los mortales gozarla en este suelo. Quien pudo meter en su cabeza tamaño delirio que si quisiese ponerlo en ejecucion, cuanto tropel de males no afligirian á la pobre humanidad? Los libros: peró como es posible! Los que su ayuda de cámara habia leido en la biblioteca de su difunto amo enseñaban que la verdadera dicha solo puede conseguirse en la otra vida. Mas ah! Habia tenido la desgracia de leer libros perniciosos! Sin lo cual este jóven hubiera sido un comerciante honrado, digno sucesor de su padre y un verdadero modelo de buenos ciudadanos, mas las ideas que se agolpaban en su imaginacion eran muy diferentes. Queria hacerse distinguir entre los se-dicientes filósofos que tienden á ingerir por todo el mundo la libertad, la igualdad y la felicidad, y quieren transformar en un Eden este valle

de lágrimas. Tal era el sistema que le habia hecho adoptar la lectura de ciertos libros que por desgracia habian caido en sus manos. Facil es de prever que á la edad de veinte y un años no tenia este joven la prudencia necesaria para defenderse de los sofismas de semejantes libros; muy al contrario consideraba todos sus asertos como verdades infalibles y que todos nuestros mayores no habian sabido gobernar á los hombres de una manera conveniente, por esto se creia el heroe de la humanidad si podia llegar á lograr una nueva regeneracion. Lleno de estas ideas quiméricas se fué á París para desenvolverlas, y olvidó de este modo la muerte de su padre. Si no hubiera dado en ese estraño capricho habria aumentado sus capitales y llegado á ser el protector de innumerables familias. Pero hé aquí que llega á París y quiere perfeccionarse en la nueva filosófia. Sigamos sus pasos y tomemos el hilo de nuestra historia.

Hemos dicho ya que habian parado en una de las principales fondas. Apenas se apearon en ella, se encontraron sitiados por una múltitud de criados, quienes porfiaban reciprocamente para ir á ofrecer sus servi-

cios á los dos viageros. Petit-Jean pidió uno de los mejores aposentos de la casa; y mientras que se le preparaba, fué conducido con su amo en una especie de salon. Los criados no anduvieron escasos en cumplimentar á los recien llegados, y nunca nombraban á Mr. Le Grand que no le llamarán Marqués ó Señoría.

Uno de ellos preguntó á Petit-Jean el nombre de su amo con la intencion de saber su rango. Cuando supo que se llamaba Mr. Le Grand, y su criado Petit-Jean, hizo un gesto y bajó la escalera marmullando: Mr. Le Grand.... Mr. Le Grand.... Ese hombre tambien puede ser un gran Caballero de industria como otros tantos de los que van por esos mundos y tal vez que no es grande sino por la estatura. Sea como fuere el fondista sabrá á que atenerse y asi luego que estuvo delante de él le informó de los personages que acababan de llegar.

— Anda, corre apriesa, respondió el fondista, vé por la escalera escusada y dí al postillon que te dé cuenta de estos viageros, Partió el criado como un rayo á la caballeriza, donde estaba el postillon dando un pienso á los caballos. —Dirásme, tu amigo, si por ventura tu amo es algun baron, con-

de ó marqués de aquellos que vienen á dejar en Paris los escudos que no pueden gastar en su provincia?

El cochero respondió que el coche y los caballos pertenecian á Mr. Le Grand, y que los dos postillones no estaban á su servicio sino desde su viage á Paris, el cual no tenia otro objeto que distraerle de la tristeza que le habia ocasionado la muerte de su padre, y que probablemente su permanencia en la capital seria de algunos meses ó años. Finalmente que la casa de Mr. Le Grand era reputada por una de las mas ricas de la Francia; pero que su padre no habia jamás querido obtener títulos de nobleza por haber tenido ocasion de ver á muchos marqueses y condes sumidos en la miseria, y á los cuales habia socorrido.

El criado dió cuenta de su mision á su amo, quien se apresuró á ir á recibir á Mr. Le Grand, y despues de una gran cortesía le dijo:—Usia me escusará de la rudeza de mis criados, quienes jamás sabrán recibir con el decoro que corresponde á las personas de un mérito tan distinguido como el vuestro. Muy bestias habian de ser para no descubrir á la primera ojeada y por este ayre noble y magestuoso que vos perteneceis al alto rango

de la sociedad. Ah, señor! Bien se echa de ver por vuestros modales, cuanto diferis vos de todos los demas que hay en la actualidad en esta casa. No tengo mas que suplicaros sino que os persuadais que yo y todos mis criados harémos lo que sea posible para hacer agradable vuestra permanencia en Paris. Mr. Le Grand que jamas habia salido de su casa y oyó que le llamaban Marques y señoria quedó confuso y corrido y mas de los muchos cumplimientos y comedidas espresiones que añadió su huesped de modo que no sabia responder una palabra, contentandose unicamente en mirar á su criado. Este que era naturalmente fino y despejado le hizo señas de seguir al Fondista y fueron conducidos los dos en un aposento magnifico adornado de preciosos muebles y alajas de un gusto esquisito.

Cuando Mr. Le Grand se encontró solo con Petit-Jean no pudo dejar de decirle: —Que te parece de Paris por lo poco que has podido ver? Desde la puerta hasta la fonda hemos andado por lo menos tres cuartos de legua: ¿que dices de esos edificios, de esas calles y de tanta gente que hemos hallado? Que magnífico aposento! No se ven en ninguna parte gentes tan cultas como en

Paris, ¿que nos puede faltar aqui teniendo tanto dinero?

—No es por lo que nos puede faltar mi temor sino mas bien por lo que tengamos de sobras, pero digame vsia, porque os habeis quedado tan corrido cuando os han llamado señor Marques? No es verdad que este titulo os ha costado muy poca cosa.

—Y quisieras tu, repuso Mr. Le Grand, hacerme creer que soy Marqués y darme á reconocer como tal yo que he determinado presentarme de incognito?

—Y bien!, que quereis decir con esto querido amo? Cuantos Condes y Marqueses toparémos por esas calles que no podrémos distinguir de peluqueros, y cuantos de estos que los tomarémos por nobles y titulares? Usia me habeis dicho varias veces que Paris es una Babilonia y el centro de las delicias; á fé mia que os juro que si estuviera yo en un punto de la circunferencia trataria de escaparme, pero hallándome en ese centro mucho miedo tengo de no acertar á salir. En Paris se es muy sabio, pero yo no gusto de tanto saber. Creedme, señor, yo prefiero comer ensaladas y el pan negro y duro que comiamos con el hijo de vuestro hortelano á vivir con todos los habitan-

tes de esa nueva torre de Babél.

— Dejate de usias y no me enfades porque ya sabes que ni soy Marqués ni quiero serlo. — Pero vos no me escuchais, querido amo; que quereis que digan todos estos criados si yo no os llamo señor Marqués, sobre todo sabiendo que yo soy vuestro ayuda de cámara? Ellos podrán en verdad aventajarme en cumplimientos y ceremonias, pero no en lealtad y afecto. Si quisiereis tomar mi consejo seria de salir desde luego de ese infierno de posada. No os llamaré mas Marqués ya que os disgusta, y cuando estarémos solos os diré todo lo que crea que es conveniente á vuestro bien por mas que pierda en ello el tiempo y el trabajo.

— Tú podrás decirme lo que quisieres, respondió Mr. Le Grand. Te conozco desde niño y sé que no me darás mas que buenos consejos. Me es notoria tu lealtad asi como tu alguna esperiencia para conocer el pais donde estamos. De aqui han salido aquellos grandes hombres que esparcieron las luces por todo el universo. En esas bibliotecas se pueden adquirir todos los conocimientos humanos. Tantas obras como se han escrito en el mundo se encuentran en Paris porque no son mas que deformes copias de manuscritos

conservados en estos depositos del saber. Yo quiero cultivar aqui mi espíritu y perfeccionar mi inteligencia, y con seis años verás, amigo Petit-Jean, como frecuentando las bibliotecas y con los hombres de talento llegaré á ser un hombre cientifico, politico y filosofo moderno.

—Confieso, querido amo, que me tengo por el mayor de los animales que andan con dos pies. No me hé separado de vuestra compañía desde la edad de cinco años pero el diantre me lleve si ahora os conozco. Parece cosa de broma! Yo creia poder responder á los que me preguntasen el objeto de vuestro viage que era para perfeccionaros en el comercio y aumentar vuestra fortuna, y ahora me decis que quereis haceros politico y filosofo. Pardiez! y que vendré á ser yo sirviendo á un amo á quien jamas podré hablar puesto que nó comprenderé una sola palabra de su conversacion? Mr. Le Grand filosofo! Desdichado de mi, yo he oido decir que los filosofos son peores que diablos, y como os comprenderé cuando hableis muchas lenguas, ó donde me estaré cuando vos os levanteis para registrar los cielos? Aj pobré Petit-Jean! Tu no podras hablar con tu amo de aqui en a-

delante! En resolucion será menester buscar otro criado que tenga sus puntas y collares de politico y filosofo para manteneros conversacion; sin embargo yo no os dejaré porque os quiero mucho y sentiria que quedaseis solo.

—No hay paraque buscar otro criado respondió Mr. Le Grand. Tú me acompañarás á las bibliotecas y aprenderás tambien algo, aunque no sea mas que para hacer diferencia entre los estudios de un comerciante y los de un filosofo que deben abrazar todos los ramos del saber humano. Pero tiempo es ahora de que descansemos. Vé á disponer nuestra cena y procura que nos dejen solos para poder entregarnos sin reserva á nuestras pláticas.

Estándo dispuesta la cena se sentaron á la mesa amo y criado ni muy cerca ni muy lejos el uno del otro: Mr. Le Grand prosiguió desenvolviendo las ideas de su nueva filosofia, habló á Petit-Jean de la libertad é hizo de ella una brillante y pomposa descripcion; añadió que estaba reservado á los filosofos del dia el hacer grandes descubrimientos asi en el orden fisico como moral. El hombre, decia, será un dia tan libre como el ayre, y no está distante la época en que el género huma-

no se verá como transportado en un jardin de delicias, y como meciendose en el mar de ventura que le rodeará por todas partes. Los elementos estarán sometidos á otras leyes, de manera que ni el hombre se abrasará expuesto al fuego, ni se helará en el frio ni se mojará en el agua, todos estos delirios y muchos otros que se siguieron fueron sacados de libros disparatados que no eran por cierto de la biblioteca de su padre. Por último no titubeó en decir á Petit-Jean que él creia hacerse distinguir algun dia entre los filosofos modernos.

Advirtió Petit-Jean la mala inclinacion de su amo y se afligió; pero para dar un corte á la conversacion dijo á Mr. Le Grand con tono afectuoso: — Estamos cansados del viage, y lo mejor seria descansar. Mañana podremos empezar nuestras discusiones en este nuevo paraiso. No tardó en quedarse dormido su amo con la esperanza de recorrer el dia siguiente la gran ciudad que dió el ser á tantos hombres celebres. Pero el desgraciado Petit-Jean que preveia la enfermedad de su amo se entregó á las mas tristes reflecciones.

— Dios me tenga de su mano, exclamó Petit-Jean cuando se metió en la cama; mi

amo se hizo filósofo! y filosofo nuevo! Que fatalidad! siempre he oido decir que estos filosofos jamas asisten á la misa! y donde diablos ha podido hallar estos libros? Jamás habia salido de su casa, y su conducta era citada y ofrecida á la juventud como modelo. Su padre le amaba tiernamente, y como podia dejar de amarle si era tan bueno y tan docil! Ah! cuantas veces nos decia: vosotros hallareis en mi hijo vuestro consuelo y vuestro protector; Os hará felices porque será poseedor de una de las mejores fortunas de la Francia, pero ahora me pregunto á mi mismo, ¿que es lo que hará ese hombre? Si se vuelve filosofo, á Dios riquezas; porque sabido es que los filosofos son unos originales que pretenden saber gobernar el mundo al paso que no saben dirigirse á si mismos.

Estas ideas tenian en continua agitacion á Petit-Jean quien prosiguió todavia: —Ah! Y como podré yo apartarle de estos proyectos? Es imposible! Ha olvidado ya á su padre. Que egemplo es este para los demas que tanto trabajan á fin de dejar una gran fortuna á sus hijos. La que acaba de heredar mi amo pronto será consumida, sobre todo si llega á ser político y filosofo

6

moderno. Porque los filosofos antiguos no eran como los que ahora se usan y encuentran á cada paso, muy versados en los bailes y modas; y si mi amo entra en ese gremio no hay miedo de que se vuelva á nuestra tierra para ponerse al frente de su casa; pero á buen seguro que no veré yo todo esto, porque ha dicho ya que cualquier dependiente puede entender en breve tiempo el comercio, al paso que es necesario estudiar y trabajar mucho para llegar á ser un buen comerciante. Pero de que sirve el apesadumbrarme con anticipacion? Tengamos paciencia y esperemos los resultados puede ser todavia que mi amo mude de parecer y se haga cómico ó musico; é yo quien sabe si la daré por otra locura! porque nunca es bueno decir, fuente, de tu agua no beberé. Tratemos pues de dormir y hagamos votos paraque tengan nuestros asuntos el mejor écsito.

Petit-Jean se durmió; y el dia siguiente se entró en el cuarto de su amo para dispertarle; este lo estaba ya; entonces su ayuda de cámara le dijo: —Hé aqui un dia, señor, que es escelente para recorrer las calles de la capital; si yo no encuentro gran diferencia entre ella y las demas ciudades por don-

de hemos pasado, me parece que, es inutil hacer tantos elogios de Paris; y á la verdad veo que las casas están tambien edificadas sobre tierra en vez de que, podia esperar verlas construidas cerca de las nubes para tener alguna cosa de original. Los hombres andan con dos pies, como en todas partes, y asi me parece que no hay para que ponderar, ni hacer, tantos elogios de Paris.

—Yo me alegro, querido Petit-Jean de ver que te has levantado en Paris de tan buen humor; yo me hallo tambien muy contento, y espero con ansia salir á paseo para ver algo de esa gran ciudad. Con razon se halla celebrada en todas partes; porque es cierto que se hallarán otras de mas grandes como Londres ó Pequin, pero no se hallará en estas últimas la cultura y buen gusto que en general reynan en Paris. Hombres ilustres han debido á ella su ser. Su antiguedad es reconocida con anterioridad á la invasion de Julio Cesar. Su universidad fué fundada por Carlo Magno en el año 770, fué su primer Obispo San Dionisio en el siglo III, y en 1622 se instituyó en ella el Arzobispado.

Todos los viageros, prosiguió Mr. Le

Grand; por donde quiera que vayan siempre vienen á parar á Paris, y le dan la preferencia sobre las demas ciudades del globo; y asi conviene que suspendas el juicio: porque es imprudencia querer juzgar las cosas antes de examinarlas bien y conocerlas. Pero dejemos esto, traeme ahora la ropa y prepara el desayuno, que despues recorreremos las inmediaciones de la capital; nos enteraremos de las entradas principales y nos iremos á pasear por las orillas del Sena. Petit-Jean quedó confuso al oir hablar de este modo á Mr. Le Grand, y tanto mas cuanto no habia podido adquirir noticias de Paris sino por los libros, los cuales él jamas habia leido; sobretodo le sorprendió la advertencia de su amo en orden á la circunspeccion que debe tenerse en examinar bien las cosas antes de formar juicio de ellas, y propuso aprovecharse de este aviso. El criado se fue para pedir el desayuno, y dar ordenes al cochero para salir. Volvió luego á su amo, y le habló de todo lo que habia visto en la fonda, y sobretodo del buen orden que reynaba en la cocina y reposteria.

Oida por Mr. Le Grand la relacion de su criado le dijo: — Mucha ventura es ha-

llarse fuera de su casa y estar tan bien asistido como si se estuviera todavia en ella y entre los suyos. El dinero es util y necesario, y creeme Petit-Jean el que inventó una cosa que puede representarlas todas hizo un gran servicio á la humanidad. Y como estariamos nosotros en esta fonda sin dinero? Y que diré de la invencion de las letras de cambio? Con ellas podemos viajar por todas partes sin el engorro de llevar mucha moneda. Podemos mediante estas letras irnos hasta el Cabo de Buena-Esperanza, alli tomarémos otras para las costas de Africa, la Persia, el Malabár, Ceylan, las Islas Filipinas, Costas de America, Lima, Cabo de Hornos, Buenos-Ayres, y regresamos en Francia despues de haber dado la vuelta por todo el globo. Ni te admire esto, Petit-Jean, porque yo no encuentro la menor dificultad en realizar este proyecto, teniendo como tenemos letras de cambio que representan el dinero, por cuyo medio nada tendremos que desear.

—Y si damos la vuelta por todo el mundo, preguntó Petit-Jean hallarémos en alguna parte otro Paris? —Es muy probable que no, repuso su amo, y paraque lo veas por ti mismo, traeme el desayuno, y

haz que dispongan el coche para salir luego á ver la capital de la Francia.

Capitulo 5º

Mr. Le Grand y su criado salen á recorrer las calles y plazas de Paris. — Pasan por delante de la estatua de Luis el Grande y entonces empieza á mostrar el héroe sus ideas de filosofo moderno. — Mr Le Grand ecsamina las bibliotecas de la capital. — Hace gran provision de libros para remitir á los departamentos.

El amo y su criado dieron la vuelta por los afueras de Paris formando un círculo desigual, informandose al paso de los nombres de las entradas principales y de las calles que conducen al centro. El héroe notaba todo esto en un libro de memorias: hacía cuatro dias que todo su afan era seguir calles y mas calles, y los dos mostraban en sus semblantes la sorpresa que les causaba el aspecto de esta hermosa ciudad. Luego que llegaron á la plaza de las victorias Mr. Le Grand no pudo contener su colera al ver la estatua de Luis el Grande con los

ornamentos de su coronacion, teniendo á sus pies cuatro naciones encadenadas y con la victoria en actitud de ceñirle una corona en la cabeza. La vista de este monumento hizo tal impresion sobre él que dando una patada en el coche, y poniendose la mano en la frente miró atentamente á su criado y le dijo con tono colerico: — Hasta aqui amigo Petit-Jean (que asi le llamába á menudo) no he querido hablarte de mis ideas ni de los principios de la nueva filosofia. Ellos están tan profundamente impresos en mi corazon, que la menor contradiccion seria bastante para hacer traslucir mi colera. No se como me detengo en saltar del coche, é ya que me sea imposible derribar por mi mismo esta estatua no voy á buscar dos ó trescientos albañiles para que la derriben y hagan pedazos. Y esto me seria muy facil, porque como he dicho varias veces todo lo puede el dinero; y bien empleado seria en un trabajo que serviria para destruir ese monumento erigido por la tirania.

Quedó Petit-Jean como atonito de oir de boca de su amo tan nuevo é inesperado discurso; y con tono humilde y afectuoso le dijo: — Sin duda, querido amo, que os

cansais de vivir cuando dais acogida á semejantes pensamientos. Que seria de nosotros si hallando albañiles que tal vez se hallarian mediante nuestro dinero derribasemos un monumento que tal vez los parisienses miran y guardan como una santa reliquia? Por cierto ellos no saldrian mal librados, porque puede ser que se escapáran del castigo escusandose de haber hecho y cometido semejante maldad por insinuacion ú orden espresa del Mr. Le Grand; y quien sabe si ellos serian los primeros que vendrian á echar mano de nosotros para conducirnos por orden de la justicia en parte segura. Dejad, señor, de pensar en esto, y decidme porque os ha dado mas golpe esa estátua que no todo lo demas que hasta aqui habemos visto?

—Es que tu no habrás reparado, respondió el joven, en esas cuatro naciones encadenadas. Cuatro naciones!...... Yo que no puedo mirarme ni un perro en la cadena? Ya llegará el dia en que yo te hable de la sacrosanta libertad; entonces tu serás instruido porque yo te reengendraré y te parecerá que te transformas en una divinidad. Mientras tanto no quiero volver á mirar esa estátua.

Petit-Jean le procuró sosegar manifestándole que las naciones que habian sido encadenadas por Luis el Grande desaparecieron ya y que las que las reemplazaron lo pasaban muy bien. — El uso ha querido, prosiguió el criado, que se levanten estatuas y monumentos á los hombres que han merecido bien de la patria, ó que se han hecho distinguir por sus virtudes y talentos. Luis el Grande fué uno de aquellos hombres que se hicieron célebres como políticos y como conquistadores. Hé aqui porque se ha querido honrar su memoria. Es tambien verosímil que los filósofos del dia no se hayan inflamado por la gloria sino por el estímulo de los que les precedieron; entiendo pues que seria un gran desatino esponernos á que desahogara con nosotros su ira todo el vecindario de París intentando hacer pedazos una estatua á la cual tienen los parisienses tan gran veneracion.

Mr. Le Grand no quedó poco sorprendido de ver el juicio que mostraba su ayuda de cámara en sus consejos, y tanto mas cuanto le consideraba ménos instruido, pero volviendo en sí despues de una especie de distraccion le dijo: — Por ahora defiero á tu consejo, pero ha de ser con la condi-

cion de no volver por esta plaza, só pena de exponerme á cometer tamaño estrago cuya memoria sea mas duradera que la memoria de Luis el Grande inscrita en ese tiránico monumento. Si en lugar de encadenar estas naciones hubiera aquel Rey sacado de la esclavitud á tantas como ecsisten sobre la haz de la tierra, proclamando el sagrado principio de la libertad, me posternaria á sus piés, y tributaria un homenage de adoracion debido á su estatua; sobre todo si hubiera proclamado esta libertad que transforma los hombres en seres de otra especie haciéndoles entrar en un estado en que desaparecen las penas y enfermedades, los cuidados y las pesadumbres. Pero mostrarnos cadenas...... Toma! Yo te aseguro, Petit-Jean, que si tuviera delante á ese famoso Luís el Grande, ya se las pondria yo de buena manera. No has oido tu las divinas estrofas de aquel gran poeta que en sus momentos de entusiasmo por la libertad cantaba cuan triste era la vida viviendo en cadenas y lo dulce que era morir por la patria? — Oh que disparate! esclamó Petit-Jean, la muerte es dulce! ¡Linda dulzura! Pruébela quien quisiere, que en cuanto á mí la tendré por muy amarga. Hasta Dios

en cuanto á hombre la hubo miedo; porque dicen que estando á punto de morir, pidió á su eterno padre que pasara de él aquel caliz de amargura. Á la verdad yo no sé que libros habeis leido que tan llenos están de errores; á los mios me atengo que dicen todo lo contrario. Todo el mundo conviene en que la salud y la vida son bienes inapreciables, y por cierto si la muerte fuese una dulzura todos irian en busca de ella. Ahora me acuerdo haber leido en mis libros que un filósofo antiguo llamado Socrates que fué condenado á muerte á causa de las doctrinas que enseñaba, cuando debia prepararse para beber la cicuta sus discípulos porfiaban en que fugase, cosa que ellos podian muy bien facilitarle sin ser visto. Su maestro les dió entonces una gran reprension, manifestándoles que no queria parecer criminal con la fuga, añadiendo que preferia á una vida sin honor la muerte en su inocencia; y á fé que no dijo, que yo lo sepa, la muerte en su dulzura. Y así si vuestros libros enseñan semejantes paparruchas mejor seria arrojarlos al fuego que esponernos á que nos tengan por locos si seguimos sus doctrinas, y alguna cosa mas si intentamos destruir los monumentos celebres como la

estatua del Luis el Grande. Cuan dulce es morir!....... Al diantre la dulzura! Ni por la patria, ni por mi padre, ni por nadie en el mundo no quiero morir, yo os lo juro; y estoy por creer que vuestros libros no contienen sino errores como aquel de que el hombre llegará á transformar los elementos. Fuerza es confesar, querido tuo, que todos estos autores serian unos locos de atar ó habrian tomado algunas bebidas espirituosas cuando profirieron tamaños desatinos.........

— Dia vendrá en que hables de muy diferente manera; pero mia es la culpa si no te hallas ya al corriente de la filosofia. Debiera haberte confiado algunos libros ya que te hallas dotado de una penetracion superior á la que yo te creia, mas tú verás cuantas cosas hay que aprender, y verás como tú y el resto de los hombres habeis vivido en la mas completa ignorancia no conociendo los progresos de los filósofos modernos en punto á religion, política, moral y otras cosas. Acabarás de convencerte que es preciso mudar los nombres de las cosas, llamar vicio á la virtud y virtud al vicio, que los antiguos no conocian las diferentes especies de gobierno creadas por los modernos; y conocerás por fin todas

estas innovaciones cuando sepas apreciar en lo que vale la libertad, la igualdad, la seguridad, la humanidad, la sensibilidad, la inocencia, las delicias de la vida, los placeres del hombre, y en una palabra la dicha perfecta. Entonces echarás de ver que nuestros predecesores han sido unos ignorantes é incapaces de gobernar á los hombres; pero bien, mañana verémos de recorrer las bibliotecas, y cuento en que bajo mi direccion no dejarás de hacer progresos.

Petit-Jean que tuvo todos estos absurdos de su amo por dignos de ser comparados con las dulzuras de la muerte se puso triste y pensativo; y despues de alguna perplecsidad echó una mirada de compasion á su amo y le dijo: — No sé que aciago presentimiento me impide estar cerca de vos tan alegre y jovial como de antes, sobre todo despues que me habeis hablado de esta nueva filosofía. Si mañana hallamos en las bibliotecas libros como aquellos en que vos habeis estudiado que los antiguos nada sabian en punto á gobierno, política y moral, temo que esta lectura no acabe por trastornar vuestras facultades intelectuales; y entonces ¿qué será de nosotros? Y si á mi me sucede otro tanto y se nos vuelve á

los dos el juicio? Antes que nos demos la muerte uno á otro nos pondrán en una casa de locos, donde tendremos el consuelo de estar muy acompañados, porque he oido decir que siempre están llenas aunque no entren en ellas mas que la décima parte de los que lo son. Habladme ahora de la ignorancia de nuestros predecesores!...... A fé mia que la fundacion de semejantes establecimientos atestigua á todas luces su buen juicio al paso que ahora á mi ver vamos retrocediendo, pero por favor, querido amo, dejaos de estos ensueños, pues yo os lo ruego á fuer de leal servidor. Que necesidad teneis de recorrer librerias. Volvámonos de aquí, y vos sereis tan querido como lo era vuestro padre, porque sois bueno y teneis un corazon escelente. Acordaos que hay una porcion de desgraciados que os esperan contando en vuestros beneficios como en una continuacion de los que recibian de vuestro padre.

Admirado y confuso Mr. Le Grand no sabia que responder á los buenos consejos de su ayuda de cámara, y haciendo justicia á la buena intencion de su leal servidor no quiso hacerle ver cuan noble era y cuan diferente de las que suelen formar los demas. De otra parte el heroe no quiso salir de

Paris porque esperaba el dia de distinguirse allí por algun descubrimiento ó atrevido proyecto que hiciese triunfar los principios de la nueva filosofia; y así se limitó á echar sobre su ayuda de cámara una mirada de compasion encorvando los hombros, como para manifestarle cuan dignos eran de lástima los hombres que no tenian la dicha de estar iniciados en las ideas luminosas del siglo. Llegaron finalmente á la fonda sin que Mr. Le Grand quisiera detenerse mas á observar cosa alguna, tanto le habia desazonado la vista de la estatua de Luis el Grande. Guardó un profundo silencio y con tono seco y desabrido ordenó á su criado que le trajera la cena y un libro, no queriendo promover discusiones filosóficas hasta que la permanencia en Paris hiciera una reforma conveniente en el entendimiento de Petit.

El dia siguiente se fueron á la biblioteca Mazarina y estuvieron allí tres horas. Mr. Le Grand habia aconsejado á su criado que pidiera los libros que quisiese; y en efecto este se hizo traer la biblia; no comprendiendo los nombres de las obras que habia pedido su amo porque no habia jamas oido hablar de ellas.

Otras veces estos viageros visitaban la

biblioteca del Rey ó la de S. Victor; aunque Mr. Le Grand perdió la esperanza de atraer á su sistema al testarudo Petit-Jean, desde el dia que le encontró leyendo las vidas de los padres de la Iglesia. Pero el heroe frecuentaba casi todas las bibliotecas hasta que por decirlo así se sumergió en los profundos abismos de la nueva filosofia, no cesando de invocar sus ideas favoritas sobre la libertad, la igualdad, la seguridad, la independencia, el libre alvedrio, el gobierno republicano, y tantos otros delirios que se agolpaban en su endeble cabeza.

Habiendo un dia encontrado en un libro un discurso sobre la igualdad, donde se demostraba el modo infalible de hacer iguales los dedos de la mano, no pudo menos de esclamar: — Cuan necios son aquellos que no reconocen el principio de la igualdad! Si el mas pequeño dedo de la mano puede igualar al mayor, ¿ porque no se quiere reconocer que el niño debe ser igual al anciano, el rico al pobre, el pastor al magistrado, y el verdugo al emperador? Y porqué estas diferencias y distinciones entre los hombres? Los unos andan á pié mientras que los otros arrastran coche. Unos están bien tratados y vestidos y otros

muestran por todo su cuerpo no mas que harapos; los unos comen y se regalan mientras que á otros les falta el necesario sustento. ¡Maldicion al primer hombre á quien plugo introducir la desigualdad entre los demas hombres!

Si se objeta que el perezoso no llega á ser rico porque no trabaja, diré que los que discurren así no comprenden el sagrado principio de la libertad. Y por cierto de dos hombres de los cuales el uno trabaja y el otro huelga no podemos decir sino que ambos hacen uso de su libertad, y si se replica todavia que solo es justo que haya de comer el que pone en ello su trabajo dirémos que esto seria destruir la igualdad; porque como puede tener lugar si los unos ayunan miéntras que los otros se hartan hasta ahitarse. Asi es muy evidente que los hombres no han sabido gobernar el mundo hasta de ahora, y no lo es menos que si se establece un gobierno que descanse sobre las dos bases de libertad é igualdad, todos los hombres serán igualmente libres y libremente iguales, lo que revelará el secreto de hacer felices á todos. Ah ¡que no se pueda llevar á cabo esta empresa! Ah si yo pudiera lograrlo! Pero poco importa; re-

flecsionemos aun sobre estas doctrinas, ecsaminemos los pareceres de los hombres sabios y tratemos del modo de realizarla...... Tratemos de realizar la regeneracion del género humano......

Todos estos delirios traian su origen de una obra de Diderot en la que este autor compara los cinco dedos de la mano al pié del caballo, si los hombres se dejaran crecer las uñas, de este modo empezó á trastornarse su cabeza de lo que no dudaba Petit-Jean; puesto que en lo demas y por lo que toca á la vida familiar mostraba su amo un claro y cabal juicio. Mr. Le Grand continuó la lectura de todas estas obras durante dos años contrayendo al mismo tiempo amistad con los hombres que profesaban las mismas doctrinas, y procurando no hablar de ello á su ayuda de cámara, cuyos chistes y oportunas respuestas le complacian en estremo y le distraian de sus serias tareas.

Pero Petit-Jean como servidor fiel y leal continuaba frecuentando las bibliotecas aunque buscando la instruccion muy de diversa manera que su amo. Un dia se presentó uno que pidió cierta obra, donde las doctrinas de la nueva filosofia se hallaban com-

batidas victoriosamente: el taymado Petit-Jean tomó nota de ella y la deputó para su lectura ordinaria, esperando por este medio poder arguir con su amo, hacerle apartar de sus malas ideas, y evitar de este modo su inminente ruina. Veia en efecto que Mr. Le Grand iba disipando la inmensa fortuna que su padre le habia dejado. El prudente criado temia tambien y con harta razon que á su amo no se le volviese el juicio porque á esto parecia se encaminaban los disparates que le habia oido decir sobre la libertad del hombre, de la cual se habia formado Petit-Jean una muy distinta idea á tenor de los libros que él habia leido. Efectivamete segun él, la libertad debia consistir en la perfecta sumision á las leyes, fuera de las cuales esta libertad degeneraba en licencia. Durante su entusiasmo por las ideas de orden Petit-Jean maldecia á menudo los libros que leia su amo, los impresores y las librerias; y hasta al gobierno por su omision y negligencia en dejar circular semejantes obras, que no servian mas que para corromper el corazon de la juventud siempre ávida de mudanzas y convulsiones políticas. La tolerancia en esta parte, decia él, es un azote peor y mas terrible que una de las

plagas de Egipto, Petit-Jean se resignó á esperarlo todo del tiempo y propuso no entrar en conversacion con su amo sobre estas materias á no ser que este la suscitase, pero siempre estaba dispuesto á redarguir las opiniones de Mr. Le Grand ya fuera con argumentos sólidos ó con su buen humor, puesto que la esperiencia le habia acreditado que este medio le producia buenos resultados.

Un dia que Petit-Jean estaba en cama, habiendo salido su amo al amanecer, vino un mozo de la fonda á anunciarle que un carretero habia conducido una carreta de mercaderías y deseaba hablar con Mr. Petit Jean. — Si es asi, respondió, este no es conmigo con quien desea hablar porque yo no me llamo Mr. Petit-Jean sino Petit-Jean á secas. — Bien, dijo el mozo, vos sois el unico que os llamais asi. Fué entonces á ver el criado de Mr. Le Grand que era lo que querian, y se encontró con un hombre que le entregó de parte de su amo muchos fardos de libros que llenaban la carreta. — Por la Virgen! dijo Petit-Jean. Dios quiera conservar el juicio de mi amo porque yo creo que su locura va en aumento de dia en dia. Donde meteré cuitado de mi tantos libros?

—Ah! Ah! Se conoce que vos no estais en el busilís del negocio, respondió el carretero; lo que yo siento es no haber podido cargar con todos los que quedan en el almacen.

—Pero mi amo es imposible que los haya podido comprar todos, interrumpió vivamente Petit-Jean.

—Perdonad, dijo el carretero, Mr. Le Grand es el que ha hecho la adquisicion de todos los libros que yo he visto y otros muchos mas que debian llevar. Hay unos rimeros de ellos que llegan desde el suelo al tejado, y por lo que he podido conocer, harto será que se encuentre local donde quepan los muchos mas que Mr. Le Grand pretende comprar.

—Si es asi ya podria mi amo alquilar toda esta fonda y aun muchas otras casas, puesto que si no lo hace me inclino á creer que os vereis obligado á descargar las mercaderias en la calle é impedir el paso de las gentes.

Mientras que el carretero iba sacando los fardos de la carreta se vió entrar por la misma calle otra, cuyo carretero preguntó tambien por la fonda donde vivia Petit-Jean. Quedó este atonito, tomó de la mano al primer carretero y con tono colerico:—Conducidme, le dijo, en el parage donde se ha-

lla mi amo porque yo pierdo el tipo viendome cercado de toda esa haraunda de mercaderias. Asi como salian para ir en busca de Mr. Le Grand, he aqui que llega otro carretero con su carreta cargada; y como todos ellos se conocian, se saludaban y daban la cita para el mismo depósito de libros. Petit-Jean pensaba consigo mismo como podria habérselas con su amo para no disgustarle y hacerle ver al mismo tiempo la locura de hacer una compra tan considerable de libros.

Conviene advertir aqui para comprender mejor esta historia, que Mr. Le Grand habia tomado la direccion de los negocios de su casa desde la edad de veinte y cinco años, y que estaba en relacion directa con todos sus corresponsales de Francia y del estrangero. Estaba agoviado pensando con sus libros cuando vió entrar á Petit-Jean, á quien algo desazonado preguntó: — A qué vienes aqui y sin que yo te haya llamado? El criado respondió con mucha flema: — Señor, vengo á pediros otro local donde alojarnos. — Y como es esto, repuso su amo — Es, dijo Petit-Jean, porque otros huespedes mas distinguidos que nosotros han venido á instalarse en la fonda.

—Oh! eso no puede ser dijo con tono colerico Mr. Le Grand. Yo pago muy bien mi alojamiento y nadie tiene derecho de sacarme de él. Yo soy libre, independiente y dueño absoluto de todas mis acciones.

—Ah! si, es verdad, dijo Petit-Jean, pero dignaos llegar á la fonda, y os hallareis con una señora, cuya voluntad es de mas valía que la vuestra. —Y como se llama esta señora? —La necesidad, respondió Petit-Jean. Al llegar á la fonda, Petit-Jean mostró á su amo todos los fardos contenidos en las tres carretas y le dijo: —Ahora decidme, querido amo, donde quereis que nos alojemos y coloquemos todas estas mercaderías? Pardiez! que tienes razon Petit-Jean dijo Mr. Le Grand, no habia advertido en ello; pero muy en breve saldrémos del pantano. Diciendo esto subió á su cuarto, escribió tres cartas una para cada corresponsal de su casa, en Bretaña, en Picardia y en el Languedoc y previno á los carreteros de ir cada uno á la provincia que se le habia designado y llevar los libros al lugar cuya direccion marcaban las cartas que se les habian dado. En estas cartas encargaba á sus corresponsales que tuvieran los libros á su disposicion hasta nueva orden.

Luego de partirse los carreteros quedaron solos amo y criado. Petit-Jean fué el primero que tomó la palabra y dijo á Mr. Le Grand : — No sabia que os hubierais determinado de egercer el comercio, pero ahora si que veo que ya empezais vuestras especulaciones y que haceis empresas harto diferentes de las de vuestro difunto padre. A la verdad este no habia hecho sus especulaciones y calculos sobre esta clase de mercaderias pero ya nos decia con frecuencia que vos llegariais á ser con vuestros estudios un gran capitalista. Sin embargo no quiero ocultaros mi querido amo, que temo mucho los resultados de esta operacion; porque los libros son una mercaderia casi despreciada en el dia por su abundancia, y me parece que en tan gran numero debe de haber muchos de malos.

— Bien! dijo Mr. Le Grand, que los haya; pero los mios son los mejores que se encuentran, si yo quisiera sacar provecho de ellos ganaria mucho mas que mi padre mas no es la aficion al dinero la que me guia en esta empresa; y aunque el interés sea el único mobil del corazon humano yo tengo miras mas elevadas y que tu no puedes comprender por ahora. Si consigo regenerarte; ya lo sabrás.

—Que necesidad tengo de ser regenerado respondió Petit-Jean para saber que el comercio consiste en vender caro lo que se compra barato. Si no habeis atendido en esto al hacer la compra de tantos fardos de libros podeis dar por perdidos capital y beneficios, y á fé que no será poca cosa.

—Ba! Ba! De que friolera te quejas, dijo Mr. Le Grand, que son estos libros comparados con los demas que he comprado y que pienso distribuir en todo el Reyno y en el estrangero?

—Toma! Si distribuis gratis vuestra mercaderia por cierto que la despachareis pronto, y no dudo que todavia quedarán muchos descontentos por no haber llegado á tiempo.

—Y que! debo yo acaso recibir dinero siendo como es mi unico objeto el esparcir las luces por toda la redondez de la tierra? Esto seria obrar en el oscurantismo como hacen los hombres rutinarios del dia; yo pienso regenerar la especie humana levantando una nueva antorcha que eclipse todo lo que se conoce hasta la época presente.

—Por piedad, dijo Petit-Jean, socarronamente, tened lástima por lo menos de

pudo menos de preguntar á su amo si habia formado sociedad con algun otro comerciante: atendido que el dia antes casi no habia quedado ningun libro y á la sazon estaba el almacen lleno.

—Esta empresa corre solo de mi cuenta repuso Mr Le Grand, porque no hay nadie mas que yo que pueda llevarla á buen termino. Toma, le dijo, estos libros y te aconsejo que estudies bien sus doctrinas; no son de primer orden pero si veo que haces progresos te daré otros. Ahora concluiré mis compras y mientras tanto puedes volverte á la fonda.

No se hizo Petit-Jean repetir la orden de retirarse, y luego que hubo llegado á su cuarto empezo á ecsàminar las obras que le habia entregado su amo: ninguna de ellas le era conocida. En efecto, habia algunos volumenes de la Enciclopedia, el diccionario de Bayle, el diccionario filosofico de Voltaire, las obras de Condorcet, de Helvesio, de la Mettrie, de Hobbes, de Rouseau, de Dupuis sobre el origen de los cultos, de Volney, de Diderot, de Alembert, y otros. Al ver todos estos libros hizo consigo mismo estas reflecsiones:—Vámos á ver, Petit-Jean, las obras que se te han dado para iluminar-

te; quitate las legañas de los ojos si quieres ver bien la luz. ¡Tu vas á salir de las tinieblas: despidete de la luna y de los otros planetas, y deja á Marte, Jupiter y Saturno que vayan á iluminar con sus amortiguados resplandores á toda esa turba de ignorantes que no tienen mas que cinco sentidos desde la creacion del mundo; y dí á esos astros donde quiera que estén que no permitan la entrada de la nueva filosofia si no quieren quedar corridos y eclipsados por ella.

Adelante, Petit-Jean, prosiguió hablando consigo mismo, despacha, y enfrascate en la cabeza el contenido de todos estos libros y luego mediante sus doctrinas verás como te hallas en disposicion de derribar la estatua de Luis el Grande ó hacer con tu amo tales desatinos que té lleven derechito á la horca. Sin embargo, sino habia en estos libros mas de lo que se ha dicho desde el principio del mundo, hubiera tantos sabios avidos de leerlos, y se juntaria con ellos mi amo? Oh no! Grandes novedades debe de haber en ellos. Quien sabe si contienen el secreto de no morir; y con efecto Mr. Le Grand nos ha hablado ya de la inmortalidad y de las divinidades que no tienen fin; si asi fuese muy mentecato seria yo de no

leerlos, porque no querria morir antes que mi amo para no dejarle solo. En cuanto á morir no es cosa que me guste; sea dulce ó sea amarga la muerte. Cada uno tiene sus antojos y no es el mio de morir solo. A mi amo no le faltará quien le acompañe, pero si yo muero nadie querrá seguirme hasta la eternidad. Soy pues un insensato si no me entrego al estudio de esta nueva ciencia, ¿quien sabe si llegaré con ella á alcanzar otro sentido á mas de los cinco que ya me tengo? Pero al contrario si en lugar de ganar, pierdo el equilibrio de mi inteligencia y el seso?... Esta es otra cosa que merece atencion. O he de morir ó nó; en el primer caso no tengo necesidad de libros; y en el segundo convendrá que me reserve algun tiempo para meditarlo porque yo no sé que hasta ahora ninguno de estos filósofos modernos haya adquirido un antidoto contra la muerte. Reflecsionemos con madurez si he de ser ó no filosofo.

A este punto llegaba el criado en sus reflexiones cuando llamó á la puerta del cuarto Mr. Le Grand, y apenas hubo entrado, se echó en una silla poltrona y dijo al primero: — Estoy fatigadísimo, y es imposible Petit-Jean que te imagines lo

que hoy he hecho para concluir la compra de mis libros; he remitido muchos fardos en los departamentos del Delfinado, de la Lorena, de la Turena, del Borbonés, Borgoña, Limosin, Auberne, Guiena, Bearne, Provenza y otros; he dicho á todos mis corresponsales que guarden estos libros y no los dejen ver á nadie. Este es un gran paso para lograr lo que tengo premeditado.

— ¡Premeditado!...... Que yo no pueda saberlo!... repuso el criado: Vos sabeis, querido amo, que nos habemos criado juntos por decirlo así, que yo os acompañaba por todas partes, y siempre he procurado merecer vuestra confianza ¿seré indigno ahora de que me comuniqueis ese nuevo proyecto? Acaso no me considerais tan leal y tan adicto á vuestra persona como antes? Ah! querido amo, sacadme de esta incertidumbre y respondedme por favor, porque vuestro silencio me atormenta.

— Nada de esto, respondió Mr. Le Grand, yo te conservo la misma estimacion que antes; pero hay cosas que son de suyo reservadas y de las cuales no se debe hablar sino bajo el sello del secreto y del juramento. Sabes tú, ¿si á esto estoy obligado? y si puedo hablarte de estas cosas hasta que

me sea permitido?

„Oh! por supuesto„ dijo Petit-Jean, si habeis cometido alguna mala accion ó algun delito como por ejemplo un hurto ó un asesinato; pero esto no debe tener lugar con respeto á la compra de vuestros libros y las remesas que habeis hecho de ellos á las provincias„ porque si vos los comprasteis de vuestro dinero y os equivocais en vuestros cálculos ¿que tiene que ver esto con nadie puesto que solo vos sois el perdidoso? Vos sois dueño de vuestra fortuna y podeis disponer de ella como mejor os parezca.

—Me complazco, repuso Mr. Le Grand, de ver como desenvuelves el principio de la libertad. En efecto somos ó no somos libres; si lo primero, debemos ser tan libres como las aves; estas corren y vuelan á su antojo, porque pues no tendré yo el mismo derecho? Yo soy dueño de mis acciones asi como de mi dinero, y de consiguiente si quiero arrojarlo por la ventana ó comprar libros ó adquirir estados para llegar á ser rey ó emperador, una higa á todo el mundo; nadie debe meterse conmigo.

—Ola!, ola!, querido amo, no prosigais; vos andais equivocado.....

—Calla tú, necio é ignorante, interrum-

pió su amo, quien puede negar estos principios infalibles y quien puede desconocerlos si no es el hombre mas estúpido!

—Yo los niego, señor, sin desconocerlos respondió Petit-Jean; pero no me atrevo á probaros su falsedad porque un criado no tiene derecho de promover discusiones con su amo sin su permiso.

—Pues bien yo te lo otorgo, dijo Mr. Le Grand, aunque no fuera mas que por ver como sales de este empeño.

—Pues ya que me otorgais el permiso, voy á convenceros del error en que estais. Habeis dicho que las aves son libres y no hay cosa mas controvertida que esta; si cuando intentan volar y levantarse por los ayres, les impide un huracan ir donde ellas quieren, que hacen al instante? En lugar de ir contra el ayre van barriendo por tierra ó se echan en ella hasta que la violencia del ayre les permita seguir su curso. Hé aquí precisamente lo que el hombre puede hacer, y ojalá que no abusase jamas de su libertad!

Por lo que toca al dinero y á la facultad de usar de él como se quiere, hay tambien mucho que decir; porque si queremos arrojar todo nuestro dinero de una vez al mar

como vos deciais, nadie podrá reprendernos, pero se burlarán de nosotros si en lugar de pasarlo bien y vivir comodamente nos constituimos por culpa nuestra en el caso de tener que pedir limosna, la cual todos nos negarán; pero en cuanto á hacer mal uso del dinero ya es cosa distinta, porque si nosotros hacemos algo en perjuicio de tercero serémos responsables del daño que hayamos hecho, y esto es muy justo: de lo contrario podria cualquiera por veinte francos por ejemplo darme á mí veinte palos y hacerme guardar cama veinte dias y aun matarme, causandoos segun á mi me parece muy poca satisfaccion y mucho menos si esto aconteciera á vos mismo.

Me hablasteis vos de llegar á ser Príncipe ó Emperador con el dinero; no ha llegado hasta ahora á mi noticia que se haya tratado de subastar las coronas, pero si así fuese compadeceria de todo mi corazon al último postor, porque tendria que emplear medios que le acreditarian muy poco; y segun dice el refran, quien mal anda mal acaba. Y en prueba de esto, si un intrigante llegase por medio de papeles ó escrituras falsas á darse á conocer por hijo legitimo de vuestro padre, diciendo que vos no sois

mas que el hijo del hortelano sustituido fraudulentamente, que es lo que no haríamos para descubrir la supercheria? No tratariamos de hacer prender á este malvado y castigarle con todo el rigor de las leyes? Por lo mismo es forzoso convenir que las aves no son mas libres que los hombres para hacer lo que ellas quieren. Podeis dormir acaso cuando no teneis sueño? Cuantas veces no he cerrado yo los párpados á pesar de los vivos deseos que tenia de dormir....

Nada tuvo que responder Mr. Le Grand á las razones de su criado, y asi se contentó con preguntarle si habia leido las obras que le entregara. Petit respondió que no habia tenido tiempo, y que aunque lo tuviera jamás podria persuadirse de que lo blanco fuera como lo negro, la luz como las tinieblas, ó que no debiese morir. Que él estaba cierto de esta verdad, y que la sentía en estremo por tener que dejarle solo. —Por la misma razon dijo Mr. Le Grand sentiria yo morir antes que tú. El héroe encargó de nuevo á su criado que leyera todas las obras de la nueva filosofia para poder hablar de ella y comprenderse el uno al otro toda vez que siempre debian vivir juntos. Petit-Jean respondió que iba á dar

una ojeada á todas las obras; pero su amo le dijo que debia hacer algo mas, y que no volveria á hablar de ello á Petit-Jean hasta que estuviera al corriente de las nuevas doctrinas.

Asi fué; y en lo sucesivo no hablaron sino de cosas indiferentes y esto en las horas de comer; porque en lo restante del dia estaba Mr. Le Grand casi siempre fuera de casa conversando con los amigos que habia adquirido en París. Petit-Jean no tenia otra ocupacion durante todo este tiempo qué la de aguardar á su amo, quien las mas de las veces llegaba á su casa que ya era de madrugada. No se hubiera atrevido á hacerle la menor observacion sobre esto porque el amo se habia puesto mas serio y grave desde que su criado no convenia con sus ideas. Pero de otra parte se hallaba muy alarmado con las nocturnas salidas de su amo, y sin atribuirlas precisamente á alguna ocupacion poco honesta, no deseaba menos conocer el objeto; propuso pues seguirle una noche que regresó precipitadamente á su casa y volvió á salir inmediatamente llevándose un libro debajo del brazo. El criado bajó tras de él y le siguió siempre la pista sin ser visto. Se entregaba ya

á mil reflecsiones, cuando con gran admiracion suya se desapareció su amo de delante sus ojos y precisamente en un parage donde menos creia que pudiera escaparse; no habia puerta, arco ni escondite donde Mr. Le Grand pudiera ocultarse, y sin embargo él habia desaparecido. Atónito Petit-Jean de este suceso ecsaminó las inmediaciones de aquel lugar y no encontró mas que un ángulo muy angosto formado por las paredes de una huerta. Pasó confuso las manos sobre las paredes buscando alguna abertura, pero no halló ninguna, midió la altura de las paredes á la simple vista para ver si su amo las hubiera podido pasar de un salto, pero conociendo que esto era imposible se volvió á su casa diciendo consigo mismo: —¡En mi vida me sucedió cosa igual. Puede ser que mi amo ha hallado el secreto de llevar alas ocultas y servirse de ellas cuando las hubiere menester; ¿quien sabe si este es alguno de aquellos descubrimientos de la filosofia moderna de que tantas veces me ha hablado? Nadie estaba á su lado, no habia hendidura alguna en las paredes, ni lugar donde ocultarse; luego Mr. Le Grand se habrá desaparecido volando por los ayres mientras yo le estaba miran-

do en tierra: esto no puede esplicarse de otro modo. Ahora si que conozco que mi amo es sagaz y astuto y yo muy ignorante y matorral, pero tampoco lo soy yo solo porque á mi entender se hallan en este número todos los que no han leido las óbras que se han remitido á las provincias. Al presente, si que echo bien de ver la necesidad de estudiar esos libros; de lo contrario nunca seria mas que un animal de dos pies como el mono, y sin alas para volar como probablemente hace mi amo. En resolucion quiero asegurarme de ello, y si en realidad veo que vuela por los ayres, le suplicaré que se me lleve para alejarme de la tierra donde tiene uno que sufrir tantas penas é infortunios.

No tardó en ofrecerse á Petit-Jean la ocasion de seguir á su amo. Al cabo de tres dias el criado se encontró con su amo en el mismo lugar en que habia desaparecido; el criado se llegó casi á tocar con Mr. Le Grand cuando este se hundió en el ângulo que hacian las paredes de la huerta; y como Petit-Jean miraba siempre en el ayre, creyendo ver volar á su amo, despues de algunos instantes volvió á mirar por todas partes y ya no encontró á nadie. Aunque temeroso,

se acercó al ángulo y ecsaminó de nuevo las paredes, pero no descubriendo tampoco hendidura alguna se aumentó mas su pasmo y confusion. Se santiguó muchas veces, se figuró que esto era cosa de sortilegio y que por allá debia de habitar Satanás; estremecido, y huyendo hasta de su misma sombra dió á correr con todas sus fuerzas invocando á grandes voces el nombre de Jesus para evitar que fuera hecho presa del demonio.

A pocos pasos de distancia encontró un hombre que parecia estar de atalaya, detúvose entonces y se alentó un poco, observando atentamente los pasos del desconocido; llegó este al mismo parage donde habia desaparecido Mr. Le Grand, siguióle Petit-Jean con los ojos y pocos instantes despues vió que tambien desaparecia. Esta segunda desaparicion en el mismo ángulo aumentó el miedo del temeroso Petit-Jean, y creyéndose arrebatado por una legion de espíritus malós echó á correr hasta que llegó á la puerta de la fonda. Entró en ella sudando y jadeando, tomó una luz y para mayor seguridad se fué á su cuarto cerrando antes la puerta con llave. Dejóse caer en la primera silla que encontró y empezó

á discurrir consigo mismo de este modo: — Harto tengo de mis dos ensayos: no hay paraque hacer otro; antes bien debo dar gracias á Dios que me ha dejado llegar sano y salvo á mi morada. En cuanto á mi amo podrá irse donde le acomode que poco me importa, siquiera le acompañe el diablo; á este si que le tengo compasion porque ha encontrado en mi amo otro que le aventaja. En verdad que le sobra la razon de prohibirme que alterque y promueva discusiones con él de cosas que yo no comprendo puesto que como dice el refran el zapatero á su zapato, y cada uno de su oficio. Mi amo es filósofo y político; allá se las haya, con su pan se lo coma; por lo que á mi toca, contento me estoy con lo poco que sé: este poco ha sido harto para mí para poder vivir y esperar con paciencia la visita de la parca que á nadie perdona. Si mi amo consigue no morir por fuerza he de confesar que es el hombre mas sábio del mundo; pero al contrario si no puede evitar las enfermedades, los pesares y la muerte le compadeceré de todo mi corazon porque se dá una pena inutil, y al fin vendrá á quedar desencantado. No sé yo en que consisten los grandes descubrimientos de los modernos; y

desde luego advierto que no han hallado el medio de volar porque yo estaba muy atento cuando me creia que iba á hacerlo mi amo y nada he visto.

A lo que parece, han hallado el secreto de la transfiguracion del cual Mr. Le Grand me habló un dia, y por egemplo el de transformarse un hombre en perro, caballo, mosca ú hormiga. ¡Ah necio de mí! ahora doy en la cuenta! Mis dos hombres, á quienes seguia la pista se me han transformado en hormigas; y he aquí porque se me han desaparecido de delante mis ojos. Pero aun suponiendo que hayan seguido el sistema de Pitagoras sobre la transformacion, yo no estoy nada envidioso de su secreto, porque antes de transformarse es menester morir, y no vale esta pena el deseo de llegar á ser otra cosa. Mejor seria no morir sino una sola vez y esta en gracia de Dios; porque al fin ¿no fuera disparate que el hombre mudase á cada instante de forma y se convirtiera ora en caballo para ser ensillado y llevado á la guerra ó para uncirle en un coche; ora en mosca para ser devorado por un pollito; ó bien en cerdo y tener siempre que huir de las mesas de los judios y musulmanes? A Barrabás todos estos libros

llenos de tantos absurdos, las personas que los leen y las que los ensalzan hasta las nubes!...

Pero volvamos al caso; yo debo habérmelas contra todo ese galimatias de la nueva filosofia, y por tanto conviene que estudie las obras que me ha entregado Mr. Le Grand, de otro modo no tendria paz con él; á pesar de que creo que no hallaré mas que locuras y desatinos. Esto importa poco, el caso es que yo debo discurrir con mi amo y por consiguiente es mi deber el emprender esta lectura pero lo haré con la prevencion ya enunciada de que está plagada de disparates y locuras. Yo me reiré y me burlaré, pero y si me sucediera lo que á un hidalgo de la Mancha le sucedió cuando leyó libros de caballería que perdió el juicio leyendo las aventuras de los caballeros andantes? Si se pinta y describe en estas obras las sandeces de los filosófos modernos pero con arte y modo elegante que lisonjée nuestras pasiones, de suerte que al fin y al cabo caygamos yo y mi amo en el lazo sin pensarlo? Y si yo vengo á ser el nuevo escudero de ese flamante D. Quijote, ¡que tendrá de estraño que andemos por el mundo buscando las aventuras? Ah! que

sé yo lo que puede suceder? pero Mr. Le Grand lleva traza de ser mas loco que D. Quijote y yo mas sencillo é inocente que Sancho Panza: mas tratémos ahora de conciliar el sueño y no nos dé tanto cuidado el porvenir.

Aqui se cerraron los párpados de Petit-Jean; durmió con sueño tranquilo y sosegado hasta el dia siguiente, en que lo dispertó su amo. Este no dudaba que su ayuda de cámara le habia seguido dos veces pero trató de disimularselo. Mr. Le Grand pidió de cenar, y empezó á hablar con su criado de las doctrinas contenidas en los libros que le habia entregado. Petit-Jean que no sabia mas que los titulos para evitar el enojo de su amo respondió que las habia leido todas y tomado en ellas tanto gusto que pensaba aprenderlas de memoria.—Pues que es lo que me dices de Diderot? —Ah! querido amo yo creo que ese hombre es un genio sublime, pero prefiero á Volney, Rousseau y Voltaire. He aqui unos hombres que se han hecho distinguir entre todos los demas. Casi me atreveria á decir que han llegado á la inmortalidad. —Como te atreves á dudarlo? Estos hombres, si asi pueden llamarse no morirán jamas. La muerte no

les espera, ni les amaga, porque le han quitado la máscara. ¡ Ah Petit-Jean! cuan sensible me es que hayas perdido el tiempo en otras lecturas de las cuales no has podido sacar ningun provecho! Observo con gusto que en el poco tiempo que has tenido para leer los libros que te dí has hecho grandes progresos. Es lástima que antes te dieras al estudio de otros que en nada se parecen á estos. Pero yo cuento reparar esta falta, porque no hay cosa que resista al poder del dinero. Yo haré que sepas en una semana lo que á mi me ha costado de aprender muchos años. — Como! Pero señor es posible? Podré yo saber tanto como vos? Si asi fuese no temeria á todas las tramas del infierno. — Pues bien repuso Mr. Le Grand, tú verás si lo consigues, pero vamonos á reposar y mas tarde proseguiremos nuestra conversacion.

Capitulo 7º

Mr Le Grand promete á su criado iniciarle en los misterios de su doctrina en el espacio de ocho dias. — Reflecciones de Petit-Jean sobre la imposibilidad de cumplir esta promesa. — Sueño de Mr.

Le Grand sobre sus ideas filosoficas. — Introducen á Petit-Jean en la Academia subterranea. — Descripcion de este edificio y mecanismo inventado para llegar á él.

Separaronse amo y criado: el primero para reponerse de los esfuerzos y fatigas de su imaginacion y el segundo para refleccionar y adivinar los medios de los cuales echaria mano para enseñarle en ocho dias lo que á su amo le habia costado toda su vida. El taymado Petit-Jean estaba pensativo y deseoso de descubrir un secreto tan importante. — Si esto es posible, se decia, que necesidad hay de colegios de universidades y de academias? Y si no lo es, tampoco es regular que me lo hubiera prometido Mr. Le Grand. Quiero ser sabio, pues bien, paraque hé menester quemarme las cejas y estudiar todas las obras que me ha entregado mi amo, si al cabo de ocho dias debo saber todo su contenido? Y que diré de los otros libros que se han remitido á las provincias y de los que quedan todavia en el almacen por cuenta de mi amo? Si este no los sabia de memoria por cierto que no los habria comprado. Conozco pues que soy

un bestia como todos aquellos que no han leido y estudiado los libros de la nueva filosofia, los cuales enseñan lo que nadie habia enseñado, descubren lo que nunca se habia descubierto é inclinan á hacer lo que es imposible. Ahora si que es preciso confesar que los Arabes instruidos en las matemáticas, los Egipcios en la arquitectura, los Atenienses en la legislacion y los Romanos en la politica eran unos pobres petates y gente imbecil; dentro de ocho dias sabré yo mas que todos esos señores mios; y no hay duda qae si Solon, Licurgo, Demostenes y Ciceron ecsistieran estarian envidiosos de mi saber. Quien habia de decir que Petit-Jean aventajara á tan grandes hombres?

Aqui llegaba este cuando oyó á Mr. Le Grand que daba grandes voces. Prestó atento oido y advirtió que decia dormido: —Si; nadie mas que yo puede conducir todo esto á buen término, he tomado al efecto las medidas conducentes; tengo bastante dinero, los libros que he remitido circularán por las provincias; mis agentes trabajarán sin descanso; y el género humano irá reengendrándose: yo seré el regenerador de la especie humana; mia será la gloria y los hombres me serán deudores de la libertad que

para siempre disfrutarán, de la igualdad, de la dicha y de las delicias. ¿Que dirán de mi las gentes en los venideros tiempos cuando vean qne ya no es necesario comer para vivir sino vivir para comer. El artesano tendrá un coche á su puerta y un criado que estará aguardando sus ordenes; el simple labrador dejará para siempre la arada y entrando en su casa hallará la mesa puesta, con la vajilla de plata y la comida de tres ó cuatro platos en que abundarán las perdices y los pavos sin que pueda comprender como se ha obrado esta transformacion; los presos saldrán de sus calabozos y gozarán de aquella divina libertad que quiero alcanzar para todos los hombres; los lacayos y pages y toda la servidumbre de los magnates estará contenta y gozosa sobremanera de verse al lado y mano á mano con sus amos, desde luego que yo haya establecido el sagrado principio de la libertad todo el mundo traerá presentes á Mr. Le Grand como autor de tan grandes beneficios, por todas partes se entonarán himnos en su alabanza cuando se sepa la nueva forma de gobierno que pienso adoptar y en la cual los zapateros y remendones tendrán y egercerán el derecho de la soberanía nacional.

La libertad de la prensa no tendrá limites; los pastores publicarán libros de astronomia la que habrán aprendido guardando y apacentando sus rebaños, y otros tambien sobre la fabricacion de la manteca y del queso. Entonces si que me serán dicernidos los honores del apoteosis, y erigida una estátua mucho mayor que la de Luis el Grande. ¡Valor pues! acometamos esta empresa, y démos principio á la regeneracion; mañana escribiré á todos mis corresponsales de las provincias para que remitan á los que pidan por ellas las obras que tengan en su poder con tal que presenten la contraseña que antes les indique; en breve van á cundir y penetrar las luces por todas partes é yo me encargo de lo demás.

Atonito quedó el ayuda de cámara; sin saber como interpretar lo que acababa de decir su amo, pero resolvió al fin no hablar de ello hasta que Mr. Le Grand diese lugar. El dia siguiente dispertó su amo, y despues de haberle ayudado á vestir y presentado el desayuno viendo que iba á salir al momento, le recordó Petit-Jean la promesa que le habia hecho de instruirle dentro ocho dias en los principios de la nueva filosofia. Mr. Le Grand contestó que esto era ca-

balmente lo que le ocupaba, pero que en resolucion no se podia empezar hasta el otro dia. En esto salió Mr. Le Grand de la fonda, con las faltriqueras bien provistas de dinero, y se dirigió hacia la academia para ajustarse con los que hacian de centinela sobre el modo que habia de introducir á su ayuda de cámara. Los que estaban de faccion le manifestaron los castigos á que podian incurrir entrando en aquel recinto alguno que no estuviera inscrito en las listas de los asociados; pero Mr. Le Grand salió garante de la discrecion y buen juicio de su ayuda de camara, y escurriendo en la mano de cada uno de ellos algunos escudos, quedó convenido que Petit-Jean se acomodaria en una especie de nicho desde donde pudiera escuchar los discursos de su amo. Dió este el santo y seña de su criado, y añadió que le llevaria consigo en la primera sesion que hubiese.

No quiso Mr. Le Grand diferir á su criado el gusto de anunciarle que iria á la Academia. Dijolo á Petit-Jean luego que entró, añadiendole que veria lo que nadie habia visto y sabria lo que ninguno podria comprender si no es que estuviera iniciado en los misterios de aquella ilustre corporacion.

—Acaso estoy yo inscrito en ella, repuso Petit-Jean? —Esto no es posible, respondió su amo, y aunque tu lo pidieras no se te otorgara; y no me preguntes el porqué. Sin embargo tu podrás escuchar, pero no hablar; y esto basta para que puedas ser regengendrado, pero te advierto que peligra tu vida si no guardas el mayor secreto sobre todo lo que allí veas; porque ninguno de mis cofrades puede verte, al paso que tu los verás y oirás á todos.

Ponte pues de hinojos delante del sol, cuyos rayos penetran al traves de los vidrios de esa ventana, y haz juramento de no revelar á persona alguna viviente lo que tu verás ú oirás y menos aun la que te facilitó la entrada en aquel lugar. —Y si mientras duermo se me escapa algo, como sucede á otros que hablan durante el sueño lo que pensaron el dia antes? Lo que tu verás y oirás no puede representarse en sueños porque es menester estar bien dispierto y desvelado para comprenderlo; á mas de que no se debe dar mucho credito á los sueños.

Se creerá que Petit-Jean consintió en ir á la academia á pesar de toda su prevencion contra las delicias de la nueva filosofia? Prestó en efecto juramento de guardar el secre-

to, y entonces su amo le dijo que iria á buscarle á media noche para volverse juntos al grande depósito de las luces del siglo, donde debian llegar á la una en punto. A las doce y media, Mr. Le Grand llamó á su criado, y le invitó á acompañarle, encargandole que observará exactamente los tres consejos siguientes: de no asustarse de cosa alguna que viera ú oyera en la academia; de asistir á ella con todo recogimiento sin soltar una palabra; y por ultimo de no toser ni estornudar á fin de que no se advirtiera que estaba allí. — Ya ves que esto es muy facil añadió Mr. Le Grand, y aunque no lo fuera debieras conformarte á todo para llegar á lo que deseas en tan poco tiempo. Oh! que sorpresa ha de causarte el verte reengendrado y tan superior á los demas hombres!

— Será pues, respondió Petit-Jean, que se muda nuestra organizacion ó añaden á ella otros sentidos? No me pareciera esto malo; porque os hago saber que muchas veces oygo mas de lo que quiero y otras que quisiera oir mas y no puedo. Pero en fin lo que abunda no daña, si mis sentidos se aumentan sabré darles buena direccion y partamos al punto que os seguiré por donde querais.

Dicho esto salieron del meson, pasaron por las mismas calles y veredas por donde Petit-Jean habia seguido á su amo cuando este se le desapareció y cuyo misterio estaba el primero impaciente de descubrir. Llegaron al angulo que formaban las paredes del huerto ó jardin y cuya altura era de quince pies, Mr. Le Grand se aseguró de que nadie les observaba, y colocó á su criado sobre una de las piedras aceras de la pared, le encargó que estuviera en pie juntos los brazos al cuerpo y las manos en los muslos. Puesto así Petit-Jean, sacó su amo de la faltriquera uno pestillo ó cerrojo de acero, se bajó y le introdujo en una pequeña hendidura por entre los pies de Petit-Jean; dió una media vuelta con el pestillo y al instante se hundió el ayuda de cámara hasta una profundidad de veinte pies. Petit-Jean creyó entonces que no iba á detenerse hasta el centro de los abismos; pero no osaba abrir sus labios. Un instante despues ya habia la piedra vuelto á su lugar, Mr. Le Grand mas habituado á este descenso hizo jugar su pestillo y en un abrir y cerrar de ojos se halló tambien abajo al lado de su ayuda de cámara, que casi estaba desmayado entre los dos centinelas de la academia. Este me-

canismo se componia de cuatro barras de hierro unidas en sus extremidades y por el centro y se levantaban y bajaban por medio de unos grandes resortes; èl que le hacia bajar no tenia bastante fuerza elastica para resistir el peso de un hombre, pero tenia la suficiente para impedir su descenso de un golpe. El resorte de la subida tenia una fuerza tres veces mayor que el otro y podia llevar á lo alto un peso de doscientas libras, lo que hacia que volviera la piedra á su lugar sin dejar el menor vestigio de su movimiento. Un centinela estaba encargado de hacer jugar estos dos resortes colocandoles sobre un punto de apoyo hacia el centro de las cuatro barras y no tenia mas que hacer rodar un peso para comprimir ó aumentar la fuerza elastica. Cuando aquella máquina estaba levantada se aseguraba su estabilidad por medio de un hierro transversal; para retirar este hierro se empleaba el pestillo, y entonces se dejaban en libertad los resortes como lo hizo Mr Le Grand y lo hacian los demas academicos en las horas de sesion.

Mas, volvamos á Petit-Jean que asustado de verse en el subterraneo no se recobró algun tanto hasta que echó de ver que estaba

al lado de su amo. Este le condujo acompañado de un centinela al lugar donde se le habia destinado, encargandole de nuevo la observancia de los tres preceptos que le habia impuesto. Petit-Jean no cesaba de admirarse, sobretodo al ver aquellas piezas y bovedas que le tenian como encantado. Púsieronle por fin en el nicho, donde le deslumlumbraba el grande resplandor que despedian las muchas luces de los quinqués y arañas que habia por todas partes; pero su sorpresa subió de punto cuando corriendo el centinela una cortina se ofreció á sus ojos un salon magnífico, en el fondo del cual se hallaba un hermoso dosél cubierto de terciopelo carmesí con franjas de oro. Al pié de la gradería del dosél habia un gran bufete, y encima de él muchos libros y cuatro bugias encendidas. Todo el ambitó del salon estaba circuido de sillas poltronas y numeradas por orden en donde podian caber hasta ochenta personas. Petit-Jean no pudo ver desde su lugar sino el número setenta y nueve. El salon estaba iluminado pero la sesion no habia empezado todavia. Esta pieza estaba construida bajo de una huerta, y por diferentes hendiduras se le renovaba el ayre; el edificio junto con

la casa de campo que estaba cerca de alli pertenecian á uno de los ricos propietarios iniciados en esta cofradia.

La campana de un reloj de las inmediaciones de aquel lugar que daba las dos vino á sacar á Petit-Jean de la especie de contemplacion en que estaba sobre estos objetos y mas cuando vió que entraban en el salon mas de cuarenta personas cubiertas cada una de ellas la cabeza con un gorro encarnado. Habia una que llevaba insignias particulares y fue la que ocupó la silla que estaba debajo el dosél. Sobre el bufete puso uno de los academicos un gran libro de a-folio, los demas tomaron sus asientos cada uno segun el numero que le correspondia; todo lo cual hacian con el mayor silencio. Petit-Jean tendió la vista á ese vasto salon para descubrir á su amo y observó que estaba sentado junto al presidente, habiendose calado el gorro encarnado como los demas. Entonces el Presidente tocó una campanilla y empezó la sesion.

Capitulo 8º

Primeras sesiones de la academia en las que se suscita la cuestion de crear nue-

vos mundos y nuevos habitantes. — Principios de los filosofos sobre la vitalidad. Cuestiones de moral segun los principios de la filosofia moderna — Platica de Petit-Jean con su amo sobre lo que habia observado en la academia.

— Ciudadanos, dijo el presidente, no ignorais vosotros que el gran Descartés nos dejó escrito firmado y rubricado de su propia mano la proposicion siguiente: "*Que »me den materia y movimiento y me en»cargo de hacer un nuevo mundo*" Los hombres de su época persiguieron de muerte á este hombre singular y su proposicion fué calificada de heretica. Claro es que este ilustre sabio fué desconocido de sus contemporanéos como nosotros lo somos de los nuestros. Pidiendo Descartés materia y movimiento para hacer un mundo, era lo mismo que pedir un mundo ya hecho y acabado, porque como nosotros no vemos en este mundo mas que materia y movimiento resulta que el filosofo no pedia mas que lo que debia hacer. Es pues de todo punto evidente que Descartés ignoraba lo que pedia ó bien que su intencion era de dar á

conocer que nadie se hallaria capaz de hacer un nuevo mundo. La filosofia se hallaba entonces en fajas y mantillas, y tan atrasada que no es estraño á pesar de los muchos proselitos que hizo y lo mucho que le ensalzaron en su tiempo que no pudiera hacer este filosofo lo que en el dia hallamos tan facil y hacedero. Mis oyentes comprehenderán muy bien que hablo de ese ilustre academico que ha aceptado el noble cargo de hacer por si solo un mundo enteramente nuevo.

Al instante un individuo que ocupaba uno de los ultimos asientos se levantó y sin quitarse el gorro ó bonete colorado se adelantó hacia el presidente y con ayre de muy satisfecho de su persona le pidió la palabra. No tardó á conocedersele y despues de haber paseado con sus miradas toda la asamblea, con voz fuerte y sonora dijo:—Yo soy el que me ocupo en este momento de hacer el mundo de quien hablais. No necesito mas que tres ó cuatro dias dentro los cuales ofrezco presentarlo aqui enteramente hecho y concluido. — Muy bien respondió el presidente, holgaremos de verlo y prosiguió diciendo: — Nosotros hemos aventajado á nuestros mayores; pero el nuevo mundo

que va á seros presentado no tendrá habitantes ni nada, y esta es cosa que merece ser meditada seriamente... — No importa esto replicó al instante un joven que ocupaba la silla número treinta y siete. — Asi es; repuso el presidente y continuó asi su discurso. — Los nuevos habitantes de este nuevo mundo no careceran de alma y espiritu; deben estar dotados de vida, de sentidos y de habla para poder egercer todas las funciones humanas. Sin embargo como la nueva filosofia podría hallar en esto algunas dificultades he resuelto ventilar la grave cuestion de la vida, es decir que conviene que investiguemos la esencia de la vitalidad y sepamos poco mas ó menos en que consiste. Ilustrado este punto será muy facil crear habitantes para el nuevo mundo. Veámos pues en que consiste la vida: cada uno hable por su turno.

Entonces uno de los academicos se levantó y dijo; yo soy enteramente del parecer de Buisson. " *La vida no puede definirse* » *ni esplicarse sino con la palabra ser que* » *tanto ha ocupado la atencion de los me-* » *tafisicos.* " (Buisson.)

El presidente hizo anotar esta espresion y pidió á otro que emitiera la suya. Este

dijo: —Que segun Kant, "*la vida es un »principio de accion, de mudanza y de »movimiento.*" (Kant.)

Se hizo escribir tambien en un gran libro y se continuó: "*La vida*, repuso otro, "*no »es mas que la actividad de la materia di»rigida por las leyes del organismo.*" (Schudsit.)

El secretario se puso á escribir esto y luego otro academico se levantó de su asiento para decir á la asamblea "*que la vida »es la facultad del movimiento destinado »á todo lo que es movido*" (Erchard.)

Esta es la opinion de Erchard y tambien la mia: Otro academico dijo: —Las opiniones emitidas hasta aqui en esta asamblea no son en mi juicio mas que absurdos, salvo el honor de mis academicos y de los autores á que estos se refieren. Y sino, vease la demostracion en la teoria de Crevisán, á quien sigo al pie de la letra. "*La vida es »la conformidad constante de los fenome»nos con la diversidad de las influencias »esteriores.*" (Crevisán.).

El presidente meditó un poco sobre esta definicion y ordenó que se escribiera con grandes caracteres. Dió en seguida la palabra á otro academico que se espresó asi: —

Yo soy de la opinion de Bichat la unica que se reconoce por verdadera: "*La vida es »el conjunto de las funciones que resisten »á la muerte.*

Se dió orden al Secretario que anotára y rayara esta proposicion y la discusion continuó. Señores, dijo otro de los academicos, todos los pareceres que habeis oido deben quedar olvidados luego que sepais el mio, que es el que mas se acerca á la verdad como sacado de las obras de Cuvier.

"*La vida es la facultad que tienen cier- »tos cuerpos de durar por algun tiempo »bajo una forma determinada, atrayendo »sin cesar á su substancia una parte de »aquellos que les rodean y dando á los e- »lementos una porcion de la que les es pro- »pia*" (Cuvier.)

Extendió el Secretario esta opinion, la que llamó la atencion de la academia, de modo que acordó escribirla en caractéres goticos. El presidente preguntó si alguno pedia la palabra: entonces se presentó un individuo flaco y pálido que se espresó asi: — Si mis colegas hubieran estudiado la cuestion en el unico autor que ha sabido analizarla debidamente hubieramos ahorrado muchas palabras. Mi opinion es la de Ade-

lon. " *La vida es una manera de actividad*
» y de existencia en la que se empieza á ser
» por nacimiento; secrece por intus-suscep-
» cion y se acaba por la muerte; mientras
» dura la existencia se conserva como in-
» dividuo por nutricion como especie por
» reproduccion y se pasa por diferentes
edades. " (Adelon.)

Despues de haber oido las opiniones de muchos académicos sobre esta importante cuestion, el presidente las hizo escribir en el libro de las actas firmando cada una de ellas con caracteres distintos. Cuando el Secretario hubo concluido de escribir, el presidente sonó la campanilla y dijo : — Basta, Señores. Habemos esplicado y analizado la cuestion con tanta sutileza y maestría que es imposible decir ni añadir cosa alguna nueva.

Ya que sabemos en que consiste la vida, que dificultad tendremos en crear otros habitantes y otros seres mas perfectos para el nuevo mundo que intentamos fabricar ? Confesemos pues que la nueva filosofia es superior á la antigua tanto mas en cuanto los filósofos que nos precedieron no tuvieron habilidad ni suficiencia para crear un solo mosquito ; siendo así que nosotros

podremos formar toda especie de insectos, toda vez que uno de los académicos se ha encargado de la creacion de los hombres, que es la mayor obra del mundo. A estas palabras el individuo á quien se habia dirigido el apóstrofe se levantó y dijo: — Si señores, no pido mas que seis dias para presentaros un hombre de mi invencion; será poco mas ó menos de mi misma estatura; y no vacilo en afirmaros que si os presento un hombre de mi hechura, poco me costará hacer un centenar de ellos segun aquello de quien hace un cesto hace ciento.

Fué general y unánime la aprobacion y acordaron que dentro seis dias se haria la presentacion del nuevo hombre, y en el séptimo la del nuevo mundo. Pero uno de los socios tomó entonces la palabra é hizo ver que la academia no habia ecsaminado el asunto con la debida madurez. Hasta aqui añadió el orador, no habemos hallado oposicion ni resistencia á nuestros proyectos, todo ha salido á pedir de boca: sin embargo me será lícito haceros observar que si el hombre es presentado antes que sea concluido el mundo que debe habitar, se verá obligado á vivir entre nosotros y entonces deberá forzosamente hallarse fuera

de su lugar y vendrá á ser como si dijéramos un individuo ó miembro dislocado. El presidente aprobó la proposicion y propuso que fuera borrada la resolucion precedente substituyendo en su lugar la de que fuera presentado el nuevo mundo dentro cinco dias y en el sexto el nuevo hombre que debia habitarlo.

El presidente pidió en seguida al secretario que leyera el acta de la sesion anterior para ver si habia alguna cuestion pendiente: Leida que fué se halló que en efecto muchos académicos habian pedido la palabra para esponer los principales dogmas de la moral, no del evangelio, sino de la flamante, nueva y moderna inventada por los filósofos modernos. Se habia convenido tambien en que los oradores citarian los autores y libros de donde hubiesen sacado las proposiciones y doctrinas de que hiciesen mencion, y en hacer comentarios sobre cada una de ellas á fin de que progresara esta ciencia tan descuidada por los antiguos.

En el mismo instante se levantó un jóven de su asiento, era tamañito, y tanto que estando en pié apenas se hallaba su cabeza al nivel de los demas que permanecian sentados. La estatura de este orador era

aun mucho mas baja que la de Petit-Jean. (Este harto tenia que hacer en no echar á reir á grandes carcajadas al oir los disparates de todos estos locos) — Señores, dijo levantando la voz, ved ahí el texto de mi discurso sacado de las obras de Freret. «*Las ideas de vicio y virtud, de justicia é injusticia son arbitrarias y dependen del hábito.*» Ahora escuchad el comentario: ya que las ideas de vicio y virtud son arbitrarias, si se me antojara dar un buen cachete á ese cofrade que está junto á mi, es claro que esto deberia llamarse virtud; y al contrario si otro académico fuera en su ayuda cometeria una accion viciosa.

— Pues amigo, juro yo que os pesara del cachete, replicó con viveza el individuo que estaba al lado del orador; porque yo no entiendo de burlas, señor pigmeo; y si vos intentais acercaros tan solamente, os haré ver que mis brazos tienen bastante fuerza para haceros dar de hocicos en el suelo...... — Basta, dijo el Presidente, y al mismo tiempo tocó la campanilla para llamar al orden é invitar al orador á que prosiguiera su comentario.

— Señores mios, fué diciendo este, ya que las ideas de justicia é injusticia son tan

arbitrarias, aconsejara al señor presidente que dejase su silla y tomara el asiento de número treinta y nueve que es el mio; por que por poco que yo me acostumbre á estar sentado bajo dosel, la arbitrariedad de estas ideas quedará demostrada como un efecto del hábito. Y diciendo y haciendo se fué en derechura hácia el presidente y le mandó que le cediera su lugar. — Como os atreveis, le dijo el gefe de la asamblea, á infringir los estatutos de esta corporacion? Ignorais acaso que ocupo este lugar por el general y unánime consentimiento de todos los individuos de ella? — Y qué tiene esto que ver! si acabo de probar en mi discurso que las ideas de justicia é injusticia son absolutamente arbitrarias! No era menester tanto paraque se amostazara nuestro presidente. Su primer impulso fué arrojarse sobre ese pequeño académico, pero habiéndolo reflecsionado mejor se propuso despedirle de la asamblea. Este pidió por su parte que se procediera á la votacion, y de ella resultó que el orador en miniatura guardaria su lugar hasta que los méritos contraidos en la nueva filosofia le elevasen á la dignidad de presidente. No quedó muy contento de esta resolucion el que á la sa-

zon tenia la presidencia, sin embargo mandó que siguiera la discusion.

Entonces se levantó un miembro de la corporacion de buen talle y figura y vestido con un trage muy elegante. — Voy á esponer, dijo, la doctrina de Dumarsais: *No hay mas virtud que lo util, ni mas vicio que lo que perjudica al hombre sobre la tierra*. Ved ahí mi comentario. Yo me habia propuesto llegar á ser, segun estos principios, uno de los mas virtuosos hombres del mundo. Un dia pasando por una calle oí ruido de muchas monedas que algunos contaban en la tienda de un mercader: llamé á la puerta; abrieron, y me dijeron que era lo que buscaba; respondí, la virtud. — Adelante! que entre ese caballero. — Entonces yo bonitamente me acerqué á los metales preciosos, los tomé y metí en mi faltriquera. — ¿Qué es lo que haceis? me dijeron los mancebos de la tienda. — Señores, les respondí, yo busco lo que es útil, para ser virtuoso; y siéndome muy útil este dinero, quiero apoderarme de él y seré virtuoso. A estas palabras uno de ellos se arrojó sobre mí, y despues de haberme sacudido á su sabor me arrancó el dinero de que me habia apoderado, tratándome de

traydor y ladron y amenazándome de hacerme llevar á la carcel. — ¿Cómo entendeis la virtud le repliqué? Lo que acabais de hacer conmigo es un vicio manifiesto por la razon de que es una cosa muy dañosa y perjudicial á mí; y lo que yo he hecho no era mas que un acto virtuoso, pues que me era muy util. Vosotros sois unos idiotas, se conoce que no entendeis pizca de la nueva filosofia, y hé aqui porque todo se halla confundido en el mundo; mas no está lejos el tiempo en que una feliz regeneracion hará mudar el aspecto de las cosas en el juicio de los hombres. Pero que! Pensais por ventura que me dejaron concluir? nada de esto; me echaron fuera de la tienda y cerráron la puerta tras mí. Ahora pido yo á esa ilustre asamblea que se digne empezar cuanto antes las reformas que tan imperiosamente reclaman las luces del siglo; porque me temo que si no se dá principio á ellas desde luego podrá sucedernos tal desastre que acabe con nosotros antes que se logre la regeneracion.

Se aprobó esta proposicion por unanimidad de todos los miembros. Otro académico que habia pedido la palabra se levantó á su vez y dijo: — Señores, yo me paseaba

uno de estos dias por la selva de Bondy, y leia en alta voz las obras de Mondeville. Así que llegué á un capítulo que decia «*que los vicios de los individuos son un bien para la sociedad*» sentí que me agarraban por el pezcuezo, volvíme y eché de ver un hombre embozado en su capa que encarándome una pistola en el pecho me preguntó si era un individuo de la sociedad. Respondile afirmativamente; — Pues yo, repuso él, tengo el vicio de vivir á espensas del prójimo; dignaos hacer que vuestro reloj y bolsillo pasen en mi faltriquera, yo os lo suplico; de lo contrario vais á desaparecer de la sociedad de los vivos para iros en la de los muertos. Ya podreis conocer vosotros que no me hice de rogar, accedí á la peticion, y únicamente pregunté si tendria el derecho de hacer lo mismo con otro que hallase. A lo que me respondió el hombre de la selva. : — Y quien lo duda? Aquel á quien vos despojaréis ya se desquitará con otro y todos estos vicios redundarán en bien de la sociedad, de modo que presto nos verémos en un paraiso. — Bravísimo, idos en paz; yo os prometo que no me contentaré con tan poca cosa en mi primer ensayo.

Volvime á la ciudad y me dirigí á una casa de juego. Despues de haber permanecido allí largo rato advertí que un caballero muy afortunado se habia alzado casi con todo el dinero de los jugadores y se despidió. Seguile yo, y al llegar en un lugar desierto me llegué á él para preguntarle si era individuo de la sociedad. — ¿Y que os importa, me respondió con tono insolente? Mucho me importa, le dije yo; porque quiero aliviaros del peso de vuestro dinero. El jugador dió dos pasos hácia atras y tirando de un florete que traia oculto en el palo iba á hacerme un saludo tan poco cortés que como podreis suponer procuré á esquivarlo haciendo uso de mis piernas.

Ya veis vosotros que es un baldon para los que nos llamamos filósofos, que la sociedad rehuse admitir las doctrinas que le proponemos, doctrinas sacadas de aquellos grandes hombres que tomamos por modelo. Conviene pues plantear desde luego las reformas conducentes para conseguir la regeneracion de la especie humana, de lo contrario seria imposible sacarla del abatimiento é ignorancia en que yace.

Hizo el presidente tomar acta de estas últimas palabras; y habiendo dado las dos

acordaron levantar la sesion. Mr. Le Grand fué el último de salir, ante todo se dirigió al nicho donde Petit-Jean estaba acurrucado desde el principio de la sesion; luego se llegaron ambos á la trampa, hicieron maniobrar su mecanismo, y se hallaron arriba con la mayor facilidad. Mr. Le Grand hizo algunas reflecsiones á Petit-Jean á las que este no contestaba, y tanto duró su silencio que Mr. Le Grand hubo miedo de que su criado no se hubiera vuelto sordo ó mudo.

En llegando á la fonda, Petit-Jean se repantigó sobre una silla como si estuviera muy fatigado, y su amo le preguntó que le habia parecido de aquella asamblea. El criado á su vez preguntó el nombre de ella á Mr. Le Grand. Este respondió que vulgarmente se llamaba logia ó club; pero que entre los asociados tenia el nombre de academia. — Pues yo, señor, la llamaré el infierno de los condenados; porque si se la llama una casa de locos será muy poca cosa, puesto que he oido hablar alli de crear nuevos mundos y nuevos habitantes.

—Ya veo que no has comprendido cosa alguna de lo que alli se ha dicho. —Lo que unicamente he advertido es que vos no dijisteis una palabra y de esto me huelgo

porque es una prueba de que no teneis rematado el juicio como todos los demas que alli estaban incluso el presidente.

—Esto es porque mi turno no habia llegado todavia. Yo te prometo que oiras lindas cosas cuando llegue y pueda desenvolver mis ideas. —Y de que hablareis cuando llegue vuestro turno? —De politica, de las bases de un buen gobierno, que son la libertad, la igualdad, la felicidad y otras que aun estan desconocidas. —Y bien ¿todas estas cosas se hallarán en el nuevo mundo que se ha de crear, ó acá en este donde vivimos? —Oh! esto de la creacion del mundo y formacion de nuevos habitantes nada tiene que ver conmigo; cada cual tiene sus deberes que llenar, los mios son de regenerar á todos los hombres, darles nuevas leyes, é inventar otros gobiernos desconocidos de nuestros mayores.

—Y que haremos entonces de los Reyes y Emperadores que hoy gobiernan el mundo. Harto será que no nos lamentemos de lo que suceda; porque al fin á ellos debemos los grandes progresos de la agricultura de las artes y ciencias; y si vuestro sistema es el de trastornar todo lo que se halle establecido y existente, no salgo yo garante de

los resultados y mala ventura auguro al reformador. — Ola! apenas has entrado en la academia y ya quieres conocer el espiritu que la anima y juzgar de sus doctrinas? Muchas veces te he dicho que suspendieras el juicio sobre esta asamblea hasta que pudieses conocer mejor sus ideas. Tu te desengañarás de estos errores; que por lo demas tambien son comunes á los demas hombres que no conocen los sublimes principios sobre los cuales gira la nueva filosofia. — Pero repito, dijo Petit-Jean, que quereis que piense de estos locos que tanto han delirado y tantos disparates han proferido hablando de la vitalidad? Que es lo que quereis que piense de un filosofo que quiere sostener que las ideas de vicio y virtud, de justicia é injusticia son arbitrarias? Y que por fin, de oir que los vicios de los individuos hacen el bien de la sociedad? Estos no son filosofos, querido amo sino perturbadores del orden social y hasta me atrevo á decir enemigos del genero humano. Los verdaderos filosofos segun lo que yo leí en la biblioteca de vuestro difunto padre, son aquellos que aconsejan bien á los Principes, enseñan doctrinas puras con sus escritos y con su egemplo procurando hacer mas dulce y llevadera la

sociedad de los hombres. Estos son los que buscan los Principes para servirse de sus luces en beneficio de la humanidad. Estos hombres bienhechores del genero humano, les llevan á la verdadera dicha por los rectos caminos del amor y temor de Dios de aquel Dios omnipotente, Soberano Señor y criador de todo lo que existe. Pero al contrario á aquellos que trastornan las leyes divinas y humanas y en lugar de la paz introducen la guerra y discordia entre los hombres, que revuelven los gobiernos establecidos y turban el orden social, con que derecho se les puede llamar filosofos? Si sus doctrinas son buenas? á que viene enseñarlas bajo las sombras y el misterio? ¡Ah Monsieur Le Grand! Monsieur Le Grand! Puede ser que tenga yo pocas letras y esas gordas, pero lo que os dire es que no me prometo cosa buena de esa academia, ni de sus afiliados; Dios quiera que no os arrepintais de haber entrado en ella! Por lo que á mi toca siento que hayais escogido la politica por tema de vuestro discurso. Que será de nosotros si habeis leido autores como aquellos que se han citado en punto á la vitalidad? Quereis andar contra la corriente del mundo? Mejor seria que nos volvieramos á nues-

tra tierra y que se quedaran las cosas como están. Dejémos elpapel de reformadores y no nos empeñemos en enderezar los tuertos de la sociedad, que es ardua empresa; y podria ser que empezaramos burlandonos y acabaramos siendo victimas de la burla.

Enojado Mr. Le Grand del discurso de su criado le respondió con tono serio é imponente. —Hé aqui la tercera vez que me veo obligado á decirte que seas mas circunspecto en tus juicios. Por lo poco que has frecuentado la academia te perdono y quiero ser contigo indulgente pero con la condicion de que no volverás á hablar de esto sino cuando yo te lo mande. Por mi parte no lo haré sino despues de algun tiempo durante el cual ya podrás haberte ilustrado. —¡¿Por ventura empezé yo á hablar de ello? —Es verdad que he empezado yo, no caia en la cuenta. Me parece que mi memoria se debilita, porque á mas de esto me ha acontecido tambien varias veces buscar por todas partes mi sombrero mientras que lo llevo en la cabeza. —Mal caso es perder la memoria pero peor fuera perder el entendimiento. Por lo demas con tal que vos no me olvideis y no me hagais substituir por otro no pido mas; y de otra parte os seria

dificil hallar un servidor que os fuese mas fiel y adicto á vuestra persona. Vos podeis reprenderme porque no soy filosofo; es verdad, pero esto nace de que he leido obras de otro genero, cuyos autores lejos de querer reformar el mundo con la fuerza y violencia inculcan y predican macsimas enteramente opuestas como son: la sumision á las leyes y la conservacion del orden social. Os repito, querido amo, que esta doctrina se ha granjeado las simpatias y el asentimiento de todas las gentes de bien; que fué la que profesaron nuestros abuelos y que compadezco de todo corazon á los que abrazan las que enseñan en la academia. Mucho me temo que si llega á descubrirse el lugar de las sesiones por algun mal intencionado no ponga alli fuego y nos abrase á todos, y entonces, abur regeneracion, á Dios reformas; pero dejemos esto para no hablaros mas de semejantes materias sino que vos me lo mandeis. —Pues bien respondió Mr. Le Grand, asi ha de ser y vé á dar orden para cenar pues yo me prometo que antes de cuatro dias pensarás muy de otra manera.

Capitulo 9º

De las diversas doctrinas filosóficas discutidas en la Academia. — Tema del discurso de Mr. Le Grand. — Divertido coloquio entre Mr. Le Grand y su criado.

Cenaron amo y criado, y se fueron á acostar. Durante los dos primeros dias despues de su conversacion no les sucedió cosa particular que merezca contarse. El dia de la sesion ambos volvieron á la academia y entraron del mismo modo que la vez primera. Petit-Jean se acurrucó eu su nicho, y su amo se adelantó hácia el salon en donde no tardaron á llegar los demas asociados. El presidente abrió la sesion y anunció que la orden del dia sería la continuacion de los trabajos que habian quedado suspendidos en la sesion anterior ó bien de los tecstos y comentarios que estaban pendientes y sobre los cuales habian pedido la palabra algunos miembros de la asamblea. Entonces se levantó uno y dijo: — Señores, voy á esponer un tecsto que he tomado del incomparable Maquiavelo; vedle ahi: «*Conviene*

servirse de las calumnias aunque sean leves, porque siempre dejan alguna impresion. (Maquiavelo.)

Comentario: Por la calumnia la verdad se vuelve mentira, la justicia se transforma en injusticia, y la virtud en vicio. Mas, como todas estas ideas son arbitrarias, segun Freret, se vé que estos autores van proveyendonos de materiales para trastornar el mundo entero. El fin de la academia es, si posible fuera, revolver el universo y hacerle dar un gran sacudimiento á fin de que los hombres dispertasen del letargo, salieran de la ignorancia y conocieran los nuevos descubrimientos que ha hecho la nueva filosofia en la moral, en la ciencia del gobierno, en la politica y en todos los ramos del saber humano; de consiguiente mi parecer seria, salvo el de mis amados cólegas, que tomáramos ese tecsto virtuoso del inocente Maquiavelo en que nos aconseja que empleemos la calumnia por las impresiones que deja, como el punto de nuestras principales miras, y hacia el cual deben dirigirse todas nuestras operaciones. Podemos estar bien seguros todos nosotros que si no nos desviamos de ese carril presto llegarémos mediante la calumnia á poder atentar contra los

Reyes, Emperadores y hasta contra el Gefe supremo de la Iglesia y vice-Dios en la tierra. En fin si aprendemos á manejar esta arma como el autor que nos lo aconseja, mucho camino tendremos andado.

Habrá, creedme señores, gran número de personas que necesariamente se apresurarán á seguirnos, puesto que el mundo parece que está ya harto enfadado y mohino de someterse al orden de la justicia, de la verdad, de la sana moral, y de la ley del evangelio.

Nuestras mácsimas y doctrinas han de ser contrarias á todo lo que en el dia se respeta y venera. Este es el modo de hacer prosélitos; y si sabemos explicarlas y predicarlas de viva voz y por escrito llegaremos sin duda á convertir el mundo y á conseguir la apetecida regeneracion de la especie humana. — Puesta á votacion resultó aprobada la proposicion por unanimidad y dijo el presidente al secretario, que no se olvidara de anotarlo así en el libro de las actas. Asi se hizo, y estando concedida la palabra á otro académico se levantó uno de los mas modernos y dijo: — Señores, el tecsto que yo he escogido es sacado de las obras del jovial Voltaire; pero no he hecho nin-

gun comentario sobre él, puesto que el tecsto es tan claro que parece inútil comentarlo; y tal vez seria quitarle de su mérito ú ofuscarlo el querer darle interpretacion. No obstante viendo que mis colegas han presentado sus tecstos acompañados de comentarios no me atrevo yo á presentar el mio desnudo y despojado de adornos y tal cual lo he tomado de las obras del autor. Expóngase el tecsto esclamó toda la asamblea y juntándose á ella el presidente con su autoridad se decidió por fin el académico á repetirlo como lo habia transcrito. Decia así: *El deleyte es el único móvil de los hombres, Dios quiere que nos gobernemos por él; y es una locura el huir de sus encantos puesto que la naturaleza nos atrae hacia Dios mediante los deleytes de los sentidos.* El presidente observó que este tecsto no tenia necesidad de comentario, y que por sí solo bastaba para hacer munchos prosélitos entre la gente moza, y de consiguiente que se inscribiera ecsacto y literal en el libro de las actas.

—Si admitís, dijo otro jóven, tecstos sin comentario, voy á presentaros otro tan bueno y mejor que el de mi colega. Es de la Mettrie, sacado de su discurso sobre la vida

bienaventurada: «*La verdadera filosofia* «*no admite sino una sola felicidad tempo*«*ral: propiamente hablando no hay vicio* «*ni virtud, ni bien ni mal moral, justicia* «*ni injusticia. Y está demostrado con prue*«*bas claras é incontestables que no hay* «*mas que una vida y una bienaventuranza.*» (La Mettrie.)

—Parece que este texto habla directamente con nosotros, dijo el presidente, pues que empieza por la verdadera filosofia, porque siendo la que nosotros profesamos únicamente la verdadera y no la que profesaron los que nos precedieron en la carrera puesto que se conoce que ni leer sabian, es claro é indudable que la Mettrie quiso hablar de la nuestra. Este autor fué el que mas se acercó al camino que nosotros nos hemos trazado. En vano se esforzaba la antigua filosofia en mostrarnos el de la virtud, hacernos amar esta y aborrecer el vicio. Ah! ah!..... Dónde está el vicio, donde la virtud, donde la justicia é injusticia? bien manifiesto nos lo dice nuestro corifeo La Mettrie: no hay mas que una vida y una bienaventuranza, aprovechémosla pues, y demostremos á los hombres cuan singular es la que llevamos nosotros. ¿No es verdad

que nosotros somos unos filósofos, cuyas innovaciones harán gran ruido en el mundo? Y ¿quién no se promete maravillas en nuestra carrera siguiendo un rumbo enteramente nuevo? Marchemos pues adelante por el camino que tenemos abierto; nuestra será la gloria; derribémoslo todo, trastornemos el mundo, proclamemos la revolucion, la proscripcion de las antiguas ideas, usos y costumbres de los pueblos, y penetremos en ese laberinto de nuevas teorías y doctrinas. Si alguno pide la palabra se le concederá.

En el mismo instante se levantó con precipitacion otro académico estenuado y flaco y anunció que traia un tecsto que hacia grande honor á su autor porque á ejemplo de la Mettrie se habia acercado tambien á la sublime doctrina de la nueva filosofia. Pero con todo se sonrojara el autor si asistiera en el dia á nuestras sesiones y observase los grandes progresos que hemos hecho. Ved ahí lo que dice: «*Inútil seria y aun injusto ecsigir de un hombre que fuera virtuoso si para serlo debia ser desgraciado porque debe amar al vicio con tal que le haga dichoso.*» (Mirabeau.)

Ahora voy á hacer mi comentario: noso-

tros debemos seguir nuestras inclinaciones y nuestros vicios que es lo mismo, y puedo hablar por esperiencia. Durante mi juventud fuí apasionado al bello sexo, probé todos los deleites que la ocasion me ofrecia y de tal manera gocé y apuré los goces y encantos de mi pasion que este vicio se me hizo familiar y muy agradable; tanta fué la dicha que encontré en él. Con todo debo confesar que las consecuencias no correspondieron á las dulzuras que hallé en el principio, porque quedé tan cruelmente castigado que ahora me veo incapaz de renovar los mismos goces y placeres. Mas poco importa, yo fuí dichoso, y esto basta. Cuando dejé este vicio que pronto hubiera dado cuenta de mi persona, me entregué á otro que consiste en hacer libaciones con frecuencia. Hasta aqui lo he pasado perfectamente, sin embargo de que me gusta la variacion en las bebidas, siendo como son todas ellas escelentes á mi paladar. Aunque algunas veces la cabeza se debilita queriendo al parecer alzarse contra mi, no obstante no ha llegado todavia á derribarme en tierra contra mi voluntad. Si viniera un dia en que esto sucediera ó que cayera yo en un precipicio, quien pudiera meterse conmi-

go? Siendo mia la cabeza yo soy el que la mando miéntras que ella no sea mas poderosa que yo. Mas si yo caigo y me quedo colgado de un peñasco, de manera que deje una pierna pendiente por una parte y un brazo por otra, todo es mio junto ó separado, contuso ó sin lesion, vivo ó muerto. Lo que me importa es amar el vicio con tal que me haga dichoso.

—Señores, dijo entonces el presidente, todas las cuestiones han sido discutidas y tratadas de una manera luminosa, y veo con asombro los progresos que hemos hecho en esta ciencia sublime de la nueva filosofia. Nuestros antepasados fueron unos ignorantes. A nosotros toca poner desde luego manos á la obra para mudar todo lo que ecsiste en la superficie del globo: gran necesidad hay de ello. Nuestras reformas deben abrazarlo todo. Religion, costumbres, moral, política, artes, ciencias, todo debe ser revuelto y trastornado, porque todo chochea de puro añejo y envejecido. Nuestros abuelos no lo advirtieron, pero qué maravilla! Si andaban envueltos en tinieblas! Hé aquí nosotros que somos los hombres dotados del talento que para esto se requiere, nosotros que hemos venido en el

siglo de las luces somos á quienes incumbe llevar á cabo esta empresa y desterrar el oscurantismo y la ignorancia de toda la redondez de la tierra. Las venideras generaciones nos harán un cargo terrible y se quejarán amargamente si dejamos las cosas que subsistan en el estado en que hoy dia se encuentran. Demostremos pues á la posteridad que somos dignos de llenar la alta mision que nos hemos propuesto.

—Este es mi parecer, señor presidente, dijo á voz en grito desde un rincon un pequeño académico de chatas narices. Ninguna necesidad tenemos de consultar la historia ni los escritores de otros siglos para tan ardua empresa; porque los filósofos que nos precedieron, lo mas que hacian era limitarse á reformas parciales, al paso que nosotros queremos hacerlas todas en globo. Por esto propondria yo que se encargara cada uno de nosotros de lo que fuera conforme á su genio, segun la direccion que le hubiese dado con sus estudios. Conviene pues que desde mañana cada uno se apresure á pagar el tributo de sus luces, estando como estamos apremiados por el tiempo y por la multitud de asuntos.

—Una reflecsion hay que hacer, dijo el

presidente, sobre lo que habeis propuesto: consiste en que una misma cuestion la pudieran tomar por argumento distintos oradores, y esto nos haria perder un tiempo precioso; en lugar de que si cada uno esplica antes la cuestion que haya elegido nos ahorraremos mucho camino. — No os inquiete esto, respondió el académico, ya nos avendremos antes en la sala de los pasi-perdidos. . . . .

Mr. Le Grand que había trabajado sobremanera acerca de la cuestion elegida por él, relativa á los medios que habia de revolucionar toda la Francia y despues los demas paises, para poder establecer en ellos otros gobiernos fundados sobre las bases de libertad, igualdad, seguridad etc., temió por de pronto que no se anticipase otro académico á tomar el mismo tema, y lleno de ansiedad, entró en la sala de los pasi-perdidos antes que la desocuparan sus consocios: Señores, les dijo, voy á llamar vuestra atencion sobre una cuestion importante, y por tanto os suplico que me esteis atentos por algunos instantes. Yo protesto contra la usurpacion que pudiera hacer algun sócio de la proposicion que he escogido. Yo tengo el derecho de apropiármela

por muchos títulos. Mi intento es hacer una revolucion cuyo recuerdo quede grabado en la memoria de los pueblos: he espendido algunos millones de francos en hacer compras y provision de libros, los cuales he remitido á las provincias commisivas á mis corresponsales paraque los tengan á mi disposicion. Vuestra cooperacion me es ahora necesaria. Lo que debeis hacer es enviar contraseñas á vuestros amigos á fin de que puedan retirar los libros de las casas de mis corresponsales. Cuando las doctrinas de estas obras serán conocidas yo me encargaré de lo demas al efecto de lograr un trastorno universal. Emprenderé una espedicion por todos los departamentos, y me propongo hacer en ellos muchos prosélitos. Los que me oigan, sentirán haber vivido como hasta aquí, cuando les presente el placer y la dicha en una copa de oro, y les haga saborear los principios indestructibles de la libertad, seguridad é igualdad. Ninguna dificultad tendré en demostrarles que las penas é infortunios quedarán desterrados de sobre la haz de la tierra, del mismo modo que lo quedaron las viruelas con el descubrimiento de la vacuna. A todo el mundo haré notorio que

nosotros somos; aunque humildes é indignos filósofos modernos, los que hemos hallado la piedra filosofal, que los hombres ninguna necesidad tendrán de trabajar, que todo les sucederá á pedir de boca, que los peces y las aves entrarán en las redes que hallen tendidas para ser presentadas en las mesas opíparas que preparen los hombres. En fin haré yo cosas inauditas y nunca imaginadas en los pasados siglos, derramando á este efecto el dinero por todas partes aun cuando debiera consumir en ello toda la hacienda que me dejaron mis mayores; muy de buena gana y voluntad me desprenderé yo de todo con tal que el género humano salga de la ignorancia y embrutecimiento en que se halla en nuestros dias.

— Muy bien, perfectamente, dijo el presidente. Queda aprobado por todos nosotros que Mr. Le Grand es el único hombre capaz de propagar nuestras doctrinas por todos los departamentos, y que será reconocido como héroe político y filosofo moderno. El pequeño académico, del cual hablamos antes, se levantó de puntillas para que le vieran mejor, y dijo: — Los mismos deseos me animan, y quiero que sepais que tambien sería yo un escelente misionista de

la nueva filosofía; pero siento que no pueda tomar esta carga sobre mis hombros porque como sabeis no soy mas que el hijo de un pobre peluquero, y mi padre no me dejó otro caudal en su muerte, que seis navajas mugrientas, algunos frasquitos de agua de olor y dos ó tres peynes rotos.

—Calla, miserable, le dijo una voz que salió de entre la asamblea, vé á peinar pelucas; no hay mas que Mr. Le Grand que pueda predicar nuestra doctrina y con ella la regeneracion será completa. Así fué resuelto por unanimidad y Mr. Le Grand esperimentó entonces una revolucion en su interior mucho mayor que la que meditaba hacer en el mundo. Retiráronse todos y Mr. Le Grand fué á sacar á su ayuda de cámara del nicho, quien no podia recobrarse de la sorpresa que le habia causado cuanto habia visto y oido.

Cuando llegaron á la fonda el amo pidió una luz á Petit-Jean y le dijo que podia cenar solo, puesto que él no se sentia con apetito, tan enagenados le tenian los obsequios y cumplidos que habia recibido de la asamblea. —Yo he cargado sobre mis hombros con un peso terrible, con la regeneracion del género humano; déjame solo que

quiero entregarme á mis reflecsiones.

Cuando Mr. Le Grand se vió solo en su cuarto empezó á cantar:

Tate, tate, folloncicos,
De ninguno seais tocada;
Que esta empresa, buen Rey
Para mi estaba guardada.

Sacó luego muchas copias de la contraseña para remitirla á sus corresponsales junto con una carta circular, lo que hizo mediante cierto mecanismo de imprenta y despues cansado de cuerpo y alma se acostó que serian ya las nueve de la mañana. A esta hora se presentó Petit-Jean para ofrecerle el desayuno, pero viendo la puerta cerrada se puso á escuchar por el quicio de la cerrradura, y oyó que su amo hablaba á solas. Esta circunstancia le confirmó en la idea de que Mr. Le Grand estaba loco, mas luego le oyó roncar y hablar confusamente, y así tuvo por mas acertado dejarle descansar de sus fatigas.

Sobre el medio dia le llamó su amo paraque le diera la ropa. Llevósela Petit-Jean y dijo mientras le vestia: — Ea, querido amo, hace mas de veinte y cuatro horas que no habeis tomado cosa alguna. Vos habeis hablado de un gran peso que debeis

cargar sobre vuestros hombros, pero no alcanzo como podreis suportarlo sin tomar alimento. Si yo me atreviera á daros consejos os diria en primer lugar; que no os priveis del alimento sino cuando lo manda Dios y su santa Iglesia; segundo que no tomeis sobre vuestras espaldas otro peso que la ropa que vestis por miedo de no volveros corcobado; tercero, que á la mayor brevedad regresemos á nuestra tierra sin perjuicio de volver despues á París y alojarnos en esta ó en otra fonda ó donde mejor nos parezca; cuarto, que despues de llegar á vuestra casa os entereis y pongais al corriente de los negocios de ella, de los cuales nada sabeis desde la muerte de vuestro padre, y aunque los tengais confiados y en manos fieles, no es lo mismo; porque como dice el refrán, el ojo del amo engorda el caballo; quinto.....

—Harto de consejos estoy, Petit-Jean, interrumpió su amo. Ya está visto, tu no saldrás jamás del carril de la rutina. —Que rutina es la mia repuso el criado? Toma! dijo Mr. Le Grand, la de la antigua filosofia. Si estuvieras impregnado de la nueva tus consejos serian muy diferentes y me inclinarias siempre á hacer lo contrario de

todo lo que el mundo hace. — Pues señor yo no soy hombre que me empreñe de ninguna filosofia, pero me parece... — Calla necio y díme ahora que me acuerdo, cuantas veces has asistido á la academia? — No mas que dos respondió el criado.

— Esto es muy poca cosa; ahora ya no estraño que no te hayas ilustrado todavia y desalojado de tu cabeza errores y preocupaciones envejecidas. El tiempo dirá si despues de algunas sesiones llegarémos á sublimar tu alma y hacerla superior á la de los hombres del vulgo, los quales nunca piensan ni obran sino con el ejemplo y á imitacion de los antiguos. Almas bajas y rastreras que nunca se levantan del polvo de la tierra para gozar de los rayos del sol luciente de la nueva filosofia. — Y el consejo que yo os he dado de no privaros de comer lo tomais tambien como un testo rancio de la filosofia antigua? — En verdad que esta cuestion tiene pelos, porque no he hallado hasta ahora en ninguno de mis libros cosa que se oponga á la necesidad de comer y esto me hace pensar que este artículo no se opone á la antigua ni á la nueva filosofia; haz pues que me traigan el desayuno y pagaré este justo tributo á la naturaleza.

Capitulo 10.

Mr. Le Grand alterca con otro que quiere darle lecciones de filosofia. — Desenvuelve una gran parte de sus doctrinas, y los académicos le manifiestan su admiracion.

Petit-Jean logró al fin hacer tomar algun alimento á su amo, lo que restableció algun tanto sus fuerzas; mucha necesidad tenia de hacerlo; pero en el estado en què se hallaba su cabeza, no fué esto bastante paraque le hiciera volver en su sano juicio. Este puede decirse que le abandonó enteramente luego que la academia autorizó á Mr. Le Grand para la importante comision de que hemos hablado. Perdia por momentos el entendimiento y la memoria y cuando estas dos facultades ván de caida ó están lisiadas la de la voluntad es indefectible. Así es que muy á menudo hablaba á solas; á veces se paraba en medio de una conversacion y guardaba el mayor silencio; otras veces se hallaba como de antes sin notarse particularidad en su persona. Petit-Jean observaba todo esto y no dudaba de que Mr.

Le Grand estaba demente, pero le quedaba el consuelo de que tendria algunos intervalos lúcidos. Todo el dia le estaba mirando atentamente sin advertir en él otra cosa que el silencio, consecuencia al parecer de la idea que le dominaba de haber cargado con un enorme peso. En efecto hablaba muy poco con su criado hasta en las horas de comer; únicamente cuando lo fué de ir á la academia, se volvió á Petit-Jean para decirle que fuera con él al colegio filosófico, encargándole que se aprovechara bien de sus lecciónes puesto que podrian asistir á un corto número de sesiones. El héroe tomó dos billetes ó cartas de contraseñas de que habia tirado muchos egemplares, y se las llevó á la academia para distribuirlas entre sus cofrades junto con las cartas de sus corresponsales, las cuales llevó al correo al pasar por él cuando se dirijia con su criado hácia el ángulo del jardin de la academia. Llegaron allí el uno despues del otro, y se hundieron como de antes en el subterráneo. Petit-Jean se acurrucó en su nicho, y su amo se entró en la sala de los pasiperdidos, donde distribuyó los billetes de contraseña entre sus consócios que se encargaron de remitirlos á sus amigos y conoci-

dos de las provincias. Leyóles tambien una copia de su circular la que fué aplaudida en estremo, y todos auguraron un feliz resultado; porque sabian que el héroe podia disponer de grandes sumas, que tenia depositadas en las casas de muchos comerciantes de los departamentos relacionados ya por asuntos de comercio mucho tiempo habia con él y con su padre.

Poco despues el presidente abrió la sesion y anunció que Mr. Le Grand era digno por sus bellas cualidades de que se le confiara la propagacion de las nuevas doctrinas por todos los paises del mundo, pero que antes de su partida convenia que la academía le confiriese un título mediante el cual pudiera dar á conocerse por todas partes como héroe político, filósofo moderno, caballero andante, y predicador y reformador de todo el género humano. Esta proposicion no halló la menor oposicion únicamente un consócio hizo observar que este viage deberia retardarse hasta que Mr. Le Grand estuviese mas ilustrado sobre ciertos puntos de doctrina que debian ser discutidos en la academia, y á lo cual podia darse principio desde luego; y que era razon añadió que empezase Mr. Le Grand

en aquella sesion á dar algunas esplicaciones sobre las reformas y teorías que hubiese meditado, y continuasen los demas consocios ilustrando otras materias en las sesiones siguientes. Esta modificacion fué adoptada por la asamblea; y como al mismo tiempo dieron las dos, entraron en el salon para continuar los importantes trabajos que quedaron pendientes. . . . . . .

El presidente dijo á los asociados despues que todos ellos hubieron tomado asiento:
— Señores, resulta de las decisiones dadas en las sesiones precedentes, que cada individuo de esta incomparable asociacion puede promover toda especie de discusiones de la nueva filosofia con citas de libros ó autores, ó sin ellas. Se ha acordado tambien que cada uno tenga libre y espedita facultad de especificar, ilustrar, disputar, adornar, persuadir y demostrar cualesquiera puntos de la doctrina moderna. Una vez demostrada la verdad de esta, y probada por nosotros mismos y no por otros, y archivada eu los archivos de nuestra secretaría subterránea, nada nos faltará para hacer un trastorno universal, sino alentar y proteger la espedicion filosófica del comisario académico (Mr. Le Grand), quien de-

berá dar parte á la academia de los progresos de su mision, en todos tiempos y por todas partes donde esperimente la menor resistencia á lo que predique, ó á lo que tenga á bien establecer para la regeneracion en que nos ocupamos. Ea pues, señores, yo doy la palabra al que quiera pedirla, y le invito á desenvolver con detalles los mas minuciosos la materia de que se trata, escogiendo el punto que mejor le parezca de entre los muchos que deben discutirse.

—Muy bien señores, dijo el orador que le habia precedido en la palabra y que era de su misma opinion, esta noche vamos á discutir las doctrinas del filósofo Delisle de Sales sectario del materialismo. *Hay* dice este Autor *una escala ó cadena compuesta de muchos escalones, la cual todos hemos recorrido, habiendo empezado por ser piedras, vegetales ó cuadrúpedos; de manera que la naturaleza despues de haber empleado su potencia generatriz haciendo una mezcla de los peces con los reptiles, y de las aves con los cuadrúpedes, dió en último resultado al hombre, obra maestra del universo, á quien formó del coito del orang-otang.* Por esto se ve que se halla unido á la serie ó cadena de los demas seres, cuyos in-

dividuos se atraen sin cesar los unos á los otros.

—Bien veis señores, que este descubrimiento es nuevo en el mundo, y debe considerarse como un descubrimiento importante para la transformacion del género humano. Es menester recordar al hombre la época en que no era mas que una piedra ó guijarro paraque de buena voluntad acepte la regeneracion que le ofrecemos, y Mr. Le Grand debe hallarse al corriente de esta doctrina, de lo contrario ninguna utilidad ni partido sacaria de su predicacion. Por esto conviene que reciba todas estas lecciones y que nos diga despues si ha merecido el título de regenerador.

Mr. Le Grand que se sintió ofendido con esta réplica en lo mas vivo de su orgullo filosófico, se levantó hecho brasas de su asiento, y con voz trémula dijo: —Si me creeis ignorante por lo poco que he hablado en esta asamblea, voy á manifestaros lo contrario y probar que no soy yo quien debe recibir lecciones del orador que me ha precedido en la palabra, sino él de mí. *En el principio del mundo*, dice Delisle, *la ecliptica coincidia con el equador. De esto nacia que la naturaleza se hallaba en todo*

su vigor, desenvolviéndose nuestra inteligencia con mas facilidad á consecuencia de la mayor perfeccion de nuestros órganos; y comparados con estos hombres primitivos los Galileos y Newtones de nuestros dias deben considerarse como unos niños.

Ya veis, señores, prosiguió Mr. Le Grand, cuan interesante es esta leccion para predicar á los pueblos que los hombres del dia han venido al mundo cuando la naturaleza estaba ya cansada y decrépita; resultando naturalmente de aquí que nos acercamos por momentos al estado de bestias y animales estúpidos. Despues segun el mismo autor, el hombre fué piedra, planta, polipo, cuadrúpedo, bípedo, y en fin orang-otang hasta llegar á lo que es hoy dia. En mi juicio se podria comparar á una pirámide mirada desde la base á la punta, ó al revés.

Ahora para probar á mi adversario que yo no solamente he leido á Delisle de Sales sino tambien muchos otros autores voy á hacer mencion de un tecsto de La Mettrie. *El hombre en su principio era imperfecto, sus fibras, sus órganos y sus miembros eran cortos, endurecidos y poco elásticos. Fué pues su adelantamiento y perfeccion obra de muchos siglos, durante los cuales*

los elementos de la materia se agitaron de mil maneras. Que digà ahora el orador, si en todos sus informes, estudios ha hallado un texto semejante al que acabo de citar, y donde se vé que el hombre es la obra de muchos siglos producida por los elementos de la materia, y que al parecer ha venido subitamente á la tierra.

Tambien podria citar á otro autor, prosiguió Mr. Le Grand, que pretende que el mar cubrió la tierra, y despues al retirarse dejó un huevo, del cual calentado con los rayos del sol y quitada la cáscara salió el hombre tal como le vemos ahora. (Telliamed.)

El mismo autor en otra parte abanza á decir, que en su origen el hombre era un pez salido de la mar con escamas y cola; pero que despues con el transcurso y revoluciones del tiempo perdió todas esas partes y se quedó tal cual es en el dia.

El orador cuyas doctrinas refuto, ignora sin duda que un filósofo afirma que las cabezas de Homero y Virgilio no fueron otra cosa que una reunion ó conjunto de moleculas ó dados de tal manera dispuestas que pudieron con la mayor facilidad producir la Iliada y la Eneida. Y ¿cree que yo no

soy capaz de predicar nuestras doctrinas? Voy desde luego á hacer mi profesion de fe filosófica: creo que la materia es eterna é increada; que el atomo simple é incorruptible es la causa primera de todo lo que ecsiste; y por fin creo que el universo es obra del azar que no está sugeto á cálculo ni regla alguna.

Estoy mas que persuadido que mi antagonista no ha leido las obras de Delisle de Sales sobre todo su astro central homogeneo y eterno, que lanzó tantos soles y cometas; su ser zoófito medio planta y medio animal; tambien los solicolas ó habitantes del sol dotados de un temperamento semejante al diamante. En fin yo creo en el animal prototipo, raiz y tronco de todos los demas animales desde el muy menudo insecto llamado el arador hasta el hombre que ha puesto en orden la enciclopedia; creo en el contacto obtuso y sordo, en la inquietud automática, las moleculas orgánicas y en los moldes de las formas de Diderot. El hombre es una mezcla ó compuesto de moléculas orgánicas, un cuerpo químico, una masa organizada; en su muerte se reincorpora con la materia general para sufrir nuevas modificaciones. Y si yo os

hablara de las opiniones de Robinét os diria que la matèria ha ensayado en el gran laboratorio del globo todos los seres que en él vemos hasta llegar á fabricar el hombre, cuyo primer tipo se encuentra en las substancias fóciles.

—Basta, basta, respondió el presidente; y volviéndose á Mr. Le Grand inclinó un poco la cabeza y dijo: Que toda la academia reconozca á Mr. Le Grand como el mas digno héroe político y filósofo moderno, tanto nos ha admirado y deslumbrado con su vasta erudicion! creemos que él solo bastará para hacer un trastorno general. ¿Qué dirá el mundo cuando llegue á saber que el hombre es un huevo orillado por la mar y empollado por el sol? Que sorpresa no le causará saber que el hombre fué en su principio planta, cuadrúpedo y orang-otang? Que el universo todo trae origen de un átomo? Qué dirán de estos habitantes del sol y sobre todo de la suerte que está reservada al hombre, puesto que despues de su muerte se convertirá en pájaro para irse á volar por los aires? No nos hagamos ilusion, señores filósofos modernos, nuestra ciencia es muy superior á la de nuestros antepasados. Advirtiendo que estaban en una hora

muy adelantada, el presidente hizo levantar la sesion para continuarla en la noche del dia siguiente á fin de oir la conclusion de las doctrinas de Mr. Le Grand.

Capitulo 11.

La Academia quiere condecorar á Mr. Le Grand con el título y grado de héroe político y filósofo moderno á consecuencia de las doctrinas espuestas por él.

Petit-Jean atónito y suspenso del discurso de su amo estaba esperándole con impaciencia acurrucado en su nicho, llegó en fin á sacarle de allí, pero cuando advirtió que el criado queria hablar se puso el dedo en la boca y le dijo chiton! Guardaron el mayor silencio hasta llegar en la fonda, pero apenas entraron á su cuarto el héroe dijo á su ayuda de cámara: — ¿Qué es lo que piensas de lo que me has oido decir esta noche? No has visto como todos los académicos estaban con la boca abierta escuchando mis brillantes lecciones filosóficas? Mi adversario que queria darme lecciones quedó confundido, y el presidente me proclamó entre todos los académicos como el mas

digno héroe político y filósofo moderno. Tu debes admirarte á la verdad de mi facil elocucion y de mi feliz memoria en citar autores. Y que me dices de la originalidad de mi doctrina, de la solidez de mis discursos, de la demostracion de las pruebas y de la legitimidad de las consecuencias? Ea, díme lo que pienses de mi discurso y de mi persona, así como de la comision que se me ha dado por la academia, y que cuento llevar á buen término mejor que ninguno de mis cofrades.

—Todo lo que os puedo decir, respondió Petit-Jean, es que Dios me tenga de su mano ó yo pierdo el juicio si vuelvo á la academia. En mi vida he visto ni oido cosas semejantes á las que han pasado en estas tres sesiones que he asistido; pero me parece que no tengo necesidad alguna de repetir las visitas, pudiendo como puedo recibir de vos mismo lecciones de eso que llamais filosofia moderna, y así escusadme de ir á ver todo ese hato de locos, y no solo yo puedo recibir vuestras lecciones, mas tambien todos aquellos que están inscritos en la asamblea, por lo menos si se puede juzgar por la atencion con que os escuchaban, y por las señales de admiracion que

se notaban en ellos mientras pronunciabais vuestro discurso; de manera que parecia que os era facil mantenerlos atentos y silenciosos aunque hubiera sido por tres noches.

— Cómo tres noches! interrumpió con viveza el heroe; tres años no bastarán aun para dar un completo desarrollo á mis doctrinas. En la próxima sesion tomaré de nuevo la palabra y á menos que me interrumpa el presidente tendrán los socios que hacer preparar su cena y cama en el salon de la asamblea antes que yo concluya mi discurso. Esta sí que será una de las mejores y mas brillantes lecciones que hayas oido en tu vida: mucho tendrán que trabajar mis labios, y temo que mi lengua no se seque y pegue al paladar. Y ¡cómo he de evitar este inconveniente? — Oh si! Esto es muy facil; iré á buscar una libra de caramelos, interrumpió el criado, y os pondreis algunos en la boca sin mascarlos, y así la conservareis dulce y húmeda como la mia. — Pues bien, despacha, esclamó Mr. Le Grand, y prepárate á recibir esta noche una de las mejores lecciones que puedan oirse en nuestra academia.

— Plegue á Dios que sea así, respondió

Petit-Jean. Luego que llegaron á la academia, el presidente abrió la sesion y concedió la palabra á Mr. Le Grand para continuar el discurso que habia quedado pendiente en la noche anterior. El heroe entonces se contoneó un poco, procuró guardar un continente grave y apoyándose ya sobre un pie ya sobre otro, tosió, espectoró, sacó su pañuelo, se enjugó las narices y la boca y despues de haber saludado los miembros de la asamblea les dijo: — Me parece, señores, si mal no me acuerdo, haber en la sesion precedente dejado interrumpido mi discurso en el artículo de la animacion de los seres segun las doctrinas de Robinet; á tenor de ellas é insiguiendo las de la nueva filosofia quisiera preguntar y saber del orador que me precedió en la palabra si su creencia es como la mia; la cual voy á esponer: . . . . .

Creo en lo que enseña este filósofo de las moleculas orgánicas é inorgánicas, en la antigua energia de la materia, en las circunstancias favorables al desarrollo de los seres, palabras mágicas que á ellos solos esplican su ecsistencia y produccion; añadiendo á ello la gravitacion vital, vegetal y animal, así como los bosquejos infor-

mes y el gran polipo hallado muy pocos dias hace en París por algunos naturalistas; y finalmente en las palabras muy significativas de bosquejos de organizacion, generaciones espontáneas, vida naciente, movimiento orgánico aplicadas y concebidas por un zoologista francés. (Cabanís y otros.)

Me permitireis, señores, haceros observar para confusion de mi antagonista que no estrañaria que él no hubiera visto ni oido nada de esto aunque muy reciente? ¿Ignora tambien que me he procurado aunque á mucha costa todas las obras sobre la filosofia moderna publicadas hasta el dia y hasta una multitud de manuscritos? Quiero ahora hablaros de la doctrina de Maupertuis sobre:

Las percepciones elementares; los elementos inteligentes que nadan en el fluido seminal de los padres y de las madres, en donde se hallan ya dotados de memoria, de olvido y de otras facultades, segun el principio que establece que la inteligencia es esencial á la materia. (Maupertuis y otros.)

Este piensa segun la opinion de otros filósofos y sobre todo de Espinosa: *Que el pensamiento no es otra cosa que el fuego*

de los órganos; que la piedra descendiendo conoce las leyes de la gravedad, asi como los cuerpos ligeros conocen las de la pesantez y presion del aire etc. (Espinosa y otros.)

Señores, para saber todo esto conviene que uno se entregue desde niño á un asíduo é improbo estudio como yo lo he hecho; es menester tambien haber nacido como quien dice *ad hoc*, y sobre todo tener mucho dinero para poder hacerse con las obras en donde se encuentran tan preciosos descubrimientos. Sin este último requisito que es una condicion *sine qua*, ni hubiera podido ilustrarme con estas obras, ni enviar un número prodigioso de ellas á las provincias para lograr que se esparcieran las luces por todas partes.

Berkeley asegura que todo lo que ecsiste no es mas que una ilusion ó una quimera, y que el universo tampoco ecsiste sino en nuestra imaginacion. (Berkeley.)

Convendreis en que no á todos es dado saber estas cosas, y que me ha costádo buen porqué el saberlas sin contar el tiempo y el dinero que he empleado. Este último no siento haberle perdido con tal que logre esparcir las luces por todo el género humano.

Os ruego de nuevo que me esteis atentos al precioso tema de Maupertuis que sigue:

Una dosis de opio, mezclada con otros ingredientes produce el don ó facultad de predecir lo futuro y hace ver el mundo pythio, sibilítico y profético. (Maupertuis.)

Confieso con franqueza prosiguió Mr. Le Grand que no conozco los ingredientes de los cuales habla Maupertuis; si mi antagonista está mas adelantado que yo en este punto haria un gran servicio á la humanidad que nos lo enseñara, é yo podria sacar de este secreto un gran partido en las predicaciones que debo hacer por el mundo. El orador que estaba en oposicion con Mr. Le Grand confesó que nada sabia, y añadió que estaba admirado de la profunda erudicion de su adversario. Declaró tambien á Mr. Le Grand mucho mas aventajado que él y los demas académicos en la filosofía moderna, en la cual á duras penas se hallaria quien le igualara entre todos los sócios de aquella ilustre asamblea.

—Pido la palabra dijo al mismo tiempo otro académico esforzando la voz. El orador que se declara vencido acaba de hacernos un ultraje, señor presidente, asi como tambien á Mr. Le Grand, de quien dice de-

bemos tomar lecciones. Confiese en buena hora que él es un ignorante, pero no que lo son los demas, puesto que no sabe los estudios que estos han hecho. Pido pues que sea echado de la academia como ignorante y desvergonzado. Se pasó á votar esta proposicion y resultó que no se le concederia la palabra hasta que diera pruebas de su aplicacion y progresos. El presidente mandó en seguida que Mr. Le Grand continuase su discurso sobre la doctrina de la filosofia moderna para convencer á la academia que tenia las disposiciones necesarias y reunia todas las cualidades que se requerian para trastornar el mundo entero. No se hizo de rogar Mr. Le Grand y prosiguió así:

—Decia, señores, que me falta saber los ingredientes que deben mezclarse con el opio. Si llega á saberlo alguno de vosotros me dareis cuenta de este importante descubrimiento en donde quiera que me halle, á fin de poder llenar mejor la alta mision que habeis puesto á mi cargo de hacer la regeneracion universal del genero humano. No hay duda que convertiria á todo el mundo desde el momento que pudiera anunciar por medio de estos ingredientes y del opio que

determinada persona no padecerá jamas de lepra, de gota ó de gálico; que otra será muy rica y opulenta; que las mugeres estériles tendrán sucesion y que los ricos ancianos no morirán jamás; pero ya que no puedo llegar á conocer este gran secreto que seria el mas importante para la nueva filosofia; me contentaré por lo menos con lo que dice Condorcet:

Que el hombre con el transcurso del tiempo, y cuando haya llegado la época de su perfectibilidad, será inmortal y vivirá como en el dia ecsiste mediante las luces de la nueva filosofia, las cuales son de suyo activas y poderosas. (Condorcet.)

Ya echais de ver por este tecsto que Condorcet habrá conocido el secreto de los ingredientes y del opio, ya que nos ha predicho que el hombre vivirá por muchos siglos tal cual vive y ecsiste en el dia. Yo predicaré esta doctrina por todo el mundo, ó mejor diré por todos los mundos porque de ellos los hay que son antiguos y otros nuevos, como sucede con la antigua y nueva filosofia. Sacaré de esto consecuencias muy naturales y ecsactas, y proclamaré de acuerdo con todos los filósofos modernos:

Que el hombre en los primeros tiempos

vivia en las selvas y se alimentaba de bellotas; andaba desnudo, sin hablar y sin tener con sus semejantes relaciones morales; que estos se reunian sin conocerse y gozaban de la vida sin amarse. (Filosofia moderna.)

Despues pasaré á hablar de otras materias discutidas é ilustradas por la filosofia moderna, y las probaré con la autoridad de grandes filósofos del dia y de la noche que las han pasado por el crisol del siglo de las luces; haré tambien mi profesion de fé política, hablaré de las sociedades y con esta ocasion diré por todas partes: *Que todas ellas no son mas que un contrato que puede anularse siempre que quieran los contrayentes; que si no convienen á la mayor parte de los hombres pueden variarse, modificarse ó simplificarse las formas á su voluntad y del modo que juzguen mas conveniente.* (La filosofia moderna.)

Esta nueva filosofia, amados colegas, ha sido ignorada de todo el mundo, su descubrimiento estaba á nosotros reservado como hijos del siglo de las luces y no hay que dudarlo, causará una revolucion asombrosa. Con efecto yo haré ver que se puede gobernar á los hombres con un simple pa-

pel, ó una especie de constitucion ó carta como un naipe; por lo menos su contenido ha de caber en un papel de su tamaño; y cuenta que no lo conozca así algun frenético conquistador: yo les demostraré que todas las formas de gobierno son parecidas á este juego donde los mas diestros hacen esplotar en su beneficio la lealtad y credulidad de los demas. Todas estas opiniones que algunos podrian calificar de sandeces, las predicaré yo y tengo la mayor confianza en que mis oyentes gustarán de ellas; gracias á mi estraordinaria facundia y elocuencia inconcebible. Cuando hayan circulado mis libros por las provincias y generalizado su lectura, podré presentarme en todas partes anunciando que las ideas de vicio y virtud son arbitrarias, lo mismo que las de justicia é injusticia; que los vicios de los individuos influyen en el bienestar de la sociedad; que el hombre ha sido planta, cuadrúpedo y orang-otang con todos los demas artículos de la filosofia moderna; entonces nuestros contemporáneos quedarán con la boca abierta, y atónitos de ver que nuestros antepasados hayan dejado el mundo sin tener la menor idea de esta preciosa doctrina. . .

Si por ventura doy con alguno de esos espíritus scepticos que no creen en el progreso, antes bien se persuaden que el hombre degenera de su estado primitivo, les enviaré á las selvas, y aprovechándome de las doctrinas de Juan Jacobo Rousseau, autor del contrato social, les haré ver *que el hombre ha degenerado desde que entró en sociedad y que no podrá rehabilitarse hasta que vuelva á las selvas para alimentarse de bellotas, andar como los cuadrúpedos, no hacer uso sino de los sentidos y trocar sus conocimientos por el instinto natural de los irracionales.* (Rouseau.)

De manera, señores, que por lo que he espuesto tanto puedo hacer valer mis doctrinas entre los que creen en el progreso como entre los que son retrógados; porque yo haré andar al hombre por donde mejor me parezca hácia adelante ó hacia atras; y ved ahí un principio de trastorno universal. Si los hombres se destruyen como insectos, si se trastornan los gobiernos y las leyes, y sucede á ellas una completa anarquía; si se arman los padres contra sus hijos ó estos contra sus padres, de suerte que corran raudales de sangre, no es verdad que podremos entonces felicitarnos y gloriarnos de

haber hecho triunfar nuestras doctrinas, y de haber dado principio al siglo de las luces? Y de haber........ — En efecto, dijo el presidente, me parece que estoy ya mirando lo que decís. Muy bien, muy bien Mr. Le Grand; descansad un poco de vuestras oratorias fatigas. Mañana sin falta se reunirá la Academia para celebrar vuestra condecoracion y elevacion al grado que os es debido por vuestro talento y los muchos conocimientos que poseeis en la filosofía moderna. Esta resolucion del Presidente fué acogida de la asamblea por unanimidad y con los mayores aplausos.

CAPITULO 42.

Confieren el grado á Mr. Le Grand. — Descripcion del nuevo mundo presentado en la Academia. — Esposicion de Mr. Le Grand sobre los principios de libertad é igualdad.

El amo y su criado se volvieron á la fonda. El primero estaba sumamente gozoso de lo que le acababa de suceder, mientras que Petit-Jean guardaba el mayor silencio y no se esplicaba mas que por señas; las cuales

aunque no podia comprender Mr. Le Grand, las atribuia á la admiracion y sorpresa que le habia causado lo que vió en la Academia puesto que consistian en hacerse cruces, llevando su mano derecha desde la frente al pecho y de una á la otra espalda con increible presteza. Por fin el heroe empezó así: — Si todos los Académicos han salido de la asamblea atónitos y estupefactos ¿qué maravilla es que tú hayas perdido tambien la facultad de hablar, y abrazado el sistema de que el hombre degeneró y se halla reducido en el dia al estado de cuadrúpedo? Y así no debo admirarme aun que te vea convertido en bestia hasta el punto de haber perdido la palabra, y hacer la pantomima como la haria el mono ó el orangutang. Sin embargo te aconsejo que no te apresures á hacer eleccion de lo que debes ser; pues mejor será esperes que empiece la transmigracion de la cual habló Diderot, aunque tomándola del viandante Pitágoras. Cuando nos hallemos en ella yo cuento volverme perrito de falda, para participar muy á menudo de las caricias de una dama joven que cuidará de mi limpieza y de darme buenos y sabrosos bocados. Ella me amará como á las niñas de sus ojos, y si

las pulgas de su cama, llegan á introducirse por entre mis pelos, seguro estoy de que me jabonearán y tratarán mejor que si fuera su mismo hermano. Ya vés que no he elegido mal; y así buen ánimo: recobra tú palabra, y respóndeme; porque soy filósofo y todavia ando con dos pies.

Todas las instancias de Mr. Le Grand para que su criado rompiera el silencio fueron absolutamente inútiles. Por la noche anduvieron á la academia por la quinta vez y Petit-Jean observó que se habian mudado las decoraciones y las libreas de los criados de la asamblea: lucian sobre la mesa seis bugías que estaban delante de un cubierto de seda encarnada; poco despues entró el presidente llevando de la mano á Mr. Le Grand con la cabeza desnuda. Iban seguidos de otros académicos divididos en dos filas; toda la asamblea dió con el mismo orden y en silencio tres vueltas por el salon. El presidente se detuvo delante la mesa, donde habia las bugías, y un criado levantó la cubierta de seda encarnada; entonces pareció una especie de capirote bordado con el cual cubrieron á Mr. Le Grand; luego presentaron una especie de bonete ó gorro muy estraño que pusieron sobre la cabeza

del heroe y se terminó la ceremonia recibiendo este un beso en la frente por cada consocio, empezando por el presidente. Despues tomó el último la palabra y dijo:

— Señores, si el acto que acabais de presenciar no fuera parte para escitar la emulacion de todos los miembros de esta academia subterránea, de buena voluntad abandonaria el lugar de la presidencia, y la cancelacion de mis funciones seria la inauguracion de Mr. Le Grand en el grado de héroe filósofo moderno; pero no será así: yo cuento con todos vuestros esfuerzos para llevar á buen término la grande obra de la filosofia moderna; y así conviene que cada uno escoja lás doctrinas de las cuales haya hecho su mayor estudio y presente aqui el fruto de sus desvelos para someterlos á una severa discusion. La fisica, la astronomía, la religion, la política, la química, la mineralogia, la medicina etc., todas estas ciencias deben ser tratadas por nosotros del modo mas luminoso. En una palabra, conviene que nuestras obras llenen de admiracion al mundo. Y ahora que hablamos de mundo! me acuerdo que uno de nuestros académicos se habia encargado de presentarnos uno de su invencion; si ha con-

cluido ya sus trabajos le doy el permiso para que nos lo haga ver.

El filósofo encargado de hacer un nuevo mundo se retiró en la sala de los pasi-perdidos y volvió al instante trayendo de la mano un palo de la estremidad del cual estaba colgado de un hilo un globo de carton. El académico dió la vuelta por el salon agitando siempre la otra estremidad para imprimir un perpetuo movimiento al nuevo mundo; poco despues tomó con la mano el globo de carton y con voz gangosa dijo á la asamblea: — Ahí teneis, señores, el nuevo mundo; en él veréis la línea de los equinoccios, la zona tórrida y las dos templadas, los grados de longitud y latitud; los mares y todos los puertos que les sirven de límites. El que quiera reconocer todo esto no tiene que hacer mas que embarcarse en Lima, subir hácia el cabo de Hornos y el de Buena-Esperanza, seguir por las Islas Molucas, la Nueva-Holanda, las Filipinas, las Marianas, Costas del Japon, volver por la California y habrá dado la vuelta por todo el globo.

Apenas hubo concluido el artífice del nuevo mundo cuando se levantó un asociado lleno de furor manifestando que se habia

hecho irrision y mofa de una academia tan respetable por muchos conceptos; que el mundo no debiera fabricarse de carton, sino en grande, que su círculo debia esceder de siete mil doscientas leguas, y que debia tener astros para la distribucion del dia y de la noche con todos los demas accesorios.

El académico artista contestó con admirable serenidad: — Pues bien! caballero, si vos teneis bastantes caudales para tamaña empresa no hay mas que dar principio á la obra, pero quiero que me digais primero donde colocaréis ese gran mundo, en que lugar habrá bastante para que quepa. Yo confieso con franqueza que no me he visto capaz de hacer otro mejor, aunque en punto á vanidad y arrogancia no me vá en zaga ninguno de los ilustres y honorables miembros que componen esta asamblea.

Un miembro de la academia pidió la palabra, y luego que la obtuvo se espresó así: — Harto ha hecho la nueva filosofia. Si se echan menos mayores progresos no es suya la culpa; muy luego harémos el descubrimiento del movimiento y de la materia, y entonces serémos dueños de fabricar no uno sino cien mundos si menester fuere.

Mr. Le Grand que hasta allí habia guar-

dado un profundo silencio, se levantó y saludando al presidente dijo así: — Descartés pidió movimiento y materia, y se empeñó á hacer un mundo que es como si le hubieran dado el mundo hecho. Sus contemporáneos le persiguieron á porfia y es de creer que lo mismo nos sucederá á nosotros con motivo de la regeneracion universal; pero al presente no debe ser incumbencia nuéstra la de crear nuevos mundos sino mas bien reformar y regenerar el que ecsiste. Hé aquí el fin de nuestras tareas y la alta mision que nos proponemos llenar. Tratemos pues de conducir esta empresa al término apetecido, mostremos que para regenerar la especie humana no hay mas que trastornar todo lo que ha ecsistido hasta el dia y se sabe en política, religion, artes, ciencias etc., puesto que no hay otros mas sabios que nosotros, apellidados ya por escelencia filósofos modernos. Hé hablado ya de los pasos que dí, y las muchas diligencias que he hecho para lograr la propagacion de nuestras doctrinas; si alguno de mis honorables cólegas vé que no sigo el buen camino le suplico que me ayude con su direccion y haga ver por donde me desvio; sin embargo esto sera muy dificil puesto que no

he malogrado el tiempo en los estudios de la filosofía moderna, y como pudiera malograrlo no conociendo otra guia que la de hacer todo lo contrario de lo que se ha hecho hasta nuestros dias?

—Hé aquí la verdadera regla, interrumpió otro filósofo; procurad no separaros jamás de ella: Obrad siempre en razon inversa á lo que obran y hacen los demas; de lo contrario jamás se verificará el trastorno universal ni en su consecuencia la regeneracion de la especie humana.

Mr. Le Grand prosiguió: —Si los hombres han creido hasta aquí que debian caminar con dos pies, menester será enseñarles que en su mano está andar á gatas y aventajar al caballo en la velocidad de su carrera. Acaso opondrán que los demás cuadrúpedos como el orang-otang tambien querrán imitarnos? Que asimismo los asnos querrán andar con dos patas como hace este mono privilegiado? Pero conviene que los hombres se desengañen y persuadan que nuestro objeto no es gobernarlos segun las leyes y acuerdos de los magistrados. Todo esto huele á vejez; debe darse con el pié con toda lo multitud de preocupaciones añejas, y reemplazarlas con otras sanas mác-

simas á favor de las cuales se puedan establecer las nuevas formas de gobierno inventadas por la filosofía moderna. Oh! Cuan absorto quedará el mundo cuando me oiga decir en mis fatídicas arengas, que el último pastor es tan soberano como el mas poderoso Rey ó Emperador de la tierra, y que un miserable remendon de esquina es igual á un Bajá de tres colas! Qué dirán cuando les haya desenvuelto el principio de la igualdad, en virtud de la cual el viejo y el joven, el sabio y el ignorante, el rico y el pobre se hacen perfectamente iguales? Yo les daré soberanía y les haré iguales, y tanto que podrán igualarse con quien se les antoje. El zapatero no tendrá mas que arrojar sus herramientas en medio de la calle cuando vea pasar la calesa de un marqués ó gran señor por delante su tienda y decir al cochero: alto amiguito! Deten el coche! No quiero ya ser zapatero sino marqués. Inmediatamente saltará el lacayo del coche é irá á abrirle la portezuela y subiendo en él el zapatero se sentará y pondrá mano á mano con el marqués; y este quién será capaz de espresar la alegria que esperimentará por haberle cabido tanto honor y tanta dicha?

Ecsaminemos la cuestion bajo otro punto

de vista. Quiero suponer que uno de los grandes del Reyno hace un viaje acompañado de todos sus criados, encuéntranse con un pastor que apacienta su rebaño en los campos, é inmediatamente el primero pone pié en tierra para darle un apreton de mano, y empeñarle á que acepte la mitad de su fortuna. El pastor quedará corrido y confuso al verse tan bien tratado de un gran señor; rehusará la oferta por supuesto; pero este que no tendrá nada de altivo ni soberbio porfiará en que la acepte; y mientras tanto el rebaño se pondrá en desorden y los perros podrán morder libremente á esos hombres modelo de igualdad. Ved ahí señores, como el mundo se convertirá en un paraiso; y yo no tendré mas que hacer sino dar publicidad á esa doctrina para que se desenvuelvan y cumplan tan grandes maravillas. Es pues un tiempo precioso el que pierdo inutilmente y del que los hombres tienen mucha necesidad para ser reengendrados. No puedo de consiguiente diferir un punto mi partida segun es la falta que hace en el mundo mi tardanza, y así suplico á la academia que determine el dia en que esta debe tener lugar y me dé las necesarias instrucciones para poder llenar el objeto de mi mision. El

presidente mandó que fuera puesta á votos la proposicion de Mr. Le Grand y adoptada por unanimidad, se resolvió que en la prócsima sesion el heroe se despediria definitivamente de todos sus consocios.

Capitulo 13.

Se refiere como se acabó de rematar el juicio de Mr. Le Grand. = Es presentado á la academia un nuevo habitante y hacen su descripcion. = Maravillas de Mr. Le Grand.

Tan gozoso estaba Mr. Le Grand de los aplausos de toda la academia, que vino á perder de todo punto el juicio; tan cierto es que así nos trastorna la alegria, como el dolor en sumo grado. El entendimiento de nuestro heroe estaba en una agitacion estraordinaria; empezó á baylar y á hacer cabriolas por su cuarto hasta que queriendo dar una voltereta cayó en tierra tan aplomado, que dando de cabeza con la punta de una mesa perdió el conocimiento.

Petit-Jean estaba observando tan grande alegria; pero al verle caer tan mal parado se desmayó tambien y dió un grito espan-

toso. Ambos quedaron tendidos en tierra y permanecieron así toda la noche. Mr. Le Grand fué el primero que en el dia siguiente muy de mañana volvió en su acuerdo, mas no atinaba por que motivo habia dormido en el suelo. Sin embargo al ver á su ayuda de cámara junto á sí le tomó del brazo y esforzó á levantarle, quien como no respondia le tuvo por muerto; salió de su cuarto llamando á voces las gentes de la casa, y diciéndoles que su criado ya no ecsistia. Subió inmediatamente el fondista y entró en el cuarto precipitadamente, mandó á sus criados que echaran sobre el semblante y pechos de Petit-Jean un jarro de agua fria. Fué esto un remedio eficaz porque en seguida dió señales de vida. Le pareció como que dispertaba de un profundo sueño, y viendo delante de sí á su amo que le miraba atentamente, le dijo: — Ola! Vos resucitado? Ahora si que no puedo menos de dar fé á la transmigracion que enseñan en nuestra academia y á todas las demas doctrinas; pero lo que mas me admira es que vos sois lo mismo que erais antes siendo así que creia os hubierais transformado en perrito de falda. . . . . . .

— La misma pregunta pudiera hacerte

yo, porque en tu mano estaba el tomar otra forma antes que no volvieras á la vida. — Y cuando he muerto preguntó Petit-Jean? Ayer por la noche respondió su amo. — Bah! repuso el criado; vos sois el que murió; pero lo que estraño es como pudisteis hallar la cabeza y soldarla habiéndose deshecho en mil piedazos. — En cuanto á cabeza, dijo Mr. Le Grand, creo que tampoco puedes ufanarte ni hacer gran uso de la que tienes, y esto es tanto mas sensible para mí cuanto ahora tenia mayor necesidad de ella... ¡ Qué lástima es tener un criado loco de todo punto! En verdad respondió Petit-Jean, pero si es así provendrá de las muchas veces que he frecuentado aquel lugar que vos sabeis. (En este instante sellan del cuarto las personas de la fonda.) Por lo menos yo no hago las estravagancias que vos haciais ayer por la noche; en una palabra ni baila ni hago cabriolas, ni.... — ¿Acaso me has visto baylar? — Si por cierto y fué una voltereta que hicisteis la que os quitó la vida. Todavia tiemblo de miedo al recordarlo. Entonces Mr. Le Grand creyendo que su criado estaba loco se puso á tentarle el pulso; pero el criado que temia otro tanto de su amo se lo tomó tambien y permanecieron

en esta actitud hasta que Mr. Le Grand dijo á su criado: —Tu pulso es frecuente, la sangre viciada, y así convendrá hacer venir por la posta á Mr. Lazága cirujano de aquel lugar en donde te atacó el cólico. —Tambien entiendo yo de achaque de pulsos, querido amo, y el vuestro me anuncia que la cabeza que hoy traeis está mucho mas enferma que la que se os rompió ayer cuando caisteis. Es verdad que la mia está algo endeble; en prueba que á veces discurro dormido como si estuviera dispierto y otras veces al contrario, pienso dispierto como si estuviera en sueños; pero esto nada tiene que ver con aquel pedante de barbero, cuya ciencia no se estiende mas allá que á dár una lavativa. A fé que muy bien me acuerdo de lo que me sucedió con él el dia que fingí un cólico que fué el primero de nuestro viage. . . . .

—Como! Es posible que tu cólico no fuera mas que una ficcion? . . . . .

—Ahora ya puedo hablaros sin tapujos, ni rodeos. Hacedme el favor de sentaros para que os pueda contar el caso: yo os veia tan abatido de la melancolía cuando nos pusimos en camino que tuve miedo de que no peligrase vuestra vida. Para desviar de

vuestra imaginacion la idea de la pérdida de vuestro padre que tanto os aflijia me propuse escitaros otra con el temor de perder tambien á vuestro criado y quedaros solo en el camino. El ardid me salió perfectamente, vos no pensasteis mas con vuestro padre, y perdonad que os diga que en mi concepto le habeis olvidado algo mas de lo que convenia.

—Muy persuadido estaba de tu lealtad y afecto, pero este nuevo rasgo que acabas de revelar me sale por fiador de que nunca abusarás de la confianza que en tí tengo puesta, pero para darte una prueba de mi gratitud quiero que desde el dia de mañana seas tú mi secretario íntimo, al efecto te otorgaré plenos poderes, y correrá de tu cuenta la administracion de todos mis negocios. Empieza pues tu cargo yendo á recibir el importe de algunas letras de cámbio que traigo en mi cartera.

Petit-Jean no quiso contradecir á su amo. Por la noche se fueron como lo tenian de costumbre á la academia y en medio del salon de ella hallaron un hombre de una estatura regular. Despues que cada uno de los socios estuvo en su lugar, tomó la palabra el presidente y dijo mostrando la es-

tatua : — Hé aquí, señores, el ensayo ó muestra que ha traido el sócio académico que estaba encargado de crear habitantes para el nuevo mundo que debia fabricarse. Este oficio si que debiéramos saberlo todos nosotros, aunque no fuera mas que para reparar las perdidas de tantos hombres que se han dejado morir sin conocer la nueva filosofia.

Inmediatamente se levantó el constructor de la estatua y puso junto á su obra. Era hijo de un escultor que habia aprendido el oficio de su padre. Despues de haber sujetado la cabeza de la estatua por medio de un tornillo, se volvió á los académicos para hablarles de la delicadeza con que estaba egecutada su obra y les retó á que le señalaran una sola imperfeccion. Tantos elogios prodigó á su obra que era muy facil conocer no ser la modestia la mejor de las cualidades que le adornaban. — Os ruego señores, prosiguió, que ecsamineis todas las partes de ese cuerpo y hallareis en él los nervios las arterias, las venas y en fin hasta los poros mas imperceptibles.

Uno de los filósofos se levantó y aplicando el oido á la parte del corazon esclamó: — Milagro! milagro! Se oyen hasta los lati-

dos del corazon y el ruido que hace la sangre penetrando en sus cavidades. Entonces se levantó otro académico que era hijo de un Médico y se apresuró á tomar el pulso de la estatua, pero no sintiendo los latidos de la arteria se volvió á su lugar diciendo que el busto estaba paralizado puesto que la sangre no circulaba por sus vasos.

— Si así es, repuso al instante otro de los socios, que sabia sangrar, convendrá hacerle una buena sangría. Probólo en efecto, y despues de haber roto tres ó cuatro lancetas se retiró manifestando que el nuevo habitante no era de carne y hueso.

Cada uno de los miembros de la asamblea habló á su vez y uno de ellos dijo: — Malo, señores, muy á mal que se haya presentado este nuevo habitante antes de crear el mundo que debe habitar, porque aquella bola de carton que la otra noche se nos puso de manifiesto aun no llega á la octava parte del volumen de esta estatua. — Escelente observacion es esta respondió el colega que estaba á su lado; creo sin embargo que antes de hacer el nuevo mundo será menester que nos aseguremos si este habitante es un ser viviente porque ningunas señales ha dado de vida desde que le vemos

aquí. Dirijámosle la palabra y si responde en francés le tendrémos por compatriota. — No es así como debe resolverse este problema; porque el busto pudiera muy bien suceder que estuviera en silencio y mudo por acertarse á ser esta la hora de dormir. Dispertémosle y convidemosle á dar una vuelta por el salon, así veremos sus contornos, y diciendo esto se llegó al oido del nuevo habitante, y con voz fuerte le dijo: andad, amigo, y paseaos! Pero viendo que no se movia del sitio le dió un empuje por detras que le hizo caer en el suelo hecho pedazos. Despues de haber oido á todos estos oradores, tomó la palabra Mr. Le Grand y dijo volviéndose á la asamblea: — Si tenia necesidad de añadir otras pruebas sobre mis progresos en la nueva filosofia á las citas que hice de los autores que he leido, no me faltarian motivos para probar que no soy indigno de la alta consideracion con la cual me ha honrado la academia. Pero os aseguro, señores, que no he hallado todavía en mis libros se ocupasé la filosofia moderna de crear nuevos habitantes, ni fabricar nuevos mundos; puede que con el transcurso del tiempo se llegue á esto, mas hasta aquí no se ha descubierto ni sido posible descu-

btir como hacer algo de la nada. Al contrario en donde ha campeado y hecho grandes progresos la nueva filosofía ha sido en la regeneracion del mundo en que vivimos. Ella es la que demuestra que todo lo que ecsiste debe ser trastornado y destruido, y hasta ha indicado los medios de conseguirlo. En este estudio que ha sido el objeto de todas mis meditaciones é investigaciones creo estar tan adelantado que no dudo en que la academia quedará muy satisfecha del resultado de mis operaciones, mayormente cuando vea que los hombres se despedazan y degüellan como la sardina cuando se prepara con salmuera. Este es un mal necesario é inevitable porque yo no he podido hallar los medios de hacer una revolucion y trastorno general sin que los hombres se despedazen entre sí. El principio de la igualdad no puede establecerse sino mediante dar los unos lo que tienen de sobras á los otros que les hace falta. Si Pedro por egemplo tiene la mitad mas de cabeza que Juan no hay mas que cortar al primero todo el esceso y aplicarlo á Juan para que queden iguales; mas como esta operacion puede presentar el inconveniente de dar á Juan alguna mayor porcion de seso que no á Pe-

dro no hay mas que hacer sino sacar el seso de ambas cabezas y dividirlos en iguales partes. Este es el mejor modo de consagrar el principio de la igualdad. Lo mismo debe suceder con el sagrado principio de la libertad que yo me propongo establecer en todas partes aun cuando debiera consumir en ello toda la hacienda que me dejó mi padre. Una vez establecidos estos principios la felicidad del género humano es indefectible, de suerte que nuestros netezuelos vivirán en un paraiso y lugar de delicias que les habrá preparado la nueva filosofia. ¿Cuántas veces bendecirán á los miembros de esta academia, sobre todo á los que acaban de honrarme con la ardua comision de hacer un trastorno universal? Qué júbilo no esperimentaráu cuando llguen á saber el título y grado que me habeis conferido, ilustres y amados colegas mios, y la obligacion que él me impone de sacrificar todo mi reposo en procurar el contentó y la dicha de todos los hombres. Entonces si que discurrirán sus dias en pasatiempos, holgando, cantando y baylando y únicamente por la tradicion llegarán á saber que los niños, las mugeres y hasta los hombres lloraban algun dia, al paso que despues de la regeneracion no ver-

terán una sola lágrima. En fin sabrán que en otros tiempos habia necesidad de Medicos mientras que entonces la salud estará de sobras. Tal es el cuadro ecsacto de lo que sucederá cuando mi mision se haya cumplido; en tanto que esto no se verifique preciso es que siga como hasta aquí, pero no está lejos el dia en que lograré regenerarlo todo. Yo dejaré un memorable recuerdo de esta gloriosa época y desventurado del que no quiera creer en ella. No desconozco que pasaré en el concepto de algunos por loco ó mentecato ó visionario de utopias impracticables, pero estas utopias y estos delirios tendrán mas sectarios que todas las doctrinas que se han publicado desde el principio del mundo hasta nuestros dias. Los incrédulos de nuestro sistema verán con sus propios ojos lo que acontecerá en París, en toda la Francia y hasta en las regiones mas apartadas si se empeñan en oponerse al establecimiento de la felicidad y prosperidad que quiero plantear sobre toda la tierra. La doctrina que yo voy á publicar, yo, heroe político y filósofo moderno hará maravillas, os lo juro, pero, á Dios señores, que ya se me tarda demasiado el dar principio á tan nobles y filantrópicas tareas. Que cada uno

de VV., me dé su bendicion, é yo me iré al momento á dar órdenes para la partida. Tengo ya dispuesto lo mas necesario que es dinero y ciencia, estos dos elementos bastan para conseguir un completo desorden y trastorno universal.

Dijo, y luego levantándose el presidente de su silla abrazó á Mr. Le Grand con la mas tierna efusion de su corazon y le dijo: idos en paz. Todos los asociados repitieron las mismas palabras y se levantó la sesion.

Capitulo 14.

Conversion de Petit-Jean á las ideas de la nueva filosofia. — Llega á ser mas entusiasta que su amo. — Venta del coche. — Mr. Le Grand compra caballos para hacer el viage. — Toma otro criado. — Coloquio entre este y Petit-Jean.

Al amanecer el heroe y su criado salieron para no volver de la academia de los filosofos modernos. Así que llegaron á la fonda Mr. Le Grand confirió poderes á Petit-Jean para que pudiera practicar en su nombre todo lo que fuera concerniente á sus asuntos, no siéndole posible á él ocuparse

en esto por llamar con preferencia su atencion la grande obra de la regeneracion de la especie humana. — Ahora bien, querido Petit-Jean, le dijo el heroe, conoces tú si he hecho progresos en la nueva filosofia? Díme francamente el concepto que has formado de mi saber y de los medios que me he propuesto emplear para llevar á cabo tan grandiosa empresa?

—Permitid, querido amo, os responda con otra pregunta. Todos los libros que habeis citado en la academia los leisteis impresos ó manuscritos? En este último caso debo suspender mi juicio; pero al contrario si los habeis leido en letras de molde, entonces si que creo en todas estas doctrinas porque son la espresion de la opinion de sus autores y de los censores que han aprobado su publicacion.

—Tienes razon Petit-Jean, yo pensaria del mismo modo que tú sino hubiera leido estas doctrinas en libros impresos. Estos merecen mucha mayor fé que los simples manuscritos; si así no fuera se seguirian muy graves inconvenientes.

—Pues siendo así, repuso el ayuda de cámara, creo en todo lo que enseñan estos libros ya que han sido publicados con apro-

bacion; y á la verdad es cosa que pasma, ver como el mundo se ha estraviado y sido conducido por el error hasta el dia presente. Bien sabeis que no habia leido mas que los libros de la biblioteca de vuestro difunto padre: ¡Ay del pobre señor! Y como se fué de este mundo sin haber conocido la verdadera luz! Y lo mismo aconteciera á mí si vos no me hubierais facilitado la entrada á la academia y hecho participar de las seis sesiones á que hemos asistído. Muy bien acertabais en decir que una semana bastaba para iluminarme. Que diferencia encuentro entre lo que era y lo que soy! Confieso, querido amo, que es tan grande que ni yo mismo me conozco. — Ya ves, Petit-Jean, que no me engañé en anunciarte que dentro poco pensarias de muy diferente manera. — Es verdad respondió el criado; pero yo jamás me hubiera reengendrado si no asistiera á las sesiones de la academia. Allí es donde he aprendido á conocer el grande error en que habiamos vivido. Que lástima es que por todas partes no se establezcan academias semejantes para disipar las tinieblas en que se halla envuelto el género humano! ¡Y que sea preciso aun ocultarse bajo de tierra para ilus-

trar á los habitantes de ella! ¡Oprobio y baldon del siglo! Me parece, querido amo, que me intereso, si cabe, mas que vos en la regeneracion del mundo; así ambos trabajarémos á porfia para conseguirla. Vos hareis conversiones é yo tambien, y los que convirtamos nosotros convertirán á otros á su vez. Yo predicaré por todas partes que hemos vivido en el error, y que nos han engañado del mismo modo que los mercaderes chinos engañan á todo el mundo.

Pensemos de consiguiente en los preparativos del viage porque conviene dar principio á él desde luego; mañana lo mas tarde nos proveerémos de caballos y de todo lo que sea menester para esta grande obra. Harémos cosas tales, así lo espero, que el mundo conservará de ellas inmortal memoria.

—Deja que te abraze, querido Juan, porque me gusta llamarte ahora como te llamaba cuando eras compañero de los juegos de mi infancia. Tu conversion me hace dichoso. Ya te dije que en una semana aprenderias lo que para saberlo me ha costado á mí toda la vida. Muy sensible me era verte en la mayor ignorancia, á pesar de las buenas disposiciones de que te habia dotado la

naturaleza. En la importante comision que me ha sido confiada por los académicos, tu conversion acaba de llenar mis votos: ya no temo ahora que la obra de la regeneracion quede defraudada ó imperfecta; el mundo en que vivimos y hasta los habitantes de la luna si los hay se convertirán á la evidencia de las doctrinas de la nueva filosofia. Cuento que secundarás mis esfuerzos, y tal vez que me aventajarás......

—Aun no lo sabeis todo, repuso Petit-Jean, mi caracter es mas fogoso y entusiasta que el vuestro, y no soy hombre que deje las cosas á medias. El que quiera entrar en nuestro gremio será muy bien recibido pero ¡Ay del que se oponga á él y á la propagacion de sus doctrinas! Yo le haré beber hasta las heces el caliz de mi furor, porque harto irritado estoy de que hasta aqui se nos haya engañado tan torpemente. Toma! Se nos hacia creer que debiamos morir y nada decian de la transmigracion; y solo suponiendo que esta era la opinion de Pitagoras, ocultaban bajo un velo misterioso las poderosas razones que demuestran la verdad en que se funda. Esto es una infamia! Tampoco se nos habia revelado que podiamos andar á gatas! Esto es un horror, una

burla y engaño manifiesto. Tentaciones me asaltan de no cenar esta noche y promover un alboroto y desorden en las calles de París tal y tan grande que por ahí empieze la regeneracion. Ganas tengo tambien de hacer pregonar por todos los ángulos de la capital que vaya todo el mundo á instruirse en la nueva academia. Debiera yo....

—Despacio Petit-Jean, déjate de bravatas y acuérdate del juramento que hiciste al entrar en la academia. Tú eres de temperamento vivo y colérico, y que te llevaria demasiado lejos si no te dejaras guiar de mi prudencia; haz que traigan la cena, despues descansarémos y mañana te otorgaré cumplido poder para que puedas hacer en mi nombre todo lo que fuere menester para el buen orden y administracion de mis caudales. Lo que importa es que no estémos desprovístos de dinero, mediante el cual se allanan todas las dificultades.

El dia siguiente por la mañana se fueron en casa del escribano que estaba mas inmediato á la fonda: arreglaron sus asuntos y Petit-Jean preguntó á su amo luego que salieron si iria á comprar los caballos y demas que fuera necesario para partir y empezar la regeneracion universal. Mr. Le

Grand respondió que no llevaban bastante dinero y le encargó de nuevo la prudencia y circunspeccion en todo; Petit-Jean no se curaba de esto, antes al contrario era de parecer de batir el hierro mientras ardia, porque decia que podia haber peligro en la tardanza.

El heroe mandó á su criado que volviera á la fonda y le dió las llaves de sus cofres y maletas para que ecsaminase y se pusiese al corriente de todos sus papeles. Despues se fué á ver algunos amigos á fin de despedirse de ellos antes de emprender el viage sin que por esto les comunicara sus proyectos por cuanto habia muchos de ellos que no estaban iniciados en los secretos de la academia. Luego que llegó Petit-Jean á la fonda quedó sorprendido de ver el gran caudal de que podia disponer mediante los poderes que le habia conferido su amo, y entonces vino en conocimiento de las notables ventajas que ofrecen para viajar las letras de cambio. El taymado Petit-Jean no dejó, previendo lo que podia suceder, de proveerse de armas de fuego en especial de pistolas y carabinas: en cuanto á armas blancas no quiso comprar y se contentó con seis floretes que pensaba llevar ocultos. Petit-

Jean era hombre de corage, bien que de talla mucho menos que mediana y poco temeroso y mirado en puntos de honor.

Al volver de sus visitas entró Mr. Le Grand en el cuarto en que estaba Petit-Jean poniendo sus cosas en orden. — Me alegro, le dijo su amo, de haberte dado mis poderes; y de aquí en adelante ya no tienes que hablarme de cosa alguna relativa á mis negocios. Haz y gobiérnalo todo como mejor te parezca, y procura principalmente preparalo todo para el viage; pues tendrá lugar dentro tres dias. Este tiempo lo aprovecharé en escribir algunas alocuciones y proclamas y hacer lo demas que convenga y tenga relacion con mi mision regeneradora.

— Esto me place: decís que partirémos dentro tres dias, ¡ojalá fuese mañana! pues ya se me tarda el dar principio al viage. Diciendo esto salió el criado del cuarto y fué á dar órdenes al cochero paraque tuviera dispuesto el coche. Le mandó tambien que le acompañara inmediatamente en casa de algun muletero ó mercader de caballos: llegaron alli con la mayor presteza, y luego bajando Petit del coche propuso al mercader si le queria comprar el coche tal cual estaba ó trocarlo por tres buenos caballos,

de los cuales el primero debia ser de superior calidad y los otros dos algo inferiores. El mercader respondió que no podia dárselos enjaezados hasta el dia siguiente por la mañana; pero que tomaria en cambio el coche ó lo compraria. Petit le encargó tambien que les buscase un palafrenero de toda confianza y se despidieron quedando en volver al dia siguiente.

El cochero y lacayo preguntaron á Petit que queria hacer de ellos. —Nada, respondió el criado; antes bien queremos deshacernos de vosotros, y asi teneos por despedidos desde aqui en adelante, pero contad en que además de vuestro salario recibiréis una buena gratificacion. De paso compró tambien algunos cofres y otros utensilios de que necesitaban para ponerse en camino y por fin asi que llegaron á la fonda arregló y pagó las cuentas á los demas criados y les despidió.

El dia siguiente á la hora indicada volvió Petit en casa del mercader de caballos, compróle tres, de los cuales quedó muy satisfecho, y queriendo sondear un poco las opiniones del palafrenero que tambien habia tomado para cuidarlos el mercader, le llamó á parte mientras estaban en la caba-

lleriza y empezó con él el dialogo siguiente.

Petit. Como te llamas?

El criado. Señor, me llamo Jaime Condorcet.

Petit. Me gusta tu nombre, y creo que mi amo tendrá conocimiento de alguien de vuestra familia que se ha hecho famoso como filósofo.

Jaime. Ah! Ah! Este será un hombre original, un pariente que ninguno de los demas le puede ver. No penseis que yo sea tan estravagante, aunque pertenezca á la misma familia.

Petit. Que dices? Mi amo pretende, y está en el concepto de que es uno de los hombres mas sabios é ilustres del siglo. En llegando á saber que tu eres su pariente puede que se le vuelva el juicio de puro contento.

Jaime. Oh! En que es mi pariente no hay duda, pero se ha empeñado en sostener las mayores locuras y disparates.

Entre otras me acuerdo haberle oido afirmar que el hombre, segun la nueva filosofía que el dice que profesa, no debe morir jamás. Que tal! Juzgad por la muestra si merece que le encierren en una casa de orates.

Petit. Y que sabes tu? Ten entendido que mi amo piensa como tu pariente, é yo como mi amo.

Jaime. No hay mas que oir á mi pariente para conformarse con su opinion. A mi me ha sucedido esto varias veces; pero cuando estoy lejos de él me asaltan mil y mil dudas.

Petit. ¡Esto es otra cosa. Quieres decir que como te falta cierto fondo de instruccion..... lo mismo sucedió conmigo, pero á fé que ahora no estoy dudoso, porque muy bien me han despavilado los ojos.

Jaime. Que estabais por ventura ciego?

Petit. Si, á fé, ciego era en este punto y en muchos otros que profesa tú pariente.

Jaime. Razon teneis; el hermano de mi padre habla tambien de.....

Petit. Como? Mr. Condorcet es hermano de tu padre? Con que eres su sobrino? Ah! que alegre estará mi amo cuando sepa tu estrecho parentesco con Mr. Condorcet.

Jáime. ¡Decia que mi tio pretende que el hombre despues de muerto y sepultado puede transformarse en perro, caballo, ó lo que quisiere.

Petit. Toma! Esto es lo mismo que afir-

ma mi amo. Por algun tiempo yo no pensé en nada de esto, pero al presente me ocupo bastante en lo que seré despues de muerto.

Jaime. Si yo puedo resucitar, ya tengo determinado lo que seré.

Petit. Ola! Ya! Me gustara saberlo?

Jaime. Yo os lo diré; quiero convertirme en gato angora como el que tiene mi madre en casa; porque quiero que sepais que los mejores bocados se chupa y cuidan mucho mas de él que de mí.

Petit. Adelante, ya veo que no tengo necesidad de preguntarte mas, puesto que estamos conformes.

Jaime. Que quereis decir?

Petit. Que hay simpatias entre nosotros y convenimos en nuestras opiniones y modo de pensar.

Jaime. No lo dudeis! Yo os doy mi palabra de estar siempre de acuerdo con vos, ¿que me importa esto toda vez debemos vivir juntos?

Petit. Está bien; pero no basta estar de acuerdo conmigo, es menester que lo estés tambien con mi amo.

Jaime. El amo tiene el genio muy malo?

Petit. No, no: Tambien es un buen Juan, á lo que creo se da la mano con tu tio.

Jaime. Basta, harto habeis dicho para mi gobierno.

Petit. Mira que debemos entendernos. No te hemos tomado para que sirvas al amo en Paris: al contrario para que nos acompañes en nuestro viage que tal vez tendrá principio mañana.

Jaime. Y ¿tardaremos mucho en volver?

Petit. Nada sé amigo, quizás no estamos seguros de la vuelta.

Jaime. Y podriais indicarme á donde vamos?

Petit. No; porque el amo no me lo ha dicho todavia.

Jaime. Y tampoco sabeis lo que harémos?

Petit. Nada sé.

Jaime. Ya veo que el amo es discreto; pero poco me importa, vamos á donde quiera que todo el mundo me es patria.

Petit. Pues bien no hablemos mas de ello: procura cumplir tu deber y haz sobre todo que los caballos esten aparejados.

Petit-Jean dejó al sobrino de Condorcet para ir á dar cuenta á su amo de todo lo que habia hecho y del criado que habia tomado para su servicio, pero Mr. Le Grand que estaba algo mohino del trabajo que le

habian costado sus proclamas y alocucio-ciones, le recibió muy mal, y dijo enojado. — Vete de aqui; ya te habia advertido que no me interrumpieses y haz que todo esté dispuesto para emprender mañana el viage.

El criado encorvó los hombros, salió del gabinete de Mr. Le Grand y fué á preparar lo necesario para la marcha. Por la noche asi que acabaron de cenar ordenó Mr. Le Grand que saldrian el dia siguiente á las cuatro de la madrugada.

FIN DEL LIBRO Y TOMO PRIMERO.

ERRATAS.

Páginas.	Líneas.		Lease.
X.	23	— seliz.	feliz.
1.	21	— la.	las.
9.	18	— reusó.	rehusó.
87.	8	— Ba! Ba!	Bah! Bah!
92.	17	— recerve.	reserve.
101.	27	— antes.	ante todo.
112.	20	— Lo.	— Lo.
123.	3	— secree.	se cree.
174.	13	— grocias.	gracias.
190.	14	— pero para.	para.

ÍNDICE

GENERAL DE LO QUE CONTIENE

ESTE PRIMER TOMO.

PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO.

39

EL QUIJOTE DE LA REVOLUCION

O HISTORIA

DE LA

VIDA, HECHOS, AVENTURAS Y PROEZAS

DE

MONSIEUR LÉ GRAND HOM-ME PAMPARANUJA.

HEROE POLÍTICO, FILÓSOFO MODERNO, CABALLERO ANDANTE Y REFORMADOR DE TODO EL GÉNERO HUMANO.

Obra escrita en beneficio de la humanidad

por D. Juan Francisco Siñeriz,

publicada en París en 1837, y traducida al español.

TOMO SEGUNDO.

BARCELONA:
IMPRENTA DE VALENTIN TORRAS.
1841.

EL QUIJOTE

DE LA REVOLUCION.

LIBRO SEGUNDO.

Capitulo 1º

Primera aventura del heroe á su salida de Paris. — Establece la doctrina de la igualdad entre un colono y el amo de una quinta. — Dá libertad á un galgo. — Encuentro del heroe con un comisario del gobierno.

Petit-Jean quedó advertido por su amo de estar dispuesto para ponerse en camino á las cuatro horas de la madrugada. El temor de no dispertar á la hora indicada no le dejó dormir en toda la noche, y así es que se levantó con tres horas de anticipacion. Inmediatamente se vistió y se fué á dispertar á Jayme. — Ea! le dijo, sobrino de Mr. Condorcet, levántate; mira que tenemos mucho que hacer antes de montar á

caballo, y para ahorrar tiempo y trabajo convendrá que nos ayudemos mutuamente. Esta noche haré contigo de palafrenero, y mañana partirás conmigo en la antecámara las funciones de criado. De este modo nos harémos iguales poco á poco, despues ya nos igualarémos mas. Jaime que era muy dormilon con el resplandor de la luz que Petit-Jean puso delante de él dispertó sobresaltado, y queriendo sentarse en la cama y levantarse precipitadamente dió de cabeza con la nariz de Petit-Jean, hizo caer la luz de la mano de este y quedaron los dos á oscuras. Aqui fué el alboroto y griteria; ambos se injuriaban á porfia y decian mil vituperios al paso que ni uno ni otro se entendia: tanta era la priesa y enojo con que hablaban. — Majadero decia Petit-Jean, tú me has roto la nariz y ahora se me deshace toda en sangre! Ah cuitado de mí! como será posible partir á las cuatro de la madrugada segun habia mandado el amo.

— Pardiez! Y donde estoy yo, decia Jaime? Creerias como estaba ahora soñando que me hallaba en casa de mi madre y andaba corriendo tras del gato que se llevaba una morcilla destinada para mi almuerzo. — Mal haya tú y el gato, respondió

Petit-Jean. Dí comilon, olvidaste las órdenes del amo para entregarte al sueño lo mismo que si nada tuvieras que hacer? Vé al momento, salta de la cama y trae una luz y agua fresca paraque pueda restañarme la sangre; porque si el amo dispierta y no encuentra las balijas y provisiones hechas y los caballos dispuestos, no te salvará de su cólera el estrecho parentesco con Mr. Condorcet. Jaime medio dormido se vistió apriesa, salió del cuarto, fué á buscar una luz y viendo á Petit-Jean bañado en sangre quiso sin que este lo advirtiera divertirse un rato á su costa. Puso una rodilla en tierra y con aire compungido le pidió perdon del mal que involuntariamente le habia causado, asegurándole que hubiera preferido verter una azumbre de la suya por cada gota que salia de la nariz de Petit-Jean. Pero decia para sí; Ah miserable villano, las tripas debieras de arrojar por la nariz! de este modo tendrias mas cuidado de los criados que se acuestan á media noche, y vienes tú á dispertar una hora despues. Como Petit-Jean no habia oido mas que las primeras escusas quedó satisfecho y sosegado; por fin los dos criados se dieron la mano y fueron á la cocina de la fonda donde Petit-

Jean se restañó la sangre con agua fresca y quedó así terminado el alboroto. Reconciliados ya el ayuda de cámara y el palafrenero dieron una ojeada á las provisiones de boca por temor de que no les faltaran á las seis de la mañana y luego se retiraron en el cuarto al efecto de preparar todas las cosas que fuesen necesarias para el viage. Esto concluido bajaron á la caballeriza para dar un pienso á los caballos; volvieron luego á la cocina y comieron un poco de fiambre, echando de vez en cuando sendos tragos de vino de Borgoña.

A las tres y media Petit-Jean entró en el cuarto de su amo. — Señor, le dijo, levantaos, levantaos, hora es ya de que empieze la obra estupenda de enderezar tantos tuertos como se hacen acá en el mundo; y en verdad es una cosa que pasma tanto mas cuanto mayores son los progresos que ha hecho en el dia la nueva filosofia. Bendito sea el cielo, ya que se acerca la hora de ir á predicar por todo el mundo la nueva era en que todos debemos ser reengendrados: Oh! ¡Y como ensalzaré yo la nueva doctrina y que maravillas no ofreceré! *Jam nova progenies descendit ab alto!* Ahora si que diré por todas partes que no hay necesidad

de comer para vivir, sino de vivir para comer, y lo que es mejor sin trabajar; que todos somos iguales sin respeto á secso, edad, estatura, nacimiento, ni nada; que de aquí en adelante podrémos vivir como se nos antoje, y cada cual con su cada cual, quiero decir que podrá hacer duradero el género de vida que hubiere adoptado tanto tiempo como él quisiere, salva empero la libertad de mudar la condicion y estado de hombres y transformarse en peces ó reptiles. Pronto podrémos convertirnos en ballenas ó en pájaros ó pajarracos terrestres y aquáticos, y lo mas singular el sentitimiento que tendrémos de haber vivido hasta aquí de un modo tan poco conforme á nuestra naturaleza. Ea, querido amo, adelante, ahí teneis la ropa: voy ahora á traeros el desayuno y bajareis luego en la caballeriza á ver los caballos que ayer compré y el mozo que debe acompañarnos para servirnos de palafrenero en nuestro viage. Es nada menos que sobrino de Mr. Condorcet, de quien tantas veces se hizo honorífica mencion en la academia.

Mr. Le Grand estaba sobre manera gozoso de oir á Petit-Jean como razonaba sobre la filosofia moderna, pero no pudo

dejar de interrumpirle cuando le dijo el nombre del mozo que habia tomado para palafrenero. — Que es lo que dices! esclamó, y acaso está el sobrino iniciado tambien en las doctrinas de su tio? Habrá tomado algunas lecciones de él sobre la filosofia moderna?—Y tal si lo está y si las ha tomado, si casi la sabe toda de memoria; pero lo mas singular es que hasta que yo le he convertido no hacia caso de ella. Vah! Que mentecato, no es verdad, querido amo? — Y como lo hiciste tú para convertirle en tan poco tiempo. — Toma! Como lo hice? Estábamos hablando en la caballeriza y al mismo tiempo que dábamos un pienso á los caballos yo le iba trayendo á la memoria las doctrinas de su tio; luego empleé alguna de aquellas palabras mágicas que habia aprendido en la academia y en fin se obró el milagro ni mas ni menos que si hubiera salido de las tinieblas á la luz ó le amaneciera en mitad de la noche. — Asi es como se verificará la conversion del mundo cuando yo dé principio á la predicacion que tenemos proyectada. Pero es tarde y asi traeme el desayuno y pon en órden todos mis papeles y efectos á fin de partir al momento.

Poco despues bajó Mr. Le Grand para subir á caballo. Este era un alazan negro como un azabache, cuya crin le cubria todo el pecho y la cola impedia que se le vieran hasta las herraduras. Todos los aparejos eran de un gusto esquisito y estaban guarnecidos de plata. El fondista y todos sus criados no cesaban de elogiar al caballo; pero el amo se mostraba indiferente como para dar á entender que ya estaba acostumbrado á tenerlos buenos. Habiendo preguntado al primero si estaban corrientes de la cuenta se despidieron haciendo este mil cumplimientos y confundiendo á Mr. Le Grand con palabras de ofrecimiento y sin cesar de llamarle el marqués. El héroe ordenó á Petit-Jean que distribuyera entre los criados algun dinero por via de agujetas y entonces empezaron otros nuevos saludos y cortesias que en accion de gracias estos le hacian á porfia.

En esto Jaime hacia de escudero teniendo del estribo á su amo, el cual montó á caballo; y se fué seguido de sus dos criados. Asi que salieron de la ciudad: — Que camino tomarémos le preguntó Petit-Jean? — Eres tu por ventura quien ha de escojer el camino le dijo Mr. Le Grand algo eno-

jado? — Ya se que he de ir tras de vos donde quiera que vayais, pero lo preguntaba para poderos estar cerca y ayudaros en caso que el caballo diera algun mal paso.

Los tres viageros caminaron como una legua sin hablar palabra hasta que cansado Mr. Le grand del silencio llamó á su lado al sobrino de Condorcet y le preguntó si era miembro de esta familia. — Si señor, respondió Jaime, sobrino soy de aquel que lleva mi mismo apellido y cuyos estudios le grangearon el título de filósofo. — Y puedes añadir repuso Mr. Le Grand de filósofo moderno. — Por lo comun llamaban á mi tio uno de los filósofos del dia. — Asi es; nosotros hemos estudiado en unos libros que han sido desconocidos hasta el presente; por medio de ellos hemos llegado á descubrir los grandes principios de la libertad é igualdad que con el tiempo y á no tardar transformarán al mundo en un paraiso y lugar de delicias; pero para ello hemos de hacer un general trastorno y revolucion en todo lo que existe; en una palabra felices podemos apellidarnos nosotros porque hemos nacido en un siglo que con razon se llama de las luces, y somos llamados para regenerar la especie humana.

Mas dejemos esto á un lado y dime con qué condiciones te has ofrecido á servirme? — Señor, no con otras que las de comer y dormir, y ganar cien escudos por via de salario. — Y por lo que toca á vestir? repuso Mr. Le Grand. — Para esto pedí mi salario. — Está bien, todavia quiero mejorar tu condicion: tu vestido corre tambien de cuenta mia; ganarás cien doblones y ademas los gages de costumbre.

Jaime no estaba muy contento creyendo que las habia con dos locos, pero el salario de cien doblones le hizo abrir los ojos y discurrir muy de otra manera. — Que se me da á mi de sus delirios, decia Jaime consigo mismo; si me acompaño con tahures y gente perdida nada gano. De aqui por lo menos siempre saldré ganancioso. Adelante pues al fin y al cabo todo ese mundo no es mas que una gran casa de orates.

Mientras que Jaime discurria asi, Petit-Jean se llegó al amo y le dijo: — Habeis mirado á ese hombre que labra la tierra? Vaya! y con que gusto trabaja, y no veis un poco mas allá á otro que está holgando y no hace mas que observar? — Es verdad Petit-Jean respondió el héroe, he aqui una de aquellas desigualdades que no me

es posible tolerar. Aqui se me ofrece oportunidad de enderezar un tuerto y dar principio con él á la regeneracion universal. Mr. Le Grand picó las espuelas al caballo y llegó muy pronto al lugar en que se hallaba el labrador. — Qüe es lo que haceis buen hombre le dijo? — Bien lo estais viendo señor, respondió el campesino: estoy trabajando segun las órdenes que me ha dado el dueño de este campo que es el que allá veis. — Y porque no trabaja el como vos, añadió Mr. Le Grand? — Porque no lo necesita. Como es muy rico harto hace en darnos ocupacion y pagarnos él jornal tanto á mi como á los demas labradores del lugar, de lo cual le estamos todos muy agradecidos porque asi nos hallamos en estado de poder alimentar nuestras familias. — De hoy mas tampoco necesitareis trabajar para vuestro sustento lo mismo que ese rico aldeano. — Es posible señor! Oh si fuera verdad que tuvieramos esta dicha! — Como si la tendréis! Desde este momento. Haciendo entonces avanzar á su caballo se puso delante del aldeano y le dijo: — Vos que sois el propietario de esta quinta, pensais acaso que os está bien vivir ocioso mientras este desdichado suda y

se afana en labrar vuestra heredad?—Si señor, respondió con frialdad, para esto le pago el jornal. — Como os atreveis á responder de esta suerte, no habrá tal vez llegado á vuestros oidos que acá en el mundo todos somos iguales? — Perdonad señor, replicó el aldeano, muy bien sé que todos los hombres son iguales en cuanto á nacer y morir, pero sé tambien que esta igualdad no ecsiste en lo demas.— Amigo, vos vivis equivocado y os lo haré ver. Tomad desde luego estos instrumentos de labranza, yo os lo mando y trabajad con ellos la tierra mientras tanto que descansa el colono, y en adelante proseguid alternando de este modo, y obedeced sin réplica.

Atonito el criado de ver como practicaba su amo los principios de su doctrina filosófica se sintió como enardecido tambien, y dijo al aldeano: — Verdad es lo que dice mi amo, y por lo que decis se ve ignorais la nueva era que va á empezar para nosotros y en la cual no ha de haber diferencia ni distincion alguna de persona á persona ni de clase á clase. El pobre jornalero es vuestro semejante, y es muy justo que si el ha trabajado hasta aqui por vos

trabajeis vos por él de aqui en adelante; porque no se debe holgar ó vivir sin trabajar mientras que estamos obligados á trabajar para vivir. Esperemos el dia en que todos podrémos vivir sin necesidad de trabajo; en tanto que llega que se entregue al descanso por igual tiempo al que ha empleado en trabajar por vos. Ya lo veis, repuso Mr. Le Grand; manos á la obra y quedad con Dios.

El propietario que conoció por lo que le habian dicho los dos viageros que estos no tenian el entendimiento muy sano temió oponerse á sus razones, y asi tomando la azada les dijo: — Señores, presto veréis que no me asusta el trabajo: mediante él he adquirido una parte de los bienes que poseo; habiendo heredado lo restante de mis padres á quienes les costó tambien su sudor; ni conozco yo otros medios de enriquecerse los hombres.

Ola! interrumpió Mr. Le Grand. Con que vos sois rico y poseeis bienes mientras que este desdichado jornalero no sabe de que comer! Ahora bien, quiero que estos bienes se dividan en partes iguales, y que la una sea para él. — Segun vuestro principio sobre la division de la propiedad, me

será tambien licito pediros que me dejeis vuestro hermoso caballo para pasearme con él por estos alrededores. — Vaya! Y porque no! Para daros una prueba y egemplo de lo que digo, quiero que subais en mi caballo y aun teneros yo el estribo. No se hizo de rogar el aldeano; apenas se apeó Mr. Le Grand que subió sobre su caballo, y queriendo dar á entender que no era mal ginete ni desconocia las reglas de equitacion dió de la espuela al fogoso alazan y partiendo á todo galope le perdieron de vista á pocos instantes.

— El taymado Jayme creyó desde luego que el caballo no parecia ya mas, y con la esperanza de alcanzarle todavia: — Animo Petit-Jean! esclamó, y sigueme: en una ocasion tan crítica no debemos estarnos mano sobre mano, el caballo de Jayme iba cargado con las balijas de los viageros y los ollas de cobre donde llevaban las provisiones; de modo que en mitad de la carrera se chocaron con tanta violencia que las caballos espantados con tan gran ruido tascaron el freno, y se pusieron á correr á todo escape. Petit-Jean que no era muy buen caballero se desgañitaba gritando, ayuda! ayuda! y Jayme le respondia que aflojara

la rienda. Habrian andado como tres millas cuando llegaron á un valle, desde donde tampoco pudieron descubrir el menor vestigio del aldeano, ni del caballo de Mr. Le Grand.

Petit-Jean un poco mas sosegado se volvió á Jayme y le dijo mostrando valentia: Saca dos de esos palos que llevamos de florete, tu te servirás del uno, y yo del otro, y vamos al momento á atravesar á ese bribon que tenemos delante. Donde está? que yo no le veo. — Toma! Yo tampoco; pero delante de nosotros ha de ser. — Esto no es posible, respondió Jayme Condorcet. — Tal vez se habrá escondido por ahi, repuso Petit-Jean. Entonces le buscaron, y recorrieron gran trecho de tierra aunque inutilmente, hasta que cansados ya tomaron el partido de volverse. Al verificarlo vieron que venia á su encuentro Mr. Le Grand montado sobre su mismo caballo. Asi que pudo hacerse oir la voz, le dijo Petit-Jean. — Y donde habeis podido alcanzar al bribon? — Mira como hablas Petit-Jean: aqui no ha habido ningun bribon, ni es de sospechar que lo sea un hombre tan acomodado y rico: su intencion no ha sido otra que la de probar la marcha de mi caballo, y

luego me lo ha devuelto tomando él otro camino. Esta es la razon porque no le habeis encontrado. Por lo demas, antes de separarnos le obligué á dividir sus bienes con aquel pobre jornalero que labraba la tierra por su cuenta. Este me miraba y hácia ademan de no creerlo; pero el aldeano que lo advirtió, dijo: no temas ni te inquietes que esta division será firme y valedera; escoge la porcion que quieras y si te ves perplecso echarémos suertes.

— Por el Dios que me crió exclamó Petit-Jean, y con cuanta facilidad estamos espuestos á engañarnos en este mundo! Ved ahi que habiamos tomado ese aldeano por un ladron, y es un hombre honrado. Cuantas veces toparémos con otros que parecerán hombres de bien y serán unos bribones! Pero ahora se me ofrece una duda, y es que probablemente el jornalero no querrá dividir la porcion de bienes que le ha tocado del aldeano con otro vecino, y de consiguiente tendremos violado de nuevo el principio de la igualdad. — Un poco habrá de eso al empezar, porque se les hará á las gentes muy cuesta arriba el desprenderse de lo suyo, pero una vez hayan tomado el habito y costumbre de repartirselo todo entre

si sin tener apego á cosa alguna, quedarán desvanecidas estas dificultades.

Oyendo Jayme hablar de esta suerte al amo y al criado creyó que los dos habian perdido el juicio, y estaba ya por decirles que tanto el aldeano como el labrador se reían de ellos á su costa, hasta que pensando mejor discurrió asi: — Que me importa su locura? Si trato de hacerles conocer sus errores y disparates á buen seguro que me despedirán y luego tendré que buscar acomodo en otra parte; y en el dia reyna tanto la codicia que tengo por cierto que en ninguna parte hallaré tan buen salario.

Los tres viageros habian andado algunas millas cuando Petit-Jean dijo á su amo que la carrera que habia hecho á galope le habia excitado el apetito, y así creía conveniente que hicieran alto para sacar algo de las provisiones que llevaban de reserva. — No piensas mal, respondió Mr. Le Grand, pero mejor seria diferirlo para otra ocasion. No podemos distar de alguna venta ó poblado, y en llegando, donde quiera que sea, harémos que nos preparen una buena comida, y se dé un pienso á los caballos; porque seria mal caso y nos acreditariamos de inconsiguientes en nuestros principios si hi-

cieramos ayunar á estas pobres bestezuelas mientras que nosotros comemos.

Apresuró entonces el paso toda la cabalgata, y no tardó en llegar á la posada del primer lugar que hallaron en el camino. Luego que se apearon pidió Mr. Le Grand un cuarto y así que subia en él observó en un pajar á mano de la escalera un galgo atado con una gruesa cadena; viendo lo cual exclamó: —Oh libertad! Oh sacrosanta libertad! cuan lejos están los hombres de conocerte! Maldicion al primer tirano que usó de las cadenas para aprisionar á alguno de los seres dotados de vida! Y tu perro fiel que como una mansa oveja sufres sin gemir y sin quejarte las sinrazones que se te hacen, pide justicia al que pueda hacertela; si te dan la libertad no harán mas que otorgarte un don el mas precioso y del cual nadie tiene derecho de privarte! Mientras Mr. Le Grand discurria asi, abrió el candado que estaba al cabo de la cadena y el perro se fué á sus anchuras. —Ve le dijo el filósofo, ve animal inocente y goza de la sagrada libertad de la cual no se te puede privar sin una escandalosa infraccion de los sublimes principios de la nueva filósofia. En seguida pidió al mesonero que trajera de

cenar para él y sus dos criados. — No hay inconveniente respondió el mesonero, pero si desearais comer en compañia, ha llegado un personage que se dirige á Paris y podriais cenar juntos. En cuanto á vuestros criados lo pasarán bien y si quereis, cenarán con nosotros.

Mr. Le Grand aceptó la oferta, y á la hora que avisaron se juntaron los dos huéspedes por la primera vez y despues de los cumplimientos y cortesias de costumbre tuvo lugar entre ellos el siguiente coloquio:

Mr. Le Grand. El mesonero acaba de noticiarme que volveis á Paris; yo salí de allí esta mañana y asi puedo daros noticias frescas.

El Caballero. Os lo agradezco, pero cabalmente estoy en correspondencia con todos los ministros é impuesto por consiguiente de todo lo que ocurre. Lo que deseo despues de la grave comision que se me ha encomendado, y la cual me ha hecho recorrer casi toda la Francia es poder llegar y descansar en el seno de mi familia.

Mr. Le Grand. No dudo que habeis desempeñado muy bien esta comision y asi os la recompensará el gobierno como mereceis.

Caballero. Pues señor, lo que yo siento es que no he podido desempeñarla, aunque estoy persuadido que el hecho cuya investigacion me estaba confiada no era sino muy cierto.

Mr. Le Grand. Cómo supongo que vuestra comision se halla envuelta en algun gran misterio no me atrevo á preguntáros los motivos que tuvisteis para andar con tanta precaucion.

Caballero. Me figuro que hablo con un sugeto de confianza y de consiguiente no vacilo en manifestaros el objeto de mi comision. Esta consistia en que habia llegado á noticia del gobierno que en todas las provincias del Reyno se habia repartido un número considerable de libros subersivos é inmorales; y se me confirieron plenos poderes para perseguir á los autores y espendedores de ellos.

Mr. Le Grand. Permitidme que os pregunte hasta donde habeis podido llenar vuestra mision.

Caballero. He aqui lo que causa mi sentimiento. En manera alguna he podido hallar el hilo de esta trama. Me ha sido imposible descubrir la persona que ha enviado estos libros desde Paris, ni los corres-

ponsales que los han recibido, y finalmente hasta aquellos que los leen. Me han dicho que están obligados por juramento á guardar en todo el mayor secreto bajo las amenazas mas severas.

Mr. Le Grand. A la verdad siento que no hayan llegado á vuestras manos algunos de los libros que decis, quien sabe si hubierais encontrado en ellos algo de bueno en favor del género humano.

Caballero. Si asi fuera no debieran hacerlos circular en secreto y bajo juramento. No amigo, no creais esto, antes bien debeis estar persuadido de que estos libros tienden á trastornar el gobierno y promover una general revolucion en el Reyno. Acabo de recorrer toda la Francia, y he observado en ella el movimiento y progresos del comercio, de las artes y de la industria. Todo el mundo está contento y bendice al Soberano que nos ha procurado tanta dicha. Ya veis que si no se detiene con mano fuerte el libre curso de estas obras no podremos despues llegar á tiempo de conjurar la tempestad que amenaza. Esta idea me estremece, y os aseguro que si estas gentes caen en mis manos haré que espien su audacia y temeridad.

Mr. Le Grand. Guai! No mas que por hacer un comercio de libros?

Caballero. Si señor; advertid que son libros subversivos que proclaman la anarquîa y el desorden; y que por consiguiente debieran ser abrasados antes no caerán en manos de la juventud sin esperiencia que se deja deslumbrar facilmente con esperanzas que jamás se cumplen. Dejemos esto porque no soy dueño de mi mismo cuando considero que hay entre nosotros algunos hombres que no tiemblan de espanto al pensar en los peligros de una revolucion.

Mr. Le Grand. Si vos los hubierais leido quizá hablariais de ellos de otra manera.

Caballero. Y vos, ¿que los leisteis?

Mr. Le Grand. Eso no; pero aunque asi fuera no os lo confesaria porque harto apego tengo aun á la vida para que procure evitar el ser ahorcado.

Caballero. Algo sabeis amigo; habladme con franqueza. A ver, decidme quienes son estos miserables que quieren esparcir nuevas doctrinas por toda la Francia.

Mr. Le Grand. Lo que diré es que voy tambien á recorrer todo el Reyno, pero con muy diferente motivo, y que si oygo algo

relativo á estos libros tendré un gusto especial en anunciaroslo.

Caballero: Siendo asi, lo mejor será que os dirijais á uno de los Ministros de Estado, pues este será uno de los medios mas seguros para poder conseguir nuestro objeto.

En seguida se despidieron los dos huespedes, y retiraron cada uno á su cuarto á fin de descansar.

CAPITULO 2º

Lo que sucedió á consecuencia de la libertad dada al galgo y coloquio que con este motivo pasó entre amo y criado.— Principios de la igualdad observados por los tres viageros al cenar y acostarse.—Mr. Le Grand es encarcelado en Lila y poco despues puesto en libertad.

Algun tiempo despues que partió el Comisario del gobierno, Mr. Le Grand dió orden á Petit-Jean de tenerlo todo dispuesto para salir de la posada. Estaban ya á punto de marchar los tres viageros cuando entró el comisario de policia acompañado de gendarmes é intimó al posadero que hicie-

ra efectiva la multa de doscientos francos para indemnizar por orden del juez de paz del distrito, los daños causados por el perro de la posada en algunas reses del rebaño del señor René. El perro añadio el comisario ha muerto veinte carneros, ha mordido al pastor, y gracias que se hallaba allí un cazador que le ha muerto de un tiro, sino tendriáis que pagar una suma mucho mas considerable.

El posadero no pudo menos de estrañar lo que acababa de oir sabiendo que su perro estaba siempre junto á la escalera y atado con una gruesa cadena; pero así que subió y halló la cadena y el candado en tierra prorrumpió en imprecaciones, y volviendose al comisario suplicó que le concediera algun plazo para pagar la multa de doscientos francos, puesto que no los tenia y esperaba recogerlos de los primeros viageros que se detuvieran en la posada. El comisario no quiso consentir en esto y amenazó con la cárcel al posadero y á su familia: entonces subió de punto el clamor y la confusion. La posadera se volvió al comisario y le dijo que si á la sazon no tenia dinero tampoco podria procurarselo en la carcel; sin embargo añadió, si pagamos la multa

tambien estaréis obligados á restituirnos el perro.

Mr. Le Grand. Dió órden á Petit-Jean de pagar los doscientos francos inmediatamente previo el correspondiente recibo. No dejó de admirarse el comisario del modo espedito y pronto con que este viajero zanjaba las dispntas. Muy luego todas las cosas se pusieron en órden. Mr. Le Grand manifestó que su intencion era que se repartieran entre los pobres encarcelados los veinte carneros que habia muerto el perro toda vez eran suyos, y habia pagado su valor. Al mismo tiempo dejaron todos la posada, y terminó de este modo la aventura de la libertad del galgo que le causó la muerte á él y á los veinte carneros sin contar las mordeduras del pastor y los doscientos francos que salieron de la herencia de Mr. Le Grand. Estaban los tres viageros á una milla del lugar cuando Mr. Le Grand llamó á su ayuda de camara y le dijo. — A fé que hoy tengo que contarte cosas peregrinas sobre lo que me ha sucedido en la posada; yo me alegro que tú no estuvieras presente, porque te fuera imposible contenerte y lo echaras todo á perder. Creerias que el gobierno nos busca

por todas partes y ha despachado un comisario para inquirir quien es la persona que ha inundado las provincias de tantos libros preciosos como viste en el almacen de París? — Quisiera hallarme cara á cara con este comisario respondió Petit-Jean, y pardiez, que presto os daria cuenta de su persona. — Yo te aseguro que no estaba lejos de nosotros, por lo menos de mí que cenamos juntos. — Como? Seria acaso aquel hombrecillo que se alojó ayer con nosotros en la posada? — El mismo, el cual desconociéndome me descubrió el objeto de su comision, añadiendo que no habia podido llevarla á cabo. Ya ves Petit-Jean que el gobierno toma este asunto con empeño: proveyó á este comisario de poderes para hacer ahorcar todos aquellos que han hecho circular los libros ó que los han recibido ó leido; y á nosotros dos por consiguiente, que tan complicados estamos en esta trama. Pero gracias al juramento que nos obliga á no revelar cosa alguna de lo que se lee en estas obras y al temor de las penas en que incurren los que faltan al secreto, nada tendrémos que sentir á pesar de todas las medidas del gobierno. — Ah! Si asi es no nos inquietemos, repuso el cria-

do; que si ellos vienen tras de nosotros, nosotros tambien irémos tras de ellos; y os vuelvo á decir que fué gran lastima no estuviera yo presente cuando nos amenazó con la horca, porque le hubiera cojido por el pescuezo y á quieras que no le convirtiera y reengendrára. Que diferencia! El honrado aldeano á quien acabamos de dejar está repartiendo en la hora de esta toda su hacienda con el colóno, miéntras mi señor comisario y mandarin del gobierno nos amenaza con la horca porque proclamamos la igualdad! No nos hagamos ilusion, querido amo, no lograrémos hacer la regeneracion sin repartir sendos cachetes y porrazos. Digno sois de alabanza, y yo os doy el parabien por la paciencia que habeis tenido en disimular con este hombre. — Me fué preciso, dijo Mr. Le Grand, pues debes persuadirte á que todos los espíritus no están dispuestos para la reforma, y por consiguiente debemos aguardar todavia el tiempo en que la nueva doctrina haya hecho mayor número de proselitos.

— Ahora que me acuerdo, interrumpió Petit-Jean, sabeis que no comprendo por qùe os han obligado á pagar la multa de doscientos francos por los daños ocasiona-

dos por el galgo? Estaba ya casi tentado de no obedeceros y mucho mas en razon á que el posadero nos ha hecho pagar mas de un doble valor del gasto. Debia advertiroslo antes. — Es indiferente, Petit-Jean, tambien lo hubiera pagado del mismo modo. — Si asi lo haceis no estrañaré que pronto nos veamos sin blanca á pesar de la provision de dinero y letras de cambio que hicimos, porque todo tiene fin en este mundo y no seria desacertado que hasta que haya tenido lugar la reforma nos portaramos con prudencia y cautela en el manejo de nuestros caudales. — Si he pagado los doscientos francos, sabe Petit-Jean que lo hice porque hubo culpa de mi parte; esta vez conozco que me he engañado, porque persuadiéndome que el galgo agradeceria y haria uso de la libertad del mismo modo que el colono de la igualdad le quité las cadenas y en vez de la libertad halló la muerte. — Si es asi, no tengo que responder replicó el criado; pero no debierais olvidar que la regeneracion debe empezar por los hombres y no por los animales: á lo menos debemos aguardar que los primeros hayan hecho una transmigracion en estos últimos. — Razon tienes Petit-Jean, se me

habia pasado de la memoria ese gran descubrimiento.

No perdia una palabra de esta conversacion el taimado Jaime; unicamente temia lo que pudiera suceder en caso que se viera ahorcado su amo por alguna de sus locuras; pero al fin consideró que un criado no puede ser responsable de las buenas ó malas acciones de su amo. Esto y la paga puntual del salario que no le faltaba todos los meses le sirvió de algun consuelo.

Al anochecer llegaron los tres viageros á un lugar; pero asi que fueron á apearse vieron que estaban en la posada gran número de gentes. Petit-Jean que habia puesto toda su confianza en el dinero se volvió al posadero y le dijo: — En verdad que os arrepentiréis sino nos admitís en vuestra posada porque las agugetas que suele dar mi amo sin duda que esceden de mucho á la ganancia que podeis prometeros de todos esos huespedes. — Lo siento, respondió el posadero, pero lo mas que puedo hacer es dirigiros á otra posada que tambien corre de mi cuenta y en donde estaréis tan bien tratados y asistidos como aquí. — Vamos allá respondió Petit-Jean.

Cuando llegaron á la otra posada Petit-

Jean hizo observar á su amo que no convenia entrar en la sala de los demas viagros antes que en su cuarto hubieran podide hablar á sus anchuras y henchirse lao medidas de esto que llaman filosofia mos derna. Mr. Le Grand echó de ver la ecsactitud de esta observacion, y dijo á su crias do: — Voto á mi! que esta mañana ha venido á interrompirme cuando estaba explorando las opiniones de mi palafreñero. Pero ahora se ofrece buena ocasion; quiero que nos traiga la cena, harémos que se siente junto á nosotros, y entonces verá puesto en práctica el famoso principio de la igualdad. — Está bien respondió Petit-Jean; voy á dar órden para que disponga la cena; y al salir decia consigo mismo: — Que yo me siente junto á mi amo es muy natural, pero un mozo de mulas parece bajeza.

Trajeron la cena, y cuando Jaime se vió invitado por su amo á sentarse á su lado quedó confuso y procuró escusarse diciendo que en todas las ventas y posadas en donde se habia hallado cenaba en la cocina ó en cualquier parte junto con los demas criados. — Y no hacia otro tanto vuestro tio? le dijo Mr. Le Grand. — Mi tio nunca lo tuvo, respondió Jaime, se ser-

via á sí mismo. — Ah! esto es otra cosa; si hubiera tenido criado estoy cierto que hiciera lo mismo que yo. — Puede ser repuso Jaime, porque muchas veces le oí decir que en este mundo todos eramos iguales. — Tu te engañas, interrumpió el filósofo con viveza; tu tio no hablaba de este mundo sino del mundo tal cual será despues que nosotros le habrémos reengendrado. Esta réplica acabó de convencer á Jaime de la locura de su amo, y así procuró sacar de ella el mejor partido posible.

Luego que estuvo la mesa dispuesta se sentó Mr. Le Grand con sus dos criados, y abrió un pollo que estaba en medio de ella en un plato muy bien aderezado. Sacó una pechuga, levantó los brazos y se quedó en una actitud como de quien hace una profunda reflecsion. Procuró Petit-Jean sacarle de este enagenamiento temeroso de que no le cogiera algun accidente, y le preguntó si sentia alguna indisposicion. Mr. Le Grand volvió un poco en si, y le dijo. — Me hallo perplecso y sin saber como hacer que reine en esta cena una perfecta igualdad entre nosotros; porque para ello hubiera sido menester que nos trajeran manjares perfectamente iguales. — Si no hay nada mas

que esto interrumpió Jaime, pronto saldrémos del conflicto, porque lo mas acertado es cortar esa pechuga en tres porciones iguales, y asi de lo demas. — Bravísimo! replicó el filósofo; bien se echa de ver en el espediente que habeis propuesto que la sangre de los Condorcets circula por vuestras venas. En seguida dividieron en tres porciones iguales cada una de las partes del pollo hasta la rabadilla y terminó asi la cuestion.

Mr. Le Grand prosiguió su conversacion con el sobrino de Condorcet y le dijo : — Ahora que nos vemos reunidos, y somos perfectamente iguales, dime que es lo que te parece de la empresa que hemos tomado de reformar á todos los hombres? — Digo, respondió Jaime que es una cosa muy útil y hasta necesaria porque no hay mas que pillos y bribones, y lo peor es que los hombres de bien deben parecerse á ellos por fuerza y conocer sus artimañas para no ser víctima de su bellaqueria y malicia. — No es suya la culpa replicó Mr. Le Grand : los hombres han vivido engañados hasta aqui y se les ha mantenido en el engaño lo mismo que si hubieran tratado con chinos. — He aqui lo que decia mi tio; respondió Jaime,

y nace de que los hombres no han aprendido un catecismo que se ha descubierto no ha mucho tiempo, sin embargo este catecismo á lo que parece tampoco es del gusto del dia, y un amigo de mi tío habia dicho muchas veces á éste en mi presencia que un libro mas escelente de aquel en que se contienen las sublimes verdades de nuestra religion y la doctrina de Jesu-Christo jamás saldria de manos de los hombres. Yo nada entiendo de esto, pero si estuviera destinado para gobernarles trataria de hacerles entrar por el camino de la justicia ó dejara de ser quien soy.

— He aquí mi modo de pensar, dijo interrumpiendo la platica el ayuda de cámara; pero lo que dice Jaime en cuanto á rigor lo hiciera yo de otra manera; á saber: diera de cachetes y patadas á mozos y viejos y de nadie me doliera si se resistian á recibir la nueva filosofia. — Muy atrasados estais, les dijo Mr. Le Grand; ya veo que no os faltan medios, pero conozco que os precipitariais y dariais al traste con todo. Mas tarde tendré ocasion de manifestaros los que yo quiero emplear para la regeneracion del género humano. Mientras tanto quiero que traigan dos camas perfectamen-

te iguales y que descanseis y durmais cerca de mí. Con efecto trajeron las camas, y Mr. Le Grand las hizo ocupar por sus dos criados, y para que no se notara la menor desigualdad durante el sueño propuso que cada uno de ellos velara una hora mientras dormian los demas. Mr. le Grand fué el primero que estuvo de vela, y al cabo de una hora dispertó á Petit-Jean, le entregó el reloj y dió órden de dispertar á Jaime dentro otra hora y proseguir alternando asi toda la noche. Cuando llegó el turno de Jaime, no pudo menos de maldecir á estos dos locos y echarles mil imprecaciones pero por último consintió en escuchar sus delirios con la esperanza de que cesarian costándoles tanta fatiga. Al dia siguiente por la mañana se pusieron en camino y dentro algunos dias llegaron á Lila el filósofo y sus compañeros sin acontecerles la menor desgracia.

El corresponsal que tenia Mr. Le Grand en Lila le habia preparado ya un buen alojamiento y advertido al mismo tiempo de su venida á algunos afiliados de la sociedad que se habia formado para estudiar la nueva filosofia. Instalaronse los tres viageros en su alojamiento, y muy en breve vieron

llegar en él como una docena de jóvenes que deseosos de conocer al heroe reformador iban á anunciarle como habian escogido un local conveniente para celebrar sus sesiones académicas á semejanza de las de Paris. Mr. Le Grand les ofreció su asistencia, añadiendo que tendria el honor de presidirlas durante la corta detencion que pensaba hacer en Lila. Al separarse acordaron que el dia siguiente irian á buscarle para mostrarle todas las curiosidades de la ciudad. Aceptó el heroe la oferta aunque ya sabia que Lila era capital de la Flandes francesa y muy famosa por su ciudadela que se reputaba entonces como la mejor de Europa y la cual habia sido tomada á los españoles por Luis XIV en el año 1667.

Al dia siguiente por la noche se fueron á la academia, la cual presentaba un remedo de la de Paris. El heroe ocupó el lugar del presidente. Suscitáronse graves cuestiones políticas y Mr. Le Grand no pudo menos de admirar en ellas el talento, sagacidad y ardor de algunos académicos aunque jóvenes todavia. Sobre todo se hacia notar uno de ellos por su gran fogosidad y audacia, en nada hallaba dificultades, y pretendia que la regeneracion debia hacerse á

punta de lanza, haciendo saltar las cabezas de los gobernantes y llevándolo todo á raja-tabla. Mr. Le Grand estaba como enajenado escuchando á este jóven cuando llegó repentinamente á la sala de los pasi-perdidos una regular escolta de alguaciles. No tuvo mas tiempo nuestro heroe sino el de preguntar que era aquello; pero nadie le respondió, porque los alumnos de la nueva filosofia al ver el peligro que corrian sus vidas se escurrieron todos por una puerta falsa.

Los alguaciles allanaron la entrada, y volviéndose á Mr. Le Grand le dijeron: Teneos al Rey! En donde estan vuestros cómplices? Entonces el heroe sin inmutarse y con la mayor serenidad les respondió mostrándoles la puerta. He aqui por donde creo que habrán escapado. Buscarónles por todas partes, pero inútilmente; y asi viendo que nadie parecia tomó uno de ellos del brazo á Mr. Le Grand, y le invitó de llevarle donde la justicia le tenia preparado alojamiento á fin de responder del objeto de aquella reunion clandestina y del número, nombre y morada de cada uno de los miembros que la componian.

El heroe no se alteró por esto, fué por

sus pasos á la carcel, y pasó en ella la noche sin la presencia de Petit-Jean y del sobrino de Condorcet. Toda ella la pasó discurriendo los nombres que podria inventarse en caso que le preguntara el Juez como se llamaban sus cólegas. Pero no comprehendia todavia las dificultades de su posicion, antes estaba por creer que su arresto lo motivaba algun error en que habria incurrido la justicia persuadiéndose que algun académico se habia llevado á otra nueva Elena ú otra cosa asi que el no podia atinar.

No se contaban muy seguros los académicos. El mas osado de entre ellos que era el que habia hablado últimamente trató de sacar á su presidente del apuro en que se hallaba. A este efecto hizo una suscripcion entre sus camaradas y se fué en derechura á casa del Escribano, á quien encontró que acababa de llegar de la carcel. Amigo, le dijo, es muy facil perder á un hombre honrado; el que han puesto preso es un capitalista muy rico, generoso y sobre todo amigo de hacer que prospere el género humano. Sus intenciones son puras é inocentes. Estabamos reunidos para obsequiarle con un banquete y tratar de una

operacion mercantil: sin duda que los zelos de los comerciantes de la ciudad habrán pintado esta reunion con muy negros colores, y supuesto que tenia por objeto llevar á cabo algun negocio de contrabando ú otra cosa asi, pero no hay nada de esto; yo os lo juro. De otra pare no ignoro que vuestra familia es numerosa, y que de Escribanos hay muchos, por consiguiente os suplico acepteis este pequeño presente siquiera para vestir á vuestra esposa é hijos; al menos que pueda vuestra familia presentarse con decencia ya que hay escribanos cuyas mugeres eclipsan con su porte galante á las primeras damas de la corte.

— Teneis razon, respondió el Escribano, y en verdad que no alcanzo de que modo lo hacen; porque yo no soy vicioso y sin embargo no sé como mudarme esa casaca tan raida que veis. Pero decidme, no hay alguien que acompañe á ese caballero que está en la carcel? — Perdonad señor, trae un ayuda de camara que es su mayordomo. — Si es asi, prevenidle que yo deseo hablar con él antes de una hora. El académico se volvió inmediatamente á la posada donde se habia alojado Mr. Le Grand. Llamó á Petit-Jean á quien dijo en tono alti-

vo: — No hayas miedo amigo; tu amo está en la carcel, y es menester que..... — Como! esclamó Petit-Jean, ... mi amo... — Chiton! Dejate de esclamaciones. Se trata de salvarle y para ello se necesita hacer algun desembolso. — Bien, por vida mia, si nada mas es menester pronto estará libre. Aqui teneis muchas letras de cambio pagaderas á la vista. — Ahora bien, tomad esta de doscientos francos para librarla á la órden del escribano N. y diciendo esto acompañó á Petit-Jean en casa de aquel, y asi que entró en su despacho. — He aqui le dijo; el secretario de Mr. La Grand: os trae por de pronto doscientos francos; pero no dudo que la generosidad y el agradecimiento de su amo no se limitará á esta friolera.

—Muy á tiempo llega esta suma respondió el escribano, y ante todo convendrá que se emplee en ganar á los testigos. En cuanto al Juez que instruye las diligencias no podemos hacerle tan corta demostracion aunque en la actualidad harto lo ha menester. — Es una cosa muy natural! exclamó el académico; y asi no teneis mas que indicar la cantidad que se necesita y pronto volverémos con ella. — Me parece respondiò el Escribano que el Juez se con-

tentaré con doscientos Luises. — Pues bien voy á buscarlos. Ojalá que esto bastara para poder ver libre á mi amo!

Fué Petit-Jean á buscar el dinero, y dejó solo al académico en el cuarto del Escribano, quien habló en estos términos. — El regalo que tratamos de hácer al Juez de doscientos Luises será un seguro garante de su benevolencia y de consiguiente manos á la obra. Conviene digamos que Mr. Le Grand se hallaba en áquella reunion con los demas socios para concordar sobre los medios que habia de establecer una fábrica de tejidos semejantes á los que vienen de la China; y que este honrado negociante ha sido víctima de una denuncia calumniosa. Se debe entregar una copia de esta deposicion á cada testigo y otra á Mr. Le Grand. Su uniformidad hará abrir los ojos á la justicia, y pronto quedará libre.

El escribano preguntó al académico si habia sido alguna vez empleado del tribunal. — Jamás, respondió el filósofo, pero mi padre era escribano é yo le hacia algunas veces de secretario ó amanuense.

Todo salió como habian discurrido, los testigos fueron preguntados segun la deposicion que habian aprendido de memoria y

tinas que se ha atrevido á proferir que para hacer la regeneracion de la sociedad actual es necesario verter mucha sangre, siendo la primera la de los gobernantes. Retiraos, y vivid persuadidos que á Mr. Le Grand y á todos sus cómplices pronto les vereis entre la horca y el verdugo.

El nuevo académico temblaba como un azogado cuando oyó la relacion del Escribano, la cual probaba lo muy instruido que estaba en el busilis de aquel negocio, y afectando una serenidad que estaba muy lejos de tener, le dijo: — No hay para que enojarse, señor, todo es posible. No porque se os ofrezcan cuatrocientos francos queremos decir que pare aqui nuestra gratitud, aunque hayamos desembolsado ya seiscientos francos de una parte y cuatrocientos luises de otra. — Vos sois un charlatan repuso con viveza el Escribano. Yo no recibí mas que los doscientos francos que distribuí entre los testigos, y los cuales se les debian de justicia. — Pero bien, nosotros os trujimos otros cuatrocientos francos. — Poco importa; ahora, todavia necesito doscientos luises para el Juez y otros cuatrocientos para mí, porque seria necedad contentarme con menor cantidad teniendo en mis manos

el secreto del que depende vuestra vida ó vuestra muerte.

—Apriesa Petit-Jean, dijo el académico, trae al momento esta suma que dice el Escribano porque ya ves que lo que pide es una cosa razonable, y de la cual depende nuestra vida. Bajaron la escalera, pero el socarron del Escribano les hizo acompañar por un alguacil con orden de no dejarles y de reclamar socorro del primer cuerpo de guardia y detenerlos al instante, si intentaban escapar. Sin embargo no hubo necesidad de llegar á este estremo, porque cumplieron su palabra; y así pudo Mr. Le Grand continuar gozando de la libertad que habia conseguido, gracias á las letras de cambio de que iba provisto.

Capitulo 3º

Mr. Le Grand se despide de los académicos de Lila y dirige hácia las costas de Calais. = Reconoce la mar y sus orillas = Mr. Le Grand cae en las olas. = Viage del heroe por debajo las aguas. = Llega á la casa de su corresponsal en Calais.

Así que volvieron á la posada Petit-Jean y el académico hallaron á Mr. Le Grand

que estaba solo bailando y entonando arietas. — Pardiez! dijo el académico, bien podeis cantar ahora á vuestro sabor, merced á los pasos y diligencias que acabamos de hacer con el Escribano. Mal rato nos ha dado; pero yo os aseguro que no está lejos el tiempo en que jóvenes muy osados entrarán en las vastas miras de la regeneracion y entonces si que no nos quedarémos con las cosas á medio hacer.

Mr. Le Grand seguia cantando y bailando sin poner atencion en lo que decian; é interiormente pensaba en el viage que debia emprender por la costa del mar, y llegar á sus orillas para ir en busca del huevo que habia empollado al primer hombre. El nuevo filósofo consideró que no era cordura distraerle de su enagenamiento y se retiró con ánimo de volver por la noche. Petit Jean quedó solo con su amo, y le miraba cara á cara sin proferir una palabra. Al cabo de un buen espacio el criado esclamó: — Bendito sea Dios! querido amo, por la serenidad que mostrais en todas las calamidades que nos afligen. Mil veces dichoso es el hombre que como vos se sobrepone á todos los reveses é infamias que se sufren en este mundo. En cuanto á mí no puedo

prescindir de la pesadumbre que me ha causado el desembolso de cuatrocientos y pico de luises, que costó el mal paso que ahora os hace bailar.

—Es decir que no me cuesta mas que cuatrocientos luises el haber obtenido el título de benemérito de la patria?

—Quién os dió ese título?

—El Juez que pidió por mí esta gracia al Rey y á la Justicia.

—Y os parece cosa de burla el habernos sonsacado el Escribano mas de cuatrocientos luises?

—No; pero yo no ví mas que al secretario del Juez que me leyó el título y grado con que se me decoraba.

—Mal haya vuestro grado! Salgamos, querido amo de Lila cuanto antes, y yo os contaré en el camino lo que ha pasado; y creedme, no volvamos á esta ciudad hasta que la regeneracion esté concluida.

—Si así es prepáralo todo para el viage y saldrémos mañana; esta noche iré á despedirme de los académicos. Mr. Le Grand se fué en efecto á otra casa en donde celebraban las sesiones los académicos, los cuales al verle le abrazaron todos á porfia. Regocijábanse de la feliz idea que les habia

ocurrido de dejarle solo cuando los sorprendió la justicia, y estos nuevos filósofos se daban el parabien del feliz écsito que habia tenido este asunto. El heroe les escortó á continuar sus trabajos en el estudio de la nueva filosofia y á escribir una carta circular á todos los académicos y sobre todo á la de París en caso que se les presentasen nuevos obstáculos. El académico que habia dado tantos pasos y activado con gran diligencia la libertad de Mr. Le Grand preguntó á este que partido tomarian en caso de necesitarse algunas cantidades de dinero para salir de algun grave conflicto. El heroe le aconsejó que se dirigiera al presidente de la academia de París, quien proveeria á todos los gastos, y con esto se despidió de sus cólegas.

Al dia siguiente muy de mañana nuestros viageros tomaron el camino de la costa; y al cabo de algunos instantes Petit-Jean se adelantó y puso al lado de su amo. Preguntóle luego como habia podido pasar toda una noche en la cárcel privado de la compañia de sus criados no teniendo mesa para comer ni cama donde acostarse. —Todo ese tiempo lo pasé, respondió Mr. Le Grand, cantando y bailando, es decir no hice mas

que esto hasta las tres de la madrugada en que vino el Alcayde y me entregó un papel con encargo de aprenderlo de memoria. Lo leí y ví que hacia relacion á un pretendido proyecto de fabricacion de tejidos á imitacion de los de la China. Híceme un deber de aprenderlo y al dia siguiente lo recité delante del Juez y de algunos testigos. Estos repitieron la misma cantinela, pero yo solo fuí el que obtuvo el premio con el grado del cual ya te he hablado.

— Ahora sí, replicó Petit-Jean, que conozco la ecsactitud de aquella sentencia de Freret donde dice, que las ideas de vicio y virtud y de justicia é injusticia son absolutamente arbitrarias. Ea pues, sabed querido amo, que todo esto ha salido bien por la actividad y diligencia que ha desplegado el académico de Lila que vino á visitaros. Este fué el que dictó al Escribano lo que debia estenderse en el proceso, y este ladron me ha ecsigido mas de cuatrocientos luises por su cuenta, y para sobornar á los testigos; y aun Dios y ayuda que no haya sonsacado alguna cosa de estos miserables! — Deja al ladron, replicó Mr. Le Grand, que esto no puede durar sino el tiempo que se tarde en hacer la regeneracion que ya está cerca. —

Acaso no hurtarán entonces? — Querrian hurtar pero no podrán, porque la regeneracion los transformará en ángeles. — El Escribano tambien se convertirá en ángel? — Este y algunos otros entorpecerán un poco la regeneracion; pero una vez establecidos los principios de libertad é igualdad, lo demas marchará por sí mismo. — Yo no sé si seria conveniente otorgar mayor libertad á ese Escribano, porque quiero que sepais que se ha atrevido á jactarse delante de mi que en sus manos estaba vuestra vida y la de vuestros cólegas. — Esas son bravatas: tambien yo tengo en mi mano la suya y la de muchos otros, pero es del caso ocultarlo hasta que llegue el momento deseado.

Por la conversacion de Mr. Le Grand con Petit-Jean coligió el taimado Jaime que su amo habia pasado toda una noche en la cárcel; mas, se confirmó en la opinion de las grandes riquezas de Mr. Le Grand al oir la cantidad considerable que Petit-Jean habia tenido que satisfacer para lograr su libertad.

El héroe se dirigió hacia Calais, y hablaba á sus criados de la toma de esta ciudad por Eduardo 3º de Inglaterra en el año

1347. Les esplicó tambien del modo con que la recobró de los Ingleses el Duque de Guisa en el año 1558, y como el Archiduque Alberto se apoderó de ella en 1596, y al cabo de dos años fué restituida á la Francia por el tratado de Vervins. A medida que Mr. Le Grand iba adelantando camino era mayor la sorpresa que le causaba la elevacion de las aguas que á manera de montañas divisaba desde lejos, y las cuales le parecia que nada tenian que ver con los rios mas caudalosos que hasta allí habia visto. Preguntó á los demas viageros si eran por ventura las aguas del mar aquello que ante si veian. Respondieronle que si, y que no habia mas que aprocsimarse un poco á la orilla para alcanzar á ver las costas de Inglaterra que unicamente distaban siete leguas de Calais,

El ruido de las olas asustó algun tanto á Mr. Le Grand, pero su palafrenero Jayme como estaba acostumbrado ya á ver el mar en Brest y Burdeos, donde habia vivido mucho tiempo trató de sosegarle. Llegaron los tres viageros á una cordillera de montañas que se elevaba cincuenta toesas sobre el nivel del mar; y como Petit-Jean advertia que las olas venian á estrellarse

con ímpetu al pié de aquellos peñascos, preguntó á su amo si era posible ahogarse en aquellos parages en caso que las olas traspasaran los limites de los cuales hasta entonces no habian salido. Mr. Le Grand respondió: —Me acuerdo haber leido no sé donde que á estas aguas se les dijo: llegareis hasta aqui, y no mas allá. Sin embargo á mi se me ofrecen bastantes dudas sobre esto, porque hay autores que son de parecer que el mar ocupó en otro tiempo todo este espacio que en el día llamamos tierra. Asi es que nosotros podemos concebir facilmente que tenemos el mismo origen que los peces, segun la opinion de Telliamed. Segun dijo este autor pudo muy bien suceder que al retirarse el mar dejase algun huevo sobre la tierra, del cual empollado por el sol tuviera principio el primer hombre. En la actualidad podemos muy bien ecsaminar por nosotros mismos todo esto para cooperar á los progresos de la nueva filosofia.

—Si quereis hacer estas investigaciones, interrumpió Jayme, mejor será que nos acerquemos á la playa. En efecto siguiendo este consejo se llegaron á un llano que era muy pantanoso, y en donde las olas no hacian mas que acrecentar la admiracion de

Mr. Le Grand. Tan cerca las tenian que mojaban las patas de su caballo, el cual tropezaba de cuando en cuando; pero como el heroe se picaba de buen ginete le aguijaba con la espuela, y hacia entrar mas en el agua. Vino en esto una ola enorme y dió con tan gran ímpetu sobre Mr. Le Grand que dando su caballo un salto hacia atras lanzó por delante al caballero y á gran galope se puso á la otra estremidad del llano. La ola arrojó al héroe afortunadamente en el lugar donde se hallaban sus criados; mas como Jayme sabia por esperiencia que su amo podia ser arrastrado al mar al volver otra oleada como la primera, sin dejar su caballo tomó del brazo á Mr. Le Grand, y le retiró bastante lejos para poder ponerle á salvo.

Petit-Jean estaba á punto de desmayarse al ver el peligro inminente en que se hallaba su amo, pero cuando le vió cerca de si dió mil gracias, y colmó de alabanzas al palafrenero llamandole el libertador del heroe filósofo, y esforzandole á que subiera su amo á caballo; tanto temia que no fueran victimas del mar embravecido. Jayme que estaba acostumbrado á las mareas ordenó que el ayuda de cámara fuera á bus-

car el caballo de Mr. Le Grand, y luego le subieron en él. El heroe estaba como muerto, le pusieron tendido sobre las maletas del caballo, pero como este iba al trote contribuyó mucho aquel movimiento á que el agua del mar que bebió en la caida hiciera su efecto, y empezase á provocar con todas sus fuerzas de suerte que iba regando todo el camino por donde pasaban. Al llegar á una praderia en donde los caballos podian pacer volvió en si Mr. Le Grand: luego le mudaron la ropa, y cuando se sintió con bastante aliento para hablar, prorrumpió con esta esclamacion: —Oh venturosas sardinas! A vosotras y solo á vosotras conviene la repûblica. A los rodoballos no les otorgaria yo mas que un gobierno aristocratico, y por fin reservaria la monarquía absoluta para las ballenas en remuneracion á sus descomunales formas.

Atónito estaba Petit-Jean de oir hablar á su amo de este modo, y dirigiendo la palabra á los peces como si se hallara con ellos en lo hondo del mar. — Animo! le dijo, recobraos, y os conjuro á que empezeis la regeneracion de los hombres antes de emprender la de los habitantes de las aguas á menos que la nueva filosofia no se estien-

da tambien á los peces. — Como si se estiende, respondió Mr. Le Grand, con alguna mayor entereza! Sabe que acabo de darles la felicidad mayor que pudieran apetecer y en una palabra que los he reengendrado. He abolido las contribuciones é impuestos odiosos que pesaban sobre ellos y toda clase de vejacion, y he proclamado los sagrados principios de *libertad, igualdad y seguridad.*

— Y que contribuciones son las que se ecsigen en estas regiones acuaticas? preguntó Petit-Jean.

— Las mas insuportables que puedes imaginar respondió su amo. No te diré mas sino que sin saber porqué ní porque no, se devoraban unos á otros, no reconociendo otras leyes ni otros derechos que el del mas fuerte. Vaya, que me chocó ese tiranico modo de vivir! Propuse desde luego una reforma, segun las luces del siglo, ó mas bien segun el siglo de las luces. Resolvíme á recorrer todos aquellos paises subacuaticos, á ecsaminar sus producciones, sus costumbres, su historia, y en fin todo lo que puede interesar á la academia para llevar á cabo la mision de que estoy encargado. Viagé por todo el mar atlantico, por el de la

India, el Océano pacifico, y volví por el del norte; en donde he establecido la monarquia absoluta; y dejado á las ballenas como verdaderos y legítimos reyes de aquellos mares. Como este gobierno difiere bastante de los demas porque requiere fuerza y actividad he creido que no debia establecerse sino en aquellas partes que hay posibilidad de sostenerlo. Ningun habitante del mar puede oponerse á la ballena, y hé aqui la razon porque he juzgado del caso establecer en estos mares la monarquia. En otros he erigido repúblicas, aristocracias, y fundado senados, dandoles codigos y leyes analogos á la forma de sus gobiernos para plantear todo aquello que pueda contribuir á su prosperidad y verdadera felicidad.

Petit-Jean, aunque sabia que su amo no habia pasado cinco minutos sumergido en el agua, no quiso contradecirle, y solo le preguntó con mucha seriedad: — Acaso los peces no se devoran ahora unos á otros como hacian antes? — No por cierto; respondió el heroe, no solo no se devoran sino que puedo asegurarte que he visto pasar á los delfines y tiburones por delante los cangrejos, gobios y otro *pesci minuti*, y saludarse entre si con mucho comedimien-

to y amistad, é invocando la libertad á la cual son deudores de tamaño beneficio. — Y lo mismo sucederá á los hombres cuando esten reengendrados? preguntó el criado.

— Ni mas ni menos, sobre todo habiendo ya empezado esta operacion con los habitantes de las aguas y producido tan buen resultado, porque segun Telliamed, el hombre en su origen fué un pez y debiendo ser segun las leyes de la nueva filosofia, las inclinaciones y habitos de los hijos semejantes á los de sus padres, es evidente que si los peces son reengendrados no puede tardar el tiempo de serlo toda la especie humana.

Jayme perdia la paciencia oyendo las sandeces de Mr. Le Grand y las necedades de Petit-Jean; y asi determinó ir al primer lugar que hallasen para consultar al medíco que medio habria de curar á su amo. Luego llamando á parte á Petit-Jean, le dijo: Despacha y ven conmigo, porque yo no dudo que nuestro amo ha perdidó el seso; por lo menos las señales son infalibles.

—Ola! poco á poco. Yo puedo asegurarte que todo lo que ha dicho mi amo acerca de la *regeneracion*, de la *libertad* y de la *igualdad* es una cosa muy acerta-

da y puesta en razon, y que lejos de probar lo que tu supones prueba todo lo contrario. Ahora en lo que toca á los viages subacuaticos me parecen algun tanto dificiles de creer á menos que la nueva filosofia le haya facilitado el secreto de ausentarse por espacio de diez años, y á nosotros parecido todo este tiempo no mas que cinco minutos.

Siguiose el parecer de Jayme; y este y Petit-Jean preguntaron á Mr. Le Grand si se hallaba en disposicion de continuar el viage. El héroe respondió que habiendo recorrido ya el interior de los mares se sentia ahora con fuerzas y aliento no solo para atravesar la tierra sino tambien para viajar por los ayres. Entonces se pusieron en camino con direccion á Calais, en donde se apearon á la casa del corresponsal de Mr. Le Grand. Este habia ya preparado digno alojamiento al héroe y á sus criados. Asi que llegaron, lo primero que le preguntó Mr. Le Grand fué si habia hecho circular los libros que le habia remitido desde París, y si se notaban ya los efectos de su lectura. En cuanto al despacho de los libros respondió el corresponsal, llegó á tal grado que no parecia que los compraban sino que los arrebataban; por lo que mira á los efec-

tos de su lectura puedo aseguraros que los ha producido en efecto, si puedo juzgarlo por la mudanza que he esperimentado en mi mismo hijo á quien cuento perdido para mi y para toda mi familia. Siempre estámos con él en guerra abierta; se considera igual á mi bajo todos respetos y no pasa dia que no reciba de él algun insulto; de modo que estoy para echarle de casa. Ese ingrato, y mal hijo que se ha pervertido con la lectura de libros infames creereis que un dia se atrevió á sostener que los padres no tienen ningun poder ni autoridad sobre sus hijos, y que si los engendran es unicamente por su gusto y mero deleyte? Si recibimos de ellos el alimento, añadió ese hijo desnaturalizado, es para servirles, si nos dàn crianza es por capricho, y si somos viciosos es por sus malos egemplos.

Yo me inclino á creer que esta mudanza no puede nacer sino de la maligna influencia de todos estos libros; y parece que los jóvenes han formado reuniones clandestinas para entregarse á la lectura de todas estas obras. Y donde está vuestro hijo? preguntó Mr. Le Grand. — Dificil me seria responderos, porque entra y sale cuando y como quiere, y sin que yo pueda saber en

que emplea el tiempo; sin embargo no dudo que le estravian los malos consejos de sus amigos: pero si así es, yo haré que le metan en la carcel antes no me dé mayores disgustos. Yo os ruego, señor, que ayudeis á mi hijo con vuestros buenos consejos, y le desvieis de tan malos pasos. Ahora voy á ver si mi muger está visible para tener el honor de hacerosla conocer.

Apenas el comerciante habia salido del cuarto de Mr. Le Grand cuando se presentó su criado, y con aire compungido: desdichados de nosotros, esclamó! Yo os conjuro mi querido amo que no despleguеis los labios para mentar la regeneracion mientras permanezcamos en esta casa porque es menester que sepais que este corresponsal es nuestro enemigo, y no menos formidable que el Escribano de Lila. Salgamos de aqui y de esta ciudad, y tomad por ahora mi consejo, que es bueno, y propongo que en adelante seguiré tambien los vuestros. Pero decidme, querido amo, es cierto que estais mas dispuesto á emprender nuevos viages despues de la larga espedicion que habeis hecho por debajo de las aguas que no á llamar al médico para consultarle si os con-

vendria bismar el cuerpo que sin duda os lastimasteis en la caida?

— Mira, Petit-Jean, una vez he dado feliz cima á la regeneracion de los peces esperimento un tal vigor y esfuerzo que me infunde nuevos brios para llevar á cabo la mision en que estoy empeñado; y á tal punto llega mi entusiasmo que me parece que nadie tuviera mas fuerza en acometer, mas prudencia en deliberar, ni mas genio en inventar.

— Si es asi, replicó petit-Jean, convendrá que salgamos sin falta, porque yo creo que en Calais, ni este comerciante que es vuestro corresponsal, ni muchos de sus amigos querrian entrar en los nuevos caminos que les preparamos aunque á fuerza de mogicones y porrazos les obligasémos á ello.

En aquel instante se presentó la muger del corresponsal acompañada de su hijo, de quien habia hablado el padre, y de su hija que era una madamita de diez y ocho años. Despues de los saludos y comedimientos acostumbrados de una y otra parte, se habló de cosas indiferentes hasta que vino el criado á anunciar que estaba ya dispuesta la mesa.

Durante la comida fué Mr. Le Grand el

objeto de todas las atenciones de la familia, quien preguntó si se conservaban todavia en Calais algunos monumentos del tiempo de la conquista de aquella ciudad por los Ingleses, y de la reconquista por el Duque de Guisa. El hijo de la casa que se llamaba Benjamin, tomó la palabra y respondió en estos términos: — Oh cuanto mejor nos iria si esta ciudad perteneciera á los Ingleses! — Ola! y porque? — Porque si estuviéramos bajo el dominio de los Ingleses tendriamos una constitucion como la suya, una camara baja ó de los comunes, la ley de *Habeas corpus*, la libertad de imprenta, y de cultos, proteccion del comercio, manufacturas y finalmente muchas otras cosas de que nos hallamos privados bajo el gobierno monárquico.

Enriqueta, que asi se llamaba la hermana de Benjamin pidió permiso á su padre para responder, y concedido que le fué se espresó asi: – Ya te dije varias veces, amado hermano, que te engañas enormemente si piensas que no puede conseguirse la felicidad bajo un gobierno monárquico, y que para ello es necesario adoptar una constitucion como la inglesa. Bajo cualesquiera forma de gobierno se puede hacer la dicha

de los pueblos. Si las pasiones de los hombres han sido en todos tiempos el escollo en donde se estrella el bien general, siempre daria yo la preferencia á las pasiones de un solo, hombre sobre las de muchos individuos que cabalmente deben reunir las pasiones de todos, cosa que es imposible bajo el gobierno de uno solo. Luis el Grande, y Enrique IV en Francia, Isabel y Felipe II en España, Pedro el Grande y Catalina II en Rusia, Federico II en Prusia y Carlos XII en Suecia, han hecho prodijios por el bien general de sus pueblos; sin embargo estos Reyes gobernaron á sus pueblos bajo un gobierno monárquico, y asi ya ves que es una ridiculez y aun quimérico el suponer que no puede aspirarse á la felicidad sino bajo el regimen republicano.

— Y que sabes tú de esto bachillera? si no has leido mas que la historia antigua é ignoras los grandes adelantos que en este punto ha hecho la nueva filosofia.

— Poco á poco, hermano, dejémonos de personalidades, lo que yo digo es que respeto y abrazo aquello que es bueno y útil, venga de donde viniere pero no de suerte que me preocupe hasta creer como tú crees

que los filósofos del dia son infalibles, y al cabo no mas que por haber hecho dos ó tres descubrimientos.

— Vaya! y que posmas son mis hijos, dijo, el corresponsal; debierais tener ahora mas miramiento á Mr. Le Grand que se ha dignado hacernos el obsequio de comer con nosotros. — Ved ahi, señor, la escena de todos los dias; pero por lo que yo alcanzo conozco que las reflecsiones de mi hija son mucho mas sólidas y juiciosas que las de su hermano. Mr. Le Grand manifestó que habia esperimentado el mas vivo placer en oir á los dos hermanos; añadió que el jóven Benjamin no habia dicho sino la pura verdad en órden á los descubrimientos de la nueva filosofía de que habia hablado, y que sentia infinito que madama Enriqueta no hubiera hecho un estudio profundo de algunas de las obras que habia leido su hermano.

Ufano Benjamin de las alabanzas y aplausos de Mr. Le Grand queria hablar; pero su padre levantó la sesion so pretecsto de que su noble huesped debia descansar para poder despues visitar las curiosidades de la ciudad. Mr. Le Grand mandó á su ayuda de camara que fuera con él, y re-

solvieron entre si que á los dos dias saldrian de Calais.

Capitulo 4º

Coloquio interesante de Benjamin y Mr. Le Grand. — Petit-Jean aconseja à su amo que dejen el camino de Amiens. — Mr. Le Grand manda á Petit-Jean que tome el caballo y haga las funciones de palafrenero.

Mucho deseaba Petit-Jean reunirse con su amo para referirle lo que habia oido decir á los criados de la casa en órden á Benjamin. Asi es que luego que tuvo ocasion le dijo: — Un proverbio enseña, que el que abriga una serpiente en su seno es víctima de su ponzoña. Mal haya el que es ingrato y no sabe reconocer los beneficios de su amo. Digo todo esto, señor, por lo mucho que he oido murmurar á esos bribones de criados. Segun ellos nuestro huesped no ha hecho su fortuna sino con miras interesadas, prescindiendo siempre del honor y de la probidad; y como sea notorio que lo que se adquiere de este modo no es muy duradero, sacan de aqui la

consecuencia que esta casa debe dar un vuelco con la muerte del amo. Suponen que el hijo es un ganapan que no se acompaña mas que con holgazanes y gente perdida en una palabra con lo mas soez de la ciudad. Añaden sus malas lenguas que segun ciertos rumores que circulan los bienes de este comerciante serán confiscados. Ved ahi todo lo que he podido adquirir y me parece que harto es para salir de esta ciudad, y buscar otra donde los habitantes no sean tan ruines, por lo menos hasta que se verifique la regeneracion; y ¡quiera Dios que aun entonces estemos libres de chismes y malas lenguas!

— No te apartas de la verdad en lo que acabas de decir y aun algo mas dirias si hubieras oido lo que el mismo padre me ha confiado con respecto á su hijo. Convengo en salir pasado mañana, pero antes recorreré la ciudad acompañado de Benjamin á quien considero ya iniciado en los secretos de la nueva filosofia, despues emprenderémos nuestro viage y tomarémos el camino que convenga segun lo que aconsejen las circunstancias.

Al dia siguiente el hijo del corresponsal propuso á Mr. Le Grand que fueran á dar u-

na vuelta por la ciudad, este aceptó de muy buena gana la oferta, queriendo aprovechar esta ocasion para esplorar los designios del joven ó mas bien los progresos que habia hecho en la nueva filosofia. Poco habian andado cuando el héroe le preguntó si habia leido las obras que su padre recibiera desde Paris. — No concluí la lectura de todas ellas, respondió Benjamin, sin embargo hemos ya formado una sociedad de muchos de los jovenes de esta ciudad y puesto al corriente de las de Rouseau, Voltaire, Diderot, Maupertuis, Condorcet, y otros. A mas estamos poseidos de un entusiasmo estraordinario por los descubrimientos que estos hombres inmortales han hecho en religion, moral, política y tantas otras materias tratadas por ellos magistralmente. Ellos si que han demostrado con evidencia que nuestros abuelos fueron unos imbeciles. Por lo demas ya os he dicho que celebramos nuestras reuniones en un lugar escondido para que mi padre y muchos otros no puedan sorprendernos. Todos esos viejos son retrogados por esencia, amigos de antigualIas é indociles sino rebeldes á la nueva filosofia aunque supieran que infaliblemente les ha de traer la abundancia y felicidad á

ellos y á todo el género humano. Para esto convendria poner en práctica lo que aconsejan estas obras, empezando por derribar todo lo que ecsiste en gobierno, leyes, religion, moral, costumbres etc. estableciendo en su lugar los dos principios de *libertad* é *igualdad*, la mas amplia y absoluta que pueda caber en el entendimiento humano: esto bastaria para ser libres é iguales, y por una consecuencia forzosa tambien dichosos. Ya veis que no hay cosa mas sencilla ni mas mañera que esta, y con todo mi padre y muchos otros que piensan como él siempre nos están gruñendo, y suponen que es una cosa imposible establecer esta igualdad sin límites y que si por desgracia se lograra acabariamos con llegar á las manos y despedazarnos como las fieras unos á otros sin otra ley ni derecho que el del mas fuerte. Les compadezco en estremo, y siento su ignorancia, porque es un obstáculo que entorpece la marcha y egecucion de nuestros proyectos. No tienen otras miras que conservar sus antiguos usos y costumbres, y se les hace muy cuesta arriba el comprender, y mucho mas consentir que los filosofos del dia hayan de destruir todo lo que ecsiste para llevar á cabo una regeneracion uni-

versal; pero lo peor es que mi padre y esos otros viejos momias han tratado de denunciarnos á la autoridad como revolucionarios y perturbadores del orden público con inminente riesgo de que nos llevaran á la horca. Mi hermana Enriqueta me informó de todos estos manejos é yo como era muy natural dí parte de ellos á mis consocios. Para poder evitar demandas y respuestas que no vinieran al caso, estos se fueron á Amiens, donde han instalado una academia que promete mucho, segun los progresos que hace alli la nueva filosofia. Invitaronme tambien á formar parte de ella, mas como necesite dinero tanto para el viage como para permanecer allí el tiempo que sea menester, y de otra parte previese que mi padre no querria darme un ochavo me resolví á dar un asalto á sus talegos y apoderarme de ellos. Esto servirá de leccion, y hará abrir los ojos á él y á tantos viejos chochos y avaros que no piensan sino en atesorar.

—Mil parabienes os doy, interrumpió Mr. Le Grand, por los grandes progresos que habeis hecho en la filosofia moderna. Lástima es que Enriqueta, vuestra hermanita, á quien no falta talento y medios de

cultivarlo no haya echado tambien mano de estas obras para leerlas y aprovecharse de su lectura. Las mugeres están llamadas á hacer un gran papel en la brillante carrera de las luces por el mucho ascendiente é influjo que egercen sobre todas las acciones de los hombres.

— Ah, señor! Tan imposible es esto como despreocupar á mi padre ó sacarle de la cabeza los errores de que está imbuido. Cuándo será, cuando, el dia en que haremos creer á esos Mathusalenes la dicha que nos aguarda en las selvas, comiendo bellotas debajo robustas y sombrias encinas, andando á gatas y trocando nuestra razon por el instinto de los irracionales? Ya recordaréis que estas son á la letra las palabras de uno de nuestros mejores filosofos modernos; pero sin embargo mi padre será siempre en esto un incredulo Jamás se convencerá de los incalculables beneficios que puede reportar el principio de la igualdad, sobretodo en tratandose de la division y distribucion de sus caudales. Mas bien se dejaria desollar vivo, y si él me escuchara ahora aun trataria de hacerme ahorcar solo por haber enunciado un principio de verdad eterna. Por esto he preferido tomar el me-

jor partido posible, es decir apoderarme de la llave del arca vaciarla del todo y llevar lo que contenia á la academia de Amiens, en donde mis esfuerzos reunidos á los de mis cofrades nos pondrán en estado de emprender la reforma del género humano, que tanta necesidad tiene de ella.

Así es, repuso Mr. Le Grand, hay una necesidad estrema, y hé aquí precisamente en lo que me estoy ocupando, y no quedaré satisfecho hasta que lo haya revuelto todo de arriba á bajo; pero tened cuenta en que este es un secreto que no he confiado á nadie mas que á vos. Sabed amigo, que yo soy el heroe filósofo moderno comisionado por la academia de Paris para hacer por mí mismo la regeneracion del género humano. Soy el que hizo distribuir en todas las provincias las diferentes obras que habeis leido en casa de vuestro padre, y que por sí solas bastarán para hacer un trastorno y revolucion universal. Acabo de salir de Lila, donde he visitado su academia, y ahora me dirijo á Amiens con objeto de presidir la de esta ciudad, y voy en fin á recorrer toda la Francia para acelerar la época en que la regeneracion debe tener lugar. Ya nos verémos en Amiens; sobretodo debeis goberna-

ros con prudencia en el asalto que intentais dár á los talegos de vuestro padre no perdiendo nunca de vista que tanto él como vuestra hermana no han estudiado mas que la antigua y rancia filosofia, y que por consiguiente siempre serán enemigos de la felicidad que yo pienso ofrecerles.

Atónito y sobremanera sorprendido quedó Benjamin de hallarse mano á mano con el heroe filósofo, y mas al oir que queria salir el dia siguiente á la madrugada: — por favor, esclamó, dignaos diferir vuestra partida por dos ó tres dias mas; por lo menos hasta tanto que me haya apropiado del dinero de mi padre, que si esto consigo os prometo por vida mia que predicaré la igualdad por todo el mundo.

— Vos sois demasiado jóven todavia; respondió Mr. Le Grand, y temo que alguna indiscrecion echará á perder vuestros designios. Al salir de la casa natal debeis procurar que nadie conozca la direccion que habeis tomado, cuando llegueis á Amiens ya encontrareis amigos capaces de dirigiros en lo sucesivo.

Mr. Le Grand volvió á casa de su corresponsal, se despidió de toda la familia, y el dia siguiente al amanecer se puso en cami-

no para Amiens pensando de continuo en los medios de hacer una revolucion universal, ya fuera vertiendo mas raudales de sangre que no lleva el Sena en sus aguas al pasar por París, ó ya empleando la persuasion y otros medios suaves de lograr que las cabezas de los franceses se pusieran al nivel de la suya.

Contento con los progresos que hacian las luces en Lila, Calais y Amiens, el heroe llamó á su lado al ayuda de cámara y le dijo: — admirado estoy Petit-Jean, de los rápidos progresos que han hecho las doctrinas de las obras que remití en todas las provincias. Tú has sido testigo del entusiasmo de la juventud de la academia de Lila; la de Calais no le vá en zaga, y la de Amiens ya verás cuanto mas adelantada se encuentra. Te aseguro que si la inconsideracion ó impetuosidad de algunos jóvenes no echan á perder los planes que hemos concebido no tardará la Francia en hallarse en estado que la desconocieran nuestros abuelos. Benjamin, ese jóven de quien acabamos de separarnos hará maravillas, y no dudo que por su audacia llegará á distinguirse entre todos sus colegas. Está ya resuelto á plantear el principio de la igualdad;

y para esto ha determinado apoderarse de los talegos de su padre y distribuirlos entre tantos desdichados que ignoran cuantas y que monedas contiene una talega.

— Ahora caigo en la cuenta, interrumpió Petit-Jean, hé aquí porque los criados decian que esta casa caminaba á pasos agigantados á su ruina. ¡Que será del padre de Mr. Benjamin cuando se halle sin hijo y sin los tesoros que le habrán costado sudores de amontonar? Acaso habrá en estos nuevos libros aprendido tambien el modo de hacer suyo lo ageno sin voluntad de su dueño?

— Oh no! estos libros nada dicen sobre el particular, respondió Mr. Le Grand; pero el despojo del padre debe ser una consecuencia necesaria de su lectura: porque siendo las ideas de justicia é injusticia y de vicio y virtud absolutamente arbitrarias, es necesario que todos seamos iguales en el mundo. Hé aquí este gran principio perfectamente reconocido por aquel rico *labrador* á quien dejamos ocupado en repartir su hacienda con su colono.

— Y si el padre de Benjamin sigue la pista á su hijo, le coge infraganti y acude á la justicia, y la justicia echa mano de nosotros y nos conduce á la cárcel y aun mas

arriba, *quid faciendum* entonces? por lo menos si topáramos con otro Escribano como el de Lila; facil nos seria salir del pantano, pero si en su lugar encontramos un hombre de chapa, que ecsija del anciano algunos talegos mas para hacerle recobrar los perdidos, qué será de nosotros? yo no me doy por seguro. Mejor seria á lo que alcánzo mudar de direccion, y no ir á Amiens para evitar la compañia de esos jóvenes inespertos que harán alguna calaverada, y nos dejarán metidos en el lodazal; y despues ¿quién hará la revolucion?

— A fé mia, replicó Mr. Le Grand, que nada te falta de pacato y cobarde. Si me dejara guiar de tí siempre iria el mundo siguiendo su curso y sin adelantar un solo paso. Pero amigo en esto se empeña mi honor. Amiens es una ciudad rica y populosa, y conviene ilustrarla con las luces del siglo.

— Hay allí mucha industria?

— Solo las fábricas de paño dán trabajo á mas de treinta mil personas.

— Y estos trabajadores han leido tambien los libros que habeis remitido en aquella ciudad?

— No por cierto, todas estas fábricas fueron creadas durante el régimen de la filo-

sofia antigua, pero la moderna habrá hecho en ellas nuevas mejoras y descubrimientos.

--Eran entonces los paños de mejor calidad?

— No hay duda.

— Ahora me acuerdo, añadió el criado del heroe, haber leido en uno de los libros de vuestro difunto padre que los españoles estaban en esto muy adelantados en el siglo diez y seis.

—Ya que hablas de los españoles, repuso Mr. Le Grand, conviene que sepas como se apoderaron de Amiens, cuya ciudad ocuparon por muchos años. Fernando Tello, Gobernador de Dullens tomó esta plaza en nombre del Rey de España en el año 1537, del modo siguiente: algunos soldados españoles disfrazados de paisanos conducian una carreta de sacos de nueces: así que llegaron á las puertas de la ciudad dejaron caer algunos, y al instante acudieron á recoger las nueces los soldados del cuerpo de guardia. Entonces salieron los españoles que estaban emboscados, y aprovechándose de esta circunstancia se apoderaron de la ciudad; pero algun tiempo despues fué reconquistada por Enrique IV, é hizo construir una ciudadela.

— En esta historia echo de ver, querido amo, la diferencia que hay entre las dos filosofias: los españoles esparramando las nueces obraban segun la nueva, y los soldados que estaban de guarnicion en la ciudad echándose sobre ellas se gobernaron por la antigua, infiero yo de esto que los españoles estaban tan adelantados entonces como lo estan en el dia. Ahora me acuerdo haber leido no sé donde que esta nacion era en aquella época muy superior á las restantes de Europa en ciencias, artes, comercio, industria y hasta le son deudores las demas del descubrimiento del nuevo mundo, á mi me parece que si la nueva filosofia pudiera descubrir otro mundo semejante no habria necesidad de aporrearnos en daca la regeneracion en este que vivimos; pero no se hizo Zamora en una hora, quien sabe lo que sucederá andando los tiempos! Mirad sino lo que eran los caldeos, los egipcios, los griegos y los romanos ó mejor diré lo que era el mundo en cada una de estas diferentes épocas. Todas estas revoluciones y mudanzas han tenido lugar sin la intervencion de ningun regenerador y sin el socorro ni ayuda de juntas, ni academias, ni remesas de libros en

las provincias. El tiempo fué el único reformador, y todo induce á pensar que lo mismo sucederá en el dia, y asi no tenemos para que esponernos á que la justicia nos eche la garra. Vos dispondreis como querais, pero si hubierais de seguir mi consejo, ya que el padre de Benjamin no se halla en disposicion de repartir sus tesoros y que todos aquellos que tienen que perder son de la misma opinion; les dejara gozar con tranquilad y sosiego de sus riquezas hasta que con el tiempo, que es el regulador de todas las cosas se haga por si mismo ese reparto y division de la propiedad. Asi evitarémos demandas y respuestas, y las gentes no tendrán que echarnos en.....

Iba Petit-Jean á proseguir, pero le interrumpió su amo, y con tono colérico le dijo: —¡Va de mi! ingrato, villano! en otro tiempo te fastidiaba la calma con que yo trataba de hacer la regeneracion; ¡no querias tu predicar ó mas bien convertir á tuerto ó á derecho á todo el mundo, no querias empezar la regeneracion en Paris y despreocupar á sus habitantes? Vete de mi presencia: no es digno que me acompañe el que pone obstáculos al cumplimiento de la comision que me ha dado la academia, y

quiere privarme de la gloria de ser el reformador y regenerador universal. Ve y ocupa el lugar de Jaime que mejor me estaré yo con el sobrino de Condorcet que no contigo. Se ha visto una persona mas imbecil que me aconseje dejar al mundo que siga como hasta aqui y espere que el tiempo haga por sí mismo la reforma? Tentado estoy de hacer en tí tal estrago que sirva de leccion y escarmiento á los pusilanimes y cobardes que quieran imitarte.

El criado que jamás habia visto á su amo con tanto enojo subió en el caballo de Jaime no sin derramar algunas lágrimas, y el palafrenero se fué á ocupar el lugar de Petit-Jean cerca del héroe. Luego que Mr. Le Grand advirtió que el sobrino de Condorcet estaba á su lado tuvo lugar el coloquio que verá el curioso lector en el capítulo siguiente:

Capítulo 5.º

Mr. Le Grand esplica á Jaime los principios de la nueva filosofía. — Proyecto del heroe de hacerse alas para volar. — Coloquio de Petit-Jean con Jaime sobre la filosofía moderna. — Llega Mr.

Le Grand á la academia de Amiens: — Escelentes disposiciones de estos academicos.

— Ya sabrás, querido Jaime, por el tiempo que ha que me sirves, quien soy yo, cual es mi profesion, mis títulos y la comision que me ha dado la academia. Tampoco debes ignorar que la nueva filosofia, de la que puedes gloriarte por haber sido Mr. Condorcet una de sus principales antorchas ha hecho grandes progresos. Ella es la que ha abierto un nuevo camino y dado distinta direccion á todo lo que se ha visto y conocido hasta el dia. En una palabra ha inventado principios, y medios, y deducido consecuencias que enseñan á los hombres lo que jamás supieron ni soñaron y les hará disfrutar lo que les pareciera que á ninguna costa podian conseguir; nada menos que á vivir en la tierra como en un paraiso y lugar de delicias. Solo faltaba para llegar á esa suprema dicha, un heroe que supiera prepararla y establecerla mediante un órden nuevo, sólido y desconocido de la antiguedad. La academia reconoció en mí el estudio inmenso y profundo en esto que llaman filosofia moderna, reconoció tam-

bien mi disposicion y los deseos que me animan de que mi nombre pase al través de los siglos y llegue hasta las últimas generaciones. Esto es lo que me ha hecho emplear grandes cantidades de dinero de los millones que me han tocado de la sucesion de mi padre y teniendolo tambien en consideracion la academia se dignó condecorarme con el grado de *heroe político, filosófo moderno y regenerador de todo el género humano.* Esta respetable sociedad sabe ya que para esparcir las nuevas luces por todo el reino he desembolsado mas de cuatro millones de francos; cuya suma se ha empleado en hacer provision de libros los cuales esplican los puntos fundamentales de la nueva filosofia; y á fin de generalizar los principios que contienen, he procurado distribuirlos por todas las provincias; por último he tratado de trastornar las ideas de todos los hombres, y hacer que crean en que las nuevas luces muy en breve van á mudar la haz de la tierra, y convertir lo que hasta aquí ha sido un valle de lágrimas en un celestial paraiso.

Pensaba que ese ayuda de cámara que por desgracia llevo en mi compañía habia calado mi pensamiento tanto por lo que

me ha oido decir como por las lecciones que podia haber recibido en la academia de Paris, y asi es que le hablaba de todos mis planes cuyos principios ha visto adoptados en las academias de Lila y de Calais, y muy luego lo serán en Amiens á donde nos dirigimos. Si esto marcha como hasta aqui ya verás querido Jaime como en breve hacemos maravillas en punto á regeneracion, porque mi objeto es poner en menosprecio y total olvido todo lo que se sabe en el dia con respecto á religion, gobierno, moral, leyes, usos y otras cosas. Todo esto podrá presentar dificultad al que no esté iniciado todavia en las nuevas doctrinas, pero por poco que se medite en ello se echa de ver que es la cosa mas facil y trivial del mundo, porque planteando una libertad y una igualdad sin límites se tiene un manantial perenne de felicidad y ventura. En calidad de sobrino de Mr. Condorcet creo que no ignorais todas esas doctrinas, esto es lo que ha escitado en mi deseo el de tomaros en mi servicio; sin embargo no quisiera tampoco desprenderme de ese pobre y amilanado Petit-Jean. Al principio hacia muy del fanfarron, todo lo queria acometer y desafiar; y hé aqui que ahora no piensa ni sueña mas que

en justicia, azotes, galeras, y esto sin que haya corrido todavia su persona el menor riesgo. Mira que forma de hombre he tomado en tan arduas y dificiles empresas. Por lo menos tu no eres como Petit-Jean, quiero decir, tan chico de cuerpo y alma como ese para-poco y mentecato. Por cierto que lo acerté en no llevarle conmigo en los grandes viages marítimos que hice cuando regeneré á los habitantes acuáticos, porque que es lo que hubiera hecho ese ganapan? Tú por lo menos eres de otro temple.

— Os hago saber querido amo, interrumpió Jaime, que por debajo las aguas no os hubiera sido yo de mas provecho que Petit-Jean, porque el agua me es un elemento muy contrario. Tomadme á mi para ir por tierra firme y al aire libre, asi es como puedo valer y serviros en algo. — Bien, bien! no me disgusta esto, replicó Mr. Le Grand, por tierra es por donde ahora debemos obrar porque los reinos acuáticos ya han quedado del todo corrientes y arreglados. — Y es verdad que los habitantes de debajo las aguas quedaron contentos y muy ufanos de verse iguales entre sí? — Al principio no tanto, porque los mayores tenian la mala y villana costumbre de co-

merse á los menores, esto para ellos era como una prerogativa que creian competerles de tiempo inmemorial, y de la cual nadie podia despojarles; pero yo les demostré los inconvenientes graves de ella, les hice leer una proclama y un codigo legal que llevaba ya formado algun tiempo habia y todo se puso en armonia y buen órden bajo las nuevas leyes, á que se sometieron. — Y visteis los efectos saludables de estas nuevas leyes, es decir, el fin de aquellas sangrientas guerras en que los unos se devoraban á los otros? — No; no tuve tiempo, repuso Mr. Le Grand. Los reinos que yo debia recorrer eran pobladisimos y los habia de mucha estension, y de consiguiente no pude detenerme en ellos mas que el tiempo necesario para establecer en cada uno la forma de gobierno analoga al caracter de sus habitantes. — Admirado estoy, señor, de vuestros vastos conocimientos y gran saber, porque no habiendo jamás vivido en aquellos paises acuáticos, supisteis darles lo que habian menester sus habitantes segun su naturaleza y caracter. — Admirado debieras estar de mi saber si lo hubiera adquirido en los antiguos libros, pero al contrario, mediante

el estudio profundo de la nueva filosofia, he hecho en esto tantos progresos que me creo capaz de hacer la regeneracion del género humano no mas que estableciendo academias donde se enseñe la nueva filosofia. Porque en consiguiendo esto los mismos discípulos la propagarán por todo el reino. Asi es, que ante todo me propongo recorrer todos los diferentes puntos en donde se han instalado academias para darles la mejor direccion que sea posible. Cuando tomé el camino de Amiens era con intencion, de presidir la reunion de los filósofos de aquella ciudad, y hé aqui que ese indolente Petit-Jean me aconseja mudar de direccion, abandonar mi empresa y con su espantajo de justicia, de carceles y galeras dejar de...
— Mal haya el miedo de Petit-Jean dijo Jaime, que diantre os hará la justicia, ni que miedo debeis tener de ella no habiendolo tenido y salido libre del rodoballo, y de los delfines y ballenas. Toma! Vos que habeis dado leyes á los habitantes de los mares tendriais miedo á un alguacil? Las armas del escribano son las plumas, é yo os miro capaz de serviros de sus plumas para haceros alas, y volar y dominar á los aires del mismo modo que os sumer-

gisteis y llegasteis á dominar las aguas.

— No pienses querido Jaime, que muchas veces no se me haya encajado ese proyecto en la cabeza. En este caso no me serviria de globos sino de alas hechas con resorte que pudiera yo manejar á mi voluntad y elevarme sobre unas doscientas toesas para ir despues á mi antojo. — Tambien ocurrió á mi tio este pensamiento, dijo el palafrenero. — Un dia me acuerdo que le ví muy placentero por haber inventado otra cosa que decia era necesaria para volar. — Y no sabes que cosa era esta? — Perdonad, señor: yo creo que era una cola de la que se servia á manera de timon ó gobernalle. — Ah querido Jaime! mas obligado debo quedarte por este descubrimiento que me has indicado que si me hubieras facilitado la posesion de todas las minas del Potosí. Todos los dias estaba viendo las colas de los pájaros sin hacer caso de ellas: Ahora si que estoy cierto de salir con mi empresa, poco costará levantarme por los aires con alguna pieza de artilleria y buena provision de metralla, y á ver entonces quien se atreve á oponerse al heroe filósofo moderno. Dejame solo por espacio de un cuarto de hora. Quiero sazonar

este descubrimiento en mi cabeza porque en teniendo alas y cola debo pensar como me acurrucaré y encorbaré las piernas como hacen las aves cuando vuelan por los aires.

Jaime fué á juntarse con Petit-Jean y le dijo: — Mucho os compadezco, hermano, porque siendo asi que sabeis que nuestro amo es loco de atar no haceis mas que contradecirle. A los locos es menester, ó traerles la mano por el cerro ó atarles; siempre que se vén contrariados se desesperan mas y aumentan su furor. Despues de tanto tiempo y de haberle oido contar tantos disparates sobre la regeneracion de los peces, al paso que no permaneció mas que cinco minutos tendido en la playa, no le conoceis todavia? — Es que vos no sabeis, respondió Petit-Jean, el tema que ha tomado y el compromiso del cual le he librado casi por una especie de milagro. Sabed, amigo, que le pusieron preso en la cárcel de Lila por haber allí presidido una academia; con todos los trabajos del mundo alcanzé su libertad, y ved ahi que ahora ha salido de nuevo en que se quiere ir á Amiens para presidir otra academia tan buena, dice él, y mejor que la de Lila. — Y como le sacas-

teis de tan mal paso? preguntó Jaime. — Escurriendo algunas monedas á los empleados de justicia, ó mas breve, dándoles algunos centenares de luises. — Y faltarán á nuestro amo luises en Amiens si fueren menester? Oh! no: en cuanto á dinero está muy provisto de él tanto en Amiens, como en otros departamentos, y hasta en muchas ciudades de fuera del reino. — Si es así dejadle que se hunda aunque sea en los profundos abismos del infierno, porque me parece que no pueden dejar de ser los diablos amigos del dinero. La dificultad que yo encuentro ahora es de seguirle á la luna á donde se quiere elevar.

— Pretende quizá ahora nuestro amo regenerar los habitantes de este planeta, antes de empezar por los de acá abajo? — Sois interrumpió Condorcet, tambien del número de los que creen que la luna está habitada? Lo creo, respondió el criado, del mismo modo que creo en los habitantes de Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. — Y en los del sol? — De estos no se halla mi amo muy seguro puesto que la nueva doctrina no ha podido analizar todavia la materia del sol, pero pronto vá á someterse á la accion de algunos reactivos

químicos. — Los filósofos, preguntó Jaime, subirán para hacer sus esperimentos hasta el mismo sol, ó harán que éste baje hasta nosotros?

— No lo sé: sin embargo mi amo dice, que el descubrimiento tendrá lugar este mismo año. — Y vos, tambien nos regalareis algun descubrimiento sin duda, despues de las lecciones que habeis recibido en la academia de Paris? — No me enseñaron mas, respondió Petit-Jean, que el modo de reformar el género humano. A este efecto hemos tratado mi amo y yo de predicar por todas partes la filosofia moderna; segun sus doctrinas para ser dichoso conviene mudar la religion, la moral, el gobierno y algunas otras cosas y dar por el pie con todo cuanto hicieron nuestros abuelos; sin embargo son escusables por no haber podido estudiar los libros de los filósofos modernos.

— Y si mudais el gobierno actual, que pondreis en su lugar?

— El amo dice que para vivir como en un paraiso conviene establecer la república.

— Y que haremos entonces del Rey y de la familia real?

— No sabia yo que para establecer una república fuera necesario sacar de por me-

dio al Rey y á la familia real.

—Con que ignorais vos lo que es una república? esclamó el palafrenero muy colérico. No sabeis que es un poder de muchos en contraposicion á la monarquia que es gobierno de uno solo, y sin embargo quereis reemplazar el gobierno actual por otro, cuyas consecuencias no conoceis? Bajad de mi caballo, tomad el vuestro é idos con el amo que es loco rematado y sereis dos. Por lo que á mi toca no quiero cuidar mas que de mis caballos y con tal que me paguen los cien doblones anuales de la contrata me rio de lo demas. No tardó Jaime un instante en poner en ejecucion lo que habia resuelto. Envió al ayuda de cámara á su amo que iba delante, y luego que este llegó á Mr. Le Grand le dijo con voz desmayada: —Sabeis, querido amo que Jaime no me quiere en su compañia porque ignoro que en las repúblicas no puede haber reyes? — El sobrino de Condorcet tiene mucha razon, respondió el héroe: bestia que tu eres, no sabes que en un gobierno republicano hay tantos pareceres como cabezas? — Si es así, interrumpió el criado todavia habrá mas de un rey ó mas bien serán tantos cuantas fueren las cabezas. —

Sin duda, esclamó Mr. Le Grand; en esta forma de gobierno todos tienen derecho de egercer la soberania, y no hay cosa mejor.
— Pues no me lo parece á mi, porque siempre he oido decir que nadie se puede averiguar en una casa en la que todos mandan, y en prueba de esto, yo conocí una familia en la que el padre, la madre y el heredero todos daban órdenes á los criados, y les aconteció mas de una vez el dejar de ser obedecidos por no saber á quien de ellos dar la preferencia; de modo que un dia entre otros les hicieron ayunar sin embargo de que no era cuaresma.

— Dejemos esto para otra ocasion, y no me interrumpas en mis proyectos. Yo te prometo que si salgo bien de ellos llegarémos á sojuzgar el mundo entero. — Si nos hacemos dueños de todo el mundo respondió Petit-Jean, la regeneracion se hará como queramos? — No hay en ello la menor duda, respondió Mr. Le Grand; y se hará sin que sea necesario escribir, ni predicar, porque todo el mundo deberá someterse por fuerza á mi voluntad. Y harto somos los dos para someter á todos los reinos é imperios de la tierra.

— Al diantre, esclamó Petit-Jean! cada

dia me hallo mas sorprendido de lo mucho que sabeis. Pero, como lo harémos para reunir y desplegar tanto poder? Escucha, la única dificultad que encuentro es hacerme unas alas con resortes como las tablillas de las persianas y de las cuales pueda servirme para elevarme sobre los aires. Si yo puedo poseerlas ya te las facilitaré ó cuidaré que hagan unas para tí. Entonces no tendremos mas que levantarnos bien provistos de pólvora y metralla é intimar la rendicion á todo el género humano, habiéndonos antes colocado en un punto desde donde podremos ofender sin ser ofendidos; ya vés que de este modo será muy fácil hacer la conquista del mundo entero. — Esto me place, porque cuanto mas altos nos hallemos mejor podremos manejar nuestras alas, como sucede á las aves de rapiña, al paso que á las palomas y perdices les cuesta harto trabajo sostenerse.

— Esto es, repuso Mr. Le Grand, á causa de que las aves que tu dices tienen las alas muy cortas, y no pueden estenderse sobre una coluna de aire capaz de sostenerlas; nosotros las harémos de un cuarto de legua cada una, mira entonces quien habrá que pueda volar mas alto. En esto se ocu-

paron amo y criado hasta que llegaron en Amiens. Asi que Mr. Le Grand entró en el cuarto que le habian destinado envió un recado á Mr. Basinier su corresponsal, y le preguntó si habia recibido la remesa de libros que se le dirigió desde París. El comerciante respondió que á escepcion de una media docena que se habia reservado, todos los demas se hallaban ya en manos de los jóvenes de la ciudad los cuales se habian entusiasmado tanto, que tenian una academia donde sus doctrinas se discutian con calor, y en la que se trataba nada menos que de hacer una revolucion general, empezando por la religion, pasando en seguida al gobierno y á las leyes, y en una palabra revolver el estado actual de cosas para substituirle con un género de vida absolutamente desconocido de nuestros mayores.

—Y donde se ha instalado esta academia? preguntó el heroe. Basinier respondió que los que estaban iniciados en ella no podian revelar el lugar. — Y si yo quisiera inscribirme? — Os conduciré á él. — Sois pues afiliado? — Si señor; ocho dias despues de la muerte de mi padre que aceció á mediados del mes pasado me inscribí en esta asociacion inimitable, y cada dia

me hallo mas contento y ufano de las bellas cosas que en ella se enseñan. No habrá aun tres semanas que me inscribí, y sin embargo me envanezco tanto que me parece que ya tengo á todo el mundo en poco.

—No me espanta eso, repuso Mr. Le Grand, porque todo el mundo es ignorante, y no sabe mas que las antiguallas de nuestros predecesores. A lo menos ya que no saben, hubieran estudiado los libros que yo remití á vuestro padre, pero ni verles quieren. Rutinarios!.... — Como verles, dijo Mr. Basinier, mi padre sin haber visto mas que los rótulos no quiso retenerlos en casa. Esto fué lo que picó mi curiosidad, tomé algunos y ahora estoy contentísimo de haberlo hecho. Pero lo que me parece es que debierais tasar estos libros á un precio muy subido. Me acuerdo que mi padre nunca abrió cuenta sobre estos libros, y que todos los despachó gratis. — Estas eran mis órdenes, repuso Mr. Le Grand; porque mi objeto no era otro que el de esparcir las luces por todo el reino. Ahora voy viajando para ecsaminar los progresos que hacen estas doctrinas en las academias subalternas que se han creado en diferentes puntos de Francia, despues que en la principal y cen-

tral de París he obtenido el grado de heroe político y filósofo moderno. — Por lo que veo seréis vos á no dudar el visitador que esperábamos hace muchos dias, y cuya venida nos anunció el presidente. — El mismo soy en efecto; yo suplico que deis parte de mi llegada á la academia y de los deseos que me animan de presidir en ella lo mas pronto que sea posible. — Pues bien, volveré á media noche para conduciros allá, dijo Mr. Basinier, y con esto se despidió del heroe.

A la hora convenida el corresponsal de Amiens fué á ver al heroe que ya le estaba esperando con impaciencia, llevando las insignias de su grado debajo del brazo para entrar en la academia con toda pompa y solemnidad. Con efecto todos los asociados formaron en dos filas paraque pasase Mr. Le Grand por en medio de ellas, y el presidente anunció que aquella ilustre corporacion tendria el honor de poseer en su seno en aquella misma sesion á Mr. Le Grand condecorado por la academia de París con el grado de heroe político, filósofo moderno y regenerador del género humano; en seguida cedió la silla de la presidencia á Mr. Le Grand, rogándole que se dignara

ecsaminar sus progresos, y con sus estudios y talentos procurase darles la mejor direccion.

El heroe no respondió á esta arenga sino meneando la cabeza con mucha dignidad: Toda la asamblea mantuvo un silencio profundo, el cual no fué interrumpido sino por Mr. Le Grand con su discurso que empezó así: — Bien sabeis, mis amados colegas, que el mundo en que vivimos está muy mal dirigido por falta y crasa ignorancia de los gobernantes que ha habido en él desde Adan hasta nuestros dias. Nadie ha sabido hasta aqui trazar el camino que conduce á la verdadera dicha, y solo estaba reservado al genio de los filósofos modernos el enseñarlo. Estos han venido á traernos las luces que deben obrar como por milagro la transformacion del género humano, aprovechémonos de ellas, y á este efecto hagamos circular los libros en que se hallan consignadas las sublimes doctrinas de la nueva filosofia, y de los cuales remití una porcion considerable á esta ciudad.

Veo con satisfaccion que los jovenes que me rodean y tengo el honor de presidir se han entregado con el mayor celo y eficacia á estos estudios. Permitid, amigos mios

que os manifieste las ventajas en la organizacion y otras buenas disposiciones que tienen todos aquellos que por inclinacion han tomado parte en los trabajos de la nueva filosofia. No debo desdeñarme de oir los dictámenes de todos los que han profesado estos principios, y por consiguiente os otorgo á todos la palabra paraque esponga cada uno de vosotros lo que mejor le pareciere.

Pidió la palabra un jóven de diez y seis años y dijo: —Si debemos hacer progresos con la lectura de los libros que nos ha remitido Mr. Le Grand, es necesario decidirnos para una revolucion, de otro modo nada adelantarémos. Nuestros gobernantes instruidos en la vieja y rancia filosofia, no dejarán circular los libros que nosotros pretendemos para difundir la nuestra y asi lo mejor es derribar á esos hombres del poder y reemplazarles por los que sean de nuestra misma profecion á fin de que puedan consolidar nuestras doctrinas.

—Aprobado, respondió Mr. Le Grand; y luego concedió la palabra á otro socio que se habia levantado para pedirla. Este se esplicó asi:— En la hipotesis del preopinante no hay duda que es necesario hacer una revolucion, y aun añadiré que conviene an-

—Observo, señores, no sin bastante sorpresa, exclamó Mr. Le Grand, que ninguno de vosotros ha hecho eleccion de la plaza de general de infanteria ó caballeria, y ved ahí precisamente por donde debemos empezar si queremos hacer la revolucion, y repartirnos despues todos los empleos. El héroe queria proseguir, pero la voz stentorea de otro socio le hizo guardar silenció diciendo: —Vivis equivocado Mr. Le Grand si creeis que alguno de nosotros ha venido aqui para aprender el arte de morir matando. A otro perro con ese hueso; á nosotros lo que interesa es ponernos de atalaya, hasta que en la terrible lucha que amenaza venza de los dos partidos el que haya derramado mas sangre y cebado mejor en la matanza; despues ya saldrémos para gobernar á los vencidos.

El presidente tomó la palabra y dijo: —Conozco, señores que habeis hecho rapidos progresos, y que todos estais animados de le firmeza y audacia necesarias. No hay que desmayar, porque con estas prendas es imposible que deje de lograrse lo que tanto apetecémos. Por ahora suspendamos la sesion para proseguirla mañana, y continuar los trabajos pendientes. Levantóse en efecto

y los socios se retiraron cada uno á su casa.

CAPITULO 6º

El prefecto de Amiens entra de sorpresa en la academia. — Curioso coloquio entre los academicos delante del prefecto. — Discurre este con Mr. Le Grand sobre la nueva filosofia. — Prudente determinacion del prefecto con respecto á los socios y su presidente.

Al dia siguiente por la noche, y poco mas ó menos á la misma hora que en la anterior el héroe filósofo abrió la sesion é inmediatamente pidieron la palabra á la vez siete socios. El presidente no sabia á quien concederla primero, pero los gritos y el ruido se aumentaban. El uno decia: yo soy quien la pedí primero. Mentís, respondia el otro; y sin duda llegaran á las manos si Mr. Le Grand no hubiera agitado con fuerza la campanilla, y dicho con una voz de trueno: — Orden y silencio señores! A mi es á quien toca decidir vuestras diferencias y diciendo y haciendo sacó de la faltriquera siete palillos de dientes, los metió en su

mano derecha procurando que no salierán mas que los cabos, y ordenó que cada uno de los siete oradores sacase uno con la condicion de que seria concedida la palabra á aquel que sacare el mas largo, y que los demas seguirian por el mismo orden.

Esta idea mereció la aprobacion de todos, quienes llamaban al heroe el mas sabio de los filosofos; y el orador á quien favoreció la suerte habló en los terminos siguientes: — He advertido, señores, que hasta aqui no se ha pensado mas que en revolucionar la Francia. Nuestras doctrinas son sin embargo aplicables á todo el mundo, y no sé porqué motivo no podemos tratar de hacer igualmente la revolucion en Rusia, Alemània, Turquia y otras muchas partes. A mi parecer es muy conveniente que se dé á uno de nosotros la comision de ir á revolucionar los demas paises introduciendo en ellos libros de la nueva filosofia. Si me lo permitis yo me encargaré de introducirlos y de atizar el fuego de la revolucion en Polonia, porque tengo alli parientes que hacen su comercio con los judios, y estoy persuadido que son tanto y mas revolucionarios que nosotros.

El orador á quien por suerte cupo des-

pues la palabra dijo á la asamblea: — Acabo de recibir cartas de mis amigos de Itália, y dicen que están sobremanera ansiosos de repartirse entre sí algunos de los estados pontificios. Si esta ilustre academia quiere nombrarme su comisionado en Itália, yo haré que mi buen desempeño no le dé lugar el arrepentimiento.

Iba á hablar el tercer orador cuando llegó el centinela de la academia para advertir que la casa estaba rodeada de gente armada, y que el prefecto de la ciudad habia penetrado ya hasta el salon de los pasi-perdidos. Todos los socios querian escapar, pero no pudieron, porque al instante se presentó el magistrado en medio de la asamblea. Saludóle cortésmente Mr. Le Grand, á lo que correspondió el magistrado, y volviendose á los filosofos, dijo: —no temais, señores, y no intenteis escapar, porque os seria imposible, y agravariais vuestra posicion: ocupe cada uno su asiento y no tenga la menor inquietud, porque yo tambien he estudiado la filosofia moderna.

Oyendo esto Mr. Le Grand, se levantó y dijo:—Siendo asi, os toca de derecho la presidencia como magistrado y como filosofo moderno: y en efecto pasó luego á ocupar

el lugar del presidente. Despues á fin de inspirar confianza invitó á los socios que continuarán en sus deliberaciones, puesto que él habia hecho tambien un estudio profundo de las obras de los filosofos modernos, tales eran las de *Voltaire*, *Rousseau*, *Maupertuis*, *Machiavelo*, *Delisle*, *La Mettrie* y otros.

El héroe que oyó que el prefecto acotaba todas las obras que él habia leido: — Amigos somos, esclamó, con la mayor alegria; y esperimento el mas vivo placer en tratar con quien puede comprenderme; ya que sois de nuestra comunidad podremos andar de acuerdo en adoptar los medios que sean mas oportunos para la reforma y regeneracion del género humano. Esto nos ocupaba cuando vos entrasteis y puedo aseguraros que hay aqui academicos de un mérito distinguido.

— No lo dudo, respondió el prefecto; y asi espero que proseguirá su discurso el orador que tiene concedida la palabra.

Entonces el que deseaba se le confiriese el cargo de sublevar la Polónia se levantó, y dijo: — Señor prefecto, estaba diciendo que lo mejor era hacer la revolucion primero en Francia, despues en Europa, lue-

go en América, en seguida en Asia y por último en Africa.

—Muy bien, replicó el prefecto, necesario es que los africanos sean los últimos porque están muy atrasados, y seria dificil averiguarse con ellos. Y como pensais revolucionar á estas diferentes partes del mundo?

—Es la cosa mas fácil. No hay mas que hacer circular nuestras obras y en llegando que lleguen á manos de la juventud, ya vereis cuanto camino habrémos andado para conseguir lo demas.

—Que quiere decir lo demas? preguntó el prefecto.

—Ya se entiende: hacer una revolucion, derribar el gobierno constituido, remover y acabar con las autoridades que no han leido mas que la filosofia antigua, filosofia contraria á la naturaleza en punto á religion, politica, moral, leyes y costumbres.

El prefecto se volvió entonces á Mr. Le Grand, y le preguntó si tenia algo que añadir al discurso del orador. El héroe se incorporó en su asiento y respondió: —Aunque dije que hay aqui algunos jovenes de mérito, ya podeis suponer que no son mas que alumnos en comparacion á los hombres de nuestra edad y esperiencia. Por esto qui-

siera yo, señor prefecto, que los dos discurrieramos las medidas mas eficaces para la regeneracion del genero humano, dejando la egecucion para estos jovenes y tantos otros que hay en todo el Reyno iniciados en los secretos de la nueva filosofia.

—Y que medidas pensais vos adoptar para la regeneracion universal, preguntó el prefecto á Mr. Le Grand.

—Mucho hay que decir sobre esto. En primer lugar la filosofia moderna ha simplificado el arte de gobernar á los hombres y hacerles dichosos, fundándolo sobre principios infalibles, tales son la *libertad*, *la igualdad*, *la prosperidad*, *la seguridad* y otros... Un gobierno establecido sobre estas bases hará indefectiblemente la regeneracion que intentamos.

—Y como pensais establecer este nuevo gobierno ¿sin contar con el que ecsiste?

—Por supuesto: por medio de una revolucion y aboliendo la monarquia.

—Y que gobierno deberá substituir á la monarquia que tantos siglos há que rige á la Francia?

—Ocioso es decirlo: la república! —Como os llamais, preguntó el prefecto al que le habia cedido el lugar de la presidencia

— Me llamo Mr. Le Grand, héroe filósofo moderno, encargado por la academia de Paris de hacer la regeneracion universal. — Bien! Mr. Le Grand. Siendo así, discutamos los dos esas doctrinas; y los señores que nos contemplan podrán aprovecharse mejor y penetrarse mas facilmente de ellas. En seguida empezó el dialogo que sigue:

El Prefecto. Habeis leido y meditado la historia universal?

Mr. Le Grand. Habeis leido todos los autores que citasteis hace pocos instantes?

El Prefecto. He leido muchos mas de los que he citado; pero cuando se quiere cambiar la forma de gobierno en un pais, es necesario conocer su historia y estudiar el caracter de la nacion que se quiere regenerar. Si obrais de otro modo os esponeis á escoger para la Francia una forma de gobierno que no se avenga con sus intereses y costumbres.

Mr. Le Grand. Como podrémos gozar bajo un gobierno monárquico de la libertad que gozaron los griegos durante la república?

Prefecto. Ya que recurrís á los tiempos antiguos, preguntad á la historia, y ella os dirá si los Macedonios fueron mas libres de-

bajo la monarquia que no los griegos con su república.

Mr. Le Grand. En hora buena, pero que diréis de la república romana?

Prefecto. Diré ó mas bien dirá la historia que nunca los romanos sufrieron mayores vejaciones que en tiempo de la república, pues que tuvieron que padecer hambre, cárcel y hasta la muerte por sus inmensas deudas. Los senadores y patricios monopolizaron los granos, causando por su codicia una suma escasez y miseria en el pueblo; hasta tanto que este oprimido por los nobles se sublevó y acordó el nombramiento de tribunos ó protectores para la defensa de sus derechos. Durante la república fué cuando el pueblo tomó la determinacion de abandonar la ciudad y retirarse en el monte sagrado, y esta mudanza de monarquía en república costó la vida á Bruto que habia sido el autor de tan gran trastorno. Este pereció á manos del hijo de Tarquino el último de sus reyes, y quedaron los dos atravesados en el campo de batalla. Once mil trescientos Veyenses tomaron el partido de los Tarquinos, pero todos perdieron la vida, y perecieron otros tantos romanos á escepcion de uno que fué el que decidió la

victoria por parte de la república. Estas son las consecuencias de toda mudanza de gobierno, despues de haberse derramado la sangre á torrentes nos quedamos como de antes y todavia peor. Pero dejemos la historia y comparemos las ventajas de la monarquia con las de la república.

Mr. Le Grand. Hé aquí lo que deseo, porque me parece que ignorais lo que es una república.

Prefecto. Ya sé que la república es gobierno de muchos en oposicion á la monarquia, donde es uno solo el que gobierna.

Mr. Le Grand. Y preferís ser gobernado por un solo hombre á dos ó trescientos que puedan discutir todas las cuestiones relativas al gobierno?

Prefecto. Si la autoridad suprema debe residir en estos dos ó trescientos hombres sin duda que prefiero que no resida mas que en uno solo y que todos los demas sean consejeros del soberano.

Mr. Le Grand. Y que ventajas ofrece la monarquia comparadas con las de una república?

Prefecto. Muchas, y de la mayor utilidad para la prosperidad de los pueblos. Desde luego vemos que hay en la monar-

quia un solo centro de poder, lo que sirve para mantener la union entre los ciudadanos, dar á todos los resortes de la máquina política el movimiento universal que es la vida del cuerpo social y político; y á las leyes la fuerza de la magestad necesaria para ser respetadas. El Monarca obra como soberano, como legislador, y como á poder egecutivo de las leyes. Se halla armado con la fuerza militar, y asi puede con la mayor facilidad obviar todas las injusticias y alborotos populares y mantener la tranquilidad pública. El secreto en los consejos, la actividad en las medidas y la prontitud en la ejecucion son las cualidades que distinguen al gobierno monárquico, y dificilmente se hallarán en las formas mistas y menos en las aristocráticas y populares.

Mr. Le Grand. Y que os parece de tres ó cuatrocientos soberanos que se ocupan sin descanso en proyectos de ley, empresas útiles, trabajos de estadística y de todo lo que hay de mas útil y provechoso para una nacion?

Prefecto. Me parece que si todo esto es util mejor es confiarlo al cuidado del soberano. Ninguno está mas interesado que él en el bienestar de sus súbditos. Estos espe-

rimentarán la mayor complacencia al ver que todo se realiza con imparcialidad y sin que las divisiones de los partidos atenten contra el gobierno y aun contra el reino, como sucede en los gobiernos populares.

Mr. Le Grand. Nada de esto he leido en mis libros; al contrario afirman que un gobierno fundado sobre la libertad, la igualdad, la seguridad y otros principios produce una tal felicidad que el mundo se transforma en un paraiso.

Prefecto. Hubo un tiempo que lo mismo pensaba yo, pero en el dia me hallo desengañado: porque, que es la libertad sino la facultad de hacer todo lo que no sea contrario á las leyes divinas y humanas? Asi es como se ha entendido siempre en todos tiempos y por todas partes. Si nos apartamos de esto no tendremos libertad sino licencia.

Mr. Le Grand. Conozco que habeis olvidado las doctrinas de mis libros, si en realidad los habeis leido. Segun lo que acabais de decir de la libertad estoy por creer que tambien habeis formado mal concepto de la igualdad, suponiendo que tampoco ecsiste ó que verdaderamente no somos iguales.

Prefecto. Todos convienen en que la igualdad no consiste en otra cosa que en serlo delante la ley, y siendo asi, se halla establecida en todas partes, porque es evidente que no se establecerán leyes que prohiban á los unos el hurto y lo permitan á otros. Yo no sé como nos quieren alucinar con estas palabras; no seais niño Mr. Le Grand, vos habeis cumplido ya los veinte y cinco años. Los estravios pueden perdonarse á la juventud, pero en vuestra edad ya no tienen escusa. Yo he sido jóven como todos los demas que me escuchan, y caí tambien en el lazo; porque estas ideas lisonjearon por algun tiempo mi imaginacion; pero la lectura de la historia y el estudio reflecsivo de las pasiones del hombre me han hecho pensar de otra manera: sonrojémonos pues de dar á estos jóvenes un egemplo tan criminal como inperdonable. Es una temeridad querer trastornar el gobierno y las leyes porque no puede tener lugar sin una revolucion y gran efusion de sangre; y no podeis dejar de conocer como yo mismo que siendo el objeto de la sociedad el vivir dichosos seria opuesto á ella llevar una vida peor que la que llevan las bestias fieras en medio de las selvas.

Mr. Le Grand. Perdonad, señor, que os diga que el hombre ha degenerado con la civilizacion y que no puede recobrar su primitiva perfectibilidad sino *andando á gatas, alimentándose de bellotas, y trocando su razon por el instinto de los irracionales.* Esta es la opinion de un gran filósofo moderno; y asi me parece que no hay paraque os escandaliceis si os digo que mediante la revolucion lograrémos volver á nuestro primitivo estado.

Prefecto. No ignoro que este filósofo es Juan Jacobo Rousseau, quien como muchos otros ha proferido y mezclado luminosas sentencias con grandes desvarios ó mas bien las verdades con los errores. Es lástima que estos no se hayan corregido porque se hubiera evitado á estos jóvenes estravios muy peligrosos. Entre los que me escuchan hay uno que ha cometido faltas muy graves, y que en pena mereciera remar en galeras; no obstante yo no le condenaria á tanto por la consideracion de que cuanto antes se desviará del mal camino que sigue, y me dará palabra de conducirse en lo sucesivo como hombre honrado.

Mr. Le Grand. Ya sabeis que entre los doce apóstoles se halló un Judas. Si el aca-

démico de quien acabais de hablar no cumple con su deber ó no se enmienda, yo trataré de castigarle.

Prefecto. Mal castigará á los demas quien merece ser castigado. Hé aqui el caso en que vos os hallais. ¿Todavia proseguís en leer los delirios que están consignados en los libros de la filosofia moderna?

Mr. Le Grand. Es decir que quisierais persuadirme que los Diderots, los La Metries, los Maupertuis se han engañado miserablemente, y que yo debo renunciar al proyecto de regenerar el género humano. No; no puedo dejar al mundo en el atraso que en el dia se halla, ni abjurar mi profesion de filósofo moderno: creo señor prefecto que habeis empleado en divertiros vanamente el tiempo que debierais emplear en estos estudios.

Prefecto. Como osais condecorar con el nombre de filosofia todos estos delirios, y arrastrar á tantos jóvenes al precipicio y á la ruina de sus familias? Que filosofia es la que aconseja la destruccion del género humano? La ciencia que lleva este nombre no tiene otro objeto que la dicha de nuestra especie. Vós quereis mudar nuestro gobierno y nuestras leyes y abolir la monar-

quía que ha elevado á la Francia al grado de esplendor y de gloria que en el dia se encuentra? Habrá sido malogrado el tiempo que he empleado en querer persuadiros amigablemente que abjuraseis vuestras locas empresas? Ahora bien sabed, que yo soy un magistrado encargado de mantener el órden público en la ciudad de Amiens, y que no será de consiguiente turbado impunemente por facciosos, ni anarquistas; yo os lo aseguro y empeño en ello mi palabra. No ignoro que vos sois un gran revolucionario, que habeis esparcido libros inmorales y subversivos para sumergir á la Francia en una anarquía completa, pero entended tambien que la casa está circuida y que vos y vuestros cómplices iréis á dormir en la carcel, y que.....

En este instante fué interrumpido el prefecto por un académico que dijo: — Yo no estoy inscrito todavia en esta academia. Esta es la primera vez que me encuentro aqui y solo por ceder á las instancias del compañero que está á mi lado derecho. Este me persuadió que si estuviera inscrito en ella me seria facil lograr un buen destino, y que arrastraria coche antes de un año. Soy hijo único, y de consi-

guiente quisiera evitar á mis padres la pena de verme encarcelado. Os suplico señor juez, que no les hagais pasar por una afrenta que les hiciera perecer sin remedio é yo ya propongo abandonar esta sociedad atendidas las sólidas razones que habeis manifestado.

Prefecto. Si persistís en vuestros delirios; ¡ved cuantos jóvenes arrastrais á su ruina! Pero conozco á uno que se llama Benjamin, á quien aguarda su padre en mi misma morada donde espero yo que volverá los talegos que le ha hurtado, y despues irá en un calabozo. Donde está ese Benjamin?

— Es el que se halla al cabo de aquel banco respondió uno de los socios. — Acercaos aqui Benjamin, y no temais. No quieró saber mas que donde está el dinero que hurtasteis á vuestro padre, y prometo hacer que os perdonen si me dais cuenta de él.

— Señor, respondió Benjamin, temblando de pies á cabeza, está en las arcas del tesoro de la academia. — Ola! con que tiene ya la academia tesoro y tesorero; ¿ y donde está? — El tesorero es Mr. Rafle, el que ocupa el tercer asiento despues del pre-

sidente. — ¿Es verdad que habeis recibido el dinero de Benjamin? — Si. — Está bien, dijo el prefecto. Despues añadió: mi deber, ya veis Mr. Le Grand qne seria de haceros probar á todos el cáñamo, pero prefiero tomarlo como una fanfarronada y boberia de jóvenes inspirada por la perniciosa lectura de los malos libros, de los cuáles esperimenté yo mismo en otra época su funesta influencia. Quiero por la primera vez ser con vos menos un juez severo que un padre indulgente que perdona las faltas cuando reconoce un arrepentimiento sincero en sus hijos. Una de dos: O va á entrar la gente armada para conducitos á todos á la carcel donde esperaréis el condigno castigo, ó me daréis palabra de abjurar vuestras doctrinas y renunciar al trastorno y revolucion del estado. Si adoptais este último partido, cada uno será libre de volver á su casa; y Mr. Le Grand saldrá de la ciudad en el termino de veinte y cuatro horas prestando antes juramento de no volver á ella. Que decis á esto Mr. Le Grand?

Mr. Le Grand. Yo haré lo que resuelva la asamblea á pluralidad de votos. Luego procedieron al escrutinio, y resultó adoptado por unanimidad la última parte del

dictamen propuesta por el prefecto. Este disolvió la asamblea y se llevó á Benjamin y al tesorero: El comerciante de Calais aguardaba en casa del prefecto el resultado de aquel negocio, y viendo entrar á su hijo sin esposas, ni ataduras esclamó: — Es posible, señor prefecto que dejeis libre á ese gran bribon! — Perdonad, padre mio, dijo Benjamin, arrojándose á sus pies: perdonadme por esta vez que yo ya procuraré nunca mas ofenderos estando como estoy desengañado de la inmoralidad y malas doctrinas de los libros que en hora menguada leí para mi daño. El señor prefecto es quien me ha hecho reconocer mis errores y os prometo que si llega á mis manos en adelante alguno de estos libros le pondré desde luego en las vuestras ó le arrojaré al fuego.

— Donde están mis talegos bribonazo, dijo el padre con la mayor indignacion? — El señor tesorero que aqui veis, respondió volviéndose á Mr. Rafle, podrá entregároslos. Ni un maravedí ha salido todavia de ellos. Entonces Mr. Rafle confirmó la relacion del jóven y el padre se tranquilizó: — Solo á este precio puedo perdonar tu mala accion. — Vaya, repuso el prefecto

no os olvideis de vuestra mocedad, y así sereis mas indulgente. Ya teneis los talegos en vuestro poder y este es el mejor resultado que podiais esperar de vuestras diligencias, en lo venidero no os olvideis que el dinero está espuesto á mil contingencias. Y vos señor tesorero idos inmediatamente á buscar todo el dinero de vuestra caja porque no será estraño que otros jóvenes de la sociedad hayan depositado en ella su dinero à imitacion de Benjamin. — Así es señor; respondió Mr. Rafle, mis libros están en regla y afortunadamente no se habia votado todavia la inversion de los fondos.

Todo se hizo á tenor de las órdenes que habia dado el prefecto. El comerciante se llevó á Calais á su hijo con los escudos que habia hurtado y Mr. Rafle depositó todo el dinero en casa del prefecto; este mandó reunir á todos los socios y en seguida devolvió á sus padres todas las cantidades que les habian hurtado. Todavia os conserva en Amiens el recuerdo de tan noble conducta, y la memoria del prefecto continua en recibir las bendiciones de los naturales de aquella ciudad. No se estableció en ella ninguna sociedad que pudiera hacer sombra ni dar que temer al gobierno.

Este magistrado preferia prevenir los delitos á la dura necesidad de castigar á los delincuentes, y la prudencia guiaba todas sus precauciones. Durante su administracion reinó en Amiens la mayor tranquilidad.

Capitulo 7º

Mr. Le Grand refiere á Petit-Jean lo que le sucedió con el prefecto de Amiens.— Entra el heroe y su criado en la academia de bellas letras de Rouen. — Coloquio entre uno de los empleados y Mr. Le Grand sobre el permiso para leer libros prohibidos. — Los tres viageros llegan á Orleans. — Relacion que hace Mr. Le Grand de las hazañas de Alejandro el Grande á vista de la estatua de Juana de Arc.

Apenas llegó Mr. Le Grand á la fonda cuando preguntó por su criado, y le mandó disponerlo todo para salir el dia siguiente al amanecer. — Y por que tan presto? respondió Petit-Jean. Por lo menos debieramos estar aqui ocho dias para poder recorrer la ciudad de Amiens. — Déjate

de observaciones, repuso el heroe muy colérico y repito que marcharémos mañana muy de madrugada.

En efecto á la hora determinada se pusieron en camino. Mr. Le Grand se dejó guiar por su caballo el cual tomó la direccion de Rouen, tanto le habia incomodado y distraido la escena que tuvo lugar en Amiens: Acordóse en el camino que Rouen era la silla de un Arzobispado cuyo prelado tenia el título de primado de la Normandia; que habia un parlamento desde el año 1515, un consejo de cuentas, una casa de moneda, colegio, academia de bellas letras, dos abadias, un castillo y muchas iglesias. Mr. Le Grand deseaba ecsaminar la famosa campana llamada *Jorge de Amboise* reputada por una de las mayores del mundo, y al efecto pensó detenerse alli dos dias. Estaba triste y pensativo sin hablar con su criado, ni con el sobrino de Condorcet. Luego que llegaron al primer lugar se fué á una posada para descansar un poco: inmediatamente ordenó á Petit-Jean que le trajera la maleta donde tenia sus libros favoritos. — ¿Como es esto señor? Quereis divertiros en leer sin haber tomado alimento desde que salimos de Amiens? Ante to-

do conviene que comamos y despues podreis leer á vuestro sabor. — Sabes, Petit-Jean, que en Amiens han querido persuadirme que mis estudios no son mas que delirios y mi filosofia un tejido de necedades? Vengan á mi desde luego las obras de Diderot, de Maupertuis, de Dumarsais, de La Mettrie y algunos otros, que yo quiero revisarlos, y conocer si el prefecto de Amiens los ha estudiado mejor que yo.

— Por qué motivo y en donde habeis visto á ese prefecto?

— Ah! Si tu hubieras visto la brillante reunion de aquellos académicos! Yo no puedo pensar en ella sin afligirme. ¡ Que ardor y entusiasmo, que audacia se descubria en aquellos jóvenes! Creerás que habian ya resuelto nada menos que esparcirse por la Polonia, Italia y América para propagar la nueva doctrina?

— Pero que tiene esto que ver con el prefecto, esclamó Petit-Jean; yo deseara saber lo que os ha sucedido con él y los motivos de nuestra marcha precipitada.

Entonces Mr. Le Grand contó á su criado del modo que el prefecto se introdujo en la asamblea, como la casa estaba circuida de gente armada, y como el prefecto se

habia dado á conocer con el título de filósofo moderno al paso que estaba muy distante de comprender como él y los demas académicos las doctrinas de la filosofia moderna, y que en fin habia llegado hasta llamar sueños y delirios las proposiciones de los nuevos filósofos. Yo no hubiera cedido, respondió el heroe, pero como nos amenazó con la horca ¿que habiamos de hacer? fué necesario rendirnos á su voluntad; pero lo peor fué que me impuso la obligacion de salir de Amiens dentro veinte y cuatro horas. ¿Que te parece de esto Petit-Jean?

Me parece, respondió el criado, que este Prefecto masca á dos carrillos, es decir, que ha cursado las dos filosofias, la antigua y la nueva; en consideracion á la última os habrá dejado libre; si se hubiera gobernado no mas que por la primera mal año como no hiciera que todos lo pasarais mal. En que berenguenal os habeis metido, no os lo predije yo al salir de Calais cuando hablamos de Benjamin y de sus cofrades?

Ahora que hablas de Benjamin, dijo Mr. Le Grand, sabe que su padre le esperaba en casa del prefecto, probablemente para

recobrar sus talegos, los cuales en esta hora habrá ya recibido porque el prefecto me ha parecido hombre de bien y de talento; pero sin duda habrá entendido mal nuestros autores; y he aquí porque quiero volver á leerlos, temiendo que el daño no esté de mi parte en no haberlos comprehendido bien.

—A cuatro ó cinco leguas de Amiens quereis deteneros para leer? Qué disparate! Ved ahi el mejor medio de ser alcanzados por los agentes del prefecto. No nos detengamos mas que el tiempo necesario para tomar algun alimento, y credmé como me llamo Juan, que lo que importa es despachar presto y arrear. No os fieis de hombres que han estudiado las dos filosofias, bien librados salimos todavia de este lance no habiendo tenido que pagar nuestro tributo al escribano; partamos, y aprovechaos de mi consejo por ahora que yo despues ya seguiré el vuestro. Hizolo asi el heroe y el dia siguiente por la tarde hicieron su entrada en Rouen, y se alojaron en la mejor posada de la ciudad.

Despues de haber descansado toda la noche, Mr. Le Grand salió al amanecer con su criado con direccion á la academia de

bellas letras para procurarse algunos libros de la nueva filosofia. Pidió al bibliotecario las obras de La Mettrie, de Dumarsais y otros, y se las iban á presentar cuando él llamó á parte á su criado y le dijo: — Mira tú como se encuentran aquí todas las obras de los filósofos modernos y el majadero del prefecto de Amiens queria persuadirme que estaban llenas de delirios. — Ah! querido amo, respondió Petit-Jean, no os aparteis de mi consejo todavia, que nos entreguen tres ó cuatro vólumenes de estas obras, las ecsaminarémos y echarémos de ver con una ojeada si están impresas como las de la academia subterranea, ó si se ha tocado ó cercenado de ellas alguna cosa que haya disgustado al prefecto de Amiens. — Tienes razon, repuso Mr. Le Grand, porque siendo asi no tendria nada de estraño que las franquearan.

Acercóse el heroe á uno de los empleados y le dijo que deseaba leer cinco volúmenes de las obras mas famosas que hubiera en religion y política. — Luego voy, respondió el empleado, con tal que me enseñeis el permiso del gobierno para leerlos. Ignoraba que fuese necesario este requisito, repuso Mr. Le Grand. — Lo siento señor,

pero así es: las doctrinas de estos autores ya sabreis que no son para todos. Siendo como somos desiguales en nuestros pensamientos, discursos y maneras de ver las cosas sucede que algunas veces nos conformamos y atinamos con la verdad en lo que pensamos, al paso que otras veces caemos en el error: las obras que vos pedís requieren mucha sensatez y buen juicio por parte del lector, de otra manera correria peligro de perder el seso y aun de causar grandes turbaciones al estado, y por esto el gobierno ha determinado justamente y con mucha sabiduria que la lectura de estos libros no fuera permitida mas que á las personas conocidas ya por su religion y moralidad. No quiero decir por esto que echeis de menos estas prendas, sino que os será facil valeros de los agentes del gobierno para conseguir el permiso, y entonces será para mi un deber poner en vuestras manos los libros que pedís.

Petit-Jean hizo una seña á su amo y se despidieron del empleado de la academia. Este leal criado dió á entender á Mr. Le Grand que era arriesgado detenerse en Rouen, porque el Prefecto de Amiens podia haber advertido al de Rouen que vigilara

sobre la conducta del heroe é impedirles presidir otra academia como aquella en que se decidió insurreccionar la Polonia y la Italia, y añadió que no habia remedio para ellos si tenian la desgracia de caer en manos de un juez que no supiera mas que la filosofia antigua. Petit-Jean terminó su discurso aconsejando á su amo que tomaran desde luego las de villadiego sin detenerse para ecsaminar cosa alguna mas de la ciudad ni aun para ver los bageles que llegaban por la embocadura del Sena, y alejarse cuarenta ó cincuenta leguas hasta que el prefecto de las dos filosofias hubiera perdido el recuerdo de sus dos ilustres personas.

Mr. Le Grand siguió el consejo de su criado pareciéndole que todavia sonaban en sus oidos las palabras del bibliotecario de Rouen, y dejando la corriente del Sena, se encaminaron los tres viajeros por la ribera derecha del Loira y al cabo de cuatro dias llegaron á Orleans. El heroe habló á sus criados de la catedral de esta ciudad que es una de las mas suntuosas del reino, y donde cuentan á Jesucristo como su primer canónigo. Por este motivo está destinada al altar mayor doble porcion. Refirió los famosos concilios que se habian celebrado en

Orleans llamados Aurelianenses de los cuales se encuentran tres en la antigua coleccion española. Al dia siguiente el heroe recorrió la ciudad acompañado de Petit-Jean, y se detuvieron delante la estatua de Juana de Arc llamada vulgarmente la doncella de Orleans. Esplicó á su criado como habian sitiado esta ciudad los ingleses y los muchos prodigios de valor que hizo aquella heroina para salvar á su pais, lo que le mereció tal gratitud y reconocimiento de sus compatriotas que llegaron á inmortalizarla levantando en su honor y memoria aquella estatua.

—Y no os viene á las mientes de derribar y hacer pedazos esta estatua del mismo modo que pensabais hacerlo en París con la de Luis el Grande? preguntó Petit-Jean. —Hay una gran diferencia entre un heroe y una heroina, respondió el amo, y mas si es doncella. Los heroes mas famosos han sido por lo comun grandes criminales como por egemplo Alejandro el Grande. Este cuando tomó por asalto la ciudad de Tebas hizo vender en pública subasta á los que pudieron escapar de la muerte y prohibió que dieran hospitalidad á los fugitivos. Persiguió tambien con el mayor furor al famoso

y elocuente Demóstenes, quien se vió precisado á tomar un veneno para escapar de tan terrible persecucion; y despues del paso de Granica redujo á polvo la ciudad de Halicarnaso defendida por los persas. Saliendo de la batalla de Iso en la que quedó dueño dijo por mera vanidad y jactancia: vamos á refrescarnos en los baños de Dario; y cuando recorria los edificios y magnificos aposentos de su rival vencido, esclamaba: *Este si que podia llamarse Rey*. Otro tanto sino mas reprehensible fué en la visita que hizo al templo de Júpiter-Ammon. Espuso su egército á perecer en los páramos del desierto para ufanarse y tener la vanidad de ser llamado hijo del Dios que adoraban allí, y hasta llegó al estremo de ecsigir de la austeridad de los macedones la adoracion que le tributaban los persas vencidos. Clito, soldado que le habia salvado con su cuerpo de un inminente peligro, estando en la mesa del rey, se llenó de indignacion porque querian levantar á este monarca sobre Castor y Polux y aun á mas alto grado que al mismo Hércules. Manifestolo así y escitó tanto con esto la cólera de Alejandro que mandó arrestarle, y no queriendo obedecer, se apoderó como un

frenético de la espada de uno de sus guardias y atravesó con ella el cuerpo de Clito, que cayó muerto á sus pies. Hé aquí los actos heróicos de este hombre que desde la Macedonia pasó el Mediterráneo, llegó á Egipto, traspasó la Lybia, costeó el mar rojo y el golfo pérsico, penetró en la India, atacó á los Scitas y recorrió el mar Caspio y el lago de Meotis. Hé aquí el hombre que rindió tantas ciudades, ganó tantas batallas y desafió la intemperie de los climas y sufriendo el hambre y todas las fatigas militares asi cómo el dolor de sus heridas se vió siempre á la cabeza de un egército tan aguerrido é intrépido como él mismo. Él fué el único heroe que en el espacio de diez años formó el mayor imperio del mundo.

—Pero señor, dijo Petit-Jean, hariais pedazos una estatua de Alejandro asi como quisisteis hacerlo en París con la de Luis el Grande? —Por cierto, respondió el heroe: porque no puedo consentir que se inmortalicen los verdugos de la humanidad. Y ¿con que derecho Alejandro el Grande se hizo dueño de tantos reinos? qué agravios habia recibido de tantas víctimas sacrificadas á su ambicion? cuantos huérfanos no hizo, cuantos padres no quedaron sin el consuelo de

sus hijos, y cuantas mugeres sin el apoyo de sus maridos! que llanto y qué desolacion no ha esperimentado el mundo únicamente porque un hombre ha sabido formarse un egército aguerrido y acometer á tuerto ó á derecho á todo el género humano sin mas ley que la de la fuerza. De este modo el leon como el mas fuerte deberia despedazar á todos los demas animales. Esto que sucediera antes de entrar el hombre en sociedad, vaya! porque entonces era peor que los brutos y vivia sin otra ley ni regla que la del mas fuerte, apoderándose de todo lo que queria y podia; pero amaneció un dia en que echó de ver que este genero de vida era salvage y bárbaro, y determinó reunirse en sociedad con los demas. En seguida se formó una especie de convencion para equilibrar las fuerzas y someterse á las leyes, cuya justicia mediante han llegado ahora á ser todos iguales. Muy bien puedes conocer é inferir de aqui que Alejandro y sus imitadores no han seguido el camino de la justicia, y que injustamente se les ha dado el título de heroes, y erigido estatuas en honor á su memoria. Repito que no consentiré en esto aunque deba sacrificar á la regeneracion todos mis bienes y hasta mi vida.

— Por lo que mira á los bienes me parece que muy adelantado está el negocio, respondió Petit-Jean; pero desearia saber si despues de hecha la regeneracion habrá guerra todavia, ó si el hombre llegará entonces á conocer á Dios, y amarle sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo? — Muchas veces te he dicho, repuso el heroe, que despues de la regeneracion no habrá penas, ni padecimientos, y que el mundo se convertirá en un paraiso luego qué se haya establecido un gobierno sobre los principios de liberiad é igualdad que transformarán á los hombres en ángeles. -- Pero os vuelvo á decir, querido amo, que esto no podrá hacerse sin una revolucion, y entonces ya tendrémos muchos huérfanos y viudas, y llanto y desgracias, y estrago por todas partes como en tiempo de Alejandro el Grande. Lo peor es que estas ideas de matanza os repugnan y no entran en vuestros principios. — Tu eres un imbecil, dijo Mr. Le Grand, y muy menguado de memoria. Cuando hice la regeneracion por debajo las aguas qué víctimas hubo ni que estragos? sin embargo yo llevé á cabo mi objeto de establecer todos los nuevos gobiernos que enseña la filosofia moderna; en tér-

minos que ahora están gozando aquellos habitantes de los mismos beneficios anecsos á la regeneracion; siendo igualmente libres y libremente iguales. — Si otro tanto pudierais conseguir sobre la tierra, dijo Petit-Jean, la regeneracion se haria sin efusion de sangre. — ¿Y cuántos años crees tú que he empleado en regenerar á los habitantes de las aguas? — Años! interrumpió el criado con viveza. Que decís? Ni dias, ni horas empleasteis en ello, porque no estuvisteis mas que unos cinco minutos debajo las olas. — Oh! esto es bueno para dicho, tu mudaste el color cuando me viste entrar en el mar. — Puede ser muy bien, querido amo, y aun que perdiera el conocimiento; pero Jaime que estaba en su acuerdo y muy dispierto puede confirmaros lo que os acabo de decir. — Basta de disputas, dijo Mr. Le Grand, porque á mi no me gustan; y mejor harás en confesar que tambien dormias en las sesiones á que asistimos en la academia de París. Hé aquí porque nosotros nunca podrémos entendernos por mas que hablemos.

Volviendo á la fonda amo y criado entraron en la calle algunos estudiantes, lo que movió á Petit-Jean á ir á la Universidad para ver si se les facilitarian algunos

libros de los que habia pedido en la biblioteca de Rouen. Mr. Le Grand dijo que tenia la misma intencion, pero que queria aguardar al dia siguiente porque á la sazon iba en derechura á la posada para reparar sus debilitadas fuerzas.

Capitulo 8º

Discusiones filosóficas entre Mr. Le Grand y los estudiantes de Orleans. = Aventuras de Petit-Jean.

Al dia siguiente el heroe y su criado fueron á la Universidad, y al instante se vieron rodeados de una multitud de Estudiantes, que preguntaban entre sí de donde podian haber salido aquellos forasteros de los cuales el uno era tan grande y el otro tan pequeño que no parecian sino á S. Jaime y la calabaza. Uno de aquellos jóvenes que era bastante descarado se puso junto á Petit-Jean y le preguntó como se llamaba su compañero; el criado respondió, Mr. Le Grand, *heroe político, filósofo moderno, regenerador del género humano etc.* El interlocutor se retiró y acordándose de la burla que hicieron á D. Quijote cuando fué á Barcelona, escri-

bló esto en un papel que sujetó con un alfiler en el frac de Mr. Le Grand sin que este lo advirtiera. Continuaron los dos caballeros Le Grand y Petit recorriendo las galerias de la Universidad rodeados de mas de cincuenta estudiantes. Los que iban mas atrás no cesaban de gritar: Mr. Le Grand! heroe político, filósofo moderno, regenerador de todo el género humano etc. ect.; de modo que el heroe y su criado estaban atónitos de ver que la fama de Mr. Le Grand hubiera penetrado dentro de la Universidad de Orleans. La franqueza de aquellos jóvenes dió lugar á Mr. Le Grand de preguntarles que era lo que se enseñaba en la primera cátedra. — Aquí, respondió uno de ellos mostrando un gran salon á la izquierda, se enseña la forma del silogismo. — No entiendo esto dijo Mr. Le Grand. — Esta es una ciencia por medio de la cual os probaré que llevais hastas en la frente; porque *aquel que lleva hastas es un animal, es asi que el hombre es animal; luego el hombre lleva hastas: vos sois hombre, luego llevais hastas.* El heroe pasó la mano por la frente y respondió: — Esto puede ser; pero yo no me apercibo de ellas. — No importa replicó el estudiante, con tal que os lo prue-

be con silogismos, quedará sentado como principio que vos llevais hastas. Acercóse á Mr. Le Grand otro estudiante y le dijo: — Vos á lo que parece sois filósofo, y lo que es mas filósofo moderno. Ahora bien, yo quiero probaros que sois un asno: *el asno es un animal, es así que el hombre es un animal, luego vos que sois hombre y animal sois un asno.* El heroe respondió con bastante indignacion: — *Es así que vos tambien sois hombre y animal; luego tambien sois un asno.* — Es así; dijo el estudiante pero en el mismo caso se hallan todos los demas hombres que siendo animales pueden ser considerados como asnos. — En buen hora repuso Mr. Le Grand; pero esto tendrá lugar únicamente con aquellos que no han estudiado mas que la filosofia antigua.

Desde allí se fueron á otra cátedra en donde oyeron á algunos estudiantes que alzaban el grito como si fueran energúmenos. El heroe preguntó si habia allí alguna riña, pero le respondieron que aquella griteria procedia de una cuestion problemática que se habia agitado. — Y que es esto, repuso Mr. Le Grand? — Es una especie de argumento por medio del cual se prueba que lo

blanco es negro, y lo negro blanco. Ahora disputan que estamos en mitad de la noche y ya veis que tenemos al sol encima de nuestras cabezas. — Y todo esto se aprende con la forma silogística? preguntó Mr. Le Grand. — Sí por cierto, respondió el estudiante, y muchas otras cosas todavia mas estraordinarias. — No me gusta vuestra filosofia, repuso el heroe, porque huele á antigualla. Si fuera como la lógica de los modernos otras consecuencias se sacarian mas ecsactas y mas ciertas. — Y como se maneja la lógica moderna ó que reglas sigue, dijo el estudiante? — Las mismas reglas que las matemáticas y ciencias de cálculo, respondió Mr. Le Grand: es por egemplo como si digéramos que la línea recta siendo mas corta que la curva, vá mas presto que no esta á un punto dado. — Ah! ah!..... dijo el estudiante, tambien se enseña aquí, y en seguida condujo al heroe á otro salon, donde presenció la disputa de otros dos de los cuales el uno defendia que dos líneas pueden aprocsimarse sucesivamente sin llegar á unirse. Y lo apoyaba en que al formar un ángulo podian contarse, y de este modo continuar prolongándolas sin tocarse hasta lo infinito.

El heroe no quedó satisfecho de semejantes argucias: acompañáronle á ver otro estudiante que pretendia y sustentaba haber hallado una cosa que no tenia principio ni fin. — Esto es un disparate esclamó Mr. Le Grand, porque no hay otro que Dios de quien pueda decirse esto con verdad. — Atended Señor replicó el matemático, es cierto que no puede atribuirse sino á Dios la cualidad de no haber tenido principio ni fin. No pudiendo alcanzar esto el espíritu del hombre, nada tiene de estraño que le sea dificil penetrarse de la esencia de la divinidad; pero si los hombres podian encontrar en la naturaleza una cosa ideal que no tuviera principio ni fin, no es verdad que entonces probarian más facilmente la posibilidad de la ecsistencia de Dios sin principio ni fin? — Y donde está en la naturaleza una cosa ideal ó material que no tenga principio ni fin replicó Mr. Le Grand? — Esto se encuentra respondió el estudiante en la unidad para todo el que esté iniciado en las matemáticas: la unidad siendo una cosa arbitraria puede tomarse donde quiera, ya sea subiendo por docenas, centenas, millares, y hasta el infinito, ó ya sea bajando desde la misma unidad

por docenas, centenas y millares tambien hasta el infinito: porque donde quiera y de cualquier modo que se tome no se la encontrará jamas principio ni fin. — No me acordaba de esto, aunque ya sé que los matemáticos fueron los inventores de aquella arte maravillosa que representa todas las cantidades imaginables con solo nueve guarismos y un cero, mediante la sencilla operacion de hacerles mudar de lugar. Pero lo que deseara saber es si enseñan en esta Universidad la teoria de la transmigracion, tal como la enseñaba el antiguo filósofo Pitagoras ó segun las doctrinas y principios del moderno filósofo Diderot. Ninguno de los dos se sigue aquí respondieron los dos estudiantes, porque está demostrado que ambos anduvieron equivocados en este punto. La transmigracion no ecsiste, y ès un error creer que ningun hombre se haya transformado despues de muerto en perro ó gato ú otro animal cualquiera. De este error facilmente podreis conocer el orígen; en la naturaleza los seres no hacen mas que descomponerse, ninguno de ellos se pierde, anonada ó aniquila; y asi es que nosotros la vemos reproducirse siempre en todos los reinos animal, vegetal y mineral. El cuer-

po del hombre despues de muerto, asi como el de los demas animales, y hasta las plantas vuelven en el seno de la tierra, es decir, que volvemos á ser lo que fuimos antes de nacer; ó mas bien volvemos á la nada de donde salimos. Los desechos ó desperdicios de los cuerpos ó mejor diré sus elementos, sirven para procrear otros de nuevo, pero el hombre que dejó de ecsistir no vuelve ya, y lo mismo sucede con los arboles y demas animales. En su estado de putrefaccion se engendran insectos; mas esto nada tiene de comun con su padre, de quien apenas hay ya memoria, ó con el ser que dejó de ecsistir. Todo lo que yo digo lo sé de mi catedrático que es muy sabio; y está en la opinion de que merecirán ser encerrados en una casa de locos todos los que tienen la contraria.

Admirado por demás quedó Mr. Le Grand de lo que sabian y adelantaban los estudiantes de aquella Universidad y tanto que no se atrevió á ir en busca de los catedráticos segun habia propuesto; antes bien fué á ver donde estaba Petit-Jean para volverse á la fonda; pero le informaron que habia salido con algunos estudiantes de los cuales se hizo conocido disputando

con ellos sobre la filosofia. Volviose entonces solo á la fonda, y el primero que encontré fué Jaime á quien preguntó noticias de Petit-Jean. El palafrenero respondió que no habia llegado; sin embargo como aun no era medio dia, no causó esto ninguna inquietud al heroe, pero viendo al anochecer que su criado no habia parecido embió en su busca á muchos criados de la fonda cuyas pesquizas fueron del todo inutiles puesto que ninguna noticia pudieron adquirir de él. El dia siguiente al amanecer se presentó Petit-Jean en su alojamiento. El héroe se disponia para darle una buena fraterna; pero cuando le vió que venia todo estropeado se contentó en decirle: — Y que significa esto Petit-Jean? Que quiere decir tanto desorden despues de veinte y cuatro horas de ausencia? — Nada es querido amo: ya os lo contaré en el camino. Vos os visteis obligado á salir de Amiens y yo de Orleans, y antes no llueven sobre nosotros nuevas tempestades salgamos de aqui y abandonemos está maldita ciudad. Levantaos! levantaos pronto digo y pongámonos en camino.

No dió lugar Mr. Le Grand á que le repitieran lo que acababa de oir, y á las ocho

de la mañana salieron los tres viageros y tomaron la derrota de Tours. Petit-Jean volvia algunas veces la cabeza para ver si les seguia algun satelite enemigo suyo. Jaime que lo advirtió dijo con mucha sorna: — A lo que parece dejais en Orleans alguna cosa que os interesa mucho; no importa, si quereis volver allá ya irémos despacio para daros el tiempo necesario de hacer lo que os cumpla y poder despues alcanzarnos. — Dejémonos de pullas, Jaime, y andemos á prisa porque todavia no nos hallamos á salvo. — El miedo abulta mucho los objetos, amigo Petit-Jean: aseguraos de que nuestros caballos han comido bien y que en caso de necesidad podríamos sacar de ellos buen partido. Cobró ánimo Petit-Jean con el buen continente de Jaime: — Vamos esclamó Mr. Le Grand volviéndose á Petit-Jean que ya veo que eres un cobarde; tu me has hecho salir de Rouen y Orleans para escapar de peligros imaginados que no habrán ecsistido mas que en tu cabeza. A fe que si seguimos como hasta aqui mucho me temo que no tendrá lugar la regeneracion. Pero cuentanos lo que te ha sucedido en todo este tiempo.

— Ya que ese buen Jaime, dijo Petit-

Jean, me obliga á ello voy á referiros lo que esos malditos estudiantes hicieron de mí cuando me apartaron de vuestra compañia. Desde luego me rodearon una docena y media de aquellos condenados quienes al principio me parecian unos ángeles. Me dieron golpes, llamáronme su cofrade y me preguntaron donde habia hecho mis estudios. Respondiles que mis estudios se limitaban á las visitas que habia hecho en diferentes bibliotecas de Paris donde habia aprendido algunas cosas relativas á la nueva filosofia. Entonces me interrumpió uno de ellos que pretendia haber frecuentado tambien las bibliotecas de Paris y hasta la academia. Me dió algunas señas para confirmacion de lo que alli hacian y recitó de memoria aquella leccion de Maupertuis que dice: «*una cierta dosis de opio mezclada con otros ingredientes infunde el espíritu de prediccion y nos conduce al mundo pithio, sibilitico y profético.*» Quise hacer ver al estudiante prosiguió Petit-Jean que no me iba en zaga y me apresuré á citarle el siguiente texto de Telliamed: «*El hombre era un pez que saliendo del mar perdió todos los atributos de animal acuático y con el transcurso del tiempo*

ha llegado al punto que vemos en el dia.»

— Perfectamente! interrumpió Mr. Le Grand. Lastima que yo no estuviera allí que le hubiera citado el texto de Delisle de Sales donde dice: «*que con el transcurso del tiempo hemos pasado por los anillos de una gran cadena, y sido primero piedras, y despues vejetales y cuadrúpedos; que la naturaleza ha criado al hombre mediante la mezcla de diferentes especies, y sobre todo por el coito del Orang-otang;* en fin que *el hombre,* que es el rey del universo *está unido con los demas seres de los cuales á sn vez los unos son atrahidos por los otros.*» — Esta leccion dijo Petit-Jean era para mi demasiado larga; pero no importa, porque ya le envidé la de otro filósofo que pretende: «*que seria inutil y aun injusto obligar á un hombre á abrazar la virtud si con ella habia de ser desgraciado y que al contrario debe amar al vicio si con él se halla dichoso.*» — Y sabia el estudiante estas doctrinas preguntó Mr. Le Grand? — Por lo menos respondió el criado, parece que no le causaron gran novedad. — Siendo asi todos ellos estarán iniciados en la nueva filosofia; amigo, los

que á mi me acompañaron lo estarian muy poco. Hiciste mal Petit-Jean, en no ir á buscarme para tomar parte en la disputa. — Esto deseaba yo, pero los estudiantes no me dejaban respirar y me atropellaban á preguntas sobre quienes eramos, á donde y á que ibamos á todo lo cual respondia lo que sé y sobre todo la empresa que nos hemos propuesto de hacer una regeneracion universal. Me preguntaron tambien si teniais mayordomo: dijeles que yo hacia las funciones de tal y las de ayuda de camara, y que nos acompañaba uno que se llamaba Jaime que era sobrino de Condorcet y nuestro palafrenenero. Vá de mi! respondió éste con mucha indignacion: — Otra vez que os suceda hareis el favor de no meteros conmigo y dejarme tranquilo en mis tareas. . . . .

— No hay de que ofenderse, interrumpió Mr. Le Grand, —Esperad repuso Jaime y dejad que concluya ese badulaque, ya vereis como al fin y al cabo habrá hecho alguna majaderia. — Acaba la historia repuso el héroe volviéndose á Petit-Jean; haria cualquiera apuesta qne estos estudiantes han asistido á nuestra academia de Paris.— Yo al principio asi lo creí, mayormente

cuando me obligaron á ir á la posada de uno de ellos donde fui preguntado si habia leido las obras de Freret. Les respondí que de este autor no conocia mas que el texto que sigue: «*las ideas de vicio y virtud, de justicia é injusticia son arbitrarias; y dependen del hábito.*» Entonces uno de los estudiantes dijo, basta de ecsámen; y me preguntó si era mi amo quien habia enviado de Paris los libros de la nueva filosofia: á lo que respondí que no solo habiais enviado libros á Orleans sino tambien á todas las provincias del reino, á fin de esparcir las luces por todas partes y preparar de este modo la regeneracion universal del género humano. — Preguntaste interrumpió Mr. Le Grand, si han recibido los libros que remití sobre política, y los que enseñan la manera de establecer un gobierno sobre los principios de *libertad, igualdad, seguridad etc. etc.*? — Era por demas, porque ya los habian leido, aunque muy por encima; y asi es que les pregunté si pensaban en hacer la regeneracion. — Los estudiantes respondieron que si; pero que antes deseaban ponerse de acuerdo con nosotros. — Siendo asi dijo Mr. Le Grand debias inmediatamente ir á buscarme. — Esta era mi

intencion, pero me rodearon y esforzaron tanto á que fuera con ellos á un bodegon que de nada sirvieron todas mis escusas. Luego que llegamos en él conté diez y ocho personas, sirvieron una comida de diez francos por barba y dieron órdenes de preparar una cena para treinta en la que debiais asistir vos y los demas estudiantes que habian ido á acompañaros. Sosegado con la esperanza de veros me senté á la mesa, y despues de concluida la comida me condujeron á ver seis estudiantes á los cuales al dia siguiente debian trasladar á la carcel pública. Pregunté el motivo de su arresto, pero unicamente respondieron que eran mis cofrades y condiscípulos de la nueva filosofia; que no tardaria yo en acompañarles, y finalmente que sufriria igual suerte, la cual segun todas las apariencias no seria de las mas brillantes.

Entonces sentí todo el peso de mi desgracia, y empezé á temblar, apesar de todos los esfuerzos que hice en ocultar el miedo. Uno de los interlocutores trataba de consolarme diciendo que tendria de haberlas con la justicia ordinaria para darme á conocer todos los horrores de mi situacion; me condugeron á la carcel pública en

donde ví seis jóvenes detenidos en calabozos y cargados de grillos por haber leido las obras de la nueva filosofia. Apenas entré en uno cuando llegó el escribano del tribunal para leer á aquellos desgraciados la sentencia de los jueces concebida poco mas ó menos en estos términos:.... *Y atento á que los referidos... se han hecho reos del crimen de alta traicion queriendo establecer la republica y derribar el gobierno actual, les condenamos á la pena de morir ahorcados y que sean espuestos y colocados los unos frente los otros para servir de ejemplar y escarmiento á la juventud turbulenta.*

Cuán atónito y admirado quedé al escuchar la sentencia pronunciada contra aquellos desgraciados, no hay para que encarecerlo. Poco faltó que no desmayara. Uno de los estudiantes que lo advirtió me hizo salir fuera para que me diera el ayre; pero donde diriais que me condujo? — Toma! repuso el heroe con impaciencia, ¡que sé yo donde fuisteis á tomar el aire! — Por cierto que el aire me rodeaba por todas partes, porque me condujeron en el patio del suplicio y junto á la horca. Me esplicaron su mecanismo y del modo que el ejecutor

se preparaba para hacer dar un vuelco á los que caian entre sus piernas. Faltóme el valor; y advirtiéndolo los estudiantes me llevaron á una taberna en donde pidieron lo que tuvieran de mejor; comieron con abundancia, pero cuando se trató de pagar hubo entre ellos una acalorada disputa sobre quien debia correr con el gasto. Acordaron por último hacer un círculo y asirse de las manos unos de otros, y poniéndome á mi en medio con los ojos vendados, que tentase con la mano á alguno de ellos, y que aquel á quien tocaria al azar deberia pagar por los demas. Dicho y hecho; iba yo tentando por todas partes hasta que subió el tabernero al primer piso donde estábamos, inmediatamente le puse la mano encima y dije; tu eres; me quito al instante la venda y viéndome engañado le pregunté por los estudiantes. — Todos han salido, respondió, diciéndome que vos estabais aguardando para pagarme. Sin duda que me ejecutaran si yo no tuviera la prevision de llevar siempre las faltriqueras bien provistas, é incontinenti no saldara la cuenta del tabernero. Llegué á la calle donde encontré una docena de estudiantes que dijeron venian á buscarme para ir á cenar con los demas

compañeros que ya estaban con Mr. Le Grand.

Esta nueva me llenó de alegria y me dí priesa á llegar para reunirme con vos. Entramos en una fonda en la cual me encontré con muchos otros estudiantes que bailaban; uno de ellos me obligó á bailar y viendo al cabo de tres horas que todavia no pareciais nos sentamos á la mesa. Hubo bastante que cenar, y aquellos jóvenes no se portaron mal: en cuanto á mi no pensaba sino en veros llegar de uno á otro momento. Cuando los vapores del vino se subieron á la cabeza de aquellos frenéticos uno de ellos me dijo con tono burlon: Mr. Petit-Jean, recitadnos algun trozo de leccion de Voltaire, Rouseau, Dumarsais, La-Metrie ú otro filósofo moderno. Ya estaba preparándome para responderle, cuando llegó un mozo de la fonda á anunciarnos que los agentes de la autoridad acababan de entrar en la casa acompañados de gente armada preguntando por uno que se llamaba Petit-Jean, y que era criado del caballero Mr. Le Grand.

Como no quedé muerto en el acto me parece que no he de morir jamas; los estudiantes respondieron por mi, preguntando al comisario que motivo tenian para ir en

busca mia. El empleado respondió que debia atarme y llevar á la carcel, por cuanto habia sido junto con mi amo la causa de conducir aquel mismo dia al cadalso seis individuos como revolucionarios. No puedo esplicar lo que sentí al oir las palabras del comisario. La sangre se heló en mis venas y advertí que todo mi cuerpo estaba bañado de un sudor frio que me atravesaba la ropa y que despedia tambien por las partes traseras alguna cosa mas que sudor. En esto uno pensó hacerme un gran servicio y escusarme con el comisario, asegurándole que yo era un hombre de probidad, y sobre todo filósofo moderno. — Hé aqui precisamente que en calidad de tal debo echar mano de este caballero, interrumpió el comisario; porque en tanto que haya de esta clase ó plaga de filósofos no podremos vivir en paz y tranquilidad en el mundo sino en contínuas revoluciones.

En vano insistió el estudiante que yo no era mas que un ayuda de cámara de Mr. Le Grand; añadió el comisario que ya tenia noticia de quien era y de la gran empresa de que se jactaba mi amo que era de hacer una revolucion universal. Llegóse á mi el estudiante y preguntó si llevaba al-

gun dinero: á lo que respondí que únicamente trahia en mi cartera billetes por valor de 6000 francos. Confieso que en aquel instante sentí que no llevase mayor cantidad de dinero, pero el comisario quedó satisfecho luego que los endosé á su orden, pero con la advertencia de que procurase que el dia siguiente á las ocho horas de la mañana estuviéramos ya lejos de nuestra posada porque pensaba hacernos una visita domiciliaria y llevarnos á la carcel si nos encontraba en ella.

Seria mas de media noche cuando iba á advertiros de nuestro comun peligro, pero fuí detenido por una patrulla. El miedo me aconsejó la fuga, aunque inutilmente, porque al instante me asieron de las faldas de la casaca; no me detuve por esto antes bien dí un empujon y me quedé sin una de ellas; luego despues me cayó el sombrero, pero tampoco me detuve en la carrera. Hé ahí la razon por que me veis roto y de tan mala traza.

Capitulo 9º

Sale el heroe de Orleans con direccion á Tours y á Nantes en donde recibe una

nueva comision de la académia de París.
— Coloquios de Petit-Jean con su amo sobre la regeneracion de los Americanos.

Apenas el medroso Petit-Jean hubo concluido su discurso que espantado su amo no cesaba de mirar atrás por temor de que no fueran alcanzados de los satélites de la justicia; pero viendo que nadie les perseguia, se recobró un poco y dijo á su criado: — Maravillado estoy que los estudiantes y autoridades de Orleans hayan sabido tan pronto nuestro proyecto de regeneracion; sobre todo no habiendo yo hablado de él á alma viviente y sin tener tiempo de conferenciar con mi corresponsal. — No veis mi amo, esclamò Jaime, que todo esto no ha sido mas que un enredo y trama urdida por los estudiantes de Orleans para hacer donaire y burla de Petit-Jean? Ellos mismos habrán representado los papeles de escribano, comisario, soldados, y destinado algunos lugares para hacerle creer que eran calabozos y patios de ajusticiados ó en fin cualquiera otra cosa que les haya venido á las mientes, y todo no mas que para tomar pasatiempo con ese mentecato.

— Pero como pudieran averiguar repuso

Mr. Le Grand, que yo soy el heroe filósofo moderno y regenerador universal? — Nada mas facil, respondió el palafrenero: habrán tratado de sonsacar á Petit-Jean y él con la mayor inocencia del mundo, ha caido en el garlito de decir todo cuanto sabia, como acostumbra hacerlo en semejantes casos; lo demas no es estraño le haya sucedido rozándose con estudiantes que suelen ser jente de buen humor: pero aunque ahora ha salido bien de esa aventura, quiera Dios que algun dia no nos dé otra pesadumbre: Ved ahí porque no quisiera que me mentara á mi en sus tracamundanas.

Movido de las razones de Jaime, el heroe llamó á su ayuda de cámara y le dijo; — Me veré obligado á despedirte á causa de tu incapacidad y mentecatez ¿qué necesidad tenias de hablar con los estudiantes de Diderot, de La-Metrie, de Maupertuis y demas autores que he remitido á las provincias? — Incomprensible me sois, querido amo, y no sé como gobernarme! Habrá pocos momentos que vos mismo me reprendiais porque no hablaba de los libros que enseñan á derribar el gobierno y establecer otro sobre las bases de *libertad* é *igualdad* etc. — Bien! pero yo estaba en la inteligen-

cia por lo que tu me dijiste que los estudiantes eran tambien de la academia de París y por consiguiente compañeros nuestros. — Yo tambien lo creí, y así no hay para que reprenderme, porque si os hubieseis hallado en medio de ellos aun salierais quizá mas mal librado que yo.

Mr. Le Grand seguia la ribera derecha del Loira y al cabo de dos dias hizo su entrada en Tours despues de haber atravesado el rio. No se detuvo allí mas que un dia y salió de esta ciudad con el sentimiento de no haber podido ecsaminar los ricos manuscritos que se conservan en su catedral. El heroe se dirigió á Nantes y durante el viage referia á sus criados lo que sabia de la capital de Turena. Hablóles del Arzobispado, del Tribunal, de la Intendencia, casa de moneda, y del Illre. Cabildo cuyo primer canónigo era el rey de Francia desde tiempo inmemorial. De propósito no quiso dar aviso á su corresponsal que él se dirigia á aquella ciudad por temor de que los estudiantes ó las autoridades de Orleans no fueran en seguimiento de su ayuda de cámara. Así que llegaron á Nantes se apearon los tres viageros en una buena fonda en donde se presentó al instante el corres-

ponsal de Mr. Le Grand para darle cuenta de las remesas de libros que habia recibido de París.

El comerciante aseguró que las nuevas luces se habian esparcido de tal modo por toda la ciudad que casi la desconocia por lo mucho que habia mudado. Añadió que su intencion era cerrar la tienda y dejar el comercio toda vez que la regeneracion universal debia verificarse á no tardar segun las últimas noticias que habian llegado de París, cuyo acontecimiento haria de allí en adelante inútil toda especie de comercio; y concluyó su discurso manifestando que en la academia que se había formado en aquella ciudad y de la cual era miembro, se sabia ya como el héroe habia llegado, y todo lo que habia hecho en Lila, Calais, Amiens, Rouen, Orleans y Tours, y por último que el secretario esperaba á Mr. Le Grand para poner en sus manos un despacho que habia sido dirigido á él desde París con el título de *Héroe político, filósofo moderno y regenerador de todo el género humano*.

Al decir estas palabras el heroe esclamó: Voto á tal! que este despacho no hay duda que es de la academia de París y que sin falta alguna deben entregármelo. Andad

pues amigo á ver el secretario para que inmediatamente pueda saber yo y poner en ejecucion lo que aquella corporacion me ordena. El académico corresponsal conociendo la importancia del caso se fué desde luego á buscar al secretario á fin de noticiarle la llegada de Mr. Le Grand.

Media hora despues el socio en quien estaba depositado el despacho hizo una visita á Mr. Le Grand y se lo presentó puesta una rodilla en tierra, besando la mano del heroe y murmullando entre dientes cuan dichoso era por hallarse en presencia del grande hombre para quien estaba reservado el esparcir las nuevas luces por toda la superficie de la tierra. Mr. Le Grand echó de ver entonces la importancia de su mision, despidió cortesmente al académico y quedándose solo abrió la carta que estaba concebida en estos términos:

»La academia acaba de saber por datos »ciertos los brillantes progresos que han »hecho las nuevas luces esparcidas en las »provincias de Francia; sobre todo se han »distinguido muy particularmente las del »Delfinado, Irlanda francesa, Artois, Cham»pagne, Lorena, Normandía, Turena, Pi»cardia, Orleanés, Alsacia y Bretaña. Tam-

como si los tubiera delante de si les apostrofó del modo mas lisongero, diciendo: Benditos sean amen vuestros nombres ó incomparable Telliamed, divino Diderot, Maupertuis sin par, virtuoso La Mettrie, inmortal Dumarsais, asi como los de tantos otros que se han levantado á una altura incomprehensible sobre la especie humana. Cuantas gracias no debemos tributaros por los beneficios inmensos que no habeis cesado de prodigar á todos los habitantes de la tierra desde la creacion del mundo. A vosotros. ¡Oh si! á vosotros serán deudores los hombres de la dicha que las nuevas luces van á derramar sobre todos los ángulos de la tiera. Nuestros contemporaneos y descendientes cantarán himnos en loor de tan grandes hombres. Con razon dirán que por vuestros cuidados y filantrópicos desvelos el hombre vendrá al mundo sin tener que sufrir dolores, penas, enfermedades ni pesadumbres y que vivirá nadando en la abundancia y en los placeres desde la cuna hasta el sepulcro, esto en el caso de que muera. Vuestras obras han hecho conocer al hombre que si el nacimiento es el principio de la muerte, tambien la muerte és el principio de la vida; y asi poco importa

en el dia que tarde ó temprano todos mueran si al cabo de pocos instantes, que digo en el instante mismo quedan transformados en perros, ó gatos ó caracoles. Y aunque el perro, y el gato y caracol al fin y al cabo vengan á morir tampoco debe asustarnos esta muerte, puesto que un huevo empollado por el sol basta para que sean transformados en sardinas, merluzas ó cangrejos. Autores incomparables! Talentos insignes! Vosotros si que sois seres sobrenaturales que habeis echado los cimientos de la verdadera dicha. Yo no hago mas que seguir vuestras huellas y doctrinas; las obras, fruto de vuestro sublime ingenio, harán sin duda la felicidad del mundo entero: en ello emplearé los millones que heredé de mi padre, pero de vosotros solos será el honor y la gloria de tan ardua y vasta empresa: harto feliz seré si consigo secundar vuestros esfuerzos intentando hacer una regeneracion universal mediante vuestros libros, y......

Aqui llegaba el héroe, cuando su criado abrió la puerta del cuarto y le dijo: —Que hay de nuevo querido amo? He oido que bailabais y estabais hablando, y como tengo tanto miedo de veros bailar por acor-

darme del grande y peligroso salto que disteis una vez en Paris me he determinado á entrar: al principio no me atrevia, y asi estaba esperando á la puerta que me llamarais para acompañaros en el baile. — Motivos tenemos para regocijarnos dijo Mr. Le Grand, y no es justo que me regocije solo. — Que tenemos pues? — No es poca cosa; sabe Petit-Jean que acabo de recibir noticias de la academia, en las que me afirman que dentro muy poco tiempo se verificará la regeneracion en Francia; me dan comision al mismo tiempo de ir á prepararla por todas partes, embarcándome al efecto en Burdeos para América y desde allí dar la vuelta al globo.—Me dejais atónito interrumpió Petit-Jean, en términos de no dar fé á lo que decis, porque yo soy buen testigo de lo poco que hemos hecho para que la regeneracion esté tan adelantada. — Te acuerdas respondió Mr. Le Grand de aquel almacen de libros que tenia en Paris y los muchos fardos que despaché en las provincias. — Como si me acuerdo dijo Petit-Jean, por señas que no cabian en la posada en donde vos los hicisteis depositar, de modo que os lo hice advertir. Entonces vos enviastes tres carreteros con las

cartas que escribistes no sé á quien ni para donde, y creo que el mismo destino dariais á los demas libros que se hallaban en el almacen: — Pues mira tu, replicó el heroe la bella y feliz idea que me ocurrió; no hay necesidad de que te diga mas. Bien claro me decia el corazon que no habia mas que sembrar la doctrina esparcida en estos libros para dar opimos y abundantes frutos; en efecto la academia acaba de participarme los progresos que estas luces han hecho por toda la Francia donde á no tardar se vereficará la regeneracion. Para que esta sea universal me ordena ahora que me embarque con una buena provision de estos libros y dé la vuelta al globo, dejándolos y esparramándolos por todas partes.

— Si asi es querido amo, no teneis mas que escribir á Paris para que remitan á Burdeos todos estos libros y pongámonos inmediatamente en camino para el nuevo mundo, porque el tiempo pasa y ya se me tarda en llegar allá; sin duda será algo mas grande que el que presentaron en la academia de Paris. — Este nuevo mundo donde nos dirigimos dijo el héroe, tendrá cerca de 135 grados de latitud norte y sud, lo que forma á razon de 20 leguas por grado 2700

leguas. Por lo cual echarás de ver el considerable número de libros que debemos llevar con nosotros, sin contar todavia que desde la América pasarémos al Asia que es mucho mas grande; y si aun fueramos en África ya puedes calcular cuanto mayor número nos serian menester.—Convendría, querido amo, interrumpió el criado, que se remitieran estos libros desde luego para que ya se hallen en los paises que debemos recorrer cuando llegásemos; de este modo evitariamos tener que cargar una flota y el temor que podrá inspirar á los que la vean por creernos enemigos y que les vamos á declarar la guerra al paso que les llevarémos la paz. — ¿Nada mas que la paz dijo Mr. Le Grand? La paz, la felicidad y la gloria llevarémos á todas esas naciones y pueblos longinquos que no han sabido gobernarse hasta el dia del modo que se debe y que conviene á toda la especie humana. Aguarda que lean todas estas obras y cuando sepan que *los vicios de los individuos hacen el bien de la sociedad*, verás como mudan de leyes y de gobierno y adoptan otro sistema y método de vida. — Vos habeis leido todo esto á escepcion del longinquo en alguno de los libros que habia en el almacen;

pero yo prefiero para la regeneracion el texto de aquel filósofo que enseña, que *los hombres no se mueven sino por el deleite; que Dios quiere nos dirijamos por él, que es locura precaverse de sus encantos; y finalmente que la naturaleza nos eleva á Dios por medio de los deleites de los sentidos.* — Esta es la doctrina de Voltaire; y puede ser muy conveniente y análoga á las costumbres de los asiáticos, porque siempre han sido amigos del deleite, pero en cuanto á los americanos mejor será inculcarles las doctrinas de La Mettrie donde dice *que la verdadera filosofia no conoce mas que una dicha temporal y que propiamente hablando no ecsiste vicio ni virtud, ni bien ni mal moral, justicia ni injusticia; y que está demostrado que no hay mas que una vida y una felicidad.* — Ahora que hablais de vida interrumpió el criado, no olvideis querido amo de pedir á Paris las obras de Crevisan quien dice, que *la vida es la constante conformidad de los fenómenos con la diversidad de las influencias esteriores.* Esto es esencial para los americanos porque conviene que sepan como darse otra vida cuando acaben la presente. — Veo con satisfaccion dijo el

héroe, que no te dormiste en la academia segun habia sospechado; al contrario aprendiste en ella mucho mas de lo que pude imaginar, lo cual me hace augurar un buen écsito en nuestra empresa y creo que tus estudios y los mios serán suficientes para hacer la regeneracion en las Americas del mismo modo y con igual facilidad que se ha hecho en Francia. Pero salgamos de aqui lo mas pronto y partamos en derechura á Burdeos segun las órdenes de la academia para hacernos á la vela hacia las costas occidentales.

— Y saldrémos de la ciudad sin que demos antes una vuelta por ella? A mi me parece que no deja de ser tan buena y mejor que las demas donde nos hemos detenido. — Esta es la segunda ciudad de la Bretaña respondió Mr. Le Grand. Sus vecinos hacen un gran comercio con los de Bilbao y hasta tienen un tribunal reciproco. Aqui es donde Enrique IV publicó aquel célebre edicto llamado de Nantes en 1538 sobre la tolerancia del culto de los calvinistas. — Que decis esclámó Petit-Jean? Y como pudo permitir este buen rey á los sectarios de Calvino que ejercieran su religion entre los católicos? No llegó á temer que estos últi

mos se contaminasen? — Tu no conoces la historia, ni las circunstancias críticas de aquella época dijo el héroe é ignoras por consiguiente las guerras horrorosas que tuvieron lugar entre los católicos y Hugonotes, asi como las muertes, robos, prisiones, asesinatos, traiciones y tropelias que se hacian los dos partidos del modo mas atroz. Hubo ocasion en que el partido vencedor despues de una lucha encarnizada y sangrienta sacrificó á su vengenza mas de 10,000 víctimas á sangre fria. Enrique IV quiso poner término á todos estos horrores y he aquí lo que le movió á publicar su famoso edicto de Nantes. Bueno es advertir aqui que este rey fue primero calvinista y despues católico lo que le aseguró el trono é indujo á hacer esta especie de transaccion. Luis XIV lo revocó despues en 1585 y en mi juicio ambos principes obraron como grandes políticos cada uno segun las circunstancias en que se hallaba.

— Ahora veo querido amo que estais mas instruido de lo que creia porque jamas os habia oido hablar de estas cosas en la academia. — Mis estudios dijo el héroe me han hecho conocer que los hombres en todos tiempos se han perseguido como bes-

tias feroces ya por la política, ya por la religion. Yo he trabajado en lo primero y esto me ha hecho emprender la regeneracion universal. Si se verifica á no tardar, como lo espero, la inteligencia y los sentidos del hombre sufrirán un cambio admirable y tu echarás bien de ver como empezará una nueva vida para él. — Yo no dudo interrumpió Petit-Jean que si ese cambio se opera emprenderémos cosas que no ha sido dado á nadie emprenderlas. — Por fin ya empezaste á comprehender algo de lo que deseaba. Nada ansío tanto como distinguirme y dar que hablar de mi á las gentes. Freret enseña que *las ideas de vicio y virtud, de justicia é injusticia son arbitrarias como procedentes del hábito.* Ahora bien, no tengo mas que hacer que mudar los nombres de las cosas para que la regeneracion se opere. — Hemos hecho un milagro interrumpió Petit-Jean, y con poca costa: porque observo que casi todo el mundo quiere enderezarse por si mismo. Si los americanos se muestran tan dóciles, será muy agradable para nosotros enseñarles la nueva filosofia. — Los americanos dijo Mr. Le Grand, han sido vendidos y engañados todavia peor que los europeos

pero el dia que lleguen á abrir los ojos la regeneracion hará progresos. — Si asi es, querido amo, no malogrémos un tiempo tan precioso, escribid inmediatamente á Paris para que remitan los libros de que hablasteis; dad aviso á Burdeos que preparen los buques y embarquémonos luego con direccion al nuevo mundo; mas nuevo todavia despues que hayamos llevado alli la regeneracion.

Mr. Le Grand siguió el consejo de su criado y dió las órdenes oportunas á fin de salir desde luego de Nantes; pero al pasar por delante de la Universidad, Petit-Jean echó á correr involuntariamente, de miedo que los estudiantes no le hicieran otra burla tan pesada como le habian hecho los de la Universidad de Orleans.

Capitulo 10º

Estraordinaria aventura que acaeció en un meson de la Vendeé. — Curioso coloquio de Petit-Jean y su amo. — Ocurrencia de Jaime para librar à su amo y á Petit-Jean de un gran peligro.

Iban nuestros tres viageros sobre sus ca-

riendo que hubiera entre ellos la menor diferencia en la cena, cama, ni sueño. Allí se habló á la larga de la nueva filosofia y formaron teorias de regeneracion, recordando las lecciones de los mejores autores, principalmente de aquellos cuyas doctrinas les habian causado mas vivas simpatías. Las bases de *libertad*, *igualdad*, *seguridad* y otras no fueron olvidadas, así como las nuevas formas de gobierno que debian rodar sobre aquellas bases á manera de ejes y únicos motores de la máquina política. Hablaron tambien de la dicha y gloria que debia inundar al género humano, y de la importante mision confiada á la sabiduria de estos viandantes, de la cual se seguiria indefectiblemente la regeneracion del universo. El cuarto de nuestros tres viageros estaba situado en una estremidad de la posada, de manera que era preciso atravesar todo el edificio para llegar á él. Esto les hizo creer que podian con seguridad entregarse á la discusion de las materias mas intrincadas y sutiles de la nueva filosofia; pero se engañaron enormemente porque el posadero y su familia cenaban en una pieza contigua á la del heroe.

La posada era una casa antigua, y se leia

sobre la puerta una inscripcion por la que se venia en conocimiento que su construccion databa á 150 años atras, lo que se echaba tambien de ver en sus ruinosas paredes. Picó á los vecinos la curiosidad de escuchar á sus huéspedes, y no pudieron menos de reir al ver y oir sus gestos y razones encaminadas todas á observar la mas estricta igualdad. En efecto llegaron á tanto que el uno no queria comer mas que el otro y hasta contaron los minutos del sueño para no escederse en él. A uno de los huéspedes de la posada le pareció muy bien que dejaran en libertad á estos tres locos y dió parte de su locura á los demas, previniéndoles que estubieran en silencio si no querian privarse del gusto de divertirse á costa de aquellos viageros. Hicieronlo asi, y acercando sus oidos á las paredes de aquella pieza escuchaban los planes que formaban y discutian, y en especial á Petit-Jean que hablaba á su amo lo siguiente: — Si quisierais seguir mi consejo difeririamos nuestro viage de América hasta que hubiéramos visto los efectos de la regeneracion que cuanto antes debe tener lugar en Francia. El toque está en ver el rumbo que toman aqui las cosas despues del trastorno que se veri-

fique cuando se establezca la república para reemplazar al gobierno actual; enseñados así por la esperiencia no tendrémos que presentarnos desconfiados y tímidos en el nuevo mundo, antes bien llevarémos un buen caudal de instruccion y de práctica, y algunas reglas fijas que habrémos formulado aquí. Si para plantear la república en Francia fuese necesario cortar algunas cabezas, aprenderemos tambien el modo de cortarlas en otras partes. En una palabra, yo soy de parecer que permanezcamos aquí para ser testigos de lo que suceda; ya que tan pronto se hará la regeneracion segun las noticias recibidas de la academia. Si obramos de este modo no podrán achacarnos en adelante que solo hablamos de oidas.

— Petit-Jean me admiro, le dijo su amo, que quieras distraerme de mi mision aconsejándome infringir las órdenes de la academia, siendo así que tu debieras ser el primero en recordarme su ecsacto cumplimiento. Una vez no será necesaria nuestra presencia en los grandes acontecimientos que tendrán lugar despues de un trastorno general, ¿qué necesidad tenemos de retardar la regeneracion á los otros pueblos y naciones, ni de aguardar todos estos sucesos? En

especial habiendo sentado ya las bases sobre que se debe edificar? Lo que importa es hacer buen acopio y provision del artículo que me encarga la academia; é ya que por este medio se ha obrado el milagro en Francia, es de esperar que el mismo bastará para que se obré en cualquiera otra parte; tanto mas cuanto yo no debó privar á los habitantes de ultramar de la dicha que les prepara la nueva filosofia.

—Está bien; interrumpió Petit-Jean, pero quisiera antes de salir de aqui ver como se avendrian á andar á pié algunos Condes y Marqueses que ahora arrastran coche y llevan un magnífico tren de criados. Tambien holgaria de hallarme en París para ver el semblante que harán los gobernantes actuales cuando se vean reemplazados de otros; sin embargo no penseis por esto, querido amo, que yo me oponga á vuestra determinacion, lo que importa es que la regeneracion se verifique cuanto antes: sino podemos ver los acontecimientos que han de ocasionar nuestras doctrinas ya los sabremos á nuestro regreso.

Estaba Jaime desesperado de oir las sandeces de su amo y Petit-Jean, y así pidió permiso para ir á dar un pienso á los caba-

llos. Salió del cuarto echando pestes contra su amo y todas sus locuras, y contra los libros que tal le tenian, pero con todo le regocijaba el haber podido ahorrar mucho mas en su servicio que con todos los demas á quienes hasta allí habia servido. Quedó solo con su criado nuestro heroe y prosiguió así:
—No dudo que tendrán lugar graves sucesos en Francia en el momento que empieze la regeneracion; porque será necesario mudar el gobierno y las leyes y caerán los que en el dia se hallan encumbrados en el poder. Los que de buen grado no quieran ceder sus puestos tendrán que dejarlos por fuerza á los que nuevamente deban ocuparlos. Es muy probable que entonces haya algunas escaramuzas entre aquellos que quieran mandar y los que no consientan dejar el mando: ya se vé, esto no puede efectuarse sin efusion de sangre, mas no importa; por mucha que se derrame, es una cosa necesaria que no se puede evitar si se ha de lograr la regeneracion; pero tambien aquellos que sobrevivan gozarán á su sabor de la dicha que les preparo, de la cual serán deudores al establecimiento de la igualdad sin diferencia de personas, de edades, de secso, de clases, ni de condiciones. Los

hombres tendrán y vivirán con una libertad sin límites, de suerte que podrán hacer todo lo que se les antoje. Habrá tambien..... Aqui llegaba el heroe cuando uno de los huéspedes de la posada esclamó: — Por el siglo de mi padre! que tenemos revolucionarios en la posada; y por lo que hemos oido habrán hecho ya bien de las suyas en Francia, y no contentos todavia tratan ahora de ir á revolucionar las Américas. Otro respondió que no debian hacer caso porque no eran mas que dos locos, aunque locos de mala casta, puesto que podrian causar incalculables daños con su locura. Entre los de la fonda habia un guarda bosque que servia al rey veinte años habia quien lleno de indignacion esclamó: vive Roque! estos son enemigos del rey mi amo! denme una cuerda que quiero y juro de ahorcarlos aqui mismo en el techo. El sacristan de la parroquia que tambien era de los del partido y vió al guarda bosque tan dispuesto á cumplir el juramento que acababa de hacer con respeto á los viageros, tomó la palabra para proponer que se conmutara la pena de aquellos desdichados en la de doscientos azotes los cuales debieran recibir desnudos de medio cuerpo arriba.

— Bien decís, dijo el guarda bosque, desde luego sufrirán los azotes, y despues la pena de horca, y voto á tal que lo cumpla á fuer de soldado viejo que soy.

Quisieran nada menos estos bribones que establecer una república y derribar el gobierno actual? Y que sería entonces del rey mi amo por quien estoy pronto á sacrificarme y sacrificar mil vidas si mil vidas tuviera? Fácil me seria arrestarles pero como la justicia se administra tan mal acá en el mundo, pudieran á fuerza de dinero negar todo lo que acabamos de oir y hallar testigos falsos que no solo declarasen esto, sino tambien que jamas les habian visto en este pueblo y si en otra parte; á cuya prueba no seria estraño diese lugar el tribunal. Entonces yo seria llevado de justicia en justicia como calumniador y en vez de poderles ahorcar aqui por mi mismo me sucederia tal vez que fuese yo el ahorcado. Manos pues á la obra reciban por ahora los azotes y despues Dios dijo lo que será. El posadero que tenia mas temor á los revolucionarios que á la hambre, peste y todas las calamidades juntas, y que decía con frecuencia que estos dos azotes causaban menos estragos que los horrores de una

revolucion, se conformó con él parecer del guarda bosque. Ofreciose desde luego á ir en busca de una cuerda para la azotaina y otra para ahorcarles manifestando que despues podrian enterrarles en un corral de la posada. El sacristan se hizo tambien del parecer del posadero al cual se juntaron por último los otros tres huespedes, y todos seis se presentaron en el cuarto de Mr. Le Grand á tiempo que hablaba y discutia con calor y vehemencia los mas brillantes puntos de la nueva filosofia. Basta señores les dijo con una voz stentorea el guarda bosque, vosotros sois cristianos y por lo tanto conviene que os prepareis para morir cristianamente dentro una hora. Atendido que vosotros no podriais espiar en la otra vida todo el mal que habreis hecho en este mundo recibiréis á título de arras y con anticipacion cuatrocientos azotes sobre vuestras espaldas y desnudos de la mitad del cuerpo. Desnudaos pues sin el menor retardo si no quereis que os desnudemos nosotros y hagamos trizas de vuestras carnes quitándoos la ropa.

Medroso por naturaleza el desgraciado Petit-Jean dió algunos pasos hacia atras al ver entrar los seis paisanos que cerraron la

puerta por dentro; pero cuando oyó al guarda bosque quedó tan anonadado é hizo tanto efecto en él el miedo que sintió relajarse todos los resortes de su cuerpo. Sin embargo en su triste posicion procuró llamar á su socorro todas sus fuerzas para decir con una voz casi ininteligible: — Que delito hemos cometido, para querer desollarnos vivos y arrancarnos la vida de un modo tan inhumano? Esta pregunta aunque hecha con un tono de voz debil y apagado escitó sin embargo el furor del guarda bosque, quien se arrojó sobre Petit-Jean como el buitre sobre su presa; y despues de haberle roto por mil partes la camisa empezó á sacudirle las espaldas diciendo: — Traidor al rey y á la patria! tu querias hacer aqui una revolucion para derribar nuestro gobierno y establecer la república en su lugar? Tu villano te hás atrevido á aconsejar á tu amo que esperase antes de ir á las Américas el resultado de lo que harán nuestros gobernantes y lo que será de tantos Condes y Marqueses que en el dia arrastran coche y á los cuales quisieras ver andar á pie? Es decir que tu intentas llenar de luto y consternacion á toda la Francia, despues de haberla inundado de libros in-

morales; ¿ y todavia me preguntas que delitos has cometido? He de desollarte vivo como un san Bartolomé ó no seria yo quien soy, ni me llamara como me llamo. Diciendo esto el guarda bosque, parecia que se le infundian nuevos brios. El desgraciado y azotado Petit-Jean imploraba la piedad de su verdugo manifestando que tambien habia leido libros que no eran inmorales, tales como el evangelio y toda la escritura sagrada; pero estos acentos no servian sino para encender mas la cólera de su inecsorable vapulador: quien á cada golpe que daba repetia: — Ah bribon! que quieres escusarte porque has leido la Biblia, peor para tí! Acaso la Biblia te ha enseñado á revolucionar y á derribar los gobiernos establecidos? acaso perturbador del órden social.....

Mientras el guarda bosque maniobraba de este modo sobre el angustiado cuerpo de Petit-Jean el sacristan y otro de la posada se desquitaban con el héroe regenerador; quien mostraba mas entereza y resignacion que su criado en tan imprevisto reves de la suerte. A medida que el nervudo y vigoroso paisano redoblaba los golpes, el sacristan preguntaba á Mr. Le Grand que

le parecia de aquella nueva especie de regeneracion. El reformador no tuvo á bien responder á esta insolente interpelacion, sobre todo habiendo visto el ningun efecto que habian producido en sus verdugos las reflecsiones de su criado, y asi se resignó á su suerte temiendo aun que por fin de fiesta no cumplieran con ahorcarles en el techo segun habian prometido.

Estaban en mitad del vapulamiento cuando Jaime oyó el chasquido de los latigazos lo que atribuyó primero á la venida de alguna silla de posta, pero viendo que tardaba en llegar y que continuaba el ruido todavia, subió al cuarto de su amo, y antes de entrar en él ya distinguió muy bien á Petit-Jean dando grandes voces y diciendo que le desollaban. Bajose entonces el palafrenero y mirando por el orificio de la cerradura, vió con sentimiento suyo desnudos de medio cuerpo arriba á amo y criado atadas las manos por las espaldas y seis hombres que no cesaban de azotarles: — Aqui morireis infames! les decian sus encarnizados verdugos. Preparaos á morir como cristianos, porque mejor es que perdais la vida que no que se realicen los horrores que meditais con vuestros proyectos

revolucionarios. Ingratos al rey y á la patria! vuestra última hora ha llegado ya, y asi si no sois judios ó no habeis llegado al último grado de perversidad procurad á morir arrepentidos......

Jaime que echó de ver las intenciones que animaban á aquellos caribes los cuales tenian mas ganas de ejecutar la promesa que habian hecho que no de hacerla procuró sacar de tamaño conflicto á su amo y á su compañero Petit-Jean. Sin pérdida de momento ensilló los caballos, cargó en ellos su equipage y salió del meson con el mayor silencio. Habiendo dejado á poca distancia las caballerias, volvió á la posada y dirijiéndose al pajar metió fuego en él por cuatro partes hasta que la llama subió á una gran altura. Entonces se puso á dar voces de que se habia pegado fuego en la posada lo cual puso en la mayor consternacion tanto á los dos huéspedes que azotaban como á los demas de la casa. Todos acudieron á apagar el fuego y mientras se ocupaban en esta maniobra Jaime hizo salir del cuarto á Mr. Le Grand y su criado los cuales estaban tan abatidos y desalentados que no alimentaban ya esperanza de librarse de sus tormentos. Por fin llegaron á con-

vencerse que debian su salvacion á su fiel Jaime y asi le siguieron medio desnudos y salieron por la puerta falsa. Los tres se juntaron luego con sus caballerias y en menos de una hora dejaron dos leguas tras de si el pueblo de Pouzangues en el Poitou. El incendio iba creciendo à impulsos del viento que soplaba con fuerza, y el resplandor se divisaba por nuestros viajeros, motivo que les hacia adelantar mas el paso para ponerse en seguridad. Asi que pensaron hallarse á salvo Petit-Jean rompió el silencio para decir á su amo que se detuvieran en el primer lugar ó venta que hallasen á fin de bizmarse un poco el cuerpo y preservarlo de gangrena.—Tal vez que á vos no os han maltratado tanto, porque me parecia que el látigo con que os azotaban tenia algo mas de blando que no el que lastimaba mis espaldas. Tambien me pareció que vuestro verdugo era menos brutal que el mio ó por lo menos que no estaba tan enojado contra vos, como lo estaban contra mi y á la verdad que no alcanzó la razon, porque claro está que vos sois quien me ha metido en ese laberinto de la nueva filosofia. Por fortuna estos bribones no han podido ejecutar su intencion de ahorcarnos, mer-

ced al fuego que les abrasaba la casa y amenazaba á todos con sus llamas.

—Y porque crees que les ha venido este castigo, interrumpió Mr. Le Grand? Sabe que todo les ha sucedido porque han querido oponerse á la regeneracion, y ten entendido que lo mismo sucederá á todos aquellos que quieran oponerse á la dicha que las luces del siglo preparan á todo el género humano. Con todo yo pienso escribir á la academia los detalles de este acontecimiento, y participarles la grande resistencia que oponen los habitantes de la Vendée al establecimiento de la república; porque es mas que probable que esta canalla infame de Vendeanos, todos se portarán del mismo modo con los que intenten darles la *libertad*, la *igualdad*, la *seguridad* y la *felicidad*.

— Pero vos acabais de decir replicó Petit-Jean, que en este caso serán todos ellos abrasados ni mas ni menos que la posada de donde hemos salido? — Si por cierto te lo dije; y si el fuego no les devora y consume tambien se les tragará el mar y sepultará en sus abismos. Esta es la suerte que aguarda á todos aquellos que no se convier tan á los principios de la nueva doctrina.

— Dejad las aguas y los mares, esclamó Jaime: el fuego es lo mejor sobre todo el que yo metí en el pajar de la posada. Este es el gran espediente para salir de semejantes apuros; así lo hize yo. Vi por la cerradura que aquellos canallas pronto os hubieran aniquilado. Toda defensa era inútil y asi lo que convenia era discurrir un medio que llamase la atencion de todos; entonces fue cuando determiné pegar fuego al pajar, y me salió perfectamente. Ya que hemos llegado á buen puerto despues de tan desecha tormenta me permitireis querido amo os aconseje que seais mas circunspecto en punto á regeneracion, porque no creais que todos estén tan deseosos de conseguir la *libertad* é *igualdad* tal cual vos la describisteis. Un dia me acuerdo que hize la misma reflecsion á mi tio, pero por supuesto inútilmente, lo que me da á conocer que hay ciertos hombres que mejor seria que les ataran como al perro á quien vos sacasteis de la cadena.

Así es respondió Mr. Le Grand con viveza, el galgo á quien puse en libertad no lo supo agradecer ni hacer buen uso de ella, él fué el primero á quien hice tamaño beneficio pero el pobre no halló en su desgracia

quien acudiera á su socorro. El que le disparó un tiro se echa bien de ver que no conoce la libertad y la igualdad. — Ved ahí cabalmente lo que yo digo, interrumpió Condorcet, y lo que sucederá entre los hombres: cada uno interpretará la libertad á su manera resultando de aquí muchos alborotos, revueltas y catástrofes. Mi tio se burlaba de mi cuando le hacia semejantes observaciones y me obligaba á callar. — Esto al parecer seria porque no habias estudiado le dijo Mr. Le Grand, pero no podrán achacarte esta falta mientras no te separes de mi compañia; y creo que me serás mas util que no ese pusilámine de Petit-Jean, quien no dudo que por poco que se viera en peligro seria capaz de cometer una apostasia. Personas de su ralea no me convienen, porque nuestra carrera se asemeja bastante con la del soldado; este mejor parece muerto en el combate que vivo en la fuga. — A fe mia, dijo Petit-Jean algo compungido, que jamas he tratado de escaparme, y únicamente por no dejaros solo, pero os juro querido amo, que si hubiera podido poneros al abrigo de aquellos latigazos no tardara un momento. No nací para ser penitente y solo una vez me acuerdo que me azota-

ron cuando iba á la escuela, pero tambien le hice la cruz. Hé aquí los dos mal pasos en que me he hallado en mi vida; del de la escuela apenas hago memoria, pero el de ayer quedará gravado en ella con caracteres indelebles. Mejor seria por consiguiente esperar aqui la regeneracion antes de hacernos á la vela porque de este modo buscaria yo otros verdugos que brumaran las costillas de los nuestros y terminaran sobre ellos la obra que con tanto brio y denuedo habian empezado con nosotros. —No te dé esto cuidado Petit-Jean, respondió el heroe: ya lo pondré yo en noticia de la academia de París para que lo tenga en cuenta. Los tres viageros prosiguieron su derrota hacia Burdeos. Petit-Jean no soñaba mas que venganza y asi procuraba escitar á su amo que escribiera á la academia; pero Jaime les consolaba diciendo, que harto castigados se hallaban los paisanos de la Vendée con el fuego que habia abrasado la posada y que no perdonaria á buen seguro los instrumentos que los enemigos habian preparado para su castigo.

Llegaron por último á un lugar en el cual Petit-Jean recordó á su amo la resolucion de escribir á la academia y le encar-

yó que guardara una copia de la carta. Mr. Le Grand se encerró en su cuarto, y en efecto escribió á la academia la contestacion á la carta que habia recibido en Nantes. Quedóse copia de ella para enseñarla á Petit-Jean el dia siguiente, y despues de la cena, oprimido y cansado de tanta fatiga se rindió al sueño luego que hubo dado orden á Petit-Jean de llevar al correo el despacho dirigido á la academia.

El criado tomó la carta y se fué al correo acompañado de Jaime; pero como era de suyo curioso quiso antes leer el sobre y advirtieron que jamas habian oido hablar á Mr. Le Grand de la persona á quien iba dirigida. Volvieron á la posada los dos criados y durmieron á sueño suelto toda la noche. Al dia siguiente siguieron su viage en el cual no les sucedió otra aventura que la que verá el lector en el capítulo siguiente.

Capitulo 11°.

Mr. Le Grand contesta al despacho que recibió de la academia en Nantes. — Dá cuenta de lo ocurrido desde que salió de Paris relativo á su comision. — Diver-

tidos coloquios filosóficos de Jaime y Petit-Jean.

El ayuda de cámara estaba fatigado y mohino ademas por no haber podido descansar un solo instante desde que salieron de la posada donde tan mal trato recibieron sus espaldas, y su vida se vió en tan grave peligro. No eran aun los golpes, ni las heridas lo que mas le dolia y causaba mayor sentimiento, sino la sed de venganza, pasion funesta cuyos efectos no fueron bastantes á reprimir todos los esfuerzos de la filosofia moderna. Hacia cuenta que alguien le vengaria de aquellos villanos que tan atrozmente le habian sacudido las costillas luego que su amo diera parte de ello á la academia, la que era de creer que no tardaria en castigar tamaña insolencia como que era un insulto que refluia en villipendio de todos sus miembros.

Lleno de esta idea Petit-Jean fué á despertar á su amo muy de mañana para que se dispusiera á salir, y le leyese la respuesta de la academia. Deseaba saber especialmente todo lo que tenia relacion con la aventura de la posada importándole muy poco todo lo demas.

... Mr. Le Grand escuchó á su criado; pero viendo que apenas aclaraba el dia se volvió de lado y le dijo: — déjame dormir ahora que en el camino ya te leeré mi respuesta, y advierte que no podemos salir hasta que el sol esté sobre el horizonte, porque para evitar que no caminemos en direccion opuesta como ya nos ha sucedido, es necesario que lo tengamos siempre á nuestra izquierda. Dos horas despues se puso el heroe en camino acompañado de sus dos criados, pero apenas habian andado una legua, cuando Petit-Jean dijo á su amo: — Por cierto que es una lástima haber olvidado llevaros de encima vuestro bufete la copia del despacho que ayer llevé al correo, porque hubiera deseado saber como disteis cuenta á la academia de la aventura de la posada. — Ya veo donde vas á parar, Petit-Jean, no tienes que andarme con circunloquios; ahora te la leeré: y luego Mr. Le Grand empezó así: «Me apresuro á responder á vuestro despacho de 25 de setiembre, relativo á la resolucion tomada por la academia, y en virtud del cual debo pasar al nuevo mundo para plantear allí la regeneracion del mismo modo que se ha planteado casi en toda la Francia.

«Inmediatamente que partí de Nantes sin despedirme de nadie, me dirigí á Burdeos, donde siento haber perdido un dia por mi culpa. Podeis asegurar á la academia que me haré á la vela cuanto antes á bordo de uno de los mejores buques y que cuidaré de que se cargue otro de libros y todo lo demas que fuere menester para la regeneracion del nuevo mundo. He tomado al efecto las medidas convenientes y únicamente me queda ahora por deciros todo lo que he hecho y practicado para conseguir la propagacion de las luces.

«Al salir de París se me ofreció ocasion de aplicar los principios de la igualdad entre un rico labrador y su colono; hice que los dos trabajaran igualmente y fueran alternando en el trabajo; y al dejarles el amo me empeñó su palabra de que repartiria su hacienda con el jornalero.

«Mas adelante me halle con un galgo atado con una cadena de hierro y le dí *libertad*; mató veinte carneros y él fué víctima poco despues. Pagué los daños que habia causado pero no pude restituir la vida al galgo. Por esto os suplico encarecidamente que ecsamineis de nuevo las obras de Crevisan que tratan de la vitalidad.

« En el mismo parage conocí á un comisario del gobierno que tenia orden de mandar ahorcar al propagador de los libros cuyas doctrinas profesamos. Pero este empleado afirmó tambien que nada habia podido descubrir. Esto debe tranquilizar á la academía sobre el secreto de nuestros agentes mediante el cual es indudable que la nueva filosofia dará la vuelta al globo.

« Llegado en Lila me invitaron á presidir la academia que allí se habia formado. Estando en ella nos sorprendió la justicia y á mi me llevaron en la carcel, hasta que en vista de los informes y diligencias practicadas me soltaron y declararon benemérito de la patria.

« Seguí mi derrota ansioso de ir en busca del origen del hombre, y trayendo á la memoria la doctrina de Telliamed que enseña, que retirándose el mar dejó orillado un huevo el cual fué empollado por el sol, me encaminé hacia las costas de Calais, pero no encontré en ellas huevo alguno, chico ni grande; con todo se me ofreció ocasion de hacer la regeneracion de los habitantes acuáticos á quienes enseñé á vivir bajo unas leyes absolutamente desconocidas en aquellos paises.

«De Calais me dirigí á Amiens en donde hallé una academia muy bien organizada y compuesta de jóvenes que querian emprender la revolucion de Italia, Polonia, Suecia y hasta de toda Europa. El Prefecto de Amiens logró sorprendernos; pero despues se asoció á nuestros trabajos y mostró todos los progresos que habia hecho en la nueva filosofia. De la antigua no conserva sino aquello que tiene relacion con su destino, para conservar el cual se vió precisado á disolver nuestra asociacion hasta que la regeneracion tenga lugar. Es muy probable que entonces será de los nuestros y en esto dará una prueba de su saber.

«Salí de Amiens con direccion á Rouen; allí encontré en una biblioteca todas las obras de nuestros filósofos modernos; para poder franquearlas me ecsigieron la ecsibicion de una orden del gobierno: esta formalidad me desazonó y tomé el partido de salir para Orleans.

«En esta ciudad me ocupé en ecsaminar la universidad y los adelantos de los estudiantes, y eché de ver que mientras los unos trabajan sobre la filosofia antigua, los otros progresan en la nueva. Los primeros intentaron probar á fuerza de silogismos que

yo era un asno, pero yo les demostré á mi vez que hay muchos que se me parecen. Otras aventuras tuvieron lugar con el criado que me acompaña en mis viages. Los estudiantes le hicieron costear una gran comida y lograron sonsacarle una buena cantidad de dinero, so pretesto de que la justicia nos seguia la pista para prendernos. Como quiera que sea me determiné á salir de Orleans, y lo que conviene advertir de paso es que mi criado tiene mucho de encogido y cobarde aunque de otra parte observo que vá congraciandose con la filosofia moderna.

«De Orleans pasé á Nantes en donde recibí con toda puntualidad el despacho de la academia. Al atravesar por la Vendée estaba conversando con mis dos criados (uno de los cuales es sobrino de Mr. Condorcet,) de los efectos de la regeneracion, cuando seis desalmados paisanos se disponian para aplicarnos cuatrocientos palos. Mi ayuda de cámara que se llama Petit-Jean, les pidió cuenta y razon de tamaña insolencia pero no obtuvo otra respuesta que la egecucion de su bárbaro proyecto. Nos dieron muchos azotes repitiendo muy amenudo nuestra conversacion la cual habian escuchado aquellos

verdugos por el quicio de la puerta. Procuré yo portarme con mas cordura y discrecion que mi criado pero no por esto amainó su furia antes bien amenazaron de ahorcarnos á los dos. Estaba ya la soga preparada y en disposicion de consumarse el crimen cuando ocurrió á Jaime, mi buen servidor, la idea de pegar fuego á la casa para sacarnos de tan grave peligro. El écsito coronó sus esperanzas, y recomiendo ese buen muchacho á la academia para que se sirva recompensarle por el inestimable beneficio que ha prestado á la causa filosófica.

«Ahora séame lícito fijar la atencion de la academia en el mal sentido que reina en general entre los naturales del distrito de la Vendée con respeto á la regeneracion universal. Mi criado Petit-Jean es de parecer que será necesario repartir sendas puñadas y porrazos para que penetren en este pais las nuevas ideas; y aun cree que para que puedan ingerirse mejor será necesario ahorcar á todos los Vendeanos, como ellos lo quisieron hacer con nosotros. Sin embargo la academia resolverá lo que tenga por mas conveniente. Mientras tanto yo proseguiré mi camino y embarcaré á la brevedad posible.

«Podeis dar á la academia una seguridad completa de que mis votos se dirigen á que desaparezca todo lo que hay y se conoce sobre la tierra con respecto á religion, moral, política, léyes y tantas otras frivolidades de este jaez, porque nada de esto se necesita para vivir segun las doctrinas de nuestros mejores autores. En el distrito de la Vendée: = 4 de Octubre de 1788. Firmado, Le Grand.»

Concluida la lectura del despacho Petit dijo á su amo: — habeis olvidado añadir una cosa muy esencial. — Y que es, replicó Mr. Le Grand? — Es respondió Petit-Jean que se manden dar á los Vendeanos cuatro cientos azotes antes de ahorcarles asi como ellos querian hacerlo con nosotros.— Está bien dijo el héroe, escribirémos esto y quitarémos lo que decimos de la horca. —Eso no pardiez esclamó uno y otro criado! — Es decir que tu querias confundir las antiguas leyes con las nuevas? En otro tiempo no se contentaban en dar muerte á los criminales, sino que aun despues les hacian sufrir muchos castigos: eran descuartizados, y colocados cada uno de sus miembros en jaulas espuestas en parages públicos para que los vieran los transeuntes. — Este era

interrumpió Petit-Jean, muy bien discurrido y ojalá se hiciera ahora otro tanto con los Vendeanos, para quitarles el deseo de ahorcarnos otra vez. Pero en fin aguardemos la regeneracion que sin duda pondrá remedio á todo moralizando á los hombres.

Jaime escuchaba los delirios de su amo y compañero, sintiendo no se hubiesen aprovechado todavia de la terrible leccion que acababan de recibir, pues no podia recabar que se dejaran de la locura de regenerar al género humano: esto le recordaba tambien los dislates de su tio el filósofo Condorcet, quien calificaba de ignorantes y estúpidos á todos los que no convenian con sus opiniones. Sin embargo determinó seguir á su amo en el otro mundo, que así lo llamaba y sacar el mejor partido posible de su locura; á mas de que le lisongeaba la idea de ir á conocer las costumbres de otras naciones y observar sus diferentes maneras de vivir.

Caminaban nuestros viageros en silencio: Mr. Le Grand iba como unos cincuenta pasos mas adelante que sus criados, y estaba triste y pensativo, mientras que los demas hacian sus reflecsiones sobre el porvenir. Petit-Jean se volvió á Jaime y le preguntó que pensaba de la espedición en América y

Asia que intentaban hacer para plantear allí la regeneracion. — Me parece, respondió el palafrenero, que si los habitantes de estos paises lo pasan bien del modo que viven no querrán admitir las doctrinas de la regeneracion ni pasar á un género de vida peor que la que llevan. — Peor que la que llevan, repuso Petit-Jean? Ya veo que ignoras en que consiste la regeneracion y los nuevos descubrimientos que se han hecho para vivir de una manera peregrina absolutamente desconocida en los pasados tiempos. — De mis viñas vengo, nada sé de lo que me decís, respondió Jaime. Lo que puedo afirmaros es que el mundo siempre ha sido lo que es, que entre los hombres hay de buenos y de malos, y que hasta entre los ángeles se introdujo la envidia y el orgullo, el cual fué castigado por Dios convirtiéndoles en espíritus infernales; finalmente que el hombre gozando como goza de su libre voluntad, Dios se ha reservado el derecho de castigarle segun sean buenas ó malas las acciones que de ella emanen. Ahora bien, si hago aplicacion de esta doctrina, infiero que si los ángeles rebeldes fueron arrojados por disposicion de Dios de las moradas celestes, los hombres

que acá en la tierra conspiran contra los reyes y autoridades constituidas deben ser castigados del mismo modo que aquellos; por cuanto todos los que gobiernan deriban su poder de Dios para perpetuar la conservacion del buen orden en la sociedad.

— Muy engañado me hallo esclamó Petit-Jean en el concepto que habia formado de tí, creyéndote iniciado en las doctrinas de tu tio: tú no me enseñas nada de nuevo, y estas doctrinas son las mismas que yo profesaba antes de haber asistido á la academia de París. Allí si que se enseñan cosas nuevas de todo punto, y sobre todo hacen ver que cuanto se ha hecho y obrado hasta aquí es contra el sentido comun. — Y porque discurren así, respondió Jaime. — Claro está, porque las doctrinas de hoy son opuestas á las antiguas. — Está bien, respondió Jaime, hé aquí la razon porque yo me inclino á las últimas. Estas son conocidas ya, al paso que las otras han de ensayarse todavia. Me dirás acaso que convienen ensayarlas, porque quien no se aventura no ha ventura; sin embargo yo aconsejaré siempre que cada uno conserve lo que tiene y no aventure lo cierto por lo incierto. Cuando estarémos para embarcarnos, aprove-

chaeé los ahorros de mi salario y procuraré emplearlos con algun beneficio, pero de suerte que no corra peligro el capital y si unicamente el interés. Entonces te diré lo que pienso de nuestro viage en Asia y América.

— Que dirás tú, preguntó Petit-Jean, si no has estudiado la nueva filosofia? — Mucho y bueno puedo decir, respondió Jaime, y esto por la razon de no hallarme preocupado con la filosofia nueva ni antigua. Escucha: desde que salimos de París que no dejé de observaros á tí y al amo, y cuando quisisteis establecer la igualdad entre aquel jornalero y rico labrador, me acuerdo que no pude tener la risa y os califiqué desde luego de insensatos. Lo mismo digo con respeto á lo que sucedió con el galgo, y las resultas fatales que tuvo el haberle dado libertad. Al llegar á Lila encarcelaron á nuestro amo y ya sabes como y porque le soltaron. Y que te diré ahora de la célebre regeneracion emprendida por debajo las aguas, cuando tu sabes bien como yo mismo que el desmayo no le duró mas que cinco minutos? En resolucion, pasaré en silencio lo que ocurrió en Calais, Amiens, Orleans y Nantes, y unicamente me detendré en la

dio que entonces se presenta es el de acudir al soberano para que los separe de su lado. Si los que les suceden son igualmente malos no hay mas que acusar á la fragilidad y perversidad de la especie humana, porque los que vivimos acá abajo en el mundo, y esto vaya dicho entre nosotros, créeme que no valemos un comino, sin esceptuar al amo, á quien sin embargo disculpo porque le considero rematado de juicio.

Haciendo aplicacion ahora de lo que he dicho al caso presente te diré únicamente amigo Petit-Jean, que ya que tú estás siempre colgado de la oreja del amo deberian aconsejarle abandonara sus ideas de regeneracion y se dedicara al comercio. Ahora darémos la vuelta por el mundo: está bien? No hay mas que hacer pacotitas en un puerto para otro, y á nuestro regreso serémos ricos y vivirémos con tranquilidad gozando del fruto de nuestros trabajos.

Petit-Jean se disponia á responderle pero le interrumpió la voz de Mr. Le Grand quien le advertia que se dejara de disputas y pasara mas cuidado de su persona, porque añadió, no os he tomado para otra cosa. Ambos criados sintieron la reprension del heroe y por tanto haciendo adelantar á sus

caballos, se llegaron á Mr. Le Grand para acompañarle hasta Burdeos en donde entraron á poco rato sin acontecerles el menor accidente.

Capitulo 12º

Mr. Le Grand llega á Burdeos. — Se presenta en la academia. — La de París le envia un despacho con instrucciones sobre su nueva comision. Preparativos de los tres viageros para su embarco.

Apenas el heroe habia tomado posesion del magnífico aposento de una de las mejores fondas de Burdeos, con todo sus criados, cuando vieron entrar en el salon sin que se hiciera anunciar un joven de buen talle y muy agradables modales. Al entrar se puso á entonar un paso de ópera y tomando la mano de Mr. Le Grand juntaron sus dedos de cierta manera, cuya particularidad fijó la atencion del héroe, é inmediatamente ordenó á sus criados que le dejaran solo con el estrangero. Este espresó á Mr. Le Grand que se tenia por muy dichoso en poder saludar al primer heroe político y filósofo moderno á quien la academia

de París habia confiado la muy dificil y sagrada mision de labrar la felicidad de todo el género humano.

— Y como habeis podido saber mi venida, dijo Mr. Le Grand, apeándome como acabo de apearme ahora mismo en esta fonda? — Ya teníamos acá noticias vuestras y sabíamos hasta las señas por las cuales debíamos conoceros. Los progresos que se han hecho mediante vuestros esfuerzos son harto notorios, en términos que la mitad de la Francia desconoce á la otra mitad; aquí mismo en Burdéos ya no hay mas que el Arzobispo, los canónigos y los Monges que conserven su apego y se les haga cuesta arriba abandonar las preocupaciones de la religion y de la moral; todos los demas han mudado totalmente de ideas y costumbres desde que los libros de las nuevas doctrinas se han espercido con profusion. En cuanto á mí, ya no me acuerdo, y muy dificil seria recordarlo la última vez que estuve en Misa sin hablar de otras prácticas religiosas que he olvidado y despreciado de todo punto por ser contrarias á la nueva filosofia. La pasion dominante en el dia y de lo que parece hay un prurito de hablar es la política. Casi todo el mundo está de espectacion, so-

bre la gran reforma que ha de tener lugar dentro poco tiempo y no deja de haber algunos que hasta predicen el dia en que ha de verificarse. Esta reforma que cambiará la faz de todo lo que eosiste será el resultado de la lectura de todas las obras que habeis hecho distribuir por las provincias. La academia de París ha mandado depositar aqui muchos fardos de estos libros paraque vos los distribuyerais en las Américas, pues nadie mejor podrá llevar á cabo la regeneracion. Hemos recibido tambien de la misma un despacho muy importante que os dirige, con encargo de no abrirlo hasta que os hayais hecho á la vela, y halleis á la latitud de las islas Canarias, y finalmente nos comunica órdenes terminantes de que se os entregue todo lo que querais so condicion de embarcaros á los tres dias de haber llegado aquí.

Mr. Le Grand se informó de los preparativos hechos con respeto á su viage y de los progresos de la academia de Burdéos instalada á semejanza de la de París. El joven visitador advirtió tambien al heroe que la sesion se abriria una hora despues de media noche, á consecuencia de lo cual este le suplicó que fuera a buscarle para irse allá juntos, y con esto se despidieron.

El jóven bordelés volvió á la fonda á la hora indicada y poco despues ya se habian introducido en la academia. A una seña que hizo el socio que acompañaba al heroe se levantaron todos los demas para recibirle y el presidente le hizo sentar á su derecha. Mr. Le Grand que estaba acostumbrado á presidir en todas las reuniones de esta especie quedó ofendido de la poca urbanidad y mucha presuncion del presidente. No bien se hubo sentado que volvió á levantarse y asiendo del brazo izquierdo al gefe de la asamblea hizo ademan de quererle obligar á mudar de asiento, pero halló al presidente tan tenaz que levantándose á su vez forcejó y empujó con tanta fuerza sus manos sobre los hombros del heroe que este cayó con violencia sobre su asiento el cual no pudiendo resistir aquel peso se hundió y arrastró consigo á Mr. Le Grand mohino y mal parado. . . . .

Luego que se recobró del susto preguntó la razon del soez comportamiento del presidente por haberle rehusado el sitio de honor al cual el heroe tenia un derecho indisputable atendidos los servicios que habia prestado á favor de la propagacion de la nueva filosofia. El presidente por su parte

reclamaba en su favor la inviolabilidad de su destino, cuanto mas habiendo sido llamado y nombrado por la academia de París para presidir en ella. Para terminar estas diferencias se resolvió que fuera puesta á votacion la peticion de Mr. Le Grand y se aprobó por unanimidad de todos los miembros de la asamblea que seria su presidente Mr. Le Grand mientras permaneciera en Burdeos. El presidente protestó formalmente contra esta decision y determinó elevar sus quejas á la academia central de París.

Despues de la instalacion de Mr. Le Grand en la presidencia, el secretario puso en sus manos el despacho que habian recibido de París. El heroe miró el sobre y vió que no podia tomar conocimiento de su contenido hasta llegar á los veinte y ocho grados y treinta minutos de latitud nord, es decir á la altura de la isla Tenerife. El secretario añadió que habian tambien recibido una instruccion que contenia doce artículos, relativa á las investigaciones que debia hacer Mr. Le Grand durante su viage al rededor del globo; y habiendo el heroe manifestado vivos deseos de saber el contenido de esta instruccion leyó el secretario en alta voz lo

que sigue:

Art. 1º Mr. Le Grand hará un buen acopio de libros de la nueva filosofia á mas de los que recibirá de esta academia.

Art. 2º Habiendo acreditado la esperiencia que la lectura de estas obras basta por sí sola para hacer la regeneracion universal, cuidará Mr. Le Grand de distribuirlas y hacer que circulen por todas partes en donde desembarque.

Art. 3º Se invita á Mr. Le Grand á que ecsamine y dé parte á la academia de los descubrimientos que se hayan hecho sobre la historia política y religiosa, sobre la industria, comercio y navegacion de los paises asiáticos.

Art. 4º Al pasar por la isla de Madera se informará Mr. Le Grand si esta es un vestigio de la Atlantida ó el lugar que ocupaba antes el antiguo continente de los Atlántidas, teniendo en consideracion lo que sobre el particular dicen Diodoro de Sicilia y Platon.

Art. 5º Hasta su regreso por el mar pacífico, el heroe no visitará mas que la Habana y Vera-Cruz en las Américas; seguirá su derrota hacia el cabo de Buena Esperanza y continuará sin desembarcar has-

ta la isla de Madera, cuya historia referirá.

Art. 6º Mr. Le Grand proseguirá su viage por el canal de Mozambique, el mar rojo, golfo persico, costas de Malabar y Coromandel; se detendrá en el Indostan y allí tomará sus informes y conocimientos sobre la religion, costumbres y leyes del país.

Art. 7º Desde Calcuta el heroe se dirigirá hacia Sumatra, Malaca, isla de Java, Borneo, las Filipinas, Cochinchina, enterándose siempre por donde quiera que fuere de la índole y usos de los habitantes del pais.

Art. 8º El heroe llegará á Canton y desde allí si se lo permiten pasará á la China. Luego que llegue se presentará delante del Emperador en Pekin para proponerle la alianza de la academia con el fin de enseñarle el mejor modo de gobernar su imperio.

Art. 9º Mr. Le Grand saldrá despues para el Japon, allí procurará difundir nuestras doctrinas, escitará los habitantes á hacer la regeneracion de la cuál tanto necesitan, esparciendo al efecto buena porcion de libros.

Art. 10. El heroe irá recorriendo las

costas del norte de Asia hasta Kamtschatka Indagará como los Rusos se apoderaron de este pais, y el grado de civilizacion actual de los habitantes comparado con su estado primitivo.

Art. 11°. Mr. Le Grand subirá por el norte hasta el estrecho de Anian. Allí procurará ecsaminar si el continente de América estaba unido con el de Asia, y en caso que no lo esté no habrá mas que hacer un nuevo Adan para las Américas.

Art. 12°. El heroe dará fin á su viage por la California y Acapulco, tocando en Vera-Cruz y en Lima. Desde allí volverá al Brasil en donde depositará los libros, si algunos le hubiesen sobrado. Despues se embarcará para Francia y presentará en París para dar cuenta á la academia de los resultados de su mision.

Concluida la lectura de esta instruccion Mr. Le Grand pidió copia de ella y preguntó si su corresponsal estaba presente á la sesion. Este se levantó y dijo al heroe que todo estaba dispuesto para su partida; que se embarcaria en el navio *Volante* acompañado de la fragata *Niobe* que le serviria para el transporte de los libros y demas provisiones. Por último concluyó anunciáu-

dole que en todas partes hallaria un inmenso crédito y seria muy bien recibido.

El heroe tomó la palabra luego que supo que todo estaba dispuesto para el viage, y volviéndose á la asamblea dijo: — ya veis, señores, que el académico que acabo de reemplazar no merecia ocupar el lugar de la presidencia.

El secretario respondió que la comision que la academia de París confiaba á Mr. Le Grand le elevaba á una altura superior á todas las presidencias que pudieran imaginarse. El heroe anunció que se levantaba la sesion, y que el dia siguiente vendria á despedirse de sus colegas y á recibir la copia de la instruccion de la academia de París.

Luego que llegaron á la fonda, Mr. Le Grand ordenó á sus criados que estuvieran dispuestos para embarcarse; renunció á su favor el producto de la venta de los caballos y encargó á Petit-Jean que le comprara algunos instrumentos matemáticos y cartas náuticas para guiarles en su viage: en seguida mandó que le trajeran de cenar, y se entregó al sueño.

Los criados hablaron tambien durante la cena, é hicieron sus proyectos particulares con respeto al viage. Jaime propuso á Pe-

tit-Jean de hacer valer en comun el dinero que empleasen resultante del precio de la venta de los caballos, añadiendo que á su regreso podrian comprar del beneficio que les produciria mas de trescientos. El palafrenero se encargó de la inversion de estos fondos so condicion de que partiria con el criado las ganancias ó pérdidas que hubiese. Consintió Petit-Jean habiendo hecho observar á Jaime, que tanto él como su amo podian tambien haber aprendido lecciones importantes sobre el comercio, pero que estas ideas las postergaron por las de la nueva filosofia. El criado quiso firmar un contrato con Jaime autorizado por escribano pero este último le dijo que era inútil y que para el caso bastaba que firmasen á bordo un convenio particular por duplicado.

Así lo resolvieron, y al dia siguiente Jaime hizo sus provisiones de lenceria, vino y quincalla, y las llevó á bordo del *Volante*. Petit-Jean se fué á preparar todo lo necesario para cuando llegase su amo. Cuando volvió á la fonda encontró en la calle al buen Jaime que acompañaba todavía una carreta cargada de mercaderia por su cuenta. — Esqusadme dijo este último con el amo, porque no puedo despacharme antes

de dos horas. — No importa respondió el criado; porque hablándole de la nueva filosofia estoy cierto que no pensará en tí mas que en las nubes de antaño. Petit-Jean apresuró el paso y llegó á la fonda y encontrándo á Mr. Le Grand tuvo con él el siguiente coloquio.

Mr. Le Grand. Ya sabes, Petit-Jean, que la academia está muy satisfecha del resultado de mi comision y que me ha encargado otra aun mas grave y de muy distinta naturaleza?

Petit-Jean. Yo creia hasta aqui querido amo, que el objeto de nuestro viage era conseguir la regeneracion universal por medio de la nueva filosofia.

Mr. Le Grand. Ya se supone, y por esta razon hemos hecho tan grande acopio de libros. Pero muchas otras cosas hay que practicar en esta nueva comision.

Petit-Jean. Y podrémos nosotros llenarla tambien?

Mr. Le Grand. Ya te he dicho que todo lo puede el dinero. En todas partes tenemos crédito y asi es que podremos recoger muy facilmente todo lo que fuere menester para que la academia pueda hacer nuevos descubrimientos.

Petit-Jean. Pensaba que ya no habia nada mas que hacer?

Mr. Le Grand. Verdad es lo que dices por lo que toca á ese rincon de tierra donde nosotros vivimos, pero ya verás en nuestros viages, cuanto falta todavia, y cuantos hay de nuestra especie que apenas tienen semejanza con nosotros sino es en las facciones y el color.

Peti-Jean. Y que tiene esto que ver con los académicos?

Mr. Le Grand. Como! Mucho tiene que ver; porque todas estas naciones ofrecen diferencias notables en sus ideas, usos, costumbres, leyes y religion, y es necesario recojer informes sobre esta diversidad de costumbres.

Petit-Jean- Y si no quieren darnos estos informes que haremos?

Mr. Le Grand. Con el dinero todo se consigue: asi lo hicieron los Ingleses en el Indostan y lograron descubrir muchos secretos importantes conservados en archivos que habian sido hasta alli impenetrables.

Petit-Jean. Y todos estos archivos estan muy lejos?

Mr. Le Grand. Los de la India distan cinco mil leguas de aqui y en mi juicio son

los mas interesantes. Estos pueblos fueron los que dieron los primeros pasos en la carrera de la civilizacion de suerte que habrá ya algunos millares de años que no ignoraban la química y muchas otras ciencias.

Petit-Jean. Esto no es posible; como quereis que esos rancios filosofastros que quizá y sin quizá no cursaron mas que las antiquísimas doctrinas, estén mas adelantados que nosotros á quienes ha ilustrado la antorcha de la nueva filosofia? Apuesto que no os atrevierais á decir esto delante de nuestra academia.

Mr. Le Grand. Ella es la que me ha dado la comision de recojer todos los documentos relativos á la historia de esos remotos paises.

Petit-Jean. Malo, muy mal! Conosco que hay en la nueva filosofia alguna cosa que no es muy clara y facil de entender. Yo creia antes que nadie mas que nosotros podia jactarse de saber algo, y ved ahi ahora que la academia quiere que andemos á hojear los antiguos volúmenes del Asia en lugar de leer las escelentes obras de la filosofia moderna. La academia ó por mejor decir sus miembros chochean desde que nosotros hemos salido. ¡Que vá, que á la hora

de esta han mudado de presidente y secretario.

Mr. Le Grand. Parece que estás en relacion con algun duende porque en efecto has adivinado la mudanza de presidente. Han nombrado en lugar del cesante á un majadero que tuvo conmigo alguna diferencia, pero que al cabo no fué mas que un chisme.

Petit-Jean. Y en que consistió?

Mr. Le Grand. En que él presidia la academia de Burdeos cuando yo llegué allí, y como este cargo no puede tenerle otra persona donde yo estoy quise ocupar la silla de la presidencia, de la cual me rechazó tan bruscamente que me hundió en la mia y rompió el asiento; de cuyas resultas todavia me encuentro muy magullado.

Petit-Jean. Voto á tal! que no me hallase yo presente para atravesarle el cuerpo con mi espada de parte á parte.

Mr. Le Grand. Muy bien castigado ha sido aunque de otra manera, porque fué echado de la academia y se vió obligado á acudir en queja de este agravio á la academia principal de Paris.

Petit-Jean. Pardiez! Mucho me temo un mal resultado: porque los ausentes casi

siempre salen con la culpa de todo. Ah querido amo! ya veo yo que todos estos académicos son unas cabezas destornilladas que no harán mas que disparates y bestialidades. Yo seria de parecer que les enviarais todos en hora mala y siguierais mi consejo.

Mr. Le Grand. Que consejo es este?

Petit-Jean El que oí á Jaime que sabe mucho mas que nosotros en todo, menos en la nueva filosofia. El sobrino de Condorcet me prometió hacer el comercio conmigo á medias invirtiendo el fondo comun que ha producido la venta de los caballos, con el cual es de parecer que á nuestro regreso podrémos comprar con sus beneficios mas de tres cientos: Segun lo que me ha dicho nuestros capitales pueden aumentar sobremanera enterándonos en cada puerto de aquellos géneros que estén á bajo precio para venderlos en otros que estén en mayor estima. Vos que teneis tanto dinero podriais hacer la misma especulacion y todavia con mayores ventajas.

Mr. Le Grand. Yo creo que tu te paras muy poco en las doctrinas de la nueva filosofia. Ignoras que los filósofos son demasiado generosos para recibir paga ni andar á caza de cálculos gananciosos?

Petit-Jean. Sin embargo si nosotros no tuviéramos dinero nadie nos daria de comer. Vos sois rico, pero si desperdiciais vuestra hacienda y llegais á ser pobre todos se burlarán de nosotros; mi consejo seria que si os fatiga el dinero lo invirtierais en limosnas ú otras obras meritorias.

Mr. Le Grand. Que pobres ni que cuernos? Imbecil que tu eres, ¿has olvidado ya que despues de la regeneracion todo el mundo será igualmente rico?

Petit-Jean Esto lo digo porque empiezo ya á desconfiar de la regeneracion y estoy en el concepto de que los académicos han perdido el seso. Y á la verdad que tiene que ver la regeneracion con la mision que os han dado de ir á registrar los archivos de tan remotos paises como son los que ahora vamos á recorrer?

Mr. Le Grand. Dejemos esto que ya veo cuanto me engañé en creer que tu te harias filósofo no asistiendo mas que á seis sesiones de la academia, pero mia es la culpa. Ve á hablar á Jaime de vuestro comercio que á mi otras cosas me ocupan.

El héroe se quedó solo para entregarse á sus ideas y combinar operaciones y calculos sobre su viage, pero á no tardar le

anunciaron que estaba alli el académico que debia conducirle á presidir la reunion de los filósofos. Fuéronse juntos y Mr. Le Grand pidió una copia de la instruccion que le habia dirigido la academia de Paris. El secretario se la entregó mientras que otro académico pidió la palabra para que se leyeran algunas cuestiones que él queria remitir al juicio del héroe para que se ocupara de ellas en sus viages y les diera una solucion satisfactoria á su regreso en Francia. Estas cuestiones eran las siguientes:

1ª Ya que Mr. Le Grand debe dar la vuelta al globo, es absolutamente necesario é indispensable que procure averiguar del modo que ha sido fabricado el mundo, si ha sido construido todo de una vez ó por partes y los medios de que se vale su director universal para gobernarle y hacerle maniobrar.

2ª Mr. Le Grand se informará al pasar por debajo de nosotros de la causa que le impide caer patas arriba á él y al buque y à las aguas por donde navega.

3ª Para esplicar las estaciones del año se enterarà Mr. Le Grand si es la tierra la que gira al rededor del sol ó el sol al re-

dador de la tierra y de lo que comunica el movimiento á los dos cuerpos.

4ª. Mr. Le Grand deberá darnos razon á su regreso de las mareas asi como del flujo y reflujo y nos esplicará tambien porque no son iguales en todas partes.

5ª. Igualmente será incumbencia de Mr. Le Grand esplicarnos como se sostiene la tierra en mitad del espacio sin fundamentos ni nada y del mismo modo que si fuera una bola en el aire en medio de una gran sala. La esplicacion de este fenómeno es muy interesante, cuanto mas no teniendo la tierra alas para volar ni pies para andar.

6ª. Por último el señor comisionado dará cuenta ecsacta de todos los astros, ya que los verá por todas partes. Conviene tambien que manifieste cual es la última estrella y si tiene una luz propia como la del sol de nuestro sistema planetario ó prestada y si como este la comunica á otros planetas, en cuyo caso indicará los nombres de estos.

Concluida la lectura, el socio académico entregó á Mr. Le Grand el papel en que se hallaban las cuestiones referidas suplicándole que lo pusiera al lado de la instruc-

cion de la academia de Paris, añadiendo que si el héroe conseguia presentar la solucion de los puntos que se le habian redactado seria por el mismo hecho nombrado presidente de todas las academias del globo.

Mr. Le Grand tomó el papel, prometió ocuparse en él y cumplir ecsactamente su contenido á fuér de héroe político y filósofo moderno. Despues se despidió de todos sus colegas y al dia siguiente á las cinco de la madrugada, el héroe se embarcó en el *Volante* acompañado de Petit-Jean su ayuda de cámara y de Jaime sobrino de Condorcet.

FIN DEL LIBRO Y TOMO SEGUNDO.

ERRATAS.

Páginas.	Líneas.	Léase.
7.	14 — Singula.	Singular.
31.	8 — ha.	has.
39.	7 — pare.	parte.
82.	23 — deseo el.	*el deseo.*
88.	6 — oh! no.	oh! no:
160.	16 — tiera.	tierra.

NOTA.

Aunque esta obra se publicó en Paris bajo el título de «Quijote del siglo XVIII,» ha parecido convenirle mejor el de «Quijote de la revolucion» ya por que no es mas que un relato de la *revolucion* francesa é ya porque se dirige á combatirla y ridiculizarla. Con todo cierta delicadeza no permitia que esta circunstancia se pasara en silencio, asi como la variacion de dos ó tres nombres que por ser tan insignificantes segun echará de ver el que lea el original frances se omiten aqui creyendo bastar para nuestro objeto esta indicacion.

ÍNDICE

GENERAL DE LO QUE CONTIENE

ESTE SEGUNDO TOMO.

LIBRO SEGUNDO.



